



GENERAL D  
BR1600  
E3  
v. 1

BR1600

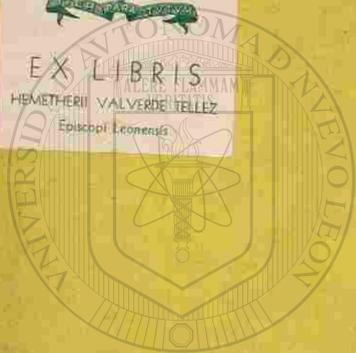


1080014644

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

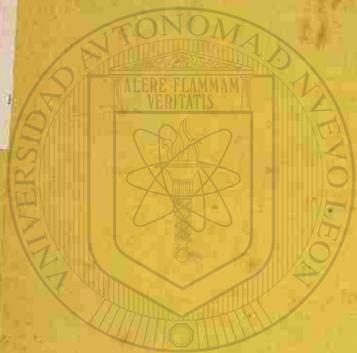


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FIN FUNESTO

DE

**LOS PERSEGUIDORES**

Y ENEMIGOS DE LA IGLESIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

81  
261  
C



**FIN FUNESTO**  
DE LOS  
**PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS**  
DE LA IGLESIA

DESDE HÁBIDOS EL GRANDE HASTA NUMYROS DIAS.

Obra dedicada á S. M.

VICTOR MANUEL II, REY DE CERDEÑA,  
y escrita por

El Dr. D. Manuel Carbonero y Sol y Merás,

Parnenide Anfriso

ESTAR LOS ABOGADOS DE ROMA,

Comarero secreto de Capa y Espada de S. S. Pío IX.

Con un Prefacio Póstumo

DEL EXMO. e ILLMO. SR. OBISPO DE LA HABANA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbésillo y C.ª Escalerillas núm. 21.

1877.



44802  
ALFREDO BATES

BR 1600

C3

v. 1



Con censura y aprobación eclesiásticas.



FONDO MATERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL Dr. D. JOSE DE LORENZO Y  
ARAGONES, Presbítero vicario eclesiástico de  
esta heroica villa de Madrid y su partido.

Por la presente, y por lo que á Nóa  
toca, concedamos licencia para que pueda  
imprimirse y publicarse la obra escrita  
por el Sr. D. Manuel Carbonero y Sol y  
Merás, titulada *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia*; median-  
te que de nuestra orden ha sido exami-  
nada, y no solo no contiene nada contra-  
rio al dogma y sana moral, sino que, por  
el contrario, su publicación será prove-  
chosa.

Madrid, 16 de Marzo de 1874.

Dr. José de Lorenzo.

Por mandado de S. S.  
LIC. JUAN MORENO GONZALEZ, ®

De imprimir.

9  
008150



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PREFACIO.

Los que no leen los Libros Sagrados, ó, leyéndolos, no tienen fé en lo que dicen, no pueden llegar á comprender una verdad que salta á la vista en casi todas sus páginas; y es que, así como hay leyes universales que regulan el órden del universo, y particulares que subordinan el movimiento de cada uno de los seres materiales que contiene el movimiento general, las hay también para la existencia ordenada de un mundo mucho más noble que el material, que es el moral. Este mundo es el de los seres dotados de inteligencia, y por consiguiente de libre albedrío. ®

Crear que aquel que dictó leyes á los astros, al sol y á los demás planetas, para que con sus movimientos periódicos formasen la noche y el día, los años y los tiempos, no habia de dictar-

las para que los seres inteligentes regulasen los movimientos de su espíritu y las aspiraciones de su corazón, es no conocer la sabiduría infinita de Dios, que dispuso *todas las cosas con medida, y número y peso*, como dice el Sábio (1). No advertir que quita juguetes con los Leviatanes que viven en los cóncavos senos de los abismos, cual si fueran corderillos que saltan en prado ameno, y formó caudados y cerrojos para el Océano enfurecido, diciéndole con imperio al señalarle las arenas, *hasta aquí llegarás y aquí se humillarán tus encrespadas olas* (2), no había de tener una mano fuerte para aferrar las inteligencias altivas que no reconociesen que también para ellas hay arenas, de las cuales no pueden pasar, es no conocer que Dios es infinitamente justo, así como es infinitamente sábio e infinitamente misericordioso.

La misericordia y la justicia son las leyes reguladoras del mundo moral: increados y eternos en la naturaleza divina estos atributos, no podía existir ser alguno inteligente fuera de Dios, sin que debiese su existencia á la pura bondad divina, y sin que la ordenase según exigía su

(1) Sap., cap. XI, vers. 21.

(2) Job, cap. XXXVIII, vers. 11.

justicia. Y para que así sucediera, ni una sola inteligencia, ni un solo espíritu, ni una sola alma racional saldría de la nada por la virtud del Criador, sin traer impreso en sí misma el sello de estos dos atributos. La lumbre del rostro divino baña á esa inteligencia, imprimiéndole el carácter que la distingue de todos los seres materiales ó puramente sensibles; y la enseña que, si aquellos son regidos por las leyes cuyo imperio no pueden eludir, porque no las conocen ni pueden conocerlas, ella, que es superior á la animalidad y á la materialidad, por ser racional, y tiene una gran afinidad con Dios, por ser inteligencia espiritual, se ha de atener en sus actos á las leyes eternas, concuéndolas, sin que pueda jamás eludirlas, ni evadirse de su imperio, ni evitar sus resultados: pues, ó ha de ser objeto de las que corresponden á la bondad y misericordia, ó víctima de las que establece la justicia.

Esto equivale á decir que los seres racionales están sujetos á las leyes determinadas para sus actos, en el período que llamamos tiempo, y para su destino en el que llamamos eternidad. Y bien puede el hombre pretender desconocer esas leyes, ó afectar ignorancia de ellas: bien puede el impío revolcarse y enroscarse como la sierpe,

forcejeando contra la mano poderosa que la tiene aferrada por el cuello, para no reconocer el imperio de la ley: que al fin ha de llegar un momento en que, quiera ó no quiera, ha de tener ciencia infalible de esas leyes reguladoras de su existencia, puesto que todos los hombres, sin exceptuar ninguno, *hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, según lo que ha hecho, ó bueno, ó malo* (1). En aquel momento nadie puede recibir premio ó castigo, sin que le acompañe el conocimiento perfecto ó cabal de las leyes que observó ó infringió, y de la misericordia y justicia con que Dios premia, y de la justa severidad con que castiga.

Sugiérenos estas ideas la materia importante ó interesantísima que contiene esta obra, pues vemos aplicadas estas leyes en una muchedumbre de hombres, cuyos nombres se refieren, cuyas acciones se relatan, y cuya triste suerte se lamenta. Y es ésta tanto más digna de llorarse, cuanto más elevadas son las personas sobre quienes ha recaído, y cuanto más clara se les manifestó la verdad, presentándoseles ésta co-

(1) Cor., cap. V., vers. 10.

mo antorcha luminosa que les mostraba el camino de la justicia y de la rectitud. La razón natural se les indicaba; las sagradas letras se les señalaba, poniéndoles en una página la ley y en otra el castigo: la experiencia de los escarnimientos en cabeza ajena les avisaba que podría sucederles á ellos lo que había acontecido á otros; y sin embargo, emprendieron con valor temerario y soberbio el camino de la injusticia, y marcharon con frente altiva, declarando siempre guerra á la ley, y al cielo de donde descendió, hasta que al levantar un pié para andar, de súbito tronó el cielo, cayó el rayo, hirió *an cervix*, y el pié levantado dió el paso en los diales de la eternidad.

Cualquiera comprende quiénes son los hombres de que tratamos: son los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo; pero no así como quiera los perseguidores, sino en especial aquellos que han perseguido la verdad después de haber sido ésta conocida, pues que ésta, como sol irradiante, había extendido por toda la tierra tanta luz, que no era posible que hombre alguno se librase de su calor. Y nos hemos referido á estos hombres cuando hemos dicho que los que no leen las Escrituras, ó, si las leen, no creen en ellas, no pueden comprender que hay leyes re-

guladoras del mundo moral, así como las hay que ordenan el mundo material; porque esos hombres han obrado como si no existieran esas leyes y un Legislador eterno, ó han sido tan temerarios y audaces, que, conociendo la existencia de la ley y del Legislador, han saltado por encima de todo, declarando la guerra, como decía Job (1), al que es Todopoderoso.

La Iglesia católica no empezó sino entre persecuciones, pues la muerte de Jesucristo fué el resultado de una persecucion pertinaz y cruel de la Sinagoga. El fin trágico que tuvieron los autores y ejecutores de esta persecucion, parece que constituye una escena particular, diferente en un todo de cuantos han ocurrido en materia de castigos: el sitio de Jerusalem por los romanos; la muralla de tierra que se levantó alrededor de la piedra, no dejando una sola abertura; el hambre que se padeció, hasta el extremo de comerse las madres á sus hijos; los muertos que hubo; y por fin, el desolace que hubo de este sitio, es una cosa singular y única en la historia del linaje humano. Cualquiera puede leer esta historia en Josefo, hebreo, en su obra sobre las *Antigüedades de los judíos*.

(1) Cap. XX, vers. 28.

Pero así como la cuna de la Iglesia fueron las persecuciones, diremos de ella, hablando en estilo humano, que su puericia, su adolescencia y su edad viril se han desenvuelto tambien entre las embestidas de los perseguidores. Y el que crea que este cuerpo místico de Cristo ha de gozar de paz mientras vivo en la tierra, no conoce la naturaleza de la Iglesia. Llámasse *Militante*, no solo porque cada uno de sus miembros ha de ser un soldado de la milicia de Cristo, que combate por ganar el reino de los cielos, sino tambien porque toda entera está esta Iglesia haciendo la guerra al error, á la mentira, al padre de ella y á sus afiliados que le sirven con todas sus fuerzas, y porque estos no dejan pasar un solo dia sin que asesten contra la fortaleza de la fé sus máquinas guerreras y disparen contra sus bastiones cuantos proyectiles se fraguan en el arsenal del averno.

Así es que, sin haberse concluido las persecuciones de la Sinagoga, empezaron las del imperio romano; y sin haberse concluido las de sus Emperadores y procónsules feroces, empezaron las de los herejes, formándose desde entónces tal mezcla de perseguidores, que, mejor que perseguidores aislados, puede decirse que ha sido un ejército compacto, compuesto de toda

clase de hombres, y ordenados todos en batalla, para ver si pueden destruir la gran fortaleza fundada por Cristo. Si fuéramos á contar los estandartes que se han levantado para hacer guerra á la Iglesia, desde Cerinto y Ebion hasta Latero y Calvino, y desde el filósofo Porfirio hasta sus últimos discípulos los racionalistas de nuestro tiempo, se formaría un ejército tan numeroso con la gente que ha militado bajo esas banderas, que no cabría en el valle más vasto que haya en la tierra. Pero el recuento de tanto ejército destruido engendra á la vez lástima y gozo: todos sus soldados yacen en el polvo; todos sus capitanes han vuelto á las tinieblas de la tumba; mas la Iglesia vive, y vive irradiante en gloria, rodeada de trofeos de victoria, lozana, vigorosa y aguerrida, esperando nuevos combates para obtener nuevos triunfos.

Hay que distinguir, sin embargo, entre perseguidores y perseguidores, y entre un género y otro de ignorancias, ora para medir la extensión de su crimen, ora para apreciar la mayor ó menor compasión que inspira su castigo. A mediados del siglo IV, un hombre, llamado con razón *el Cicerón cristiano*, el célebre Lactancio, maestro del César Crispo, hijo de Constantino el Grande, escribió una obra sobre el fin trágico de los per-

seguidores de la Iglesia; y es preciso confesar que, aunque las escenas son varias, los individuos no tienen sino un matiz: este matiz es la ignorancia. Aquellos perseguidores no sabían lo que, era revelación, lo que eran los Libros Santos, los que eran las profecías, lo que era la palabra de Dios; llevaba, si, impresa en sus almas la imagen de la naturaleza divina, y lo iluminaba la luz de la razón natural, aunque ésta estuviese como amortiguada por el denso humo de las pasiones; era ignorantes con ignorancia crasa, y por consiguiente eran bárbaros, eran feroces, y cuando perseguían á los cristianos, acometían como el toro, que cierra los ojos y arremete al gladiador, aunque éste le espere con la espada, á cuyos filos muere.

Pero después de Lactancio fueron saliendo á la luz contra la verdad otros que no eran bárbaros ni ignorantes, pues la luz del cielo había iluminado ya el horizonte de la humanidad; y estos son los hombres que inspiran gran compasión, pues pudieron leer en los Libros Santos las leyes de misericordia y de justicia que rigen el mundo moral; y siendo Reyes y Emperadores, pudieron ver también las que con ese carácter existen para ellos. Pero les sobrevino la más terrible de las obscuraciones, que es la que pro-

viene de la malicia, y de cada uno de ellos se puede decir, con David (1), que *no quiso entender, para no obrar bien.*

En efecto: apenas hay nada más expresamente conseguido en las Divinas Letras que las leyes de misericordia y de justicia, que comprenden á los soberanos. Allí consta que es un acto de la misericordia de Dios el ser llamado á la dignidad real ó imperial, pasa es Dios quien da y quita el imperio como le place (2). Allí se dice á los Reyes que amen la justicia y que piensen bien del Señor y lo busquen con sencillez de corazón (3); y que entiendan que el Señor les ha dado la potestad, y que del Altísimo les viene la virtud, como á ministros que son de su reino (4). Allí se les avisa, por fin, que cuando juzgan están en consorcio con Dios, y hacen sus veces, y que cualquiera sentencia que dieren recaerá sobre ellos (5).

Pero también se les dice que al lado de esta misericordia que Dios usa con ellos, está el ri-

- (1) Salmo XXXV, vers. 4.  
 (2) *Dom.*, cap. IV, vers. 22.  
 (3) *Sap.*, cap. I, vers. 1.  
 (4) *Sap.*, cap. VI, versículos 4 y 5.  
 (5) *II Paral.*, cap. XIX, vers. 6.

gor de una justicia inexorable, con que se ha de juzgar á los que presiden; y se les previene que *el Señor se dejará ver y castará sobre ellos espantosa y repentinamente* (2). Y lo que más terror debía causar en los Reyes es que allí también consta la sancion penal de estas leyes, ejecutada en muchos, ora por no haber reconocido que su imperio les venia de Dios, ora por haber abusado de la potestad, ora por haberse ingerido en asuntos de religion, ora, en fin, por haber perseguido la verdad. Allí es un Faraon, sumergido en el profundo del mar, por haber despreciado al Señor (3); aquí un Nabucodonosor, despojado de su imperio y arrojado como bestia á habitar en el monte (4); hoy es una Atalia muerta violentamente, y una Jezabel, arrojada por la ventana para que la devoren las fieras, por haber perseguido las dos á los Profetas y sacerdotes (5); mañana un Joas, asesinado alevosamente por sus siervos, en castigo de la sangre que

- (2) *Sap.*, cap. VI, vers. 6.  
 (3) *Ezod.*, cap. XIV, vers. 28.  
 (4) *Dom.*, cap. IV, vers. 30.  
 (5) *II Paral.*, cap. XXV, vers 21.—*IV Reg.* cap IX, vers. 25.

gerrámó del sacerdote Zacarías (1); y después un Antíoco, que, cargado de sacrilegios cometidos en el templo, y devorado por erasles remordimientos en su alma y por los gusanos que bullen y rebullen en sus carnes corrompidas, dice con voz ronca, ya casi para espirar: *Justo es que el hombre se sujete á Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas á Dios* (2)

Todo esto pudieron saber y meditarlo detenidamente los Reyes y los príncipes que, pasados los cuatro primeros siglos de la Iglesia, se empeñaron en perseguirla, y, sin embargo, no lo vieron ni quisieron saberlo. ¡Osa singular! En los tiempos de la Ley de gracias hemos visto reproducido exactamente el fin trágico que tuvo en los de la Escritura uno de los mayores perseguidores de los Profetas. Salió á combate contra el rey de Siria el rey Acab de Israel, acompañado de Josafat, rey de Judá; y sabiendo que todo el furor de los asirios se había de dirigir contra él, se despojó de sus vestiduras reales, quedando en simple hábito de soldado. Acompañábase Josafat vestido de Rey; y creyendo

(1) II Paral., cap. XXIV, vers. 25

(2) II Mach., cap. IX, vers. 13.

los asirios que era el monarca de Israel, le acometieron todos; hasta que, visto el engaño, cesó la pelea. Pero hé ahí que un soldado quiso probar su arco, y tiro una saeta; esta saeta fué derecha á traspasar el corazón del impío Acab. Lo mismo aconteció á Juliano Apóstata; una saeta tirada al acaso fué á atravesarle el corazón sacándole la él con el foror, y diciendo ya moribundo: ¡*Venciste Galileo!* Este Galileo era Jesús, á quien perseguía.

¡Triste condicion humana! Los perseguidores de la Iglesia, ni han querido aprender las leyes de amor y de justicia sobre las cuales, como sobre dos ejes, se mueve el mundo moral, ni han escarmentado en cabeza ajena, y ni aun en los castigos de su propia familia. En los tiempos de la Edad Media se levantó un Emperador contra el más heroico de los Papas; murió mal, y no lo quiso ver su hijo, que redobló las persecuciones; también éste tuvo un fin trágico, y tampoco lo aprendió su sucesor. Y otro tanto acabamos de ver en nuestros días. Un hombre á quien al principiar este siglo parece que Dios le entregó los reyes de la guerra, junto con el imperio que fuera de Carlo Magno, se constituyó en opresor del Vicario de Cristo; y le costó tan caro, que fué á morir en un peñón lejano de los mares. Vi

no otro de su misma estirpe, de su misma suerte y de glorias parecidas; y no queriendo aprender la lección, hizo como filósofo respecto al Vicario de Cristo, lo mismo que hiciera como soldado violento su deudo y antecesor. La lección no se hizo esperar: en los campos de Sedán resonó aquella voz terrible, procedente de Aquel á quien se le dice desde la eternidad que las naciones son suyas, y que las ha de gobernar con centro de hierro, y las ha de hacer pedazos, como si fueran un vaso de arcilla, y esta voz decía así: *Y ahora, entendedlo ¡oh Reyes! y enseñaos los que juzgáis la tierra* (1).

† Jacinto María,  
OBISPO DE LA HABANA

## INTRODUCCION,

La acción de la Providencia es tan evidente en la historia de la humanidad, como inflexible la ley de la justicia de Dios sobre los que infringen sus preceptos ó tratan de oponerse á sus designios. La lucha entre el bien y el mal; el premio de los que en ella vencen, y el castigo de los que quieren ser vencidos, tal es el compendio de la historia de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los siglos.

El pecado de nuestros primeros padres rompió la armonía perfecta de la creación. La palabra de Dios había señalado al primer hombre

(1) Salmo II, vers. 10.

no otro de su misma estirpe, de su misma suerte y de glorias parecidas; y no queriendo aprender la lección, hizo como filósofo respecto al Vicario de Cristo, lo mismo que hiciera como soldado violento su deudo y antecesor. La lección no se hizo esperar: en los campos de Sedán resonó aquella voz terrible, procedente de Aquel á quien se le dice desde la eternidad que las naciones son suyas, y que las ha de gobernar con centro de hierro, y las ha de hacer pedazos, como si fueran un vaso de arcilla, y esta voz decía así: *Y ahora, entendedlo ¡oh Reyes! y enseñaos los que juzgais la tierra* (1).

† Jacinto María,  
OBISPO DE LA HABANA

## INTRODUCCION,

La acción de la Providencia es tan evidente en la historia de la humanidad, como inflexible la ley de la justicia de Dios sobre los que infringen sus preceptos ó tratan de oponerse á sus designios. La lucha entre el bien y el mal; el premio de los que en ella vencen, y el castigo de los que quieren ser vencidos, tal es el compendio de la historia de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los siglos.

El pecado de nuestros primeros padres rompió la armonía perfecta de la creación. La palabra de Dios había señalado al primer hombre

(1) Salmo II, vers. 10.

el camino del bien y del mal, prometiéndole el premio y conmiatndole con la pena. El hombre cerró sus oídos á la palabra de Dios para abrirlos á la seducción del genio del mal, y al rebelarse contra su Creador, atrajo sobre sí y sobre todas las generaciones llamadas á recoger su herencia, la mancha del pecado y la maldición del Eterno.

Pero Dios, que levantó la espada de su castigo contra su rebelde criatura, extendió al mismo tiempo su mano misericordiosa, infundiéndole la esperanza de la rehabilitación.

Los hombres encendieron de nuevo con su maldad la hoguera de la venganza divina, y Dios, *arrepentido* de haber criado al hombre, exterminó á la humanidad en el diluvio, preservando únicamente al justo Noé y á su familia.

*Habiendo muerto todo en lo que habia aliento de vida* (1), y renovada la faz de la tierra, bendijo Dios á Noé y á sus hijos, é hizo alianza con el género humano. Una vez más los hombres rompieron la alianza con su Dios, pretendiendo levantar una torre tan alta como su soberbia; y

(1) *Genes.*, cap. VII, vers. 22.

confundidos en Babel, se dispersaron por todo el mundo.

Las ciudades de la Pentápolis fueron destruidas por el fuego del cielo, en castigo de sus nefandos crímenes.

Paraon y los egipcios trataron de aniquilar al pueblo escogido de Israel, y al poco tiempo el Egipto fué afligido por las diez plagas, y su Rey pereció, con todo su ejército, en las aguas del mar Rojo.

Finalmente, las tradiciones del piadosísimo Noé, depositadas en el arca del diluvio, pasaron á ser patrimonio de un pueblo que las llevó consigo, simbolizadas en el arca de la alianza. Aquel pueblo, regido directamente por su mismo Dios, se rebeló también contra su Dios y Señor, cuando debía recibirlo en su seno hecho Hombre; y apostataando de su fé cuando ésta iba á recibir el complemento que esperaba, y que le habian anunciado sus Profetas, desaconció á su Salvador y le clavó en una cruz. Aquel pueblo vió que al firmar la sentencia de muerte contra Jesucristo habia firmado su propia sentencia, porque, disperso por todo el globo, no ha podido aún recobrar su independencia, reconstruir su ciudad, ni reedificar su templo.

La Sinagoga desaparecía para siempre, mientras se levantaba un nuevo edificio, la Iglesia, que jamás será destruida. El pueblo judío recibía su castigo, al mismo tiempo que se rescataba el mundo.

La Sagrada Escritura contiene otros muchos pasajes que comprueban la acción de la Justicia divina en la historia de la humanidad, y consigna los horribles castigos á que se hicieron acreedores los que cerraron sus oídos á la palabra de Dios.

El rebelde Abiro; el fratricida Abimelech; el incestuoso Absalon; el apóstata y traidor Jeroboam; Achab, rey impío de Israel; el blasfemo Senaquerib; Aman, el enemigo capital del pueblo judío; el sacrilego é impío Baltasar; el cruel y soberbio Nabucodonosor, y otros que pudiéramos citar, todos sufrieron el castigo que merecían, y que á muchos de ellos les anunciaron los Profetas.

Pasarán los hombres y los pueblos; pasarán los siglos y las naciones; pasarán los cielos y la tierra, pero la palabra de Dios permanecerá para siempre; y ¡ay de aquellos que la desoigan ó se opongan á su cumplimiento, porque serán aniquilados bajo el peso de una maldición divina y eterna!

En el libro de los *Proverbios*, cap. XII, se lee lo siguiente:

28. *En la senda de la justicia está la vida; mas el camino extraviado conduce á la muerte,*

El libro de la *Sabiduría*, en su cap. IV, dice, hablando de los impíos:

10. *Y después de esto morirán sin honor y estarán con infamia para siempre entre los muertos; porque los hará estallar hinchados sin voz, y los trastornará desde los cimientos, y serán desolados hasta el extremo, y estarán gimienáo, y su memoria perecerá,*

En el salmo XXXVI se lee también lo que sigue:

35. *Vi al impío sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Líbano.*

36. *Y pasó, y hé aquí que no existía; y lo busqué no fué hallado el lugar de él.*

En el salmo CIV se encuentran también las siguientes palabras:

15. *No toqueis á mis ungidos, y no hagáis mal á mis Profetas.*

Por último, en el *Levítico* y en el *Deuteronomio*; en el libro de los *Paralipómicos*, en el de los *Proverbios* y en la profecía de Isaías están consignados los terribles castigos con que amenaza Dios á los que infringen sus mandamientos,

y que se ejecutaron en muchos personajes y pueblos, según lo atestiguan muy especialmente los libros de los *Reyes*, los de los *Paralipómenos* y otros de la Sagrada Escritura.

Así, pues, bien podemos exclamar con los hechiceros de Faraón: *¡Dado de Dios es este!* Aquí está la mano de Dios (1).

Tal es la historia de la Iglesia desde el pecado de Adán bajo la Ley antigua; y durante la nueva Ley, desde la redención del hombre por la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo hasta nuestros días.

La acción de la justicia y de la venganza de Dios ha sido reconocida siempre por todos los pueblos, cualesquiera que hayan sido su religión y sus creencias, pues la historia nos ha transmitido las ceremonias y sacrificios que han celebrado los hombres desde los tiempos más remotos para aplacar la cólera divina.

“No creáis, dijo Platón, que podréis escapar á la venganza de los dioses, porque ni seréis tan pequeños que os podáis ocultar sobre la tierra, ni bastante grandes para lograr escalar el cielo, sino que sufriréis la pena que merecéis, ó en es-

(1) *Erod.*, cap. VIII, vers. 10.

te mundo, ó en el otro; en el infierno ó en otro lugar todavía más terrible, á donde seréis tras portados despues de vuestra muerte.”

Eurípides, en su tragedia *Orestes*, dice, hablando de la Divinidad, que obra lentamente, porque esa es su naturaleza; y Horacio, á pesar de pertenecer á la escuela de Epicuro, escribió tambien estos elocuentes versos:

*Sæpe Diespiter neglectus  
Incessó addidit integrum  
Raro antecedentem eoslestum  
Deservit pede panna claudo.*

(HORAC. III. O4. 2.)

Tertuliano anunció tambien esta verdad á Scápula prefecto de Africa, cuando lo escribía: “Lájos de nosotros la idea de vengarnos de nuestros perseguidores. Dios tendrá buen cuidado de esto. La sangre de los cristianos caerá sobre las cabezas de los que la han derramado.”

“Dios se venga, escribía San Cipriano á otro de aquellos fariseos procedentes: no lo reconocéis en todos esos azotes que os afligen! Jamás se ha ejercitado la crueldad contra el pueblo cristiano, sin que Dios haya hecho estallar sus venganzas.”

San Justino usó del mismo lenguaje; y la historia en general, y muy especialmente la de la Iglesia, confirman plenamente la verdad, tanto respecto de la Ley antigua como de la nueva Ley, por que ambas constituyen la Iglesia de Jesucristo.

Lactancio Firmiano escribía en el cuarto siglo de la Iglesia un tratado *De la muerte de los perseguidores*, en que demostraba el trágico fin de los enemigos del Altísimo y de su Cristo.

Pío VII, apenas elegido por el Cónclave de Venecia, hablando con el marqués Gaisiari, embajador de la corte de Viena, acerca de las tres Legaciones de Ferrara, Bolonia y Ravena, que Austria no quería cederle, dijo de esta manera: "Piénselo bien el Emperador; advierta que poniendo en su guardaropa vestidos que no son suyos, sino de la Iglesia, no solo no podrá servirse de ellos, sino que además comunicarán la polla á los suyos."

Ferreri, diputado de la revolución italiana, no pudo ménos de exclamar, en la sesión de la Cámara de los diputados de 27 de Mayo de 1860: "He visto que cuantos combaten al Pontificado acaban mal!" En la sesión de 23 de Marzo de 1861 dijo tambien: "Roma es fatal para los Reyes; el último que tuvimos no pudo

tocar á ella, y el deseo que tuvo de adquirirla le fué muy funesto; vosotros debéis hacer que este deseo sea ménos funesto para la actual familia reinante."

"No sé qué es lo que tiene, ha dicho Thiers, *la carne de Papa*, qué todo el que la come, revienta."

"Abrid la historia, dice Oréliean-Joly (1), recorred el reinado de un enemigo de la Iglesia, de un usurpador de su patrimonio, bien sea éste el emperador de Alemania Enrique IV, ó el emperador Federico II, y asistiréis inevitablemente á uno de esos deplorables espectáculos que llenan la imaginación de espanto. El príncipe anatematizado, despreciando á Dios con una monstruosa serie de maldades, declara en semejantes circunstancias una guerra parricida contra sus rebeldes hijos y contra la Santa Sede. Encuéntranse á cada paso muertes terribles, conjuraciones sin fin, locas impiedades, ódios concentrados y vengativos, que en pleno Cristianismo traen á la memoria á los más feroces Atridas."

(1) *La Iglesia romana frente á la revolución*, tomo I, pág. 222, segunda edición.

Y, en efecto, Dios ha estado siempre con su Iglesia desde Adán, y lo estará hasta la consumación de los siglos, según se ha conseguido y profetizado en los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura:

15. *Y habitaré en medio de los hijos de Israel y será su Dios (1).*

12. *Andaré entre vosotros, y será vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo (2).*

27. *Y tú no temas cierto mío Jacob, y no te asombres, Israel; porque he aquí que yo te libraré de lo lejos, y á tu linaje de la tierra de tu cautiverio y se volverá Jacob, y reposará, y será prosperado; y no habrá quien le espante (3).*

18. *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, (4).*

20. *Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre allí estoy en medio de ellos (5).*

Esta es la palabra divina, confirmada constantemente por la historia.

(1) *Exod.*, cap. XXXIX.

(2) *Levit.*, cap. XXVI.

(3) *Profec.* de Jerem., cap. XLVII.

(4) Evangelio según San Mateo, cap. XVI.

(5) *Idem.*, id.

La Iglesia de Jesucristo, bajo la Ley antigua, fué perseguida en el pueblo judío, que la representaba, por muchos y poderosos enemigos; pero Dios estaba con su pueblo, y sus enemigos fueron aniquilados.

La Iglesia de Jesucristo ha sido también perseguida bajo la nueva Ley en la persona de los Romanos Pontífices, de los Obispos, de los sacerdotes y del pueblo cristiano, que constituyen esa sociedad divina; pero Jesucristo está con su Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

El infierno ha ensayado todos los medios que le ha sugerido su malicia para combatirla; pero la Iglesia ha salido siempre triunfante de todos sus enemigos.

El martirio y la muerte de los fieles; el cisma y la herejía; la usurpación de la soberanía espiritual; el despojo de los bienes consagrados al sostenimiento del culto y de sus ministros; la demolición de los templos; la supresión de las Ordenes religiosas; la limitación de sus derechos y privilegios, y, finalmente, la usurpación del poder temporal del Papa, tan necesario para el ejercicio de su supremacía espiritual: tales son las armas que se han empleado para destruir la Iglesia de Dios, que, firme é inquebrantable, ha

aparecido tanto más pujante y vigorosa cuanto más encarnizada y terrible ha sido la persecucion.

En esta espantosa lucha, en que no ha habido tregua ni descanso, se han empleado simultáneamente contra la Esposa de Jesucristo, y durante diez y nueve siglos, toda clase de persecuciones; pero siempre y en épocas determinadas ha predominado alguna de las diversas formas adoptadas por sus enemigos para combatirla.

La primera persecucion fué la de los Emperadores paganos, y se dirigia principalmente contra la vida de los pobres fieles que profesaban el Cristianismo. Esta persecucion, iniciada por Nerón, duró tres siglos, é inundó de sangre inocente el vastísimo imperio romano, donde fué semilla fecunda que, arrojada en terreno fértil, aumentó tan prodigiosamente el número de los fieles, que cuando con la paz de Constantino cesó el temor, resultó que casi todos los ciudadanos romanos profesaban el Cristianismo.

Todo el poder de aquel imperio omnipotente é invencible no bastó á contener los progresos de la doctrina de un hombre muerto en afrentoso suplicio, y predicada por doce discípulos oscuros, ignorantes y desconocidos.

El prodigio fué tanto más grande, cuanto que aquella doctrina venia á destruir la religion del imperio, su civilizacion, sus costumbres, su filosofía; venia á derribar el Capitolio, para levantar sobre sus ruinas el edificio de la Iglesia, venia á cerrar las puertas de la Sinagoga para abrir las de millares de templos.

Los pontífices y los sacerdotes de la antigua Ley y del gentilismo, los Emperadores romanos y los soberanos todos, el Senado, los sabios y el pueblo, se levantaron en vano para destruir la Iglesia naciente. Su Fundador y Maestro, aquel Hombre que murió clavado en una cruz sobre el Calvario, era el Dios Hombre; aquellos discípulos tan humildes y rudos eraa sus apóstoles, iluminados por el Espíritu Santo, y el Evangelio fué grano de mostaza, que en pocos años llenó con sus raíces toda la tierra y extendió sus ramas por todo el globo.

“Nosotros somos de ayer, decía Tertuliano, y ya llenamos vuestras ciudades y vuestros campos, vuestros ejércitos y consejos, el palacio, el Senado y el foro: lo que únicamente abandonamos es vuestros templos. Nosotros tomamos parte en vuestro comercio, en vuestros tratados y en todas vuestras juntas, ménos en las supersticiones del Capitolio, en la licencia del circo y

en las crueldades del año último. Sin nosotros, el imperio sería un desierto; y vosotros, conestados en el silencio y atariminto de la ciudad, miraríais vuestra soledad con horror."

"Esta mudanza prodigiosa, dicen los Santos Padres, no se limita á un solo pueblo, ni á un solo imperio: no solo los romanos, sino los persas y los indios, los árabes y los escitas, el mediodía abrasador, y el helado septentrion, destruyen ó purifican sus templos, destrozan sus ídolos y abandonan sus fiestas impías y sus impuros sacrificios, para sustituirlos con otras nuevas solemnidades. Desde Oriente á Poniente, y de un cabo á otro cabo del mundo, se adora con sinceridad, según lo predijo el Profeta, al verdadero Dios, y se le ofrece en todas partes la Víctima sin mancha."

"¡Qué maravilla, exclamaba San Juan Orsónimo, es ver á tropas de judíos y á tantos otros pueblos, adorar á un Hombre condenado á muerte por ellos mismos como un malhechor! ¡Qué maravilla ver la cruz, que ántes era una señal tan ignominiosa, y hoy es más honrada que el estro y la diadema! Horrorizan los egipcios y las uñas de hierro destinadas para atormentar á los criminales; y siendo la cruz más horrible y más infame que todos aquellos instrumentos de

suplicio, y estando reservada para el castigo de los esclavos y de los bárbaros, hasta el punto de que los magistrados se hacían culpables si condenaban á muerte de cruz á un ciudadano romano, hoy, sin embargo, la vemos reverenciada por todo el universo. Todos hacen la señal de la cruz en su frente, y quisieran imprimirla en su corazón; la cruz brilla en los templos sobre los altares, en las más augustas ceremonias, y en las habitaciones mudanas como en los asilos de la Religión. Se ve levantada en triunfo en el remate de los palacios, en las puertas de las ciudades, en los monumentos públicos, y se fija hasta en los trofeos."

En vano agotaron su monstruosa crueldad los Nerones, Domicianos, Maximianos y Dioclecianos para contener la invasión de la Buena Nueva, que inundaba ya todo el imperio; porque si grande fué su rigor y terrible la persecucion, aun fué mayor la constancia de los mártires y el heroísmo de los cristianos.

En vano parecieron en los más horribles suplicios doce millones de fieles de todas edades y condiciones; en vano se les calumnió y se les declaró enemigos de los dioses y del imperio, porque al cabo de tres siglos la cruz fué fijada en los estandartes de las legiones romanas, el imperio

dió la paz á la Iglesia, y los Emperadores cedieron su silla á los sucesores de San Pedro.

La Iglesia habia vencido al imperio; habia triunfado de la fuerza en aquella guerra que podemos llamar exterior; pero el infierno suscitó una nueva guerra, dirigida principalmente contra la doctrina y contra la paz interior de la Iglesia. Entónces comenzó la segunda persecucion, que fué la de los cismas y herejías.

Juliano el Apóstata, Valente y Egenio, Valdegardo, Hunerico y Dunaan, Correas II, Constantino VI y otros, renovaron las crueldades de las diez persecuciones de los Emperadores paganos, como si pretendieran acabar por el fuego y por el hierro con la raza de los cristianos; pero la pureza é integridad del dogma y la autoridad de los Pastores del rebaño de Jesucristo fueron en esta segunda época el blanco de los ataques de sus enemigos, que emplearon principalmente contra ella las perturbaciones de la herejía y del cisma.

Así fué que por una parte aparecieron Arrio, Donato, Joviniano, Pelagio, Nestorio, Eutiques, Sergio, Leon Isáurico, Focio y otros muchos, que combatieron los dogmas fundamentales del Cristianismo, y por otra Timoteo de Eluro, Gregorio de Capadocia, Macadonio, Jorge de Oapa;

docta, Timoteo, los antipapas Pascual y Constantino y otros muchos, y hasta el mismo Focio, que llevaron el cisma á innumerables Sillas episcopales, y aún al mismo Pontificado.

Grandes fueron los males que este nuevo género de persecucion causó á la Iglesia; pero si la lucha fué larga y empeñada, los resultados no pudieron ser más favorables para la propagacion y preponderancia del Cristianismo.

En aquella época tan funesta, pero mucho más gloriosa para la Iglesia; celebráronse los Concilios de Nicea, primero de Constantinopla, el de Efeso, Calcedonia, segundo y tercero de Constantinopla, y segundo de Nicea, que definió los dogmas de la Santísima Trinidad, divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, las prerogativas de su humanidad, la maternidad divina de la Virgen, la procesion del Espíritu Santo, las obras de la gracia, y el culto de las sagradas imágenes.

En aquella misma época florecieron Papas tan grandes como San Silvestre, San Leon Magno y San Gregorio el Grande, y Doctores tan santos y tan sabios como San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Basilio y otros muchos Padres griegos y latinos.

La Iglesia adquirió entónces en la sociedad el predominio que la dieron la ilustración sobre la barbarie, y el espíritu de conservación de la civilización cristiana, amenazada por la preponderancia del Oriente. El Pontificado había educado á las naciones nuevas en su infancia, salvado su libertad y consolidado las monarquías que se acogieron á su amparo; pero aquellos mismos pueblos y Monarcas que lo debían todo á la Iglesia, pretendieron sacudir como ominoso yugo la tutela salvadora de que tanto necesitaban, y estalló la tercera persecución, conocida en la historia con el nombre de guerras entre el Sacerdocio y el Imperio. Y, en efecto, la monarquía se rebeló contra el Pontificado, y abusando de su poder y de su fuerza, no solo atentó contra la sagrada persona de los Sumos Pontífices, sino contra su soberanía temporal, y aun contra su autoridad espiritual, ya usurpando sus atribuciones, ya arrojándolos de la Santa Sede para poner en su lugar falsas Papas, que aumentaron á los males de la guerra las perturbaciones del cisma.

Enrique IV, Enrique V, Federico I y II, y Luis IV en Alemania; Enrique en Cerdeña y Felipe IV en Francia, fueron los instrumentos que empleó el infierno contra la Esposa del Cordero, perturbando la paz pública y la tranquili-

dad de las conciencias, haciendo apurar hasta las heces el cáliz de la amargura á un gran número de Papas, víctimas muchos de ellos del martirio, y preparando el terreno para la guerra más infame y más encarnizada de cuantas se han sostenido contra la Iglesia: la guerra de la Protesta.

La soberbia y la lascivia, la ambición y la mala fé juntáronse para echar los cimientos de la nueva obra, fomentada despues por la ambición de los príncipes, por la corrupción general de todos los pueblos y de todas las clases, y por el general extravío de las ideas, que ha precedido siempre á todas las grandes catástrofes que registra la historia.

Así fué: arrojaron la pernicioso semilla algunos frailes apóstatas, de espíritu levantisco y de pasiones violentas, nacidos para los azares de una vida disipada más que para las austeridades de los claustros; y, proclamándose iniciadores de una Reforma que solo podría realizar la Iglesia, no hicieron sino aumentar los males y los abusos que habian de corregirse en Trento, y hacer extensiva la Reforma á la doctrina que alteraron de mil maneras, sin otro resultado que producir una revolucion fundamental en las ideas, una perturbacion horrible en el órden re-

ligioso, político y social, y una multitud de guerras religiosas, que durante muchos años empaparon en sangre el suelo de casi toda Europa.

Hubo entonces muchos religiosos que escaparon de sus claustros, y muchos clérigos y párrocos que apostataron también; y abandonaron sus iglesias ó comenzaron á predicar á los fieles la nueva doctrina. Jamás afligió á la Iglesia defección tan grande, ni se vió nunca que herejía alguna hiciese tan rápidos progresos, por las pasiones de unos, por la ambición de otros, por los celos ocultos que entonces padieron estallar sin reboso, y por la decidida protección que prestaron á la herejía muchos príncipes, ansiosos de reunir en su mano los dos poderes, y de alzarse con los esantionísimos bienes que poseía la Iglesia.

El estandarte de la rebelion se había levantado en nombre de la Reforma, y al grito de libertad religiosa; pero al cabo convencidos en Europa de que los pretendidos reformadores no hicieron otra cosa que complicar la situación de por sí ya difícilísima, y que los que se llamaban libertadores de las conciencias solo aspiraban á erigirse en tiranos, para imponer por la fuerza su herética doctrina.

Así lo hicieron, entre otros, Calvino en Ginebra, Isabel en Inglaterra, los hugonotes en Francia, y los wicelietas en Bohemia.

Muchas ciudades y algunas naciones enteras de Europa lograron al fin sustraerse á la obediencia de la Santa Sede y á la autoridad de los Papas, para someterse á la tiranía de los que se erigieron falsos Pontífices de una religión tan herética y disolvente como abominable.

Aquella rebelion fué la señal para que por todas partes se levantaran falsos apóstoles: predicando las más extrañas doctrinas y resucitando todos los errores con que se había combatido á la Iglesia desde los primeros siglos.

Pero la Protesta no fué solamente la aparición de una herejía nueva, fué un levantamiento de los legos contra el clero, levantamiento que demostró palpablemente no puede desconocerse la distincion fundamental que existe entre los clérigos y los simples fieles, sin quebrantar los fundamentos mismos de la Iglesia, de su constitucion, de su disciplina y de sus dogmas.

Las causas generales que prepararon la Protesta, unidas á las consecuencias de la guerra de la independencia sostenida por la Confederacion helvética, hizo se cumpliera la profecía del bienaventurado Nicélsa de Flus, que al ver los cri-

menes que afligien á su espíritu, anunció en la Dieta Stanz la futura apostasía de Suiza.

Algunos años despues se efectuó el vaticinio de aquel varon piadosísimo con la aparicion de Zuinglio en Suiza, casi al mismo tiempo que Lutero echaba los cimientos de la Reforma en Sajonia.

La nobleza primero, y luego el pueblo, fueron los que protegieron aquella sedicion impia, que redundó al fin en provecho de los príncipes, quienes, secundados por los herejes, instituyeron un despotismo sin ejemplo en lo temporal y en lo espiritual, iniciando contra la Iglesia una persecucion sangrienta.

El fanatismo herético, que es el peor y más violento de los fanatismos, se poderó entónces de los novadores, que se abandonaron á las mayores locuras y ejecutaron los crímenes más horrendos.

La interpretacion de la Sagrada Escritura, entregada á la oscura inteligencia de un pueblo ignorante y corrompido, produjo sus efectos naturales.

Aquellos fanáticos confesábanse unos á otros, y denunciaban públicamente sus pecados, dando una torcida interpretacion á las siguientes palabras de Santiago: "Confesad pues: vuestros pe-

cados uno á otro . . . (1)." Las mujeres se ocupaban con sus maridos, los maridos con sus mujeres, y cuando aquellos se acusaban de adúltero, sus esposas, en vez de darles la absolucion pedida, gritaban con furor: *¡Que te la dé el diablo!* Las mujeres se sentaban en camisa en medio de las calles é imitaban los juegos infantiles de los niños, porque estaba escrito: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos* (2). Algunos quemaban la Sagrada Biblia, porque escrito está: *La letra mata, el espíritu vivifica* (3). Las jóvenes se cortaban el cabello, para cumplir en parte aquellas palabras del Señor: *Si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y bécala de ti* (4). Los enfermos no buscaban remedio: para sus dolencias, porque *sin la voluntad de Dios no puede caer un cabello de nuestra cabeza*; y finalmente, se hacía un abuso tan ridículo y tan escandaloso á la vez de las palabras *morir y renacer en Cristo*, que las gentes se arrojaban al suelo y contenian su respiracion cuanto podian, con lo cual crecian

(1) Epíst., cap. v. vers. 16.

(2) Evangelio según San Mateo, cap. XVIII, vers. 3.

(3) Epíst. II de S. Pablo á los Corint., cap. III, ver. 6.

(4) Evangelio según San Mateo, cap. v, vers. 30.

haber muerto en Cristo; y luego, haciendo como que salían de un éxtasis, ejecutaban mil locuras, que hacían pasar por inspiraciones divinas, y á esto llamaban *renacer en Cristo*. De aquí resultaron tantos extravíos, tantas locuras y tantos crímenes, que el Consejo de Saint-Gall tuvo que prohibir al *morirse*, bajo penas severas. Baste decir que creían ejecutar la órdenes del cielo entregándose á los mayores desórdenes y cometiendo hasta adulterios y asesinatos. A tal punto llegó, en fin, el fanatismo de aquella fe insensata, que un tal Leonardo Schagger, de San Jorge, cerca de Saint-Gall, cortó la cabeza á su propio padre, y que doscientos anabaptistas de Tejen esperaron, divididos en tres grupos, que Dios les enviase el maná desde el cielo hasta que el hambre los dispersó.

A pesar de tamañas locuras, la nueva doctrina hizo tan rápidos progresos, que en poco tiempo logró enseñorearse de muchas ciudades y de algunos Estados, principalmente en Alemania y Suiza.

Entonces comenzó una persecucion nueva, tan terrible y sangrienta como ciega era el fanatismo que la encitaba.

De la violacion de los sepulcros de los Santos, de los templos, de los monasterios y de cuanto

conforme á la tradicion de los Apóstoles era considerado como santo, se pasó á la expulsion de los católicos del suelo nativo y al cúmulo de violencia e brutales y de crímenes que hicieron abominables la dominacion de Calvino en Ginebra, de los husitas y anabaptistas en Bohemia, de Enrique VIII é Isabel en Inglaterra y de los hugonotes en Francia.

Lutero excitó al Emperador y á los nobles á lavar sus manos en la sangre de los Papas y de los Cardenales: Zuinglio aconsejó se impidiese la exportacion de víveres para los cantones católicos, y Calvi no inauguró en Ginebra, donde encendió repetidas veces la hoguera para quemar á sus adversarios, una tiranía teocrática, que algunos historiadores no han vacilado en llamar reinado del Terror.

Las *Memoires de Picot* y los *Archives Oubliées* de Cimber y Danjon ofrecen á nuestra vista el cuadro de las abominaciones cometidas entonces en Francia por los calvinistas.

¿Quién no recuerda las ejecuciones de Serveto y Carlostadio; las profanaciones de Saint-Gall; el asesinato de los consejeros de Praga, arrojados desde las ventanas de las casas consistoriales al furor popular; la sangrienta persecucion que sufrieron los católicos ingleses por

parte de Enrique VIII é Isabel; la conjuración de Amboise, la violación de conventos é Iglesias en Orleans, Montpellier, Nimes, Montauban, Pamiers, Lisieux, Amiens, Meaux y Paris; la matanza de tres mil católicos en Orthes; el Martirio de los docecientos sacerdotes en Salat Sever, y todos aquellos excesos de los calvinistas que prepararon en Francia la noche de San Bartolomé! ¿Quién no apartará con espanto la vista de la repugnante figura de Briquemaut laciendo su collar de orejas de sacerdotes, y quién no recordará con horror los nombres de Lutero, Coligny, Berquin, Tomás Cromwel, Juan Hus y del sanguinario Zisca!

Los que tanto declaman contra la Inquisición y sus hogueras, exámenes, sin prevenciones que inducen á error, la historia de la Protesta en Suiza, Alemania, Inglaterra y Francia, y verán que los católicos sufrieron allí una inquisición cuyos crímenes exceden con mucho en brevisimo período á las ejecuciones que con todas las formalidades de la legislación civil vigente entonces se llevaron á cabo por el brazo secular en las causas de que conoció el Santo Oficio desde su creación hasta que fué suprimido. El Santo Oficio al cabo era un tribunal establecido por el legislador respondiendo á la suprema necesi-

dad de la época, y que funcionaba legalmente; pero la inquisición de los herejes era únicamente en tribunal de hecho sostenido por la fuerza, y que no tenía otra organización ni otra ley que el capricho, la conveniencia, el espíritu de venganza ó la herética intolerancia de los que, erigiéndose en adalides de la libertad religiosa, abasaron despues de su poder para tiranizar á los pueblos y esclavizar las conciencias.

Tal era en la práctica la libertad que predicaban los novadores. Las consecuencias de los nuevos principios políticos no fueron ménos funestas para la Iglesia y para la libertad verdadera. Inglaterra promulgó entonces el Código penal de Irlanda y el acta de Test; los Estados Escandinavos prohibieron á los católicos establecerse en Suecia, Noruega y Dinamarca, y Alemania hizo prevalecer el bárbaro principio de que los soberanos podian imponer su religión á sus súbditos.

Al mismo tiempo, los principios fanstos de la soberanía territorial protestante fueron adoptados por algunos Monarcas católicos á vilos de dominación, que en aquella perturbacion general habian perdido la idea de la moral y del derecho.

La Iglesia, por consiguiente, fué combatida en esa época abominable por la herejía en sus dogmas, por la tiranía de los novadores en la libertad de sus hijos, y en su soberanía por el cesarismo de los príncipes católicos.

Así fué que Luis XIV, al mismo tiempo que perseguió á los hugonotes, oprimió á la Santa Sede, que le había advertido que el Salvador había enviado Apóstoles y no dragomanes para convertir á las naciones, y que le dió una nueva prueba de su firmeza cuando el Pontífice Inocencio XII respondió al mismo Rey Cristianísimo que "el Papa estaba dispuesto á morir mártir."

La conducta de la Iglesia en una época tan funesta fué la misma que ha empleado siempre contra sus enemigos, y que está compendiada en las palabras que acabamos de citar: la prudencia y la persuasión con los que espera atraer á su seno, la firmeza y la justicia contra los contumaces que, desoyendo sus paternales avisos, persisten en combatirla.

Como Dios había permitido la aparición de la Protesta para purificar á su Iglesia con la lucha, mas no para destruirla, la lucha fué terrible y empeñada, pero al cabo la barca de Pedro salió inclume de la deshecha tempestad, mientras

los elementos que se habían combinado para combatirla chocaron despues unos con otros, dividiéndose en innumerables partidos.

En efecto: el protestantismo, siguiendo el principio del *libre examen* proclamado por Lutero, se fraccionaba aun en vida de este herejiarca, en padre natural, en treinta y cuatro sectas que se combatian y desacreditaban mutuamente, y solo estaban acordes en su odio al Catolicismo y en su constante propósito de perturbar el orden religioso, político y social de Europa.

La Iglesia, por el contrario, cumpliendo su mision divina sobre la tierra, y conservando esa unidad inquebrantable con que Dios la ha favorecido siempre, acudía á todas partes para contener los progresos del protestantismo, consolidaba el dogma y realizaba la reforma de la disciplina en Trento, causando la admiracion del mundo por la armonía, el celo y la sabiduría de sus miembros; fundaba los órdenes religiosos de los capuchinos, trinitarios, barnabitas, escolapios y otros, hasta el número de cien y nueve, en España, Francia é Italia; enviaba millares de misioneros á predicar el Evangelio en América, y empleaba toda su influencia y su poder para yponerse á las investigaciones de los turcos,

salvando así la libertad de Europa y la civilización verdadera.

“En la corte romana, dice el protestante Park (1), cuantos hombres se distinguieron en política, administración, ciencias, literatura y artes, tuvieron el mismo carácter de austeridad religiosa. La Iglesia reanubaba con su hilito benéfico las fuerzas vitales extinguidas ó extrañadas, y daba al mundo un espectáculo enteramente diverso. ¡Qué inmensa actividad! Roma absorbe al mundo entero, penetra al mismo tiempo en las Indias y en los Alpes y envía representantes y defensores á Thibet y á Escandinavia. Y en medio de aquella escena ilimitada se la ve por todas partes jóven, vigorosa é infatigable. El impulso que daba al centro se comunicaba acaso con más fuerza y eficacia á los operarios de los países más lejanos.

En aquel memorable siglo XVI aparecieron varones tales como San Juan de Dios, San Francisco Javier, San Carlos Borromeo, San José de Calassanz, Bartolomé de los Mártires, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Pedro de

(1) *Historia del Pontificado*,

Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus y otros muchos innumerables.

En aquel memorable siglo XVI floreció también San Ignacio de Loyola, fundador de la inmortal Compañía de Jesus, baluarte inexpugnable de la Iglesia, escallero de Santos y de sábios, tan odiada de los impíos como perseguida por gobiernos inicuos, y tan escarnecida por los enemigos del Catolicismo, como digna de veneración y de respeto para los amantes de la Iglesia y de la civilización verdadera.

Pero el mal gravísimo que produjo la Protesta no fué la persecucion que suscitó en el siglo XVI, sino que á ella se deben todas las demás que se han sucedido, incluída la revolucion científica, política y social que viene agitando al mundo hace más de un siglo, representada por por el indiferentismo en religion, el filosofismo en la ciencia y el liberalismo en la política, que son los grandes males de nuestra época.

A la Protesta se deben, sin duda alguna, al corrupcion general los costumbres la impiedad de los enemigos de la Iglesia, la tibieza de los fieles, el regalismo la falsa filosofía, la falsa piedad, representada por el jansenismo; la falsa ciencia, personificada en la Enciclopedia, y la falsa libertad, compendiada en el liberalismo y comunismo;

Proclamada la libertad religiosa, se trató de establecer la libertad en la política, en la ciencia, en el trabajo, en el comercio; y á tanto se ha querido llevar la libertad, que se ha proclamado hasta el amor libre.

La soberbia, la ignorancia, las pasiones y hasta los crimenes reclamaron á la vez su libertad, concluyeron por obtenerla, y Europa y el mundo, al ver que la libertad de todos cohibía la libertad de cada uno, se han convencido de que cuanta más libertad se proclamaba, se disfruta de menos libertad.

Combatida la sociedad en sus más sólidos fundamentos, el principio religioso y el principio de autoridad, el protestantismo produjo sus naturales consecuencias.

Desde el momento en que se proclamó el libre exámen, fueron sometidos á análisis todos los misterios y dogmas de nuestra Religión, dando por resultado que la razón humana, impotente para comprender las sublimes verdades reveladas, las rechazase en su soberbia consagrándose á una filosofía que, careciendo de su base principal, el verdadero conocimiento de Dios, tenía que dar los mismos resultados que dió la filosofía griega,

“No mucho despues de la renovacion de las Artes y de la Filosofía en la Europa, dice el P. Ceballos (1), comenzó esta ciencia á ser molesta, por imitar la soberbia de los griegos sus renovadores. Ella de sí es utilísima y preciosa; pero sin el temor de Dios, vs, sin principio ni lastre, á volcarse y romperse contra muchos escolllos.”

Tal fué el origen y el carácter de la pseudo-filosofía, que como parto monstruoso del protestantismo nació en Inglaterra y en Holanda, que eran los pueblos más protestantizados de Europa.

“Como Francia, dice Sotto-Mayor (2), era entonces uno de los países más demoralizados de Europa, el filosofismo se estableció allí fácilmente, donde como en vastísimo arsenal forjó y templó sus armas para la conquista del universo. Los Prelados franceses gemían constantemente, condenando una infinidad de libros de todas tamaños y de todas materias que circulaban por todas partes con increíble rapidez. La literatura filosófica, ligera y superficial, pero espiritua-

(1) *La falsa filosofía*, tomo I, disertacion histórico-oritica, art. IV.

(2) *AEgrija catholica romana é or seus perseguidores*, cap. VI, párrafo II.

lista; plegada de obscenidades más ó ménos difrazadas, salpicada de epigramas y de frases de efecto, y sin respetar las cosas más agradas, penetraba en el seno de las familias, desde el palacio de los grandes hasta la modesta habitación de las clases humildes, donde depositaba el gérmen de la incredulidad, ó por lo ménos el de la duda. La impiedad y la blasfemia eran escuchadas con aplauso, haciendo las principales delicias de aquellos aristocráticos salones, herederos del lujo deslumbrador del reinado de Luis XIV y de la descarada corrupción de la regencia de Felipe de Orleans.

“Europa se había acostumbrado á recibir de Francia el alimento del espíritu. El culto reinado de Luis XIV había consolidado la supremacía de la literatura francesa, y la lengua de Corneille y de Racine comenzó á ser desde entonces como una lengua universal. Estas circunstancias fueron muy favorables á la propagación de las impías doctrinas del filosofismo. Reyes, ministros y Grandes saturáronse de veneno y se unieron al cortejo de los libre-pensadores. Gustavo III de Suecia, Estanislao Poniatowski de Polonia, Cristian VII de Dinamarca, José II de Austria, el rey de Nápoles, el Gran Duque de Toscana, los ministros Kaunitz, Jeuning, Choi-

seul Tauucci, Aranda y el marqués de Pombal, bebieron en los principios de la nueva escuela filosófica la idea predominante de sus reformas, que era la destrucción del Catolicismo y el aniquilamiento de la Iglesia. Había llegado el tiempo de exclamar con el Profeta: *Astiterunt Reges terræ et Principes convenuerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus!*”

¿Quién podrá calcular los gravísimos males que produjo en Francia y en el mundo todo aquella insensata revolución filosófica, y á quién se ocultará que debió su origen á la Protesta, y que ella á la vez fué uno de los eslabones de esa cadena de esclavitud con que se ha pretendido ahogar á la Iglesia, y que ha ido prolongándose con esos nuevos eslabones llamados galicanismo, regalismo, jansenismo y liberalismo, para terminar en la abominable revolución que hoy nos oprime, y aflige á los pueblos todos, formando como el compendio de todas las persecuciones con que ha sido combatida la Iglesia!

Preparada así la guerra por los filósofos impíos y por los *sábios* enciclopedistas, estalló la lucha. Los Reyes filósofos, jansenistas y regalistas dieron la señal, y José II en Alemania, Leopoldo en Toscana, Carlos III en España y el marqués de Pombal en Portugal, comenzaron á

aprovecharse de aquella liga fraguaba contra la Iglesia invadiendo su autoridad divina de una manera tan hipócrita como insana.

Aquellos monarcas levantaron la tempestad para recoger los restos del naufragio de la barca de Pedro, sin considerar que ellos cruzaban el mismo mar, y la borrasca destrozó las soberbias naves que gobernaban, mientras la barca humilde del Pescador de Galilea flotaba tranquila sobre las agitadas olas, socorriendo todavía á los naufragos que habían desengañado los elementos contra ella para enriquecerse con sus divinos despojos.

La hora de la justicia había sonado, y Francia que era el país más trabajado por el filosofismo, fué el primero que experimentó los terribles efectos de la catástrofe que se venía preparando hacia algunos siglos.

Entonces fué cuando las sociedades secretas, y muy principalmente la francmasonería, que había pretendido pasar por una asociación benéfica ó filantrópica, arrojó la máscara y se manifestó tal cual es: una secta abominable, enemiga jurada de toda religión positiva, de todo principio de autoridad, y de la Iglesia de Jesucristo, á la cual profesa un odio tan impotente como satánico.

No obstante, esta sociedad, cuyo fin principal y aspiración última es destruir la sociedad cristiana, contaba en su seno muchos Monarcas y príncipes, muchos ministros y nobles en todos los países de Europa.

En Francia, un príncipe de la sangre, el duque de Orleans, llegó á ser Gran Oriente de la francmasonería; la princesa de Lamballe, favorita de María Antonieta, fué nombrada gran maestre de una logia, y la Reina misma defendió á aquella asociación nefanda en una carta que escribió á su hermana María Cristina en 26 de Febrero de 1781.

Todos los grandes revolucionarios de 1789 eran francmasones, del mismo modo que fueron y son masones, comuneros ó carbonarios casi todos los revolucionarios de España, Italia y Portugal, y los enemigos de la Iglesia en todos los países del mundo, tanto en Inglaterra, Alemania y Suiza, como en ambas Américas.

Apenas triunfó la revolución en Francia, los francmasones se vanagloriaban sin rebozo de haber trabajado en la *gran obra* que se acababa de realizar; y en España, al estallar la revolución, hemos visto también aparecer á los francmasones y contribuir á esta parodia ridícula de la Revolución francesa.

¿Acaso no los hemos visto en nuestros días profanar las iglesias con sus risibles ceremonias, y hacer la guardia, cubiertos con grandes mandiles y armados de largas espadas, á los cadáveres de algunos de sus desventurados *hermanos*?

¿Quién ignora la parte activa y principalísima que han ejercido las sociedades secretas en la revolución española desde el año 12 del presente siglo hasta nuestros días? Por ventura, ¿no se han exhibido á cada paso, y no sabemos dónde tienen sus lógiás y sus liceos?

Esto mismo y aún más sucede en Italia, y mucho más todavía ocurrió en Francia.

Contando, pues, la Revolución con las armas que le había proporcionado el filosofismo y la impiedad del siglo XVIII, y con el ejército que organizaron las sociedades secretas, sólo tuvo que esperar al momento oportuno y un pretexto.

Francia, que era el país más trabajado, no tardó en proporcionar la ocasión, facilitando el pretexto con motivo de la convocación de los Estados generales, que, convertidos en pocos meses en Asamblea nacional, y después en Convención, reformaron, ó, mejor dicho, destruyeron la antigua constitución social y política francesa, llevaron al rey del trono á la guillotina, fundaron á Francia en sangre, y arraucaron de

los templos y de los altares las imágenes venerandas, para sustituir el culto de la Religión verdadera con el de la diosa Razon, personificada en una prostituta.

Entonces comenzó la última persecucion de la Iglesia, que aún la aflige en nuestros días, y que es el complemento de todas ellas, desde la bárbara y cruel de los Emperadores paganos, hasta la artera é infame de los filósofos impíos.

¿No han renovado los días de Neron, Domiciano y Diocleciano, Chanmetta, el verdugo de los sacerdotes, y los revolucionarios españoles, que prepararon y ejecutaron los bárbaros asesinatos de religiosos por los años 1834 y 35 en Madrid, Zaragoza, Reus y Murcia? ¿No ha visto la Iglesia renacer los días de Arrio, Nestorio y Focio, por Voltaire, Jantonio, La Mennais, Rousseau y el P. Passaglia? ¿No han tenido que luchar los Papas Pio VI y Pio IX con José II de Austria, con Napoleon I y III, con Victor Manuel II y con el emperador Federico Guillermo de Prusia, como lucharon San Gregorio el Grande, Alejandro III, Inocencio III y otros Sumos Pontífices, contra los Othones, Bariques y Federicos?

¿No han atentado contra unidad de la Iglesia católica Doellingner, el P. Jacinto y demás anti-

infalibilistas, promoviendo el raquíctico cisma de los viejos católicos, como Lutero, Calvino y Zuinglio suscitando la Protesta? Los apasionados de la moderna filosofía, y sus maestros Krause, Schlegel y otros, así como los ímpios naturalistas, y principalmente los prehistóricos y darwinistas, cuyos errores han llegado al delirio, ¿no se proponen principalmente combatir á la Iglesia, como la combatieron los pseudofilósofos y falsos sabios del siglo pasado?

Y, finalmente, los llamados espiritistas, magnetistas, sonambulistas, y frenólogos, ¿no se han propuesto el mismo objeto con sus ridículas supercherías, tantas veces condenas por la Santa Sede?

Destruir el Catolicismo: este es el objeto principal de la Revolución; porque el Catolicismo es la base de todo principio de autoridad, y toda autoridad se opone á esa omnímoda libertad que es la deificación del hombre, gozando del derecho al mal, que en Francia, gozando del *derecho al mal*, que en Francia se consiguió en la *Declaración de los derechos del hombre*, y en España en el reconocimiento de los derechos individuales.

Para conseguir su objeto, la Revolución trató de destruir el mito cristiano, la sociedad cristiana, toda la civilización cristiana, en una pala-

bra, para sustituirla con la civilización ímpia y gentilica, que la habían enseñado el protestantismo y el renacimiento.

La actividad que la Revolución ha desplegado y está desplegando para consumir su obra, es verdaderamente asombrosa; y sólo se explica atendiendo á que hasta ahora no se ha ocupado sino en destruir.

Decimos mal: solo en Francia ha hecho ocho Constituciones y cuarenta mil leyes, y en España cinco Constituciones y un número incalculable de leyes, que, por ser muchas, tanto como por ser malas, no han logrado labrar nuestra dicha.

En cambio las devastaciones consumadas por la Revolución apenas pueden describirse ni enumerarse; pero si abrimos la historia de los países donde más ha podido desarrollarse, como en Francia, España é Italia, el cuadro que se presenta á nuestra vista no puede ser más desolador.

La negación de los dogmas y aun de la moral del Cristianismo; los ataques incesantes dirigidos contra la autoridad divina de la Iglesia y del Pontificado en los teatros, en libros, periódicos, folletos y en esa elocuencia tribunicia y anárquica, que ha sido uno de los principales auxiliares de la Revolución; la supresión de las Ordenes religiosas; el asesinato de los religiosos

y sacerdotes; la usurpacion de los bienes eclesiásticos; la ingerencia del poder civil en los asuntos religiosos; la secularizacion de la enseñanza; el establecimiento del matrimonio civil, y la predicacion y aplicacion de los numerosos errores condenados por la Enciclica *Quanta cura* y enumerados en el *Syllabus*; he aquí la aspiracion y fin de la Revolucion, que puede compendiarse en este deseo, tan vehemente como imposible: destruir la yglesia de Dios.

Por último, la unidad de Italia, aclamada por los revolucionarios de todos los países, aplaudida con frenesí por los liberales y reconocido por gobiernos infenos, hé aquí la última hazaña de la Revolucion, llevada á cabo á fuerza de intrigas, de usurpaciones y de sacrílegos crímenes.

Victor Manuel II, arrastrado por la Revolucion al Quirinal, acaso no tardará en ser arrojado por la Revolucion misma desde la Roca Tarpeya, y Pío IX, que apenas tiene hoy una piedra para reclinár su cabeza, volverá á levantarse triunfante para cantar su victoria y bendecir al mundo desde la Piedra sobre la cual fué fundada la Iglesia por el mismo Jesucristo.

Si Pío IX es nuestro consuelo y nuestra esperanza, porque durante su pontificado, tan dilatado como amargo, y al mismo tiempo tan glo-

rioso, no ha dejado de alentarnos en la lucha y de darnos sublimes ejemplos de firmeza, enjugando nuestras lágrimas de dolor y haciéndonos derramar lágrimas de alegría.

Pío IX, designado en las célebres profecias atribuidas á San Malaquías con el nombre de *Cruz de Cruce*, sufre desde su elevacion á la Catedral de San Pedro una pasion dolorosísima, y su historia es un nuevo Exodo, donde nuevo Moisés, vá guiando al pueblo fiel á través del desierto de la Revolucion para conducirle á la tierra prometida. Sus saemigos no han cesado de oponerle obstáculos y de combatirle en su marcha salvadora; pero el inmortal Pontífice, abandonado de todos los gobiernos de la tierra, y protegido únicamente por la república del Ecuador tan pequeña por su poder y la extension de sus dominios como grande por su fé, podrá cantar al fin el himno de gracias el dia de su victoria, porque no ha cesado de entonar el cántico de las misericordias en los dias de amargura.

La Revolucion, que comenzó en París á fines del siglo pasado con los horrores del reinado del Terror, ha marcado tambien con sangre sus últimos pasos en el mismo París y en muchas ciudades de nuestra desventurada España, cuyos

humantes sacombros acaso lleguen á ser todavía testigos de su derrota.

La Iglesia triunfará porque Dios permite que esa combatida, pero no consentirá que sea vencida. La Iglesia es una milicia santa, establecida por Jeuericsto para combatir, y el destino del soldado es luchar, y su gloria vencer. La Iglesia está luchando y venciendo hace diez y nueve siglos, y la lucha y la victoria la han purificado y fortalecido, aumentando además prodigiosamente de siglo en siglo el número de los fieles, segun la estadística siguiente:

	CRISTIANOS.
Siglo I.....	500.000
Siglo II.....	2.000.000
Siglo III.....	5.000.000
Siglo IV.....	10.000.000
Siglo V.....	15.000.000
Siglo VI.....	20.000.000
Siglo VII.....	25.000.000
Siglo VIII.....	30.000.000
Siglo IX.....	40.000.000
Siglo X.....	55.000.000
Siglo XI.....	70.000.000
Siglo XII.....	80.000.000
Siglo XIII.....	85.000.000

Siglo XIV.....	90.000.000
Siglo XV.....	100.000.000
Siglo XVI.....	125.000.000
Siglo XVII.....	185.000.000
Siglo XVIII.....	250.000.000
Siglo XIX, se calculan en	260.000.000

¡Bendito sea Dios, que ha permitido esas persecuciones, que tanto han engrandecido á su Iglesia! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de los Emperadores paganos, regando con sangre el campo de su vasto imperio, hizo fructificar la semilla del Evangelio, sembrada por los Apóstoles! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de las herejías y de los cismas afirmó á los fieles en la fé y fué la causa de que se consolidaran en los Concilios los dogmas fundamentales del Cristianismo! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de los emperadores de Alemania dió lugar á que se corrigieran muchos abusos, y á que la Santa Sede recobrará las importantísimas prerogativas que le habian sido usurpadas! ¡Bendigamos á Dios, porque la Protesta desenmascaró á muchos enemigos ocultos y motivó el Concilio Tridentino, donde la Iglesia condenó las nuevas herejías, corrigió muchos y sensibles abusos, y dió al mundo una

prueba más de su unidad inquebrantable! Bendigamos á Dios, que ha permitido la Revolución para enseñanza y castigo de los pueblos, y para enardecer la fé y la piedad de los fieles, que se iban debilitando y extinguiendo! Bendigamos á Dios, que al permitir las persecuciones todas, ha sostenido á su Iglesia con el brazo de su misericordia, y ha castigado á sus enemigos con la espada de su justicia.

## FIN FUNESTO

DE LOS

## PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS DE LA IGLESIA

DESDE HERODAS EL GRANDE HASTA NUESTROS DÍAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**FIN FUNESTO**  
DE LOS  
**PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS**  
DE LA IGLESIA.

**PARTE PRIMERA.**

*Desde Herodes el Grande hasta la paz de Constantino*

**CAPITULO PRIMERO.**

**SIGLO I.**

*Sumario.*—I. Herodes el Grande.—II. Judas Iscariote.—  
III. Calix.—IV. Tiberio.—V. Poncio Pilatos.—VI.  
Herodes Antipaa.—VII. Herodías.—VIII. Caligula.—  
IX. Herodes Agrippa.—X. Simon Mago.—XI. Neron.  
XII. Soteno Tigilino.—XIII. Jaraalen.—XIV. Do-  
miciano.

**I**

**Herodes el Grande, ó el Ascalonita, Rey de Judea.**

(MURIO AÑO 2, DE N. S. JESUCRISTO.)

En la época del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo ocupaba el trono de Judea Herodes Ascalonita, príncipe violento y cruel, á quien el Senado Romano, cediendo á los deseos de Antonia, habia erigido en Rey de los judíos, á pesar de ser idumeo.

La ambición y la crueldad, unidas á una inquietista desconfianza, eran las pasiones que le dominaban; tanto, que, como Neron, hizo matar á su abuelo Hircano; á su cuñado Aristóbulo, sumo sacerdote, á Marianno, su mujer, á Alejandro, su suegra, y áun á sus propios hijos.

Tal era el príncipe en cuyos Estados acababa de nacer el Redentor del mundo.

Luego que nació el Mesías, anunció Dios la buena nueva á los Reyes Magos por medio de una estrella que le sirvió de guía para que fuesen á adorarle.

Apénas llegaron los Magos á Jerusalem, comenzaron á preguntar dónde estaba el Rey de los judíos; é inquietándose con esto Herodes, convocó al punto á los Príncipes de los Sacerdotes y á los escribas, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo, á lo cual le contestaron que en Belen de Judea.

El Monarca se informó entonces de los Reyes Magos sobre la aparición de la estrella misteriosa, y encaminándolos á Belen, les dijo: *Id, informaos bien del Niño, y cuando le hubieris hallado, hacédmelo saber para que yo también, vaya á adorarle* (1).

(1) San Mateo, cap. II, vers. 8.

La exactitud con que correspondían todos aquellos sucesos á las profecías relativas al nacimiento del Mesías, y los prodigios que se referían del Niño Jesus, hicieron temer á Herodes por su trono; é irritado despees porque los Magos, léjos de cumplir sus deseos, volvieron á Oriente sin pasar por Jerusalem, resolvió hacer morir á todos los niños menores de dos años de Belen y sus cercanías. Este bárbaro decreto se ejecutó con brutal exactitud.

San Gregorio Niceno y San Agustín, entre otros, describieron con sablime elocuencia los horrores de aquella hecatombe.

Algunos historidores opinan que el número de las inocentes víctimas ascendía á ciento cuarenta y cuatro mil, fundándose en que San Juan en su *Apocalipsis* fija este número al hablar de las almas inocentes y castas que siguen al Cordero; pero el erudito Salmeron, en sus Comentarios, dice que fueron catorce mil, y añade que los cristianos de Etiopía, llamados los abisinios, señalan este número en el Cónon de la Misa. Ganebrardo dice asimismo que los griegos fijan este mismo número en su calendario, y esta es la opinión más probable.

*Entonces fué cumplido lo que se había dicho por Jeremías el Profeta, que dice:*

*Ves fué oída en Ramá, lloro, y mucho lamento: Raquel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son (1).*

El Niño Jesús se libró de aquella bárbara sentencia, pues avisado José en sueños por un ángel del Señor, huyó con el Niño y con su Madre á Egipto; pero la impiedad y crueldad de Herodes no quedaron impunes.

La justicia de Dios hirió á aquel bárbaro Monarca con una enfermedad horrible, que al cabo le produjo la muerte, y que Josefo describe en estos términos: "Un calor lento que no se manifestaba al exterior le abrasaba y devoraba interiormente. Al mismo tiempo sufría una hambre tan insaciable, que nada bastaba á satisfacerla. Sus intestinos estaban llenos de úlceras, y cólicos violentos le hacían sufrir dolores espantosos. Sus piés estaban hinchados y lívidos. Sus ingles no lo estaban ménos, y sus partes genitales en un estado tal de putrefacción, que manaban gusanos. Sus nervios estaban contraidos; respiraba con gran dificultad, y su aliento era tan fetido, que no era posible acercarse á él. Todos los que presenciaban los padecimientos de aquel

(1) San Mateo, cap. II, versículos 17 y 18:

deaventurado príncipe convenían en que era un castigo visible del cielo á su crueldad.

## II

Judas Iscariote, Apóstol de Jesucristo.

(MURIO AÑO 33 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los perseguidores y enemigos de la Iglesia, el más abominable de todos es Judas Iscariote, que habiendo sido elegido por Jesucristo para ser Apóstol de su doctrina y de las gentes, vendió á su Divino Maestro á los príncipes de los Sacerdotes por treinta dineros y le entregó despues á los judíos en el monte Getsemani.

En el Evangelio segun San Joan (1) se les el pasaje siguiente, en que revela el Discípulo amado la avaricia que dominaba á Judas áun antes de hacer traición al Salvador del Mundo.

*Jesus, pues, seis días antes de la Pascua vino á Betania, en donde habia muerto Lazaro, al que Jesus resucitó.*

*Y le dieron allí una cena: y Marthá sirvió, y Lazaro era uno de los que estaban sentados con él á la mesa.*

(1) Cap. XII, versículos 1 al 6.

Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro de gran precio, y ungió los pies de Jesús, y le engugó los pies con sus cabellos: y se llenó la casa del olor del unguento,

Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar:

¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios, y se ha dado á pobres?

Y dijo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo sus bolsillos, traía lo que se echaba en ellos.

Segun el P. Scio, en su comentario á este último versículo (1), Judas se apropiaba una parte del dinero, siendo un infiel depositario del que daban al Señor para su sustento, para el de sus discípulos y para que se distribuyese entre los pobres.

De este mismo pasaje deducen otros historiadores ó intérpretes que Judas sólo seguía á Jesucristo impulsado por la más grosera avaricia, pues esperaba una crecida recompensa por la parte que iba á tomar en la obra del Mesías, tal como él se la había figurado. Pero bien pron-

(1) La Biblia vulgar latina, traducida en español etc.—Nuevo Testamento, tomo II, pág. 118.

to se apercibió de que sus esperanzas mundana eran ilusorias, y desde entonces comenzó á serle Jesucristo indiferente, cambiándose luego en ódio esta indiferencia, á medida que la santidad de la doctrina y de la vida del Salvador irritaban el corazón de Judas, dominado por la avaricia. Por último, hasta concibió el pensamiento de unirse á los enemigos del Señor, esperando sacar de esta manera algún provecho de sus relaciones con él. Tentado, en fin, por el demonio, que se hizo dueño de su corazón (1), resolvió vender á su Maestro.

Entonces, segun se lee en el Evangelio de San Mateo (2), se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariote á los Principes de los Sacerdotes;

Y les dijo: ¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré? Y ellos le señalaron treinta monedas de plata (3).

(1) Evangelio segun San Juan, cap. XIII, vers. 4.

(2) Cap. XXVI, versículos del 14 al 16.

(3) Sobre el valor de estas treinta monedas ó sielos de plata dice Scio lo siguiente en su nota á este versículo.

«Dos sielos corresponden á seis octavos de una onza nuestra, y por consiguiente treinta sielos equivalen á trece onzas y un octavo. Cada uno con esto puede reducir este peso á moneda corriente del día, pero sin perder de vista la diferencia de la liga ó calidad del metal.

*Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.*

La circunstancia de haber sido descubierto su propósito por Jesucristo durante la Cena, parece impulsó á Judas á consumar cuanto ántes su crimen porque inmediatamente despues salió y se puso á disposicion de los Príncipes de los Sacerdotes.

Aquella misma noche Judas entregó á Jesucristo á los judíos en el huerto de Getsemani, designándolo á la turba que iba á prenderle por medio de un beso que dió á Jesus, diciendo *Dios te guarde, Maestro.*

Desde aquel momento comenzó la Pasion de Jesucristo, que fué entregado en seguida á Poncio Pilatos.

El Nuevo Testamento refiere en los términos siguientes la desesperacion de Judas y su muerte:

*Entonces Judas, que le habia entregado, cuando vió que habia sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos.*

*Diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: — ¿Qué nos importa á nosotros? Vétraslo tú.*

*Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fué, y se ahorcó con un lazo.*

*Y los Príncipes de los Sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: — No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangres.*

*Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros.*

*Por lo cual fué llamado aquel campo Haceldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy (1).*

*Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad (2), y colgándose, reventó por medio; y se derramaron todas sus entrañas (3)*

(1) Evang. segun San Mateo, cap. XXVII, versículos 3 al 8.

(2) Porque aunque él por sí no le adquirió ni compró pero restituyó el dinero que habia recibido por su traicion y alevosía, y con él se compró un campo, como queda notado en el Evangelio de San Mateo. (Nota de S. S. S.)

(3) Hechos de los Apóstoles, cap. I, vers. 18.

## III

Caifás, Sumo Pontífice.

(MURIO AÑO 35 DE N. S. JESUCRISTO.)

La doctrina de Jesucristo y sus milagros convirtieron á tantos judíos, que, alarmados los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos, se juntaron en concilio para ponerse de acuerdo sobre la manera de combatir al Salvador del mundo.

Así consta en la Sagrada Escritura, donde aparece también la parte que tomó Caifás, Sumo Pontífice de aquel año, en la resolución que adoptaron de hacer morir á Jesús.

San Juan, en el cap. XI, dice:

*Y los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decían: — ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros,*

*Si lo dejamos así creerán todos en Él; y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nación.*

*Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada,*

*Ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca...*

*Y así, desde aquel día pensaron cómo le darían la muerte (1).*

La pasión de Jesucristo había comenzado por consejo de Caifás, que representó despues en ella un papel tan principal, según se lee en el siguiente pasaje del Evangelio de San Mateo, cap. XXVI:

*Mas los que tenían preso á Jesús, le llevaron á casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los Escribas y los Ancianos.*

*Mas los príncipes de los Sacerdotes, y todo el concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesús para entregarle á la muerte;*

*Y no le hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Mas por último llegaron dos testigos falsos.*

*Y dijeron: Este dijo: — Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días.*

*Y levantándose el Príncipe de los Sacerdotes, le dijo: — ¿No respondes nada á lo que éstos deponen contra Ti?*

(1) Versículos 47 al 50 y 63.

Y Jesús callaba. Y el Príncipe de los Sacerdotes le dijo:— Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo el hijo de Dios.

Jesús le dice:— ¿Tú lo has dicho; y aun os digo que vereis desde aquí á poco al hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

Entonces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo:— Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Hé aquí ahora acabais de oír la blasfemia.

¿Qué os parece? Y ellos, respondiendo, dijeron:— Reo es de muerte.

Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro (1).

De esta manera Caifás, Sumo Pontífice, y que como tal debió ser el primero que reconociese en Jesucristo al Mesías prometido en la Ley y anunciado por los Profetas, fué el primero que contribuyó á su Pasión, á su condenación y su suplicio.

Algunos años despues Caifás fué destituido por Tiberio del pontificado que habia ejercido

(1) Versículos 57 y 59 al 67.

durante diez y siete años; causándole su destitucion tanta pena, que se dió la muerte, segun se refiere en las Constituciones de San Clemente (1).

## IV

Tiberio, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 37 DE N. S. JESUCRISTO)

Este político infame, que tomó por divisa el principio *Nescit regnare, qui nescit dissimulare*, y que no supo disimular sus vicios y sus crímenes, permitió fuera injustamente juzgado y sacrificado en sus dominios el Redentor del mundo, coronando su ominoso reinado con este crimen sacrilego.

Hé aquí el proceso de este tirano, hecho por el ilustre La Fuente en su *Historia general de España*:

“Tiberio, el primero de los más tristes que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que asaba-

(1) San Clemente, in Const., lib. VIII, cap. I.

ba de heredar. Afectando una modestia loable, fingió renusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre sólo; y aunque concluyó por admitirlo, fué aparentando hacerlo con repugnancia, y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un Estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Oreyeronse sinceras su moderacion y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara el hombre moderado y dulce, y apareció en toda su desnudez el déspota y el maltado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catalogo de asesinatos y de crímenes que en esta doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del Senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debía el trono, no se eximió de probar su ingratitude; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vióse reducida á morir de hambre. Extraños y dentos, á todos alcanzaba su crueldad, calculada y fria.

“Habia cierto legatario soyo usado la chanza de decir á un muerto: *Vé á decir á Augusto que*

*aún no se ha ejecutado su última voluntad.* Súpolo Tiberio, y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: *Así podrás llevar á Augusto noticias más recientes y exactas.* Tal fué la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba: *Ese se me ha escapado;* así sucedió con Caracilio. El sistema de delaciones, que al principio habia fingido aborrecer, fué despues objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno. Premiados los delatores, palataban los espías; llovian cada día acusaciones; esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevia á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría ora tomada como la esperanza de alteraciones que se fragaban en el Estado; la tristeza se traducia por descontento del Emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar; se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibia lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreñar á Tiberio, y se castigaba co-

mo crimen de Estado. Una expresión, un gesto, un signo, bastaba para condenar á muerte á un hombre.

“Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonara sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmirió estas prerrogativas al Senado, de quien disponia á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillacion y tanta baja como veia en los senadores.... Habia hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendian á él, como representante del pueblo, y tomó de ella ocasion para sumar mil asesinatos legales.... ¡Y sin embargo humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en union de Tiberio

“Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal Emperador.....

“Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que había venido á salvar á los hombres y á predicar una religion de caridad, fuera sa-

crificado por el que ejercia la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido de Dios. En el siglo décimonoeno del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y Pasion de nuestro Redentor Jesucristo.

“Cuatro años más tarde acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo.”

El que así dejó morir al Justo, fué asesinado por Calígula, que, designado por él para sucederle en el trono, y viendo se prolongaba su agonía, le ahogó cubriéndole y oprimiéndole el rostro con una simonada hasta que espiró.

V.

Poncio Pilatos.

(MURO AÑO 39 DE N. S. JESUCRISTO.)

La historia por una parte, y por otra los Sagrados Evangelios, nos han tra-mitido la perfidia, la tiranía y hasta la crueldad con que Pilatos gobernaba como procurador romano en la Judea, y la cobardía é iniquidad con que se condujo en la Pasion de Jesucristo.

Los historiadores clásicos solo citan su nombre; pero Joséfo nos dice algo, aunque poco, de la administración de este tristemente célebre Procurador, y de sus violencias. Hasta Pilatos, ningún otro gobernador romano, ni aun el poderoso procónsul Vitelio, había entrado en Jerusalén desplegando el estandarte romano, porque todos ellos habían respetado las costumbres de aquel pueblo y la santidad de Jerusalén, célebre en el mundo entero. Pilatos, por el contrario, pasó durante la noche el estandarte por la ciudad, contra los fueros de los judíos. Esta violación de los derechos de los hebreos produjo una sensación tan profunda, que los judíos resolvieron hacerse asesinar antes que consentir violación de la ley de sus padres, y al fin lograron que el estandarte romano dejara de tremolar en la ciudad.

Pero en aquella ocasión cedió Pilatos ante las justas reclamaciones de los judíos, no sucedió lo mismo cuando exigieron la restitución del tesoro arrebatado al templo. Algunos soldados romanos, disfrazados, se mezclaron entonces entre la muchedumbre que protestaba contra aquel atentado, y cuando estalló el tumulto cayeron los romanos sobre el pueblo desarmado, matando é hiriendo á un gran número de judíos.

En otra ocasión se presentó entre los samaritanos un falso profeta que, atrayéndose numerosos partidarios, pretendía descenterrar los vasos sagrados del tabernáculo que se suponía estaban depositados en el monte Garizim.

Pilatos cayó también entonces por sorpresa sobre la crédula multitud, dando muerte á muchos samaritanos, deteniendo á otros, y haciendo ejecutar á los jefes del tumulto.

En el Evangelio de San Lucas (1) se encuentra además el siguiente testimonio de las violencias de Pilatos:

*Y en este mismo tiempo estaban allí unos que le decían nuevas de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con la de los sacrificios de ellos.*

El P. Scio, en su comentario á este versículo, dice lo siguiente: "Estos eran unos cediños de Galilea, que Pilatos había hecho morir mientras estaban sacrificando en Jerusalén, á donde habían ido con ocasión de alguna grande fiesta; y por esto dice que su sangre se mezcló con la de las víctimas que sacrificaban. No consta por qué Pilatos los hizo matar; pero el P. Lamy y otros intérpretes son de sentir que

(1) Cap. XII, vers. 1.

este gobernador, encendidos en ira porque impedían que se sacrificasen víctimas por la salud del imperio, ó de César, los hizo pasar á cuchillo al mismo tiempo que ellos hacían sus sacrificios."

En cuanto á la execrable conducta de Pilatos en la Pasión y muerte de Jesucristo, y á su complicidad en el sacrificio del Salvador del mundo, consignadas están también en los Sagrados Evangelios y muy especialmente en el de San Juan.

En efecto: al principio de la Pasión, aunque Pilatos mandó azotar á Jesucristo, cediendo á la presión de los judíos, es indudable que quería salvarle, en odio á los fariseos, en quienes veía á los enemigos irreconciliables de los romanos, y creía que salvando á Jesucristo contrariaba los planes y los deseos de aquellos; pues aunque los romanos se cuidaban poco de la opesición religiosa de los judíos, en cuanto al fondo no podían ser indiferentes á la agitación que con ella producían desde el momento en que tomaba carácter político.

Por lo demás, á Pilatos le importaba poco la persona del Salvador, como lo prueba el haberle hecho azotar, coronarle de espinas y exponerle al arcabazo del populacho.

Pero si Pilatos pretendió al principio salvar á Jesucristo por odio á los fariseos, al fin le sacrificó en aras del deseo de conservar el gobierno de Judea, y por temor de caer en la desgracia de Tiberio, según se lee en el Evangelio de San Juan:

*Y desde entonces procuraba Pilatos soltarle. Mas los judíos gritaban, diciendo: — Si á este sueltas, no eres amigo de César; porque todo aquel que se hace Rey, contradice á César.*

*Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera á Jesús y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithóstroto, y en hebreo Gab-bata.....*

*Y entonces se lo entregó para que fuese crucificado. Y tomaron á Jesús y le sacaron fuera [1].*

Sin embargo, el sacrificio del Justo no aprovechó á Pilatos, pues, irritados los judíos por sus violencias, y muy especialmente por las que ejerció con los samaritanos con motivo del tumulto del monte Garizim, le agasaron ante Vitelio, procónsul de Siria. Este, que no era contrario á los judíos, y que no quería comprometer á los romanos en una guerra de éxito dudo-

(1). Versículos 12, 13 y 14.

to contra un pueblo irritado y fanático, destituyó á Pilatos, aconsejándole ante el Emperador.

Pilatos llegó á Roma el año 39, al principio del reinado de Calígula, que le desterró á Viena, en las Galias, donde, desesperado, se dió la muerte.

## VI

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea,

(MURIO AÑO 40 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Herodes el Grande, ascendió su hijo Herodes Antipas al tetrarcado de Galilea (1), heredando parte del poder de su padre y todo el odio que este profesaba á Jesucristo.

La Sagrada Escritura y la historia han transmitido de consuno á la posteridad los crímenes de Antipas, y su terrible castigo.

Cuando Jesucristo, despues de haber obrado el milagro de los panes y los peces, mandó por pan á sus discípulos, les dijo: *Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de*

(1) *Josero: Antig., XVII, 8, 1.—XI, 4.*

los Herodes (1). Además existen otros pasajes que prueban la maldad del Tetrarca de Galilea.

La historia refiere, por otra parte, que, prendado Herodes de Herodías, mujer de su hermano Filipo, en un viaje que hizo á Roma, abandonó á su mujer para vivir con su cuñada en criminales é incestuosas relaciones.

San Juan Bautista amonestó enérgicamente á Herodes por esta violacion de la ley natural y divina; pero el Tetrarca, no sólo no se enmendó, sino que hizo prender á San Juan y darle muerte.

El Evangelio de San Márcos refiere en el siguiente pasaje este nuevo atentado de Herodes:

*Porque el mismo Herodes habia enviado á prender á Juan, y le habia hecho aherrojar en la cárcel, á causa de Herodías, mujer de Filipo, su hermano; porque la habia tomado por mujer:*

*Porque decia Juan á Herodes:—No te es lícito tener la mujer de tu hermano.*

*Y Herodías le armaba lasos; y le queria hacer morir, pero no podia.*

*Porque Herodes temia á Juan, sabiendo que era varón justo y santo; y le tenía á custodia, y por su*

(1) *Evang. segun San Márcos, cap. VIII, vers. 13.*

consejo hacia muchas cosas, y le oía de buena gana.

Hasta que últimamente llegó un día favorable, en que Herodes celebraba el día de su nacimiento, dando una cena á los grandes de su corte, á los trónicos y á los principales de la Galilea.

Y habiendo entrado la hija de Herodias, y danzando y dado gusto á Herodes y á los que con él estaban á la mesa, dijo el Rey á la mozoela: — Píde, me lo que quieras, y te lo daré.

Y le juró: — Todo lo que me pidieras te daré, aunque sea la mitad de mi reino.

Y habiendo ella salido, dijo á su madre: — ¿Qué pediré? Y ella dijo: — La cabeza de Juan el Bautista.

Y volviendo luego á entrar apresurada adonde estaba el Rey pidió, diciendo: — Quiero que baya al punto me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

El Rey se entristeció: mas por el juramento y por los que con él estaban á la mesa, no quiso disgustarla.

Mas enviando uno de su guardia le mandó traer la cabeza de Juan en un plato. Y le degolló en la cárcel.

Y trajo su cabeza en un plato: y la dió á la mozoela y la mozoela la dió á su madre (1).

Finalmente, este mismo Herodes Antipas es el que, segun Josefo, se hallaba de Soberano en Galilea en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, y en la época de en Pasión, siendo uno de los que más escarnecieron á Jesús, como se lee en el siguiente pasaje del Evangelio segun San Lucas, cap. XXIII:

Pilatos, que oyó decir Galileo, preguntó si era galileo.

Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió á Herodes, el cual á la sazón se hallaba tambien en Jerusalem.

Y Herodes, cuando vió á Jesús, se holgó, mucho. Por que de largo tiempo le habia deseado ver, por haber oido decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algun milagro.

Le hizo, pues, muchas preguntas. Mas él nada le respondia.

Y estaban los Principes de los Sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia.

Y Herodes con sus soldados le despreció: y escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca, y le volvió á enviar á Pilatos.

(1) Versículos 17 al 26.

*Y aquel día quedaron amigos Herodes y Pilatos; porque antes eran enemigos entre sí (1).*

Algunos años más tarde, el verdugo del Bautista y el que había escarnecido la sagrada persona de Jesucristo, sufría el castigo de su impiedad, á causa de la ambicion de Herodías, su amante.

Impulsada esta ambiciosa mujer por el deseo de sublevar el poder de Herodes, le obligó á marchar á Roma, á fin de obtener de Calígula el título de Rey, que había sido concedido á Agrippa; pero celoso éste de la pretension de Antipas, le acusó ante el Emperador de haber tomado parte en la conjuracion de Sejano contra Tiberio, y de estar en inteligencia con Artaban, rey de los partos, contra los romanos, aduciendo como prueba que Antipas acababa de armar un ejército de setenta mil hombres.

Esta acusacion llegó á manos del Emperador, por conducto de Fortunato, en el momento mismo en que Herodes Antipas solicitaba el título de Rey.

El Emperador, desconfiando de la acusacion, preguntó á Antipas si era cierto que contaba

(1) Versículos 6 al 12.

con aquel ejército; y habiendo contestado afirmativamente, juzgó Calígula fundada la acusacion, y envió á Antipas desterrado á Lyon, á donde le acompañó Herodías (1), y le despojó de sus Estados y de sus tesoros, que fueron entregados al delator. Segun Josefo, Herodes y Herodías pasaron despues á España (2), donde ambos perecieron miserablemente (3).

El P. Florez, en su *Clave Historial*, afirma que "Antipas, desterrado con Herodías y sus hijas á Leon de Francia, murió consumido de tristeza y gusanos, como su padre (4)."

## VII.

Herodías, mujer de Filipo, hijo de Herodes el Grande.

(MURIO AÑO 40 DE N. S. JESUCRISTO.)

La ambicion y la crueldad eran las pasiones que caracterizaban á esta mujer disoluta. Su

(1) JOSEFO: *Antiq.*, XVIII, 7, 1, 2.

(2) *Bell. Jud.*, II, 9, 6.

(3) BERAULT-BEACASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib I.

(4) Siglo I, Sucesos.

crueidad fué la causa principal del martirio de San Juan Bautista; y más tarde su misma ambición precipitó su propia ruina, y la de Herodes Antipas, su amante.

Herodías estaba casada con Filipo, hijo de Herodes el Grande; pero enamorado de ella Antipas, ni esto vaciló en abandonar á su legítima mujer para unirse á su cuñada, ni Herodías se resistió tampoco á dejar á su legítimo marido para vivir con el hermano de éste en amores criminales.

El evangelista San Márcos consigna en su Evangelio la parte que tomó Herodías en el martirio del Bautista (5), y por otra parte, la tradición refiere que aquella incestuosa princesa, no contenta con haber sacrificado al Precursor del Mesías, llevó su odio contra él hasta el punto de picar con una espina de su tocado la lengua de San Juan, en venganza de la energía con que condenó sus amores; y hasta se dice que hizo arrojar la cabeza del Evangelista á un lugar inmundó, mientras que su cuerpo fué echado á un muladar.

A) comparados de Herodes Antipas hemos consignado también que la ambición de Herodías ocasionó la ruina del Tetrarca, que murió miserablemente en el destierro.

El P. Flores, en su *Clave Histórica*, siglo I, dice lo siguiente, respecto al fin de Herodes y Herodías:

“Algunos dicen que se vino hayendo á España, y que en Lérica murió la *Sulatrix*, esto es, Herodías; pues danzando sobre el río helado, y rompiéndose el hielo de repente, se sumergió hasta el cuello, degollándola el hielo, y dando algunos saltos su cabeza, pagó los que recibió la del Bautista en premio. En esto paró el indago en la condenación del Inocente.”

## VIII

Caligula, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 41 DE N. S. JESUCRISTO)

Los crímenes y liviandades de este monstruo fueron tantos y tan grandes, que no puede contarse su número, ni decirse cual de ellos fué el mayor. Su lascivia le arrastró hasta vivir en incesto con su hermana Drusilla; su soberbia no se satisfacía ni con los honores divinos, y su crueldad hizo millares de víctimas.

(5) Véase Herodes Antipas,

Caligula era un monstruo de crueldad y de impureza pero su mayor empeño era hacerse pasar por dios. Así es que hacía se quitase la cabeza á las imágenes de los dioses para ponerles otra que fuese su retrato, y se colocaba á veces él mismo entre las estatuas de Castor y Polux para ser adorado como un dios.

No contento con esto, ni con llamarse el nuevo Júpiter, para lo cual se doraba la barba y empuñaba un rayo, aspiró á representar á todos los dioses y diosas del paganismo, llevando, ó un tridente como Neptuno, ó una lira como Apolo, ó un castoreo como Mercurio. Tan pronto tomaba una lanza y un escudo para figurar á Marte, como una maza para imitar á Hércules, y aun á veces se le veía disfrazado de Venus llevando una corona de mirto, ó de Diana con el arco y la aljaba: Cuando quería presentarse como héroe, aparecía cubierto con el corselete de Alejandro el Grande, que había hecho sacar del sepulcro de aquel conquistador; pero ordinariamente iba revestido de los ornamentos triunfales, es decir, con corona de laurel ó de oro, bastón de marfil, manto recamado de púrpura, y túnica bordada de palmas.

Así vivió este bárbaro, que murió asesinado con su cuarta mujer Cesonia y con su hijo, por

Casio Quereus, capitán de sus guardias, y otros conjurados, que le dieron treinta puñaladas ó hicieron pedazos su cadáver (1).

## IX

Herodes Agrippa I, rey de Judea.

(MUJIO AÑO 44 DE N. S. JESUCRISTO)

Eleavdo Agrippa al trono de Herodes, el Grande, su padre, por gracia del emperador Calígula, y confirmado en él por el emperador Claudio, su primer cuidado fué satisfacer el deseo de los judíos, que trataban de snecitar contra los cristianos una persecucion sangrienta.

La gran propagacion del Cristianismo en Siria y todo el Oriente, la agitacion que esto produjo en el pueblo de Israel, y el deseo que dominaba á Agrippa de ganarse el afecto de los jefes de la Ley, fueron las causas que le impulsaron á condenar al Apóstol Santiago, que fué decapitado el año 44.

(1) Dion, Suetonio y Aurelio Victor, en la Vida de Calígula.—Tacito, Anales.—Josseph: *De Antig.*, y lib. II, *De Bell.*

Viendo Herodes el buen efecto que su bárbara sentencia había producido en el pueblo hebreo, resolvió hacer lo mismo con San Pedro, que acudió á Jerusalem para consolar á los cristianos consternados con el martirio del Apóstol; y en efecto, le hizo prender, y le hubiese martirizado también; si un ángel no le hubiera sacado milagrosamente de su prision.

No trascurrió mucho tiempo sin que Herodes Agrippa recibiese el castigo de su sangrienta impiedad en la misma Cesárea, teatro de su orgullosa vanidad.

Habiéndose suscitado cierta desavenencia entre aquel tirano y los tirios y sidonios, y deseando reducirlos á su obediencia, prohibió la exportacion de granos para el populoso país de los rebeldes. Esta medida les obligó á solicitar la amistad del Monarca ofendido, y al efecto le enviaron embajadores, á los cuales quiso recibir el Rey con gran pompa. Celebrábase á la sazón en Cesárea fiestas públicas para celebrar el restablecimiento del Emperador, y en la mañana del segundo día de las fiestas, señalado para la recepcion de los enviados tirios y sidonios, Herodes, ricamente vestido, adornado con las insignias reales y seguido de numeroso acompañamiento, se dirigió al teatro, y sentándose en

un trono cubierto de oro y piedras preciosas, comenzó á arengar á su pueblo. Contribuian á realzar la ceremonia lo apacible del día, el resplandor del sol y la elocuencia del tirano, de que tanto se preciaba; de suerte que el pueblo comenzó á gritar por todas partes: "No es un hombre el que nos habla, sino un dios." Mas de repente sintióse el Rey acometido de agudísimos dolores, y conducido á su palacio, espiró comido de gusanos al cabo de cinco días de padecimientos horribles (1).

X

Simon Magó.

(MURIO AÑO 66 DE N. S. JESUCRISTO.)

Segun los *Hechos de los Apóstoles*, Simon Magó estaba consagrado á la magia, arte que después de la cautividad de los judíos y de las expediciones de Alejandro se había propagado en el centro de Asia, en Palestina, en Siria y en

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. I.

Egipto, y del cual se servía para engañar á los samaritanos, haciéndose pasar por un hombre extraordinario. De esta manera adquirió tal prestigio, que, según las palabras de la Sagrada Escritura, le daban oídos todos, desde el menor hasta el mayor, diciendo: — *Esto es la virtud de Dios que se llama grande; y le atendían porque con sus artes mágicas los había entontecido mucho tiempo* (1).

Según los mismos *Hechos de los Apóstoles*, Simón Mago se encontraba en Samaria hacia el año 36 de Jesucristo; y convertido por las predicaciones de los Apóstoles, se hizo bautizar por Felipe, uno de los siete primeros diáconos. Vendo más tarde Simón que por la imposición de las manos de los Apóstoles descendía el Espíritu Santo sobre los fieles y recibían los dones de lenguas y de hacer milagros, ofreció dinero á los Apóstoles Pedro y Juan para que le dieran aquella potestad, á lo cual contestó San Pedro, según se lee en el cap. VIII de los *Hechos de los Apóstoles*:

*Tu dinero sea contigo en perdition: porque has creído que el don de Dios es alcanzado por dinero.*

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. VIII, versículos 10 y 11

*No tienes tú parte ni suerte en esta ministerio: porque tu corazón no es recto delante de Dios.*

*Haz, pues, penitencia de esta tu malicia: y ruega á Dios, si por ventura te será perdonado este pensamiento de tu corazón.*

*Porque ooo que tú estás en hiol de amargura y en lazo de iniquidad* (1).

La Sagrada Escritura no vuelve á oondaras ya de Simón Mago; pero la tradición le presen to, despues de haber sido rechazado por San Pedro, haciendo la guerra al Cristianismo y recorriendo varios países dedeándose á los sortilegios y á la interpretacion de sueños.

Según las homilías elementinas (2), Simón sabía desprenderse de su cuerpo, arrojázo al fuego sin quemarse, y convertirse en oro. A su voz las estatuas se movían, y las vajillas servían por sí solas á la mesa.

Pero la verdad es que, aparte de los testimonios de la Sagrada Escritura, no existen noticias ciertas sobre la vida de este impostor y su doctrina.

Sin embargo, puede afirmarse que, siguiendo el sistema de sincretismo, entónces tan en boga,

(1) Versículos 20 al 23.

(2) II, 24, 32.

Simon unió á su fé samaritana la filosofía alejandrina y los principios del Cristianismo. Como entre los que hicieron esta tentativa fué uno de los primeros Simon Mago, los Padres de la Iglesia le consideran con algun fundamento como padre del gnosticismo.

Y en efecto, Simon admitía un Dios desconocido, Omnipotente y oculto, que se revelaba por su poder ó sus virtudes. Este Dios supremo se manifiesta segun él tres veces en el mundo: primeramente á los judíos, bajo el nombre de Hijo, despues á los samaritanos bajo el de Padre, y por último á las demás naciones con la denominacion de Espíritu Santo (1). Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eran más que nombres ó modos de apasion, no de Dios uno, sino de su representante la Virtud de Dios. Simon pretendía ser él mismo esta Virtud de Dios, pues decía que habia aparecido entre los judíos viviendo algun tiempo entre ellos bajo la forma de Hijo y viviendo en apariencia; que habia aparecido de nuevo á sus compatriotas bajo la forma de Padre; que se revelaba á los paganos como Espíritu, y que las verdades que contenía el

(1) SAN IRENEO; *Adv. Hæres.*, lib. 1, cap. XXIII, núm.

paganismos, y que él habia restituido á su doctrina, eran una emanacion de sus primeras revelaciones (1).

Simon Mago admitía la obra de la Redencion, que explicaba en la forma siguiente, parodiando el gran prodigio que Jesucristo vino á obrar á este mundo.

Simon aceptaba una série de *Ennas*, ó éreos superiores, que poblaban las diversas regiones del cielo entre, los que aparecía en primer término *Ennoia*, primer pensamiento de la virtud suprema de Dios. Celosos los éreos inferiores de la supremacia de *Ennoia*, se apoderaron de ella y la encerraron en cuerpos mortales, para impedir que volviera al mundo superior. De esta manera el mal triunfó sobre el bien, y se hizo necesaria la redencion. *Ennoia* tuvo que correr su fatal destino, transigando del cuerpo de una mujer al de otra, y siendo víctima de los ultrajes y sufrimientos de aquellos cuerpos hechos que el Dios supremo resolvió librarla. Dotado entonces Simon del poder del Dios supremo, descendió de los cielos, atravesando sus diversas regiones y tomando en cada una de ellas

(2) MATEO; *Hist. del gnostic.*, tomo 1, pág. 114.

la forma de los seres que en las mismas habita-  
ban, hasta que apareció en la tierra bajo la for-  
ma humana, primero entre los judíos, y después  
entre los samaritanos. Simon encontró á la des-  
graciada *Ennoia* cautiva en el cuerpo de una es-  
clava prostituida de Tiro, llamada Elena, á la  
que se unió, y con la cual recorrió el país. Esta  
*Ennoia*, cautiva en Elena, era la personificación  
moral del espíritu que aspira á romper los lazos  
de la materia. La redención de la humanidad  
se opera, según Simon, por la ciencia, quedando  
redimido todo el que cree que Simon es la Vir-  
tud suprema de Dios.

En cuanto á la moral, Simon rechazaba la ley  
judica, comprendiendo en ella el Deólogo, por-  
que, según él, procedía de un *En* inferior, que  
era el Dios de los judíos, y decía que su misión  
era librar de esta ley á todos los que esperasen  
en él y en su Elena. En tiempo de San Ireneo  
los sionianos profesaban el principio de que  
en la vida exterior no hay moralidad ni inmo-  
ralidad, y Eusebio afirma, por otra parte (1),  
que los sectarios del impostor eran los hombres  
más depravados de su época.

(1) *Historia eclesiástica*, II, 13.

La magia y los falsos milagros que obraba Si-  
mon le ganaron el agrado de Nerón. Uno de  
los secretos que más excitaban la curiosidad de  
aquel tirano era el que un hombre volara; y  
aunque muchos fanticos habian hecho en su  
presencia el ensayo de este arte peligroso, ta-  
vieron todos un éxito fanesto. Pero Simon, se-  
ducido por su fama y su magia, no solo prome-  
tió que volaría, sino que subiria á lo más alto  
de los cielos á tomar posesion del trono que le  
estaba preparado. Señalóse día al efecto, y to-  
da la ciudad acudió á presenciar suceso tan ex-  
traordinario.

Hé aquí, por último, como refiere Berault-  
Bercastel (1) el castigo que en aquellos solem-  
nes momentos sufrió el impostor sacrilego.

“Los Santos Apóstolos advirtieron las conse-  
cuencias que resultarian contra la Religión si es-  
te fraude llegara á realizarse; por eso se dirigió-  
ron como intrépidos atletas al campo de batalla,  
después de prepararse con el ayuno y la oración.  
Encargaron á los fieles que por su parte pidiere-  
sen el favor del cielo é invocasen arrojados  
la virtud omnipotente de Jesucristo, para con-

(1) *Historia general de la Iglesia*,

fundir al impostor sacrilego, que se atrevía á declararse públicamente su rival, y á contrahacer su ascension gloriosa. Con efecto, se elevó Simon en el aire; más cayó luego, rompiéndose las piernas (1). Para curarle, condujéronle al piso alto de una casa antigua, y no pudiendo sobrevivir á su ignominia, se precipitó de lo alto, y exhaló el postrer aliento."

## XI

Neron, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 68 DE N. S. JESUCRISTO)

Este tirano, cuyo nombre, como dice Flores, es el compendio más cabal de todos los vicios y crueldades, inauguró la era de las persecuciones contra la Iglesia, siendo el primero que publicó edictos de exterminio contra los cristianos.

Elevado al imperio á la edad de catorce años, gobernó en justicia y equidad durante el primer

(1) PLENIO: *Historia natural*, lib. XXX, cap. II.—  
ARNOBIO: *In gent.*, lib II.—SÜETONIO: *Vida de Nerón*, cap. II.—DION CRISOST: *Orat.* 21.—SAN CIRILO JEROSOLIM: *Cathec.*, VI.—SAN AGUSTIN: *De heres.*, cap. I.

lustro de su reinado; pero despues llevó su crueldad hasta dar la muerte á su maestro, á sus esposas, y aun á su madre, abandonándose en las pasiones de la carne á los crímenes más nefandos, y descendiendo en sus ridículas pretensiones de artista, desde el trono de los Osáres al escenario de los teatros, y aun á la arena de los juegos olímpicos.

Por último, y para presenciar un espectáculo digno de su fiera, hizo incendiar á Roma por cuatro puntos distintos, quedando destruidos en el incendio diez cuarteles de los catorce que formaban la ciudad. Durante los nueve dias que estuvo ardiendo Roma, contempló Neron, vestido en traje teatral, desde una torre, aquel terrible espectáculo, cantando con bárbara complacencia un poema que habia escrito sobre el incendio de Troya.

Per aquel tiempo el Cristianismo se habia propagado ya en el imperio de una manera prodigiosa, y Neron culpó á los cristianos de su propio crimen, y los condenó á los tormentos más atroces: unos cubiertos con pieles de fieras, eran echados á los perros que los devoraban; otros, clavados en una cruz, donde es les dejaba morir, y otros, fijados á unos postes, y cubiertos de materias combustibles, servian de lami-

narias en las calles y en los jardines imperiales, que recorría el Emperador, subió en su carro, á la siniestra luz de aquellas antorchas humanas.

El mismo San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, fué encerrado bajo el reinado de este monstruo en las cárceles Mamertinas, de las que salió para el monte Janículo, donde se le crucifijo con la cabeza hacia abajo, el día 29 de Junio, en el lugar que hoy ocupa la capilla llamada de San Pedro *in Montorio*. El mismo día fué decapitado San Pablo, sufriendo tambien el martirio San Vital, en Roma, y los Santos Gervasio, Protasio, Celso y Nazáreo en Milan, porque la persecucion se extendió fuera de Roma.

Corría entonces el año 68 de nuestra Era y el duodécimo del reinado de Neron. Dos años despues el imperio todo estaba en abierta rebelion contra aquel monstruo de tiranía, que abandonado de todos sus soldados, servidores y favoritos, huyó de Roma cubierto con un mal vestido, y se refugió en la casa de campo de Faon, uno de sus libertos. A la mañana siguiente supo que el Senado le habia proscrito y condenado á ser azotado con varas hasta que espirase. Al poco tiempo vió cercada la casa por gentes que iban á prenderle. Neron concluyó por darse la

muerte, hundiéndose un puñal en la garganta el año 68 de Jesucristo, á 9 de Junio, en el mismo día en que hizo matar á su madre.

## XII.

Sesenio Tigilino, Ministro de Neron.

(MURIO AÑO 69 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este infame favorito de Neron debió únicamente á sus crímenes el alto puesto que alcanzó en el imperio romano, y el triste lugar que ocupó despues en la historia.

Tigilino, hombre de oscuro nacimiento, no tenia ninguna de esas cualidades que pueden hacer olvidar los vicios, y precisamente por esto fué favorito de Neron. Para ser favorito de Neron era necesario ser un Neron, y Tigilino lo fué. Como era natural, Tigilino, no solo aconsejó al Emperador muchos de los crímenes que le dieron tan funesta celebridad, sino que fué cómplice de todas sus infamias.

A la muerte de Neron, Tigilino cayó en desgracia, pero salvó su vida gracias á Vinio, favorito de Galba, cuya proteccion supo ganarse con maña. Sin embargo, como la edad del nuevo

Emperador no prometia un largo releado, Tigilino se retiró á una quinta en Sinuesa para esperar los acontecimientos; pero su suplicio, tan deseado por el pueblo, sólo se habia aplazado, pues al fin tuvo una muerte tan desastrosa como sus crímenes merecían.

Segun unos, Tigilino, á fin de sustraerse á la venganza de las innumerables víctimas de la tiranía, confió más tarde su existencia á cierto ministro de Galba, llamado Vinio; este malvado, despues que le hubo arrancado sus inmensos tesoros, tesoros que amaba más que á sus propias entrañas, lo encerró en una covacha de perros, cuyo alimento disputaba á costa de muchas mordeduras.

Así fue como Tigilino prolongó algunos dias más su miserable vida, para morir luego devorado por sus compañeros de cautiverio, á los cuales no se dió la comida acostumbrada durante la revolución que derribó á Galba, á los siete meses de su reinado.

Segun otros, al oírse Othon la púrpura imperial, le sentenció á muerte; pero no habiéndolo podido huir, y hallándose rodeado por sus majores, se dejó morir con una navaja de afeitar (1).

(1) MICHAUD, *Biographie universelle*.

## XIII

## Jerusalén.

(FUE DESTRUIDA AÑO 70 DE N. S. JESUCRISTO)

Las ciudades, como las naciones y los hombres, tienen tambien sus crímenes y su expiación.

La justicia de Dios, que castiga en este mundo la iniquidad de los hombres y de las familias, como lo demuestra la experiencia, lanza tambien los rayos de su enojo, segun lo prueba la historia, contra las naciones y las ciudades que atraen sobre sí, con sus excesos, la cólera divina.

La impia Babilonia, de la que pudo decirse con el poeta: "La gran ciudad no es más que un gran desierto," la corrompida Samaria, la idólatra Menfis, las abominables ciudades del Asirios, la hebreica Nínive, la fantástica Poluo, la rica Sidon, la opulenta Tiro, la Jerusalén decaída, y París, la prostituta del mundo moderno, dan testimonio de esta verdad.

Solo Roma, que en perfidia, impiedad, idolatría y corrupcion llegó á superar las abomina-

ciones de todas las ciudades antiguas y modernas, eludió esta terrible ley de la historia; pero la ciudad regada con la sangre de millones de mártires vive aún, para consuelo y edificacion de los fieles, que ven erigido en ella, sobre las ruinas del gentilismo y del imperio más vasto de la tierra, el Sólilo del Vicario de Jesucristo. Roma vive porque estaba destinada á ser la señora de las almas, como habia sido la dominadora de las naciones; Roma vive porque es el lugar donde Jesucristo colocó la piedra sobre la cual fundó su Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Pero si la ciudad santa de la nueva ley vive todavía y vivirá siempre, la ciudad santa de la ley antigua pereció, porque, despues de desconocer á su Salvador, de escarnecerle y de presenciar con spleaso los dolores de su Pasion y de su muerte, no podía eludir el terrible castigo que Dios le habia anunciado por boca de sus Profetas y Evangelistas.

Los mismos judíos pidieron que la sangre de Jesucristo cayera sobre sus cabezas y las de sus hijos; y ellos mismos, cansados de la tiranía y avaricia de los prefectos romanos, levantándose para sacudir su yugo, fueron los que ocasiona-

ron la ruina de su templo, de su ciudad y de su pueblo.

Neron, que ocupaba entónces el trono de los Césares mandó contra Jerusalem á Vespasiano que saqué é incendió muchas ciudades.

Electo Vespasiano Emperador, encomendó á su hijo Tito la guerra contra los judíos, negándose estos á aceptar la paz que se les ofrecia. Tito puso entónces sitio á la ciudad en el tiempo de la Pascua, cuando contenia Jerusalem una muchedumbre inmensa de judíos; siendo tan horrosas el hambre que sufrieron los sitiados, que las madres llegaron á comerse á sus propios hijos. Además, murieron en el sitio de hambre, peste, fuego y hierro un millon y cien mil judíos, noventa y siete mil fueron vendidos como esclavos, siendo muchos de ellos enviados á Egipto tambien como esclavos, y lanzados otros á los anfiteatros como gladiadores. La ciudad fué incendiada, no quedando de ella ni del templo piedra sobre piedra, sino un monton de cenizas y de escombros.

En las fiestas de Domiciano, hermano de Tito, que celebró ésta en Cesárea, hizo morir además, quemados, devorados por las fieras ó en las lanchas de gladiadores, á cinco mil quinientos judíos.

En el aniversario de la elevacion de su padre Vespasiano al imperio hizo morir tambien á un gran número de judíos, asegurándose por algunos que además murieron en la guerra trescientos setenta y siete mil cuatrocientos setenta.

Así se cumplió la palabra de Dios, y aquella maldicion que atrajeron sobre sí los judíos cuando, al pedir la muerte de Jesus, gritaban: "¡Que caiga su sangre sobre nuestras cabezas y las de nuestros hijos!"

Más tarde los judíos, á quienes protegía Juliano el Apóstata en odio á los cristianos, fueron excitados por éste para reedificar el templo de Jerusalem, á fin de desmentir las profecías y la palabra de Jesucristo. El emperador encomendó á Alipio, uno de sus mejores amigos, la ejecucion de esta empresa sacrílega, sin que perdona medio alguno para conseguirla. Los judíos acogieron con tal entusiasmo esta obra que sus mujeres, despues de haber hecho donaciones de sus mejores joyas, trabajaron en ella con sus propias manos, llevando tierra hasta en sus mismos vestidos.

San Cirilo, obispo de Jerusalem, que á la vuelta de su destierro presenci6 los esfuerzos de los judíos, dió una nueva prueba de su fe anunciando que serían inútiles; pero los judíos se rieron

de sus palabras. Comenzóse á destruir la parte del templo que habia quedado en pié, á fin de preparar el terreno para la nueva edificación, siendo de esta manera los mismos judíos los que cumplieron la profecía del Salvador, cuando dijo que *no quedaria del templo piedra sobre piedra*. Hecho esto, y preparados los cimientos, sólo faltaba levantar los muros; pero la noche anterior al dia en que habian de inaugurarse estas obras, un gran terremoto arrancó los cimientos, lanzándolos al aire y sepultando bajo sus escombros á un gran número de judíos. Al dia siguiente vieron estos que los cimientos del templo lanzaban globos de fuego, que abrasaban á cuantos alcanzaban. Avisado el Emperador de este prodigio, insistió en seguir las obras, y se comenzó á trabajar de nuevo; pero el prodigio se repitió y Juliano se declaró vencido y abandonó su empresa (1).

Los que se burlan hoy de Jesucristo, niegan su divinidad y se ríen de sus palabras, pueden ir á Jerusalem á reedificar el templo; que intenten colocar la primera piedra, para lo cual no se necesita grandes trabajos ni mucho dinero.

(1) AMIANO MARCELINO; lib. XXIII, num. 1.

y si lo consiguen, desmentida quedará la palabra de Jesucristo, y habrán triunfado sus enemigos.

## XIV.

Domiciano, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 96 DE N. S. JESUCRISTO.)

El año 81 de Jesucristo subió Domiciano al trono de los Césares, por muerte de su hermano Tito, asegurando muchos historiadores que se sirvió del veneno para deshacerse de éste y ocupar su puesto.

No obstante, el nuevo Emperador mostró al principio gran prudencia y justicia en el gobierno del imperio, dictando acertadas disposiciones para contener á los gobernadores de las provincias; pero la crueldad y desconfianza que constituían su carácter, le hicieron bien pronto émulos de Neron y de Calígula.

Una ligera sublevación promovida por Antonio, gobernador de Germania, bastó para que Domiciano decretara la muerte y la confiscación de bienes de muchos de los personajes más distinguidos del imperio. Al mismo Sabino, su pa-

riente ceroso, le condenó á muerte porque el pregonero público, por equivocación, le calificó de Emperador, en vez de cónsul.

Hasta se dice de él que á veces se encontraba en sus habitaciones y se entretenía en casar moscas y matarlas con un agudo punzon, de donde tuvo origen el chiste de Vibius Crispus, que se hallaba á su servicio, y que respondía cuando le preguntaban si había dignien con el Emperador: *Ni una mosca.*

La disolución de su vida privada correspondía á su crueldad, pues no satisfecho con vivir con su propia sobrina como al fuera su mujer legítima, se entregó también á un sensualismo tan nefando como contrario á la ley de la santidad.

A semejanza de Calígula, Domiciano quiso que se le tributasen honores divinos, haciéndose llamar *Dios y Señor*, y que se le erigiesen altares y se sacrificasen víctimas á sus estatuas.

El temor de perder la corona, que le asaltaba á cada paso, y las sospechas que concibió de los cristianos le determinaron á perseguirlos, según refiere H. gesipo (1), trasmitiendo órdenes severas:

(1) Eusebio: *Historia eccl. sacra*, cap. XX.

ras á los gobernadores para que los tratasen como enemigos del imperio. Según otros autores, Domiciano consideraba á los cristianos como re-negados del judaismo, que esperaban librarse así de los impuestos que grababan á los judíos.

En esta persecucion, que fué la segunda, Domiciano hizo morir á T. Flavio Clemente, su primo hermano, por haberse convertido al Cristianismo con toda su familia, y á pesar de tenerle tanto cariño, que habia designado para sucederle en el trono á los dos hijos de aquél, des-pues de mudarles sus verdaderos nombres, por los de Vespaciano y Domiciano. Flavia Domitila mujer del mismo Clemente, fué desterrada á la isla de Paadataria, siendo desepitados como cristianos sus domésticos Nereo y Aquileo. Entre otras muchas personas, sufrió tambien el martirio en esta persecucion el Papa San Cleto, en el año 91.

Tertuliano refiere ademas que San Juan Evangelista, acusado ante el tirano, fué conducido á Roma, y arrojado cerca de la Puerta Latina á una caldera de aceite hirviendo, de la cual salió ileso milagrosamente (2).

(1) De *Proscriptis*, *Heret.*, cap. LVI,

Pero Domiciano vivia, en medio de su omnímodo poder, lleno de temores y sobresaltos, y con grandes precauciones. Los historiadores añaden que habia revestido la galería en que solia pasearse de una piedra que reflejaba perfectamente los objetos, con el fin de que le denunciara la presencia de cualquiera persona que tratara de sorprenderle.

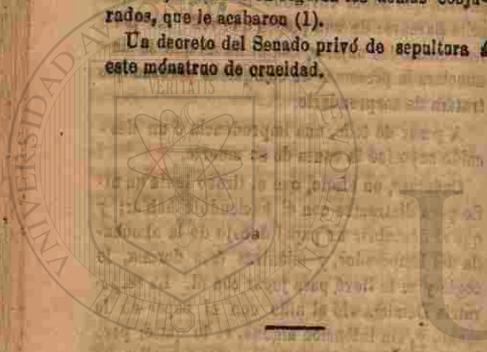
A pesar de todo, una imprudencia ó un descuido suyo fué la causa de su muerte.

Contáase, en efecto, que el tirano tenia un niño para distraerse con él haciéndole hablar; y que al descubrir un papel debajo de la almohada del Emperador, y mientras ésta dormia, lo cogió y se lo llevó para jugar con él. La emperatriz Domicia vió al niño con el papel en la mano, y, sin intencion alguna, se lo quitó; pero luego vió con gran sorpresa que era una lista de proscritos entre los cuales estaba ella misma.

Las personas amenazadas, inclusa la Emperatriz, juntáronse entonces para tratar de salvarse; y comprendiendo que solo podrian conseguirlo con la muerte del tirano, resolvieron dársela ántes de que pudiera notar la falta del papel, y así lo ejecutaron. Un liberto llamado Escéban, hombre fuerte y robusto, se encargó de darle el primer golpe; é introducido en el

cuarto de Domiciano con el pretexto de entregarle un escrito, y mientras este le leía con atención, le dió Esteban una puñalada en el vientre, entrando en seguida los demás conjurados, que le acabaron (1).

Un decreto del Senado privó de sepultura á este monstruo de crueldad.



(1) ANQUETIL: *Compendio de la Historia universal*, tomo VI, pag. 109.

## CAPÍTULO II.

### SIGLO II.

*Sumario.*—I. Trajano.—II. Barcochebas.—III. Rabbi Akiba.—IV. Elio Adriano.—V. Peregrino.—VI. Alejandro de Paflogonia.—VII. Marco Aurelio.—VIII. Aurelio Commodo.

Trajano, Emperador de Roma.

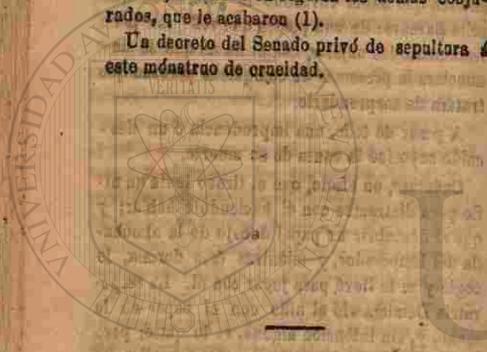
(MURIO AÑO III DE N. S. JESUCRISTO)

El día 27 de Enero del año 98, y por muerte de Nerva, su padre adoptivo, ascendió al trono Trajano, que dió lugar á la tercera persecucion contra el Cristianismo. ®

Ciertamente, Trajano no publicó ningun edicto de persecucion; pero la prohibicion dictada por él de que se celebrasen asambleas nocturnas, y de profesar religiones nuevas ó extranje-

cuarto de Domiciano con el pretexto de entregarle un escrito, y mientras este le leía con atención, le dió Esteban una puñalada en el vientre, entrando en seguida los demás conjurados, que le acabaron (1).

Un decreto del Senado privó de sepultura á este monstruo de crueldad.



(1) ANQUETIL: *Compendio de la Historia universal*, tomo VI, pag. 109.

## CAPÍTULO II.

### SIGLO II.

*Sumario.*—I. Trajano.—II. Barcochebas.—III. Rabbi Akiba.—IV. Elio Adriano.—V. Peregrino.—VI. Alejandro de Pafagonia.—VII. Marco Aurelio.—VIII. Aurelio Commodo.

Trajano, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO III DE N. S. JESUCRISTO)

El día 27 de Enero del año 98, y por muerte de Nerva, su padre adoptivo, ascendió al trono Trajano, que dió lugar á la tercera persecucion contra el Cristianismo. ®

Ciertamente, Trajano no publicó ningun edicto de persecucion; pero la prohibicion dictada por él de que se celebrasen asambleas nocturnas, y de profesar religiones nuevas ó extranje-

ras, dió motivo á los gobernadores de las provincias para perseguir cruelmente á los fieles.

En los primeros años de su reinado, el Papa San Clemente fué desterrado, siendo esta sentencia la señal de una guerra abierta contra los cristianos.

San Simeon, obispo de Jerusalem, que habia logrado escapar á la persecucion de Domiciano, fué condenado á muerte en esta época por el procónsul Ático, recibiendo la palma del martirio á la edad de ciento veinte años.

Plinio II, llamado el Joven, que gobernaba entonces en Bitinia, donde residia un gran número de cristianos, se consagró á observar y estudiar su conducta, é informó de ella á Trajano en una carta, en la que afirmaba no haber encontrado en ellos más delito, que el de reunirse en ciertos dias para cantar las alabanzas de Cristo, y que se obligaban á no cometer hurtos, adulterios ni perjurios.

Trajano, en vista de esta carta, mandó que no se denunciase á ningún cristiano por el sólo hecho de serlo; pero á pesar de todo, Plinio siguió condenándolos á muerte cuando eran delatados y perseveraban en su religión. El pueblo y los magistrados continuaron levantando nuevos artículos para perseguirlos; se les hizo sentir en

muchas provincias todo el rigor de una persecucion violenta, aunque de corta duracion, y hasta el mismo Emperador sentenció á muchos mártires, y entre ellos á San Ignacio, obispo de Alejandria, que fué devorado por las fieras en el Anfiteatro (1).

La historia de la Iglesia de Jerusalem ofrece en esta época una serie de seis Obispos en el espacio de trece años, sin que se sepa el tiempo que la gobernó cada uno de ellos. Esta circunstancia revela, segun algunos, el carácter de la persecucion de Trajano, que se dirigia principalmente contra los Obispos y sacerdotes, y en

(1) Las reliquias de este Santo mártir, encontradas recientemente en la antigua Basílica subterránea de San Clemente de Roma, donde habian estado perdidas durante más de mil años, fueron trasladadas el 30 de Enero de 1868 á la iglesia alta de aquella misma Basílica. Cuando la procesion que conducia á aquellas santas reliquias atravesó con ellas la arena del Coliseo, sobre la cual habia derramado su sangre hacia más de diez y siete siglos el santo Obispo, la piadosa alegría del pueblo que presenciaba tan augusta ceremonia pareció anhilarle denagrar la memoria del mártir, del bárbaro regocijo con que habia asistido á su suplicio un pueblo que ha desaparecido para siempre, y de cuya existencia no quedan otros rastros que la memoria de su iniquidad, y algunas ruinas.

electo, á más de los Papas San Clemente I y San Evaristo, y de los obispos San Simon y San Ignacio, sufrieron el martirio San Caésimo, obispo de Efeso y discípulo de San Pablo, San Crescencio, discípulo también de los Apóstoles, San Zacarías, su sucesor en la misma Silla, y San Barsimeo, obispo de Edesa.

La persecucion se hizo sentir principalmente en las provincias orientales, donde se hallaba el Emperador, y sobre todo en la de Siria, y hasta se dice que el mismo Emperador habia despedido de su ejército y desterrado á Armonia más de once mil soldados por el delito de ser cristianos.

Algunos historiadores, impulsados por un celo indiscreto, han adulterado la verdad acerca de esta persecucion, mezclándola con la fibala, hasta el punto de que no sea posible distinguir la una de la otra. Con todo, parece indudable que la impiedad de Trajano sacrificó un gran número de víctimas, hasta que Tiberiano, gobernador de Palestina, le hizo saber que á los cristianos no les imponia la muerte, y que no era posible sentenciar judicialmente á todos los que espontáneamente se presentaban á sufrir los tormentos.

La persecucion se mitigó desde entonces; pero esta indulgencia no comenzó, segun afirma

Berault-Beroussel (1), hasta los últimos años del reinado de Trajano, que corrió uno de esos peligros que envía la Providencia á los poderosos para su castigo ó para recordarles que tiene en su mano la suerte del mundo y de los hombres.

Berault-Beroussel, en el lugar citado, refiere este suceso en los términos siguientes:

“Hallándose el Emperador durante el invierno descansando en Antioquia, con el ejército que regresaba de su gloriosa expedicion contra los partos, ocurrió un espantoso terremoto que, aunque causó poco daño en las ciudades vecinas, hizo en la capital verdaderos estragos. Su vasto recinto contenia entonces innumerable muchedumbre de soldados, diputados de las provincias, embajadores extranjeros, y de curiosos atraídos por la magnificencia de las fiestas y de los espectáculos. Así fué que, segun Dion Casio, apenas hubo provincia, ni una sola ciudad, cuyas habitantes no sintieran la catástrofe que cambió aquella escena de placeres en luto universal (2).”

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balda, lib. II.

(2) *Epitoca, ad Trajan*.

"Primeramente, añade el mismo Barcasiel, apareció muy encendido el horizonte, y el viento en arrebatados torbellinos llenó de pavor los ánimos; poco después resonó en las entrañas de la tierra un ruido espantoso, y el agitado mar levantaba sus olas con creciente violencia. El monte Casio, próximo á Antioquía, sufría tan fuertes sacudidas, que se llegó á temer se desplomára sobre la ciudad. Los más sólidos edificios, agitados por contrarios impulsos, se vinieron á tierra, quedando arrojados por completo. Las aguas espumosas del río inundaron en una gran extensión aquella comarca, y en el campo parecía que la tierra se levantaba y abría alternativamente, como las entrañas de un animal que palpitante espira. En una palabra: el cielo, la tierra y el mar presentaban un aspecto horrendo. El polvo y el humo oscurecieron el día, de suerte que solo se percibían los gritos desgarradores de las víctimas que tragaba la tierra en su gritería superficial, ó que perecían entre las ruinas de los desplomados edificios. Los que tuvieron la fortuna de evitar la muerte, quedaron magallados ó peligrosamente heridos. Sólo dos personas salieron sanas y salvas. El emperador, que se salvó saltando por una ventana de su palacio, salió herido de un brazo." Por

último, afirma Berault-Barcasiel, que todas las circunstancias de aquella terrible desolación demuestran que fué un castigo de la venganza divina.

Otros historiadores apnan tambien como uno de los castigos que Dios impuso á Trajano, la vergüenza ó ignominia con que tuvo que levantar el sitio de Atra, despues de haber pasado en triunfo por todo el mundo las legiones romanas.

Finalmente, otros sostienen que murió envenenado, y casi todos convienen en que su memoria ha pasado á la posteridad manchada por su crueldad y por su incontinencia en un género de lascivia tan nefanda como contraria á la naturaleza.

## II

Barcochebas, falso Mesías.

(MURIO AÑO 134 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este famoso impostor, que se hizo pasar como Mesías en tiempo del emperador Adriano, pretendió reedificar á Jerusalem en 132, y adoptó el nombre de Barcochebas, ó Bancochab, que

significa en hebreo *hijo de la estrella*, aplicándose a las palabras de la profecía, que dicen: *Nacerá una estrella de Jacob. Orietur stella, ex Jacob.*

Barcochebas, secundado por el Rabbi Akiba, que tenía gran prestigio entre los judíos, se atrajo numerosos partidarios, fortificó á Bethar, entre Cesárea y Dióspolis, y se apoderó de cincuenta fortalezas y de novecientos ochenta poblaciones de la Judea, ejerciendo innumerables crueldades contra los cristianos.

Seducidos los judíos por el impostor, se rebelaron entonces, al mando de Barcochebas y de Akiba, para sacudir el yugo de los romanos y librar á Jerusalén de las abominaciones y profanaciones que ejercían en ella.

En efecto: el Emperador Adriano había levantado un templo á Júpiter en el mismo lugar que ocupaba antes el templo del verdadero Dios, construido por Salomón, y había colocado su estatua en el sitio llamado *Santo de los Santos*.

Rabí, gobernador de la Judea, no pudo dominar la sedición, y el Emperador tuvo que enviar al célebre capitán Julio Severo, que después de haber obtenido varias victorias parciales sobre los judíos, los obligó á encerrarse en Bethar.

La ciudad se defendió por espacio de tres años y medio, pero al cabo la tomó Julio Seve-

ro, haciendo una terrible matanza en sus fanáticos defensores.

Barcochebas murió también en la toma de esta ciudad, habiéndose encontrado su cadáver con una gran serpiente enroscada á su cuello. Murieron en esta guerra, según los talandistas, cerca de seiscientos mil judíos.

### III.

Rabbi Akiba.

(MURIO AÑO 135 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este célebre judío, de origen pagano, fué uno de los que más contribuyeron á la conservación y consolidación del nuevo judaísmo, con sus trabajos sobre las tradiciones de los hebreos.

Según el *Talmud*, los servicios de Akiba fueron tanto más apreciados por los judíos, cuanto que habiendo muerto sus discípulos de una peste que les afligió por algún tiempo, hubiera peregrinado la ley tradicional si Akiba no se hubiera retirado al Norte de la Palestina, donde transmitió su doctrina á nuevos discípulos que posteriormente la conservaron y propagaron.

La consideracion de los judíos hacia Akiba fué tan grande, que, no sólo en conmemoracion de aquel triste acontecimiento, sino de la muerte del célebre Rabbi, se ordenó en el *Talmud* que el período de cincuenta dias que media desde las Paschas hasta Pentecostés, fuera un período de luto para Israel, durante el cual, aún en nuestros dias, los judíos, no sólo no se afeitan ni cortan los cabellos, sino que ni aún se visten ropa nueva, ni se casan.

Sin embargo, si la actividad religiosa de Akiba fué muy provechosa para el pueblo hebreo en cambio le fué harto funesta su influencia política, puesto que su exaltada imaginacion y sus falsos cálculos sobre la venida del Mesías le impulsaron á apoyar con todo su prestigio al impostor Barcochebas, que, haciéndose pasar por Mesías, suscitó entre los judíos, bajo el emperador Adriano, aquella famosa guerra contra Roma, que les causó tantos desastres y tantas víctimas.

El mismo Akiba no pudo escapar al furor de los romanos, pues hecho prisionero en la toma de la ciudad de Bethar, fué encerrado en un calabozo, donde se le dió muerte, destrozando su cuerpo con garfios de hierro (1).

(1) WEITZER y WELTE: *Diccionario enciclopédico de la Teología católica*.

## IV

Elio Adriano, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 138 DE N. S. JESUCRISTO.)

La persecucion contra el Cristianismo, decretada por Trajano, que fué acaso el único Emperador romano perseguidor de la Iglesia que no tuvo desastrosa muerte, léjos de cesar, se recrudeció bajo el reinado de Elio Adriano, su sucesor.

Los historiadores elogian las buenas cualidades que distinguieron á este príncipe; pero su soberbia, sus iniquidades y la cruel persecucion que sufrieron los cristianos en aquella época harán siempre odiosa su memoria.

En efecto: Elio Adriano, como casi todos los Emperadores romanos, no contento con ser el señor del mundo, aspiró también á los honores divinos; porque aunque Lampridio autor pagano, confirma la tradicion sobre la intencion que se atribula á Adriano de construir templos sin ídolos para colocar en ellos la imagen de Jesucristo, afirman otros que, en efecto, Adriano hizo construir templos sin ídolos, pero no para colo-

car en ella la imagen de Jesucristo, sino la suya propia (1).

Por otra parte, irritado Elko Adriano con los judíos, que, rebeldes contra Roma, sostuvieron una guerra sangrienta por espacio de tres años, no solo hizo pasar el arado sobre el lugar que habia ocupado el templo, y que se sembrase de sal, sino que, profanando los lugares venerados por los cristianos, mandó erigir una estatua á Júpiter sobre el sitio donde resucitó Jesucristo, y otra á Vénus sobre el Calvario. En Bala se plantó un bosque en honor de Adonis, al cual fué consagrada tambien la grata donde habia nacido el Salvador.

Los historiadores no están conformes acerca de si Adriano promovió la cuarta persecucion contra el Cristianismo, y aun hay algunos, como Meliton, Tertuliano y Eusebio, que ni siquiera le cuentan entre los perseguidores, pero parece indudable que aunque Adriano no promulgó ningun edicto de persecucion, dejó en vigor los que ya existian. Así se explica que bajo su reinado fuesen perseguidos y martirizados muchos cristianos.

(1) BUNART: *Acta Martyrum*.—STOLBERG: *Historia de la Religión de Jesucristo*.

La primera causa de esta persecucion, que San Jerónimo calificó de violenta, fué el error en que incurrieron los romanos de confundir á los cristianos originarios de Judea con el pueblo judío, al cual miraban con prevención por sus continuos esfuerzos contra el poder de Roma. Por otra parte, Adriano odiaba todas las religiones que se oponian á la de los romanos y griegos, y tenia tal adición á los egipcios, á la astrología y á la magia, que profesaba un odio profundo á los sencillos adoradores del verdadero Dios, á quienes confundía además con las diferentes sectas de los gnósticos.

No es extraño, por consiguiente, que la época de Adriano cuente innumerables mártires, tales como Santa Sofía, cuyo nombre llegó á ser tan famoso en Oriente, y que sufrió el martirio en Roma con sus tres hijas; San Eleuterio, obispo, y su madre Santa Antía, los Santos Faustino, Jovita, Primo, Antiope y Crispulo; Santa Zoé, San Hesperio su marido, y sus hijos Cirilaco y Teodalo, y Santa Sinfrosas, juzgada y condenada con sus siete hijos por el mismo Emperador.

Más tarde, las brillantes apologías del Cristianismo, presentadas á Adriano por Quadrato, discípulo de los Apóstoles, y por Arístides, y las reclamaciones de Serenno Graciano, produ-

sal de Asia, en favor de los cristianos, mitigaron la persecucion; pero la impiedad y crueldades de Adriano sufrieron el terrible castigo que describe Berault. Barcelona en los términos siguientes:

“Poco tiempo sobrevivió el emperador Adriano, no á sus terribles expediciones contra los judíos, pues murió al año siguiente de reedificada Jerusalen, con el nombre de Elia, á la edad de sesenta y dos años, el 10 de Julio del 138 de Jesucristo en su palacio de Tívoli, donde pocos años ántes habia tratado tan cruelmente á la ilustre mártir Sinfrosa, con su santa y numerosa familia. En su última enfermedad, aunque en apariencia sólo era una hidropesía ordinaria, sufrió increíbles dolores. Sus padecimientos agriaron su carácter, y se abandonó á un humor strabiliario, que le hizo cometer las más odiosas crueldades. Mandó quitar la vida á muchas personas de la primera nobleza, y á una de su propia familia, y hubiera sacrificado mayor número si Adriano Antonino, el digno sucesor que él habia nombrado, no hubiese escuchado á muchos de los que condenaba.

Várias veces propo á quitarse él mismo la vida ó hacerse matar por otro para poner fin á sus dolores, quejándose con gritos desesperados de que no podia disponer de su propia persona, al

mismo tiempo que era dueño de la vida de los demás. Entregóse por fin á comer y beber sin moderacion, y como se hallaba ya tan débil, le acabó en poco tiempo el exceso de la comida (1).”

## V

Peregrino, hereje.

(MURIO AÑO 167 DE N. S. JESUCRISTO)

La Iglesia no sufrió durante el siglo II una persecucion tan sangrienta y tan continua como en el siglo I por parte de los Emperadores romanos; pero en cambio vió combatida su doctrina por muchos herejes, que predicaron los más extraños errores, seduciendo á una gran parte del pueblo, alucinado por las supercherías de los que aparentaban pasar por apóstoles ó profetas de la verdadera doctrina, y entre los cuales merece especial mencion Peregrino, natural de Parium, de la Troada.

Este hombre extraordinario pasó los primeros años de su vida en su ciudad natal; pero

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balzá  
lib. III,

desterrado de su patria por delito de adulterio y otros, y aun segun algunos, por haber ahogado á su propio padre, se retiró á Palestina, donde se hizo cristiano y supo ocultar con tal arte la perversidad de su carácter, que logró obtener varios cargos de confianza entre los fieles.

Sa reputacion movió á los gentiles á prenderle por la fé, y Peregrino sostuvo con tal firmeza su papel de confesor, que los cristianos le visitaron en su prision y le socorrieron con toda clase de recaudos.

El desprecio con que Peregrino miraba la muerte impresionó de tal modo al gobernador de Siria, admirador entusiasta de las costumbres de los filósofos, que le dió la libertad. El importador siguió explotando la caridad de los cristianos, hasta que, convencidos de su hipocresía, le abandonaron.

Peregrino marchó entónces á Egipto, donde puso en práctica las extravagancias de los egipcios, y desde allí pasó á Alejandría y á Roma á declamar contra los grandes y poderosos. De Italia pasó á Grecia, refugio entónces de todos los sectistas, y en Atenas logró tambien hacerse célebre por sus extravagancias.

Por último, viéndose ya viejo, y deseando immortalizar su nombre, apeló á un medio tan

bárbaro como extraordinario, cual fué el de quemarse vivo, imponiéndose de este modo por sí mismo la pena que merecian sus crímenes, su apocastasia y sus impiedades.

Al efecto, Peregrino se presentó en los juegos olimpicos y anunció públicamente que en la olimpiada próxima se abrasaría vivo en aquel mismo sitio. Como habia cuatro años de intervalo, se aconsejaba de que en tan largo tiempo ocurriria algun accidente que le librara de su promesa, atrayéndose entre tanto la admiracion del pueblo griego, tan frívolo é impresionable.

Por fin llegó el dia señalado. Los discípulos de Peregrino discordaron sobre si su maestro debia cumplir su promesa. Algunos se opusieron, fundándose en que interesaba conservar la vida de un hombre tan importante; pero la mayoría opinó que estaba interesada su honra en dar ejemplo del desprecio de la vida con todo el aparato que habia prometido. Peregrino tuvo que resignarse al sacrificio, y la víspera del dia señalado pronunció ante el pueblo una arenga acerca de la muerte, pero despues retardó su suicidio con un pretexto que no satisfizo á los atenienses. Entre tanto cayó enfermo, y habiéndole reprendido el médico su poca paciencia en los dolores, echándole en cara su desprecio á

la muerte, Peregrino, picado en su amor propio, declaró que se quemaría vivo á la noche siguiente.

En esta ocasion, el impostor no defraudó los deseos del numeroso pueblo que acudió á presenciar tan extraño espectáculo, porque á la media noche, y seguido de todos sus discípulos, se presentó con una aurecha en la mano en el lugar designado, encendió él mismo la hoguera, preparada ya, y despues de echar en ella algunos granos de incienso, se volvió hácia el Mardocá para pedir á los dioses le fuesen propicios. Hecho esto, se quitó las sandalias y el manto, y se arrojó con prestera á la hoguera, que lo consumió en un momento.

Luciano, testigo y narrador del suceso, afirma que esta escena produjo tal entusiasmo en el pueblo, que faltó poco para que le matasen á él á pedradas porque se chancó de la extravagancia de Peregrino (1).

(1) LUCIANO: *De morte Peregr.*—A. GELL, lib. XII, esp. 11.

## VI

## Alejandro de Paflagonia.

(MURIO AÑO 172 DE N. S. JESUCRISTO)

Muy semejante á la de Peregrino es la historia de otro impostor llamado Alejandro de Paflagonia, que al principio se consagró á la magia, y despues pretendió pasar por profeta, logrando engañar al pueblo ignorante con sus falsos oráculos y con sus supercherías. No obstante, llegó á adquirir tanta fama y autoridad, que se le ofrecieron presentes y sacrificios, se le erigieron estátuas, y hasta el prefecto del Pretorio cayendo en la preocupacion general, tuvo la debilidad de consultarla sobre el éxito de una batalla; mas contra la predicción del falso oráculo, la batalla se perdió.

Alejandro tampoco anduvo muy acertado cuando predijo que viviria cien años, pues á los setenta de edad murió devorado por gusanos (1).

(2) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traduc. por Buldú, libro III.

## VII

Marco Aurelio, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 180 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Adriano, la persecucion que sufrían los cristianos se mitigó algun tanto por los edictos de Antonino Pio; pero Marco Aurelio, que le sucedió en el trono, volvió á suscitara de nuevo con gran rigor.

A pesar de las grandes qualidades que los historiadores todos reconocen y elogian en el emperador Marco Aurelio, como hombre y como Monarca, la historia de su reinado no está limpia de toda mancha, pues se le acusa, con razon, de debilidad y de culpable condescendencia para con la inmoral Faustina y su hijo Cómodo, y de haber designado á este para que le sucediera en el trono, á pesar de los vicios que dominaban á este príncipe, y que su padre no podía ignorar. Pero lo más extraño es que un Emperador tan justo y tan elemente como Marco Aurelio persiguiese con tanta saña á los cristianos.

Las calamidades públicas que affigieron á Roma en aquella época, atribuidas por el pueblo á castigo de los dioses irritados por el gran número de gentiles que abandonaban el culto nacional para abrazar el Cristianismo; el odio y la envidia con que los filósofos miraban los progresos siempre crecientes de la Religión de Jesucristo, y la falsa piedad gentilica que caracterizaba al Emperador, hicieron que considerase á los cristianos como unos íraucos enemigos del Estado y como un peligro para el paganismo y la constitucion del imperio, y que adoptase la resolucion de oponerse con todo su poder á la propagacion del Cristianismo.

Las Iglesias de Italia y de Asia y muy especialmente las de Roma y Esmirna, fueron anegadas en sangre, pereciendo entre otros muchos mártires, los Santos Justino y Policarpo.

Algunos años más tarde, y hallándose Marco Aurelio en guerra con los marcomanos, fué encerrado con sus tropas por el enemigo en las montañas de Bohemia. El ejército romano, abrasado de sed y sofocado de calor, iba á ser atacado por los bárbaros. En tan crítica situacion, una legion formada de cristianos armenios se arrodilló, segun refiere Eusebio, é invocó los auxilios de Jesucristo. De repente el cielo se ca-

brío de densas nubes, y una abundante lluvia comenzó á caer sobre el campo de los romanos. Los soldados levantaban su cabeza, recibían con ansia el agua, para apagar la sed que los devoraba y la recogían en sus escudos y en sus cascos, donde la bebían y la daban á beber á sus caballos. Los bárbaros, testigos del desórden ocasionado por aquel incidente les atacaron en tan críticos momentos, viéndose obligados los romanos á beber y combatir al mismo tiempo. Pero de pronto vino á mezclarse con la lluvia el granizo y el rayo, que, sin herir á los romanos, cayeron sobre los enemigos dando muerte á muchos de ellos y obligando á los demás á implorar la clemencia del emperador. Conmóvido Marco Aurelio ante este milagro, que confiesan los mismos autores paganos, hizo cesar la persecución (1).

Esta paz inesperada no duró más que tres años. El ódio contra los cristianos, comprimido algun tiempo por aquel prodigio, volvió á estallar con nueva violencia en las Galias, y muy especialmente en Lyon y Viena.

“Nuestras palabras, escribían los fieles de Lyon á sus hermanos de Asia, no podrán expro-

(1) DION: *In Marc. Aurel.*

zar, ni [pluma alguna podrá describir jamás, la crueldad de los suplicios que han sufrido con constancia los bienaventurados mártires.” El feror del pueblo compelió á las autoridades á cometer inauditas crueldades. San Fotino, obispo de Lyon, sufrió el martirio á la edad de noventa años, siguiendo su ejemplo un gran número de fieles, que fueron decapitados, lanzados á las fieras, quemados, ó arrojados al Ródano.

La sangre de tantos mártires clamaba venganza. El imperio romano, que en los reinados anteriores había sufrido, en castigo de sus persecuciones contra el Cristianismo, la vergonzosa tiranía de Calígula, Neron y Domiciano, tuvo bajo Marco Aurelio la dicha de ser gobernado por un príncipe justo y benigno; pero en cambio experimentó otras calamidades, cuyos desastres afligieron el corazón del mismo Emperador, cruel y sanguinario únicamente para los cristianos.

Hacia el fin del primer año de su reinado, derremándose el Tíber en invasora inundación, destruyó un gran número de casas en Roma, arrastrando sus aguas muchos ganados, y produciendo una hambre espantosa. Esta inundación fué seguida de un terremoto, de grandes incendios en varias ciudades del imperio, y de una

plaga de insectos que devastó los campos. Por último, la guerra, estallada por todas partes, vino á poner el colmo á la miseria general. Los partos iradiaron la Armenia, y avanzando sobre Siria, obligaron á huir al gobernador romano, y los bretones y los celtas recorrieron á saqueo y fuego la Germania romana en toda la extensión del Rhin.

El emperador Marco Aurelio sobrevivió cerca de dos años á los mártires sacrificados en las Galias por el abuso de su poder; pero esos dos años fueron para él una serie no interrumpida de pesadumbres y disgustos, sigilales sobre todo el triste convencimiento de las malas inclinaciones de su hijo Cómodo. A fines de su reinado tornaron á recomovers de nuevo las naciones inquietas de Germania y Sarmacia. Marco Aurelio marchó contra ellas, y consiguió una gran victoria sobre los marcomanos; pero en medio de este triunfo fué acometido de una enfermedad contagiosa, Cómodo, á quien había hecho proclamar Augusto, y llevaba en su compañía, no podía ocultar su detestable ánsia de reinar sin guía y sin freno, y se difundió la voz de que había hecho envenenar á su padre. A lo ménos el Emperador mostró que lo sospechaba, pero sin embargo lo disimuló, y respondió al tribuno

que venia á tomar su órden: *Acvite al sol que nace*. Dijo á sus amigos que le era gravosa la vida, y rehusando tomar alimento murió el año 180 de Jesucristo (1).

## VIII.

Aurelio Cómodo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 192 DE N. S. JESUCRISTO.)

Durante el reinado de este monstruo digno émulo de los Calígulas, Nerones y Domicianos no sufrió el Cristianismo una persecucion tan continua y tan sangrienta como bajo aquellos Emperadores; pero las Actas del Cristianismo registran tambien algunos mártires en la época de este sanguinario Monarca.

La crueldad, la soberbia y la depravacion de costumbres de Aurelio Cómodo fueron tales, que hicieron creer no era hijo legítimo de Marco Aurelio, sino de un gladiador, á quien la Em-

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldó, lib. III, núm. 39.

peratris amaba. Roma, en una palabra, tuvo en él un segundo Neron, que ni veneraba á las diosas, ni respetaba las leyes de la naturaleza, ni tenia otra norma que su capricho, su venganza y la satisfaccion de sus pasiones violentas.

En más: no contento el tirano con ser Emperador, aspiró á ser dios, y al efecto se presentó al pueblo, como otro Hércules, vestido con una piel de leon y armado de una maza, abandonó el nombre de Marco Aurelio para llamarse *Hércules, hijo de Júpiter*, é hizo que se le erigiesen altares y se le ofreciesen sacrificios.

Al mismo tiempo, Cómodo, no solo se deleñaba, sino que tenia á gloria descender á la arena del circo á luchar con las fieras y los gladiadores, y venerarlos, porque este bárbaro no sería buen Emperador; pero, á juzgar por las noticias que de él nos ha trasmitido la historia, fué el primer gladiador de su época. En efecto: segun afirman algunos historiadores, sus fuerzas eran tan extraordinarias, que de una lanzada atravesaba un elefante, y añaden que en un solo día mató cien leones en el anfiteatro todos al primer golpe, y que en la palestra venció setecientas treinta y cinco veces, sin ser vencido jamás, aunque luchó siempre con los más famosos atletas,

Cómodo se complacía además en sacrificar á su crueldad á cuantos caian en su desgracia, por las causas más frívolas, sin respetar á los senadores, á los consulares ni á sus mismos parientes. Su lascivia le arrestró á los crímenes más nefandos, tanto, que, no contento con sus trescientas concubinas, á una de las cuales habia puesto el nombre de su propia madre, violó á todas sus hermanas, y despues mató á puñaladas á una de ellas.

Algunos historiadores dicen que Cómodo, á pesar de su natural ferocidad, trató favorablemente á los cristianos, atribuyéndolo á la influencia de su concubina Marcia, que miraba con predileccion el Cristianismo; pero otros afirman, por el contrario, que los cristianos fueron atormentados cruelmente por negarse á tributar al tirano los honores divinos que exigía de sus súbditos.

Lo cierto es que el senador Apolonio fué decapitado en el año octavo del reinado de Cómodo, porque en pleno Senado confesó la fé de Jesucristo y pronunció una brillante apología del Cristianismo, haciéndose tambien mencion de otro senador, llamado Julio, que fue decapitado en tiempo del mismo Emperador.

Al fin, á los trece años de su elevacion al imperio, Cómodo tuvo una muerte tan fanesta como grande fué su impiedad y desasosuro su reinado.

El tirano, sediento siempre de sangre, habia formado una larga lista de proscripcion, en la que figuraban Marcia, su concubina, el capitán de sus guardias y otros dignatarios; pero esta lista cayó en manos de los proscriptos, y resolvieron salvar su vida sacrificando la de su verdugo.

Al efecto, Marcia hizo beber á Cómodo un veneno mezclado con vino; mas viendo que la pócima no surtia en efecto con la prontitud que deseaba, hizo que la estrangulase un atleta, con el cual se habia ejercitado el Emperador en la lucha (1).

(1) LAMPREDIUS: *Vit. Comm.*—EUTROP: *Hister. Rom.* libro VIII.—BERAULT-BERCASTEL: *Histeria general de la Iglesia*, traducción por Balzá, lib. III,

## CAPITULO III.

## SIGLO III.

*Sumario.*—I. Claudio Herminiano.—II. Saturnino Vite-  
lio.—III. Fulvio Plauciano.—IV. Septimio Severo.—  
V. Montano.—VI. Hellogábalo.—VII. Alejandro Seve-  
ro.—VIII. Maximino de Tracia.—IX. Decio.—X. Vi-  
bio Treboniano.—XI. Valeriano.—XII. Macrino.—  
XIII. Aureliano.—XIV. Manes.

## I.

Claudio Herminiano, Procónsul de Capadocia,

(MURIO AÑO 208 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apénas contaba dos siglos la Iglesia instituí-  
da por Jesucristo, cuando el Emperador Septi-  
mio Severo decretó contra ella la quinta perse-  
cucion, una de las más terribles por su duracion,  
porque se extendió á todos los dominios del im-  
perio, y por el gran número de mártires que  
fueron sacrificados en los más atroces tormentos.

Al fin, á los trece años de su elevacion al imperio, Cómodo tuvo una muerte tan fanesta como grande fué su impiedad y desasosuro su reinado.

El tirano, sediento siempre de sangre, habia formado una larga lista de proscripcion, en la que figuraban Marcia, su concubina, el capitán de sus guardias y otros dignatarios; pero esta lista cayó en manos de los proscriptos, y resolvieron salvar su vida sacrificando la de su verdugo.

Al efecto, Marcia hizo beber á Cómodo un veneno mezclado con vino; mas viendo que la pócima no surtia en efecto con la prontitud que deseaba, hizo que la estrangulase un atleta, con el cual se habia ejercitado el Emperador en la lucha (1).

(1) LAMPRIDIUS: *Vit. Comm.*—EUTROP: *Hister. Rom.* libro VIII.—BERAULT-BERCASTEL: *Histeria general de la Iglesia*, traducción por Balzá, lib. III,

## CAPITULO III.

## SIGLO III.

*Sumario.*—I. Claudio Herminiano.—II. Saturnino Vite-  
lio.—III. Fulvio Plauciano.—IV. Septimio Severo.—  
V. Montano.—VI. Hellogábalo.—VII. Alejandro Seve-  
ro.—VIII. Maximino de Tracia.—IX. Decio.—X. Vi-  
bio Treboniano.—XI.—Valeriano.—XII. Macrino.—  
XIII. Aureliano.—XIV. Manes.

## I.

Claudio Herminiano, Procónsul de Capadocia,

(MURIO AÑO 208 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apénas contaba dos siglos la Iglesia instituí-  
da por Jesucristo, cuando el Emperador Septi-  
mio Severo decretó contra ella la quinta perse-  
cucion, una de las más terribles por su duracion,  
porque se extendió á todos los dominios del im-  
perio, y por el gran número de mártires que  
fueron sacrificados en los más atroces tormentos.

Los gobernadores de las provincias, cumpliendo por una parte los decretos imperiales, é impulsado por otra por las excitaciones del pueblo, que miraba con gran prevención á los cristianos, y á veces tambien por el ódio que particularmente les profesaban, emprendieron contra los cristianos una guerra de exterminio.

Entre todos ellos sobresalió Claudio Hermiano, gobernador de Capadocia, que irritado por la conversión de su esposa al Cristianismo, trató á los cristianos con inaudita crueldad.

Pero la ferocidad de este sanguinario proconsul no quedó impune, porque, segun refiere Tertuliano (1), murió devorado por los gusanos, que una espantosa enfermedad crió en su propio cuerpo.

## II

Saturino Vitello, proconsul de Africa.

(MURIÓ AÑO 208 DE N. S. JESUCRISTO.)

La persecucion decretada contra el Cristianismo por Septimio se ejecutó en casi todas las provincias del imperio con gran encarnizamiento.

(1) *In L. ad Scapulam.*

to, pero muy especialmente en Africa, donde la habia comenzado, dos años antes de darse el edicto imperial, el proconsul Saturnino, de quien se dice fué el primero que empleó la cuchilla en esta persecucion, que fué la quinta.

Las primeras víctimas de su furor fueron doce cristianos de ambos sexos, cuyas actas, que cuentan venerable antigüedad, han llegado hasta nuestros días.

Tertuliano en su tratado dirigido á Scapula, gobernador de Africa, para inducirle á que no persiguiera á los cristianos, cita, entre otros muchos ejemplos de los castigos del cielo contra los perseguidores de la Iglesia, el de Saturnino, proconsul de Africa, que despues de haber perseguido sin tregua á los cristianos, perdió la vista y murió ciego.

## III

Falvio Plauciano, Ingarciente del imperio.

(MURIÓ AÑO 204 A 211 DE N. S. JESUCRISTO.)

Durante la terrible persecucion de Septimio Severo, Plauciano, hombre de oscuro nacimiento, pero á quien el Emperador habia colmado de riquezas y honores, elevándolo por último á la

dignidad de prefecto del Pretorio, fué uno de los ejecutores más terribles y sanguinarios del edicto de exterminio dictado contra los cristianos.

La circunstancia de haber quedado en Roma como ingarteniente del imperio, cuando Septimio Severo marchó á la guerra contra los partos, le proporcionó la ocasión de satisfacer sus instintos feroces en los cristianos indefensos.

“En la capital del imperio, dice Barault-Ber Castel, refiriendo los horrores de aquella persecucion, padecian los fieles las más inauditas violencias, por la impiedad y avaricia de Plauciano. Este hombre, de bajo nacimiento, pero de grandes riquezas, tenía una hija casada con el hijo del mismo emperador Severo, al tiempo que marchaba al Oriente contra los partos. Elevado Plauciano á tan alta dignidad, no había olvidado los malos resabios de su origen, y parecia que solo se valia del poder para aumentar con las confiscaciones su inmensa fortuna. Ensayó sus crueldades en los fieles más pacíficos y desinteresados de Roma, y á pretexto de que no tributaban al Emperador los mismos honores que sus súbditos idólatras, obligó á sufrir una muerte cruel á muchos de ellos (1).”

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldá, lib. III.

Herodiano dice, por otra parte, que Plauciano era un hombre tan cruel y tan soberbio, que consideraba como un crimen el que se le mirára al rostro.

Plauciano sufrió el castigo que merecia del mismo Septimio Severo, que le había elevado y enriquecido, y á quien había servido de instrumento en la persecucion contra el Cristianismo.

En efecto: el Emperador hizo matar á Plauciano en su propio palacio, ya porque conspirase contra él, ó por librarse de un hombre tan insolente y odioso. Su hijo Plaucio y su hija Clautilla fueron relegados á la isla de Lipari, donde, despues de sufrir toda clase de privaciones, fueron condenados á muerte por orden de Caracalla (1).

#### IV.

Septimio Severo, Emperador de Roma.  
(MURIO AÑO III DE N. E. JESUCRISTO)

El senado romano, despues de haber hecho decapitar á Didio Juliano, que había comprado

(1) MORERY. *Grand Dict. Histor.*

á la guardia pretoriana la dignidad imperial, re-  
conoció unánimemente como Emperador á Sep-  
timitio Severo el 2 de Junio del año 193.

Durante los primeros años de su reinado, el  
nuevo Emperador se mostró favorable á los cris-  
tianos, y aun los protegió contra los furores del  
pueblo; pero cuando Septimio Severo derrotó á  
sus dos rivales Pescennio Niger y Clodio Albi-  
no, que aspiraban también al trono, la persecu-  
ción comenzó de nuevo. Los paganos celebraron  
su elevación con sacrificios solemnes, festines  
públicos é iluminaciones. Los cristianos, por el  
contrario, permanecieron indiferentes ante aque-  
llas manifestaciones de alegría, por no asistir á  
las ceremonias idolátricas de los gentiles, y des-  
de entonces comenzaron á hacerse sospechosos  
como hostiles al Emperador. Así fué que enan-  
do Septimio Severo marchó contra los partos, su  
primer ministro, Plauciano, que había quedado  
en Roma como lugarteniente y administrador  
del imperio, adoptó varias medidas contra los  
cristianos, considerándolos de que despreciaban la  
majestad imperial. Renováronse entonces tam-  
bien las acusaciones de festines sangrientos, in-  
cestos y demás crímenes enumerados en la Apo-  
logía de Tertuliano, y que se atribuían á los cris-  
tianos, y todas estas causas contribuyeron á fo-

mentar la persecución en África y otras provin-  
cias, y sobre todo en Roma.

Tal era la situación de los cristianos bajo Sep-  
timitio Severo, ántes del año 202, es decir ántes  
de que promulgase su edicto de persecución.

Terminada la guerra de los partos, el Empe-  
rador publicó el año 202 un edicto que prohibía,  
bajo las penas más severas, abrazar el judaísmo  
ó el Cristianismo (1).

La persecución se recrudeció desde entonces  
con tal violencia en todo el imperio, que los fie-  
les creyeron era el anuncio de la venida del An-  
tioristo y de la proximidad del fin del mundo (2).

Eusebio dice también que esta persecución fué  
universal; pero que en Alejandría hizo mayor  
número de víctimas que en ninguna otra comar-  
ca del imperio. Entre otros muchos fieles pe-  
recieron Leónidas, padre de Orígenes, y muchos  
discípulos del mismo Orígenes que por su parte  
se libró de la muerte casi milagrosamente. Pero  
entre todos aquellos suplicios, merece especial  
mención el de la virtuosa esclava Potamiana, que  
fué sumergida en una caldera de aceite hirvien-

(1) SPARTIANUS: *In Severo*, cap. XVII.

(2) EUSEBIO, *Hist. eccl.*, VI, 7.

do, con tanta lentitud, que su martirio duró tres horas enteras.

Sin embargo, la persecucion tomó mayores proporciones todavía en las Galias, donde, según consta en una inscripcion que se conserva en Lyon, perecieron diez y nueve mil personas, sin contar las mujeres y niños; de modo que corría la sangre por las calles y plazas de aquella ciudad. El mismo obispo San Ireneo fué llevado entónces ante Severo, que se hallaba á la sazón en las Galias, y que se vanagloriaba de haber sacrificado al Pastor con las ovejas (1).

En la capital del imperio padecieron tambien los fieles las mayores violencias, por la impiedad y avaricia de Placiano, lugarteniente del imperio. Por entónces, ya lo hemos dicho, volvieron á reproducirse las antiguas calumnias y á emplearse los más horrosos suplicios contra los cristianos. Unos eran crucificados, otros expuestos á la ferocidad de las fieras en el Anfiteatro, y otros condenados á los trabajos de las minas ó á la esclavitud. Ni moría á compasion la inocencia de los niños, ni la flaqueza de los ancianos, ni se respetaba el pudor de la mujer. Las

(1) EUSEBIO: *Hist.*, lib. V, cap. XX.

doncellas eran encerradas en las casas de prostitucion, incurriendo los perseguidores en la patente contradiccion de inponerles como castigo la deshonra, cuando las acusaban de entregarse en abominables festines á los placeres de la lascivia.

Por último, las *Actas de los mártires* registran con sus horrosos detalles los suplicios de muchas de las victimas de aquella época.

El emperador Septimio Severo, que ordenó tan bárbara persecucion, no tardó en sufrir el justo castigo que merecian su impiedad y su odio al Cristianismo.

Habiéndose sublevado los bretones contra el poder de Roma, marchó Septimio con numeroso ejército á la Gran Bretaña, llevando á sus hijos Caracalla y Geta. Los rebeldes fueron vencidos; pero en el momento solemne en que celebraban una conferencia con el Emperador sobre las condiciones de la paz, Caracalla acometió por detrás con la espada desnuda á su padre, y le hubiera dado muerte á no haber detenido el brazo de tan desnaturalizado hijo el grito que aquel atentado arrancó á los oficiales presentes. Septimio Severo no manifestó la menor sorpresa; pero el crimen de su hijo le causó tal impresion, que le produjo una enfermedad penosísima

haciéndole tan odiosa la vida, que resolvió darse la muerte con veneno; mas no prestándose ninguno de sus servidores á dárselo, se excedió un día tanto en la comida, que falleció en York, en medio de los mayores sufrimientos.

Así murió aquel ambicioso, que ante la urna destinada á guardar sus cenizas exclamó: "En tí has de ver reducido á aquel para quien toda la tierra era muy pequeña."

## V

Montano, hereje.

(MURIO AÑO 212 DE N. S. JESUCRISTO.)

Tal era el nombre del fundador de la secta de los montanistas, cuyos errores aceptó Tertuliano al separarse de la Iglesia cristiana, después de prestarla tan eminentes servicios,

Montano que había sido pagano, abrazó el Cristianismo, y al poco tiempo se creyó llamado á recibir las revelaciones de Dios, y á ser el reformador de la Iglesia de Jesucristo. Los historiadores, y especialmente Eusebio (1), atribu-

(1) *Historia Eclesiástica*, cap. v. 16.

yen esta pretension á su deaso, hijo de su dea. medida ambicion, de hacer algo grande. Otros, en cambio, consideran como muy posible que a celo exagerado del néfeto, unido á su ardiente y exaltada imaginacion, fué la única causa de sus aberraciones.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Montano resolvió hacerse pasar por profeta, y comenzó á predicar unas doctrinas tan singulares como contrarias á las tradiciones de la Iglesia, anunciando que era el profeta escogido por el Espíritu Santo para revelar á los hombres las verdades sublimes que no hubieran podido comprender en tiempo de los Apóstoles.

Muchos de los que le escuchaban lo consideraban poseo, loco, ó falso profeta, y querian oponerse á sus manejos, pero otros, seducidos por la severidad de su moral é impulsados por el amor á lo maravilloso, siguieron al impostor, á quien llamaban el Paracieto.

Entre los que se dejaron alucinar por sus falteidades, se cita principalmente á dos damas de Frigia, llamadas Prisca ó Priscila, y Maximila, que abandonaron á sus maridos para seguir al impostor (1).

(1) EUSEBIO, cap. v. 16.

La Iglesia de Oriente condenó sus errores hacia el año 172; pero el orgulloso sectario persistió en ellos á pesar de aquel anatema y de las advertencias y consejos de sus legítimos pastores.

Los primeros montanistas no introdujeron variacion alguna en los artículos del Símbolo; pero seducidos por la idea de una perfeccion superior, aumentaron el rigor de las penitencias establecidas por los cánones; rechazaban de la comunión á los culpables de algun crimen, fundándose en que nadie tenía el derecho de absolverles; condenaban las segundas nupcias como adúlterios; establecieron hasta tres cuaresmas en extremo rigurosas, y ayunos extraordinarios y enseñaban, por último, que no sólo no debía huirse de las persecuciones, sino que al contrario debía buscárselas y desafiar los tormentos y la muerte.

Montano, fundador de esta secta que subsistió más de un siglo en Asia, y que se extendió tambien por Africa, vivió hasta el año 213, bajo el reinado de Caracalla.

Muchos escritores afirman que Montano puso fin á su existencia ahorcándose, así como su discípulo Maximila.

## VI.

Heliogábalo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 222 DE N. S. JESUCRISTO.)

La astucia de su abuela Mesa elevó á este príncipe al imperio á la edad de catorce años, y sus vicios y excesos ocasionaron su caída y su muerte cuatro años despues.

Los desórdenes de Heliogábalo, y el lujo fastuoso que desplegó en su corte, no tienen ejemplo en la historia; y la crueldad del jóven príncipe se manifestó, apénas subió al trono, por las numerosas ejecuciones que decretó en Siria y en Bitinia.

El lujo deslustrador de Heliogábalo demuestra hasta dónde puede llegar la prodigalidad de un jóven presuntuoso colocado sobre el trono de un poderoso imperio.

“Todos los manjares de su mesa, dice Aunquell, habian de venir de países distantes; el camino al cuarto en que dormía estaba sembrado de polvos de oro, como que creía ser cosa indigna de su persona tocar la tierra. Jamás se puso

dos veces un vestido, ni se adornó dos veces con las mismas joyas y sortijas: todos los días reparaba sus vestidos y joyas entre sus criados y demás que le acompañaban, y toda su vajilla se repartía á los convidados. Hizo de su palacio una casa de prostitucion en ambos géneros, y llamó á ella á las más infames disolutas de Roma; renovó en público los matrimonios monastrales de Nerón; recibió en su lecho sucesivamente seis esposas legítimas, y entre otras una virgen vestal, escándalo horrible para los romanos.

“Yo sacerdote, decía, y ella sacerdotisa, tendremos una sucesion digna de los dioses (1).

Helogábalo atribuía su elevacion al trono al dios creador que habia adorado en Etna bajo la forma de un meteorolito, y que hizo conducir á Roma para colocarle en un templo magnífico, construido con este fin sobre el monte Palatino.

La traslacion y colocacion en su templo de aquella toca piedra se celebró en Roma con magníficos festejos.

No contento el tirano con tributar á su dios favorito culto tan espléndido, se consagró princí-

(1) *Compendio de la Historia universal*, traducido por el P. Francisco Varquez.

palmente durante su breve reinado á extenderlo á todo el imperio, persiguiendo las demás religiones, y entre ellas la judía y la cristiana.

No llegó Helogábalo á decretar ninguna persecucion contra el Cristianismo, ni sufrieron los cristianos bajo su reinado los rigores que esfigieron á la Iglesia bajo Decio, Valeriano y otros; pero no por esto faltaron fieles que murieron por su fé. Entre todos ellos merece especial mencion el presbítero San Calepodio, que murió degollado; su cadáver fué arrastrado por las calles de Roma, y su cabeza arrojada al Tíber.

Poco tiempo despues el tirano fué destronado y muerto por los soldados, á los diez y ocho años de edad y cuatro de reinado.

Helogábalo habia llevado su exceso de lujo hasta el punto de disponer lujosamente varios instrumentos de muerte, por si algun dia se veia en la necesidad de suicidarse. Con este fin dícese que tenia preparados un puñal de oro y algunas venenos encerrados en vasos riquísimos de cristal y pórfido, y que habia hecho incrustar de piedras preciosas un patio al que pensaba arrojarse, en caso extremo, desde una torre.

Pero todos estos lujosos preparativos fueron inútiles, porque cuando llegó el peligro que temía, y que sus excesos hacian esperar, Helogá-

balo huyó con su madre, ocultándose en las trincheras del campo, donde fué asesinado por la soldadesca sublevada contra él en los brazos de su madre, que pareció también á manos de los rebeldes.

Sus cadáveres, despues de servir de escarnio al populacho, fueron arrojados al Tíber, y hasta el Senado infamó para siempre el nombre de Helio-gábalo.

## VII.

Alejandro Severo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 235 DE N. S. JESUCRISTO)

Los historiadores todos elogian el buen natural de Alejandro Severo, y ponderan la prudencia y sabiduría con que, siendo aun muy jóven, gobernó el vasto imperio romano, pero la historia nos ha transmitido por otra parte algunos datos de su vida y de su reinado, que empañan su gloria y su fama.

Alejandro Severo era piadoso con la piedad pagana, y tan modesto que prohibió le diesen el título de *Dominus*, y mandó se le saludase solamente con las palabras: *Ave Alexander*.

No obstante, los primeros dias de su reinado están señalados con la muerte de una víctima ilustre. El Papa San Calixto I fué reducido á prision y abandonado á los horrores del hambre el mismo tiempo que se apaleaba con frecuencia su cuerpo, hasta que murió en 14 de Octubre de 222. El Papa Urbano I, que le sucedió, fué degollado, y San Ponciano, que por muerte de éste subió á la Silla pontificia, fué desterrado.

Al mismo tiempo sufrieron tambien el martirio otros muchos fieles por las intrigas de los juriconsultos, que abusando de la influencia que ejercieron en el gobierno bajo Alejandro Severo, miraban la religion cristiana como una novedad contraria á las leyes romanas. Ulpiano, uno de los más célebres, y que fué elevado á la dignidad de prefecto ó gobernador de Roma, publicó un tratado sobre las obligaciones de los procónsules, en el cual recopiló las ordenanzas de los príncipes, con una enumeracion circunstanciada de los castigos decretados contra los cristianos.

El emperador Alejandro Severo, que permitió esta persecucion encubierta, y el suplicio de dos Vicarios de Jesucristo, fué asesinado á la edad de veintisiete años, con su madre Mamae, por sus propios soldados.

## VIII.

Maximino de Tracia, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 238 DEN. S. JESUCRISTO.)

Muerto Alejandro Severo, vino á ocupar un bárbaro el trono de la orgullosa Roma.

Un godo y una alana, fueron sus padres, y Tracia la cuna del que soltó el cayado de pastor para empuñar el cetro del imperio más vasto de la tierra.

Este bárbaro, este pastor, este Emperador romano, en fin, fué tan grande en emigo del Cristianismo, como de colosal estatura, insaciable en el comer y beber, é insgotable en la crueldad.

Elevado apénas al imperio, dió un edicto de muerte contra los Obispos y los sacerdotes, siendo una de las víctimas de aquella persecucion el Papa San Ponciano, que habia sido desterrado á Cardena por Alejandro Severo. El año siguiente el Papa San Antero fué sacrificado tambien al furor imperial.

Los simples fieles no fueron comprendidos en aquel decreto de exterminio, pero no debieron su salvacion á la clemencia del tirano, sino á la

imposibilidad de acabar con ellos sin despoblar el imperio. "Somos de ayer, acababa de escribir Tertuliano en un sublime reto lanzado á la faz de los Césarés, y ya lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestras islas, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el Senado, la plaza pública; solo os dejamos vuestros templos."

Sin embargo, Maximino de Tracia trató de oponerse á aquel hermoso torrente que inundaba el imperio, exterminando á los Obispos y á los sacerdotes, fuentes de donde manaban las aguas; pero cansado el imperio de su crueldad y de su tiranía, se levantó contra el Emperador, que perdió el trono y la vida.

Una sublevacion del ejército de África contra un enviado de Maximino fué la señal de la rebelion, que secundaron en seguida el resto del ejército y el Senado. Asustados entónces los soldados que hacian la guerra en Alemania á las órdenes del mismo Emperador, al recibir la noticia de que todo el imperio se armaba contra ellos, entraron en su tienda y degollaron á Maximino y á su hijo, arrojando sus cuerpos á las fieras y enviando sus cabezas á Roma, donde fueron recibidas con grandes muestras de regocijo.

Decio, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 251 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre las grandes persecuciones que sufrieron los cristianos bajo los emperadores de Roma, la de Decio fué la séptima, y con la de Diocleciano una de las más terribles y sangrientas.

Al subir Decio al trono, formó la resolución de volver á levantar el decido poder del imperio; y como creia que se habia hecho grande y poderoso por su fidelidad á los dioses y por la íntima union de su religion con los intereses del Estado, pensó que debía aniquilar las sectas contrarias al culto de Roma y restablecer la unidad religiosa. Este Emperador resolvió, por consiguiente, abolir el cristianismo, inducido á ello, segun el testimonio de Orígenes (1), por los que en aquella época tenian especial empeño en presentar á los cristianos como peligrosos al Estado.

(1) *Contra Celsum*, núm. 16,

Ensebio (1) y San Jerónimo (2) dicen que Decio persiguió á los cristianos por ódio á su predecesor Felipe el Árabe, que los habia protegido; pero esta razon no satisface á muchos historiadores pues dicen que no es probable que un príncipe instruido, hábil y de talento como Decio, no tuviera otros motivos para ejercer las violencias que ensangrentaron su reinado.

Lo cierto es que Decio publicó al poco tiempo de su elevacion al trono un edicto severo contra los cristianos, cuyo texto nos transmitieron Gregorio de Nicea (3) y otros escritores eclesiásticos, y en el que se ordenaba á los gobernadores, bajo severas penas, les aniquiláran por medio de toda clase de suplicios, ó los indujeran por medio del terror y las torturas á adorar á los dioses pátrios.

Los gobernadores se encargaron desde luego con preferencia á ejecutar el edicto, exigiendo, segun dice San Gregorio de Nicea (4), que en un término dado compareciesen todos los cris-

(1) *Hist. eccl.*, VI, 39, et *Chron.* ad ann. 250,

(2) *Catálogo*, núm. 54,

(3) *In vita Gregorii Thaummat.*, opp. tomo III,

(4) *In vita Gregorii Thaummat.*, opp. tomo III.

tianos ante los magistrados y abjarasen oficialmente de su fé, bajo la pena de muerte.

Entónces los vecinos delataron á sus vecinos, los parientes á sus parientes, y hasta los hijos á sus padres, porque el afán de enriquecerse con los bienes de los cristianos produjo innumerables denuncias.

El plan del Emperador era vencer el valor y resignacion de los cristianos con un largo cautiverio, ó con la aplicacion de horrosos tormentos, renovados con frecuencia, pero que no causarían la muerte de la víctima. Así es que San Cipriano dice: "Ni los que se hallaban dispuestos á morir podian conseguirlo; la tortura debía despedazar y quebrantar al paciente para hacer sucumbir, no á la fé, que es fuerte, sino á la carne, que es débil (3)." "Bienaventurados, dice en otra parte, los que sucumbian pronto y aquellos á quienes la muerte libraba de tan largo martirio."

"Las sillas de hierro hecho asena, dice San Gregorio de Nicea, las uñas de acero, la cuchilla, las hogueras, las fieras, todos los instrumentos de muerte inventados por la crueldad, esta-

(3) Ep. 53, p. 76.—Ep. 7, p. 13.

vieron en ejercicio continuo, destrozando de noche y de dia los cuerpos de los mártires." Dionisio, obispo de Antioquia, dice, refiriéndose á Eusebio de Cesárea, que esta persecucion, que, segun Orosio, fué la sétima, fué tan terrible, que los fieles creyeron se encontraban en aquellos tiempos de los cuales ha dicho Nuestro Señor Jesucristo sería tan grande la tentacion, que caerian en ella aun los escogidos, si fuese posible.

Y en efecto, la Iglesia sufrió entónces, no sólo el rigor de sus encarnizados enemigos, sino el dolor de ver que muchos de sus hijos cedieron á los tormentos, apostatando de la Religion verdadera y sacrificando en los altares de los falsos dioses.

San Cipriano, Origenes y Dionisio el Grande, lamentan la debilidad de aquellos fieles que no tuvieron valor para sufrir el martirio; pero en cambio hubo otros muchos que sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, y entre ellos el Papa San Fabian, que fué decapitado el 20 de Enero del año 250.

Felizmente aquella guerra de exterminio contra los cristianos solo duró un año, porque las invasiones de los bárbaros en Africa, y de los godos y persas, y las sediciones suscitadas por

los que aspiraban al imperio, calmaron la persecucion. Sin embargo, el tirano no pudo eludir el castigo que su impiedad y su odio al Cristianismo merecian.

El año siguiente (251), Decio marchó con sus hijos contra los godos y los persas, que desolaban la Media y la Tracia; pero con tan mala suerte, que, encerrados y acometidos por los bárbaros en un terreno pantanoso, Decio el jóven murió de flecha enemiga, otros dos hermanos suyos murieron tambien á manos del enemigo, y el Emperador, su padre, ahogado en el fango, con la mayor parte de su ejército, que sirvió de pasto á las fieras y á las aves de rapiña.

## II

Vitio Triboniano Galo, emperador de Roma, y Volusiano, Cesar del imperio.

(MURIO AÑO 253 D. N. S. JESUCRISTO.)

Muerta Decio, el ejército aclamó Emperador á Triboniano Galo, á pesar de haberse extendido la voz de que sus inteligencias secretas con los godos habian causado la muerte del Emperador y de sus hijos, y la derrota del ejército;

Apénas fué coronado, declaró César á su hijo Volusiano, casándole con una hija de Decio, y adoptó á Hostiliano, único hijo de éste que aún vivia.

Pero Triboniano, lejos de ser más favorable al Cristianismo que lo habia sido su antecesor, siguió de tal modo con su hijo y colega en el imperio los pasos de aquél en este punto, que la persecucion de Galo y Volusiano está comprendida bajo el nombre comun de séptima persecucion.

Wetzer y Welte dicen que este reinado proporcionó alguna calma á los cristianos, atendida la cruel persecucion de que habian sido objeto por parte de su predecesor, y gracias á los continuos trastornos causados en el seno del imperio por las guerras con los godos, los persas y los escitas, y que las disposiciones que se adoptaron contra los cristianos y principalmente contra el clero, deben considerarse como continuacion de los rigores de Decio (1).

En efecto: en ménos de dos años fué desterrado el Papa San Cornelio, martirizado su sucesor Lucio, y sacrificados muchos sacerdotes.

(1) *Diccionario enciclopédico de la Teología católica*, art. Galo.

El imperio todo sintió entonces el castigo del ódio y encarnizamiento con que eran perseguidos los cristianos.

La peste que desolaba el imperio desde el reinado de Dacio tomó pavoroso incremento sacrificando numerosas víctimas; y por otra parte, los borgoñones y carpos, los escitas y persas, y los nómadas, llevaron con sus invasiones los horrores de la guerra á todas las provincias, en Europa, en África y en Asia.

Al mismo tiempo los emperadores Galo y su hijo Volusiano pasaban torpemente su vida, abandonados á los placeres, y sin cuidarse de los enemigos de Roma, que por todas partes invadían sus dominios.

Emiliao, jefe de las tropas de Pannonia, fué el instrumento de la venganza divina, porque, engreído con la victoria que acababa de alcanzar sobre los godos, se hizo proclamar Emperador, y marchó con su ejército sobre Roma. Galo y Volusiano se prepararon á resistir al usurpador; pero fueron asesinados por sus propios soldados, y en presencia del ejército de Emiliano, á quien proclamaron también Emperador.

## XI.

Valeriano, emperador de Roma.

(MURIO AÑO 260 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Treboniano Galo y Emiliano, que se disputaron el trono, y que apenas tuvieron tiempo para sentir el peso de la corona, empuñó el cetro de los Césares Valeriano, que asoció al imperio á su hijo Galieno. Durante algunos años se mostró indulgente con los cristianos, y la fortuna le sonrió, coronando sus empresas con éxito felicísimo. Arrepentido después de su tolerancia, renovó las persecuciones de sus predecesores, no respetando ni la santidad del Papa Estéban, que, llevado á su presencia, contó con nobleza y energía cristiana á las preguntas del tirano. Irritado éste, mandó conducir al Santo Pontífice al templo de Marte, para que le mostráran el género de suplicio que se le preparaba. Al llegar al templo, San Estéban levantó los ojos al cielo, y exclamó: "Señor Dios Padre, vos que destruxisteis la torre de Babel, destruid este lugar donde el demonio se ha consti-

tuido soberano, y seduce á los pueblos con las ceremonias vanas de la mentira y de la usurpacion." Dijo, y parte del templo fué destruída por los rayos que la cédera del cielo lanzó sobre él en medio de truenos y relámpagos. Los soldados que llevaban preso á San Estéban hubieron despavoridos, y el Papa quedó solo con los suyos, y los condujo al cementerio de Lucina, donde, al acabar de exhortarlos á sufrir el martirio, fué decapitado por los nuevos emisarios que Valeriano envió contra él (1).

Sucedióle en la silla de San Pedro San Sixto II, pero su pontificado fué muy corto, pues al año siguiente, y en el momento en que celebraba los sagrados misterios en el cementerio de Calixto, se apoderaron de su persona varios enviados del Emperador, y le dieron muerte.

En aquella persecucion murió un gran número de fieles, porque el imperio todo se levantó contra los cristianos, alentado por los Emperadores.

Al poco tiempo el Emperador y el imperio sintieron sobre sí todo el peso de la justicia divina.

(1) BARONIO: *Ad ann. 258 y 259, et Acta Sanct. August. 2.*

Una epidemia que se había presentado durante el reinado de Decio, tomó en el año 252 un incremento tan horrible, que en Roma y otras muchas ciudades de Italia morían diariamente cinco mil personas; siendo tal el pánico que se apoderó de los gentiles, que arrojaban á la calle por las ventanas á sus parientes enfermos, para evitar el contagio, viéndose las calles y las plazas sembradas de moribundos y de cadáveres. Durante muchos días Italia se vió sumida en las más espantosas tinieblas, y sacudida por grandes terremotos que destruyeron ciudades enteras, siendo tragadas otras muchas, con todos sus habitantes, por la tierra ó por el mar.

El hambre afligió también con sus rigores al imperio, y, por último, la guerra vino á coronar tanta catástrofe, dando al emperador Valeriano el castigo que merecía.

Este príncipe, cuyas legiones habían quedado siempre victoriosas en los años en que recurrió al Dios de los cristianos, vió declinar su estrella desde el momento en que firmó el decreto de persecucion. Desde entónces Valeriano marchó de derrota en derrota, hasta que llegó á perder el imperio, su gloria y la libertad en las llanuras de Mesopotamia, donde, despues de la pérdida de una batalla, cayó en poder de su

enemigo Sapor I, rey de Persia, por malicia ó por imprudencia del mismo Macrino, que le inclinó á perseguir á los cristianos. Valeriano fué conducido á Persia y cargado de cadenas, pero con las insignias imperiales, de que no le privó Sapor para mayor humillacion.

Su esclavitud fué muy dura, porque el rey de Persia abusó de su prisionero hasta el punto de obligarle á que se pusiera en cuatro piés para servirle de estribo siempre que montaba á caballo, á cuyo fin le llevaba consigo encerrado en una jaula.

Su hijo Galieno, que le sucedió en el trono, ni siquiera trató de rescatar ó vengar á su padre, y al fin Valeriano fué mandado desollar y salar como un cerdo por Sapor, que hizo colocar su piel en un templo, como símbolo perpétuo de ignominia para los romanos.

## XII

### Macrino.

(MURIO AÑO 238 DE N. S. JESUCRISTO.)

La terrible persecucion decretada por Valeriano, que por espacio de tres años y medio aflijó á la Iglesia, fué aconsejada al Emperador

por Macrino, hombre astuto é intrigante y dado á la magia, que ejerció en aquel reinado una pernicioso influencia.

La historia, que nos ha transmitido los horrores de aquella persecucion y el castigo de Valeriano, consigna tambien la expiacion de Macrino, que despues de haberse hecho proclamar Emperador, fué derrotado y muerto con sus dos hijos por el ejército de Iirria.

“Este castigo, dice Berault-Bercastel, puede mirarse como uno de los más señalados revases de la fortuna, por recaer en el hombre más favorito suyo que quizás hubo jamás, y en quien se observó que se hallaban reunidos, con la mayor parte de los talentos, los sucesos más prósperos en las empresas, el valor más noble, la mayor opulencia, la política más fina, la experiencia más consumada en los negocios; en una palabra, cuantas cualidades temporales pueden adornar á un hombre. Extinguióse poco despues de su muerte toda la raza de este malvado, que desde la baja clase de mago egipcio llegó á la alta dignidad de Emperador (1).”

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baidú, libro V.

## XIII

Aureliano, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 275 DE N. S. JESUCRISTO)

A fines del año 270 de Jesucristo fué proclamado emperador de Roma Aureliano, natural de Pannonia, y de oscuro nacimiento, pero soldado de fortuna, cuyas hazañas y pericia le elevaron á los más altos grados de la milicia.

En un principio se mostró favorable al Cristianismo; pero ansioso pespues de ganarse la estimacion del Senado y del pueblo, hubiera promulgado un edicto de persecucion contra la Iglesia, que le presentaron, si en el momento de ir á firmarlo, no se lo habiera impedido un rayo que cayó junto á él, y que tomó por ariete del cielo.

No obstante, con el tiempo, habiéndole abandonado Dios á la corrupcion de su corazon, publicó contra los cristianos, dice Lactancio, edictos de sangre y de muerte, que dieron lugar á la novena persecucion.

"Afortunadamente, dice Berault-Ebroastel, sucedió esto á fines de su reinado, de modo que

aún no habian llegado los edictos á las provincias remotas, cuando permitió la Providencia que fuere asesinado por intrigas de su secretario. Con todo, aunque los edictos de Aureliano, añade el autor citado, surtieron poco efecto, como las inclinaciones conocidas de los soberanos tienen casi la misma fuerza que sus órdenes, el odio implacable al nombre cristiano en un príncipe de carácter violento y naturalmente cruel, como él era, no dejó de aumentar el número de los mártires."

Así fué que la Gallia, la misma Roma y otras comarcas y ciudades del imperio vieron correr la sangre de muchos fieles, que murieron en los más horrosos suplicios.

El Papa San Félix I recibió la palma del mártirio en aquella persecucion, el día 23 de Diciembre del año 274.

Al año siguiente, Aureliano tuvo que marchar contra los persas, que habian invadido el imperio; pero antes que pudiera medir sus armas contra ellos, fué asesinado por algunos de sus oficiales, á consecuencia de una intriga tramada por Macstecio, su propio secretario.

## XIV.

Manes, hereje.

(MURIO AÑO 271 DE N. S. JESUCRISTO)

El gnosticismo, que apareció ya en los primeros años de la Iglesia, y que desapareció y volvió á presentarse tantas veces propagando mayores errores, tomó una nueva forma en el siglo III, bajo la dirección de Manes, que mezcló hábilmente las teorías dualistas del Asia con las ideas religiosas de los adoradores del fuego.

La vida de Manes la refiere la historia de muy distinta manera, segun está sacada de las fuentes orientales, ó sean persas, siríacas y arábes, ó de las fuentes griegas y latinas, pero conviniendo en que Manes propagó el gnosticismo, amalgamando algunos principios del Ocultismo con los errores de las falsas religiones de la antigüedad,

Manes admitía la existencia de dos seres iguales, creados, uno bueno, que era la luz, el espíritu, y otro malo, que era la materia, las tinieblas. Estos dos principios, segun él, estan

en oposicion directa, perfecta y absoluta, procediendo del primero el alma buena del hombre y del segundo la mala, el cuerpo y todas las criaturas corpóreas.

Manes, por otra parte, decia de sí mismo que era el Espíritu Santo, y se llamaba Apóstol de Jesucristo. Negaba la resurreccion y condenaba el matrimonio, pero permitia á sus discípulos la más asquerosa lascivia. Prohibía dar limosna á los pobres que no pertenecian á su secta, y honrar las cenizas de los mártires. Atribuía los impulsos y movimientos de la concupiscencia al alma mala. Las almas de sus sectarios segun él, se elevaban de la tierra á la luna, y de ésta al sol, donde se purificaban para continuar luego su ascension hasta el mismo Dios. Las almas de los demás hombres descendian al infierno para pasar luego á animar otros cuerpos, segun el sistema de transmigracion de Pitágoras.

En cuanto á Jesucristo, negaba su humanidad y resurreccion, y decia que era la serpiente que habia tomado á Eva. Sin embargo, le colocaba en el sol, así como á la sabiduria en la luna, al Espíritu Santo en el aire, y al Padre en un abismo de luz. Por último, rechazaba las profecías y una gran parte de los Libros Sagrados, y sostuvo además tantos y tan abominables errores,

que el Papa San Leon decia de su sistema lo siguiente: *El demonio, que reina en todas las herejias ha levantado una fortaleza y establecido su trono en la de Manes, donde reina, no por una sola clase de error, sino por todas las impiedades y locuras de que es capaz el espíritu humano; porque todo cuanto tienen los paganos de profano, los judíos de ceguera y de carnal, los secretos de los magos de ilicito, y los herejes de sacrilegio, se ha reunido como en una clouca en la secta de los maniqueos.*

La herejia de Manes contó desde el principio con muchos partidarios, y se propagó por Oriente y Occidente, en Persia, Mesopotamia, en Siria y en Palestina, ea el Egipto y resto de Africa, en Italia, las Galias y en España.

Los maniqueos sufrieron tambien terribles persecuciones por parte de Diocleciano y otros Emperadores, y las refutaciones de sábios tan eminentes como San Basilio el Grande, Diodoro de Tarsis, Eusebio de Emesa, Heradiano, obispo de Caledonia, y aun del hereje Apolinario. El maniqueismo vivió, á pesar de todo, más de mil años: primeramente bajo su propio nombre, y despues bajo las denominaciones de priscilianistas, albigenes y otras que adoptaron sus secuaces.

El fin de Manes fué tan funesto como merecia el fundador de esta abominable herejia, que tantas y tan amargas lágrimas arrancó á la Iglesia de Jesucristo.

Los testimonios orientales y greco-latinos no están conformes en las causas que contribuyeron á su muerte, pero convienen en que fué desastrosa.

Segun los primeros, Manes trató de granjearse el favor del rey Sapor; pero cuando los magos declararon herética su doctrina, tuvo que retirarse á una caverna del Thurkestan, donde formuló simbólicamente su doctrina en el libro conocido entre los persas con el nombre de *Ertien-ki-Mani*.

Posteriormente, el rey Bahram se mostró favorable á Manes; mas habiendo sido tambien declarado hereje por los magos, despues de una discusion pública que con él celebraron, fué desollado vivo, y su pellejo, despues de relleno, colgado á las puertas de la ciudad de Dshondischapour, para escarmiento de sus secuaces.

Segun los greco-latinos, engraido Manes con la altísima mision que se atribuia y con sus conocimientos en la magia, se ofreció al rey Sapor para curar á su hijo, gravemente enfermo. Contado el Monarca en la magia de Manes, accep-

tó sus ofrecimientos; pero habiendo muerto el príncipe á sus manos, fué encerrado en una prisión. Al poco tiempo Manes logró evadirla, y se refugió en un antiguo castillo, llamado Arabion, y situado en la frontera de Persia y Mesopotamia,

Estos testimonios greco-latinos hablan también de una discusión pública que sostuvo Manes con el obispo Arquelao, en la que quedó triunfante este Prelado, retirándose avergonzado el hereje á su fortaleza; pero atacado en ella y hecho prisionero, fué entregado al Rey, que le condenó á ser desollado vivo con cañas puntiagudas, y mandó rellenar su pellejo y exponerle al escarnio del pueblo.

#### CAPITULO IV.

#### SIGLO IV.

*Sumario.*—I. Valerio Severo.—II. Maximiano Herodes.—III. Galerio Maximiano.—IV. Majencio.—V. Maximino Laio, y su mujer.—VI. Diocleciano.—VII. Eriena y Valeria.—VIII. Licinio.

#### I.

Valerio Severo, César del imperio romano con Diocleciano.

(MURIO AÑO 307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Elevado á tan alta dignidad por el sanguinario Diocleciano, fué su principal cómplice y factor de la persecucion contra los cristianos hasta que, vencido por Majencio, que se habia hecho aclamar emperador de Roma, le concedió por gracia que se hiciese abrir las venas, segun afirma Laetancio.

tó sus ofrecimientos; pero habiendo muerto el príncipe á sus manos, fué encerrado en una prisión. Al poco tiempo Manes logró evadirla, y se refugió en un antiguo castillo, llamado Arabion, y situado en la frontera de Persia y Mesopotamia,

Estos testimonios greco-latinos hablan también de una discusión pública que sostuvo Manes con el obispo Arquelao, en la que quedó triunfante este Prelado, retirándose avergonzado el hereje á su fortaleza; pero atacado en ella y hecho prisionero, fué entregado al Rey, que le condenó á ser desollado vivo con cañas puntiagudas, y mandó rellenar su pellejo y exponerle al escarnio del pueblo.

#### CAPITULO IV.

#### SIGLO IV.

*Sumario.*—I. Valerio Severo.—II. Maximiano Herodes.—III. Galerio Maximiano.—IV. Majencio.—V. Maximino Laio, y su mujer.—VI. Diocleciano.—VII. Eriena y Valeria.—VIII. Licinio.

#### I.

Valerio Severo, César del imperio romano con Diocleciano.

(MURIO AÑO 307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Elevado á tan alta dignidad por el sanguinario Diocleciano, fué su principal cómplice y factor de la persecucion contra los cristianos hasta que, vencido por Majencio, que se habia hecho aclamar emperador de Roma, le concedió por gracia que se hiciese abrir las venas, segun afirma Laetancio.

Maximiano Hércules, César del imperio con Diocleciano.

(MURIO AÑO 310 DE N. S. JESUCRISTO)

Desde la muerte de Aureliano comenzó á disfrutar la Iglesia de una era de paz que duró un cuarto de siglo, pero á aquella corta tregua sucedió unas de las persecuciones más largas y sangrientas.

Apenas se vió Diocleciano único y pacífico poseedor del imperio, declaró César á Maximiano Hércules, soldado de fortuna como él, y como él hombre de oscuro nacimiento, grosero y cruel, aunque de gran prestigio en el ejército, por su pericia y su valor.

Durante los primeros años de su reinado, Maximiano, que se inspiraba en los deseos de Diocleciano, se mostró favorable á los cristianos, y aun se sirvió de ellos, aunque esto fuera por interés propio y aun por necesidad; pero andando el tiempo resolvieron los dos Emperadores cambiar de política, y el año 303 apareció el edicto de persecucion, que el mismo Maximiano se encargó de ejecutar en la parte occidental

del imperio gobernada por él, haciendo un gran número de mártires. La legion ateban, fuerte de unos seis mil seiscientos soldados cristianos, fué desde luego el blanco de sus iras, hasta el punto de hacerla pasar á cuchillo, despues de haberla diezmado por tres veces. La causa de aquella horrible carnicería fué haberse negado los soldados que la componian á prestar un juramento sobre los altares de los dioses,

Desde entónces Maximiano se ocupó principalmente en llevar los horrores de la persecucion á todas las provincias de su mando, siendo uno de los que más contribuyeron con su crueldad á que se diese á aquella época el nombre de Era de los Mártires.

La historia de Roma ofrece en aquel tiempo el raro fenómeno de ver gobernado el imperio por dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y dos Césares, que se dividieron entre sí todas las provincias, y el extraño espectáculo de la abdicacion de Diocleciano y Maximiano, que en un mismo dia depusieron el poder imperial.

Al poco tiempo, ansioso Maximiano de recuperar el trono, quiso concertarse con su hija para dar muerte á su esposo Constantino, que entónces lo ocupaba; pero habiendo descubierto su hija á su esposo los planes de su padre, y

haciendo creer á éste que le secundaba en ellos, pereció á manos de Maximiano un esclavo puesto en lugar de Constantino. Descubiertos de este modo los planes de Maximiano, y presentándose delante de él Constantino, le concedió escoger la clase de muerte que había de sufrir, en castigo de su crimen, eligiendo la de ser ahorcado,

## III.

Galerio Maximiano, César del imperio bajo Diocleciano.

(MURIO AÑO 311 DE N. S. JESUCRISTO)

Cuando las necesidades del imperio obligaren á Diocleciano y á Maximiano Heróleo á crear dos Césares, recayó la elección en Constantio Cloro y Galerio, que fijaron su residencia en Tréveris y la Gran Bretaña.

Constantio Cloro, padre de Constantino, no sólo dió inmediatamente de su elevación las órdenes más severas para que cesase la persecucion contra los cristianos y para que se les devolviesen las iglesias de que habían sido despojados (1), sino que solo se sirvió de los edictos

(1) EUSEBIO: *De Martyr. Passi.*, cap. XIII.

de Diocleciano para preber la fidelidad y constancia religiosas de los que le rodeaban (1).

Galerio, por el contrario, á más de ser el principal instigador de aquella persecucion, fué uno de los que la ejecutaron con mayor encono.

A fines del año 302, resuelto Galerio á obtener de Diocleciano un edicto de persecucion contra los cristianos, se trasladó á Nicomedia, á fin de inclinar el ánimo del Emperador para continuar la guerra de exterminio que había iniciado Neron contra el Cristianismo. El Emperador se resistió al principio, pero al fin cedió á las exigencias del César, y la persecucion fué decretada, comunicándose á los gobernadores de las provincias las órdenes más severas.

No contento Galerio todavía, hizo incendiar secretamente por dos veces el palacio de Nicomedia para acusar á los cristianos de que atentaban contra la vida de los Emperadores, y señalarlos como enemigos públicos y traidores á la patria.

Las crueldades que ejerció entonces Galerio contra los cristianos fueron tales, que sus descripciones horrorizan.

(1) EUSEBIO: *De Vita Const.*, lib. I, cap. XVI.

Segun Berault-Brocasse, la persecucion "fue más furiosa que nunca en Oriente, porque Galerio, que habia logrado adquirir gran ascendiente sobre Diocleciano, y por otra parte era soberano de muchas grandes provincias, se dejó arrastrar de su carácter sanginario y del odio que profesaba al Cristianismo. Pocas veces quedaba satisfecho con solo quitar la vida; una muerte regular era el beneficio mayor que de él podian esperar los confesores; y por crecido que fuese el número de las víctimas, apenas bastaban á saciar su ferocidad. Era necesario, para complacerle, que los suplicios fuesen tan rigurosos, como repetidos y duraderos; así es que contraia un gran mérito con él cualquiera que inventaba alguno nuevo, ejecutándose siempre los que causaban los dolores más acerbos y prolongados."

Por entónces no se acostumbraba ya entregar á los cristianos á la voracidad de las fieras, sino despues de ensangrentarles el cuerpo todo á fuerza de golpes, y se consideraba como un suplicio muy ligero el arrojarlos al mar metidos en un saco de enero con un perro y una víbora, cuyo castigo, por su excesiva crueldad, no se imponia ya ni aun á los parricidas.

Las uñas y garfios de hierro fueron sustituidos por caacos de vasijas quebradas, para despedazar el cuerpo de los mártires con mayor lentitud.

A las mujeres las ataban por un pié y las alzaban en el aire de manera que quedaban colgadas con la cabeza abajo, para añadir á su martirio la afrenta.

Al mismo tiempo se empleaban otros mil artificios infernales para atormentar la virtud y el pudor de los que sufrían con la mayor firmeza los más horrosos suplicios.

A otros muchos cristianos los ataban por los piés á dos árboles, que rennían con violencia, y que soltaban de pronto, á fin de que al recobrar su posición natural, se llevase cada uno de ellos una parte del cuerpo destrozado de la víctima. Otras veces les cortaban las narices, las orejas, los dedos de los piés y de las manos, y sucesivamente las demás partes del cuerpo. En algunas ciudades los quemaban á fuego lento, ó más bien los cocían vivos, sazonzando su carne con sal, vinagre y toda clase de ingredientes, y en otras vertían plomo derretido sobre el pecho ó las espaldas de los mártires.

Eusebio y Lactancio refieren que toda una ciudad de Frigia fué entregada á las llamas con mujeres y niños, porque sus habitantes eran cristianos. Eusebio añade, por otra parte, que hacron tantas las cabezas que se cortaron en un solo día, que se enmohecieron las espadas de los

verdugas, y éstos, causados de degollar, apenas pudieron acabar la ejecución, á pesar de que se relevaban con frecuencia.

La fé y la constancia de los mártires no cedió ante una persecucion tan terrible, siendo innumerables los cristianos que alcanzaron en aquella época la palma del martirio; pero la justicia de Dios, que permitia (en sus inaserrables designios) aquellas hecatombes, no dejó impugne á Galerio, el incansable y sanguinario verdugo de los cristianos.

Hé aquí, por último, como describe Lactancio la crueldad de los suplicios que este bárbaro imponía á los cristianos, su carácter sanguinario, y, por último, su horrorosa muerte:

“Al llegar Galerio al poder supremo, sólo se sirvió de él para hacer desgraciado al universo. Una de sus diversiones favoritas consistía en presenciar el suplicio de los infelices á quienes condenaba á ser pasto de de unos osos de gran tamaño que había hecho llevar de diversas regiones, riéndose el tirano cuando veía desgarrar los miembros de aquellos desgraciados. Su meta estaba siempre empapada de sangre humana. El fuego era el suplicio de los que no estaban constituidos en dignidad. No solamente condenaba á los cristianos, sino que había ordenado que se

Cecilia, que muy de mañana, mucho antes de la batalla, había amasado pan y arreglado los fideos (1), encendió lumbre, trinchó sobre el picador con la media luna un poco de manteca de puerco con romero para sofreír y condimentar la sopa: cortó una tajada de queso de oveja y en la sartén hizo cocer unos cuantos nabos y coles. Habiendo ya anochecido y sentándose á la mesa, apenas habían tomado dos cucharadas de sopa, cuando oyen que dan golpes á la puerta. Vicente se levanta y pregunta:

—¿Quién llama?

—Un soldado herido que pide asilo.

—¿Venís solo?

—Sí, solo.

Cecilia se vuelve pálida, y tiembla de un modo espantoso: los dos niños prorumpen en un llanto copioso y corren á su abuelo, el cual oyendo que era un soldado herido, y conociendo por la pronuncia que era extranjero, movido á piedad dijo á su hijo:

—Abre, que tambien cuando yo fui herido en España, me acogieron y salvaron por caridad.

[1] *Tapiatelle*, especie de fideos muy sabrosos que las cocineras hacen de un modo fácil é ingenioso.

Era Olderico herido en la frente y con el rostro y vestido ensangrentado, que por cierto daba miedo. Los niños al verle dieron un grito y se taparon la cara con las manos; pero el anciano Bernardo se levantó y le fué al encuentro; y viendo el traje de guapo, exclamó:

— ¡Oh! es de aquellos señores que han venido á defender al Papa! ¡Qué guapo granadero! Hijos míos, no tengáis miedo.

Y trayendo á la memoria aquella jerigonza francesa que hablaba en el regimiento de dragones reales más de cuarenta años atrás, dijo:

— *Bon jur, monsieur, eh!... eh!... Vos fuist blessé.*

— ¡Oh! hablad italiano, buen viejo, contestó Olderico: sí, estoy herido en la sobreceja izquierda, caí desmayado en un foso, y despues de largo tiempo he podido á duras penas llegar hasta aquí, donde espero que vuestra caridad querrá acogerme para que no caiga en poder de los piemonteses.

— Señor, replicó el anciano, vos habeis venido á una casa de pobres; pero somos cristianos y tenemos á Dios: en lo que podamos ayudaros, lo harémos con gusto, como Dios manda. También yo he sido soldado, y necesité del auxilio del prójimo: justo es que os lo devuelva á vos,

ya que la vírgen santísima os ha enviado para que os salve. Ante todo sentaos, y veamos la herida; yo soy muy entendido en esto, y en todos estos alrededores cuando uno por desgracia recibe una herida, acude á mí, porque tengo un bálsamo milagroso: lo hago todos los años por Navidad, y el día antes ayuno á pan y agua y hago celebrar tras misas en la santa Casa. He hecho curaciones estupendas con este bálsamo, y aprendí el secreto en España: antes de morir lo enseñaré á Vicente mi hijo.

Y al decir esto mandó á Olderico que se sentase en un sillón de madera con brazos, y empezó poco á poco á quitarle el pan de tierra que habia formado costra sobre la herida. Echó en una escudilla un poco de vino, lavó la herida, y vió que la bala habia dado al sesgo en el ángulo de las sienas sobre la cavidad del ojo, raspando un poco el hueso: lo que hacia que la herida tuase leve, si bien por ser el lugar delicado cerca los nervios de las sienas, causó el golpe á Olderico el quedar atardido y privado de sentidos.

— Animo, señor Monsiú, exclamó el viejo, habeis escapado muy barato: la herida más bien es un rasguño que otra cosa; y si no os habeis desmayado y perdido tanta sangre, aun po-

driais volver al combate; pero la debilidad es ha abatido. Vicente, tráeme el frasco del bálsamo.

Quando lo tuvo, echó un poco sobre unas hi-las, que aplicó á la herida, y con una venda de sangría que le entregó Cecilia, se la vendó con mucha gracia.

El pobre Oiderico se sintió reanimado, y da-ba gracias á su esculapio, el cual no quiso que se alzase de su sillón con brazos donde estaba con más comodidad, y él tomando un banquillo se sentó á su lado, y con buen apetito acabaron de cenar.

—Por vos, dijo, convendría hacer un poco de caldo; pero nosotros pobres trabajadores solo lo gastamos en las fiestas principales del año en que se guisa un poco en regla; no obstante, cre-edme, un plato de fideos os hará recobrar las fuerzas, y podeis añadir dos dedos de vino, de que yo solo bebo en esta casa en razon de mi vejez, pues los otros tienen que contentarse con un poco de aguapié, y las más de las veces con agua fresca del pozo. ¿Cómo ha de ser! Los tiempos son tan malos....

Quando habieron acabado de cenar, los dos niños ya se caian de sueño; su madre les hizo rezar una Ave-Maria, recibieron la bendición

del abuelo, cuya costumbre cristiana es obser-va todavía entre los buenos aldeanos de las Marcas, y los llevó á dormir.

—Oye, dijo el viejo á Vicente, ahora que los niños se han acostado, hay que pensar en el mo-do de salvar á este señor. Tú me has dicho que los piemonteses han arrollado con su gran nú-mero á los pontificios y han quedado dueños del campo: considera si esta noche recorrerán el país, rodando para recoger á los heridos y pi-llar á los extraviados. Es casi cierto que ven-drán por aquí, y yo preferiria me hiciesen pe-dazos antes que entregar en sus manos al hués-ped que se ha refugiado á mi casa. Así pues co-nozco que es preciso buscarle un escondite para esta noche; porque si la guerra se traslada á otra parte, desocuparán el país y nos dejarán en paz. Ya sabes que la gruta de la izquierda, don-de ponemos á madurar las serbas, es muy seca; porque es de ladrillo y tiene un respiradero en las hendiduras de la roca, por donde penetra el aire, resultando como una habitacion de un piso tercero, por ser el suelo y sus paredes secas y sanas. Yo colocaria allí una cama, y luego ta-paria su entrada con haces de fresnos y madro-ños, y de esta suerte ni el demonio mismo sos-pecharia que la roca va más allá,

Olderico aprobó el consejo: Vicente trasladó allí una pequeña cama y en seguida puso haces delante la puerta. Olderico se acostó, y hallándose fatigado y débil concibió luego el sueño. Por la noche vinieron los batidores, registraron la casa, y no hallando en ella soldados de Lamoricière, se marcharon á continuar la ronda. Muy de mañana Vicente subió á una pequeña colina, y no viendo piamonteses por aquellos contornos, supo por algunos aldeanos que el grueso del ejército marchaba á Ancona. Bernardo mandó quitar los haces de leña, y entró con un candil á ver Olderico, que ya estaba sentado en la cama. Le preguntó por su herida y si le dolía; y por cierto que el bísamo había suavizado en gran manera su dolor, y si la debilidad causada por la pérdida de sangre no lo hubiese postrado, hubiera podido levantarse de la cama.

Olderico dió un escudo (1) al anciano para que cuidase de comprar carne para hacer caldo sustancioso, y Bernardo envió su criada á Loreto; porque en Camerino y Umara, aldeas cortas, con esta compra se corría riesgo de despertar sospechas; pues aquellos pobres labradores no

(1) El escudo romano tiene el mismo valor que un duro español.

comían carne en los días de trabajo, y el país estaba lleno de espías. En Loreto Petronia no era conocida, y como es ciudad de paso á donde acuden muchos forasteros, ninguno haría caso de la aldeana.

Entre tanto Bernardo para distraer al herido le iba contando sus antiguas aventuras y las continuas escaramuzas que el ejército de Napoleón tenía que sostener con los españoles insurreccionados, los cuales, cuando menos lo esperaban, se les echaban encima y les causaban á veces numerosas bajas.

—Yo, decía, me encontré en varias batallas, estuve en el famoso sitio de Zaragoza, y recibí muchas heridas, aunque la más peligrosa de todas fué la que me dejó esta cicatriz en la frente. Después de un largo combate llegamos cerca de Murcia hambrientos y cansados por las marchas de la noche, y bajando de los caballos, estábamos unos cuantos sentados en un prado comiendo lo que habíamos pillado: éramos en todo unos treinta hombres, y como es propio de los italianos, mientras comíamos, nos divertíamos con chanzas y motes satíricos. Hé aquí que de repente se nos echan encima unos doscientos españoles, que estaban de emboscada en un re-

codo de aquel monte, y nos atacaron por la espalda haciendonos una descarga á quema ropa.

Yo tenia el caballo atado á un árbol cercano: y montándolo muy de prisa, desenvainé la espada y empece á esgrimirla á diestro y á siniestro con otros compañeros: y cuando iba á descargar un golpe terrible en la cabeza de un vizcaíno, un demonio de mojar á caballo, que llevaba un sombrero de andalez con jubon azul, me atomó de flanco con una hocca de hierro de tres dientes, y me dió tal golpe en la frente, que me derribó del caballo y caí en tierra como muerto. Lo que sucedió despues no puedo contarle; solo os diré, que vuelto en mí, no ví ni el caballo, ni otra persona que algunos muertos de resultas de aquel choque. Yo estaba aturdido y bañado en mi propia sangre, cuando sentí que me tocaban lijeramente: abrí los ojos, y veo á un sacerdote, el cual iba mirando si habia alguno que aun viviese. Como me encontró en aquellos apuros y le pareció que habia esperanzas de salvarme, sacó de su faltriquera un pañuelo, me vendó la herida del mejor modo que le fue posible, y colocándose sobre su caballo, con una mano lo guiaba por las riendas, y con la otra me sostenia para que no me cayese: tal era el estado de sturdimiento en que me halla-

ba. Su casa parroquial diataba cosa de una milla, y la parroquia se componia de siete ú ocho casas de pobres labradores.

¡Quién lo creyera! este buen sacerdote me cuidó con tanto cariño y amor, juntamente con una sobrina suya, que al cabo de un mes me hallé ya muy restablecido; de manera que pasando por allí una columna de los nuestros que marchaba sobre Marcis, pude despedirme de mi bienhechor, subir en un carro de la division, y terminar mi convalescencia en un hospital. Mi buena suerte me ofreció ocasion de recompensar al sacerdote su beneficio: y fué cuando los nuestros yendo de retirada y ratisos de tantas derrotas, saqueaban é incendiaban los pueblos y aldeas por donde pasaban, matando á sus habitantes y cometiendo crueldades inauditas. Quiso Dios, que despues de una derrota que habiamos sufrido, medio escuadron de dragones en que yo militaba, se dirigiese hácia la aldea en cuya casa parroquial yo habia sido acogido, la que junto con la iglesia intentaban asaltar y saquear, matando á cuantos quisiesen resistir á su furor.

Yo les referí el inestimable favor que habia recibido del cura, y les supliqué que lejos de maltratarlo, lo mirasen con aprecio. Todos accedieron, menos dos pícaros, que eran dos mal-

ditos ladrones. Entonces lleno de despecho, corrió á la casa del cura, y haciendo dar al caballo una rápida vuelta, quedó de grupas á la puerta, y desenvainando la espada, gritó: —“El que esté casado de vivir, que avance”—Los dos pilletes dijeron: “Marchemos á merodear á otra parte: y efectivamente se fueron á otra casa. Me metí en seguida en casa del cura, y buscando por todas partes no hallé á persona viviente. En vista de esto, y queriendo tomar un bocadillo antes de volver á reunirme con mis camaradas, probé de abrir un armario, y en el acto de tirar hacia mi la puerta, sentí que tiraban de por dentro: dí entonces una sacudida, y la abrí con violencia, apareciendo la Antonieta, sobrina del cura, encogida y temblando de miedo, con los brazos en cruz y lágrimas en los ojos me pedía que no le quitase la vida y el honor.

—¡Antonietta, exclamé, Antonietta! mi bienhechora, ¿no conoces ya al pobre Bernardo? ¿Qué se ha hecho D. Inigo? ¿Ha escapado? ¿Está escondido?—La infeliz al reconocermme sintió que la vida le volvía al corazón; y libre ya de temor salió de aquel escondito y me dijo, que fué tal el espanto de los dos al acercarse las primeras partidas y al ver la confusión y desorden de los habitantes, que fuera de sí, cada

uno basó el medio de salvarse que en aquellos apuros le pareciese mejor.

Entonces empezamos con Antonieta á registrar toda la casa desde la azotea hasta la gruta para hallar al señor cura, llamándolo en voz alta, pero no pudimos dar con él, ni atinar donde se hallase. Finalmente fuimos á la Iglesia (ya habia anochecido), registramos los confesionarios y gritabamos: Don Inigo, Don Inigo, salid. Al cabo de un rato se oyó una voz sufocada, que decia:—Antonietta, ¿eres tú? ¿estamos seguros? ¿te han hecho mal?—Aunque la voz venia de arriba, no podíamos comprender de donde salia: mirábamos por entre las columnas de los altares, el tornavoz del púlpito, pero no acertábamos con él.

¿Dónde estará? ¿Sabeis donde estaba? En medio de aquella baranda no le acudió lugar mas apropósito para esconderse que dentro del órgano: alzó el telon que hay encima del teclado, se metió entre los tubos, y dejando caer el telon se quedó allí escondido. Pero palpando á su alrededor dió con el tubo de unos de los bajos bastante grande, y tanto trepó y subió á tientas, que llegó á la boca y se dejó caer dentro. Figuraos el enredo y la molestia que nos costó el sacarlo de aquel pozo, Tomé una cuer-

da, se la eché dentro, se ató con ella por debajo del sobaco, y tira que tira, por fin sacó la cabeza, luego un brazo, despues el otro; apoyó las manos en el borde del cañon, y para salir de allí, tanto se esforzó, que al fin y al cabo vino á caer en los brazos de Antonieta.

Aquel pobre sacerdote presentaba un aspecto feo: tenia los cabellos erizados y llenos de inmundicia, el rostro cubierto de aquel polvito fino de la carcoma, que parecia un cadáver salido del sepulcro, todo el vestido descompuesto, empolvado y cubierto de telarañas. Lo sacudimos un poco y lo asepillamos aunque á prisa, y lo condujimos á su habitacion, donde se me echó al cuello, me besó, y me dió las gracias por haberle salvado la vida; pero no era ocasion de perder tiempo; tomé un bocado, y sin detenerme, monté á caballo, y antes de amanecer alcancé la partida.

Olderico dijo entonces:—Bravo, querido Bernardo; Dios os ha reservado para salvar otra vida, y os aseguro que no habeis dado con un ánimo ingrato: yo me considero vivo por vos. Y ya que con vuestro bálsamo habeis sanado la crudeza de la herida y esta noche he podido dormir bastantes horas, lo que me ha reanimado mucho, espero que este escondrigo me

se mellaban, pero el furor de los perseguidores no se satisfacía nunca. Cuando se cansaban de los suplicios parciales, y eran muchas las víctimas, se las encerraba en barcos, que eran abandonados en el mar, se las arrojaba á la hoguera, ó se las entregaba á las fieras.

En Frigia fué completamente devorada por las llamas una ciudad entera, que contaba de ocho á diez mil habitantes. En Italia, Maximiano hizo perecer al pié del monte de San Bernardo á la legión Tebana, mandada por Mauricio, y que constaba de seis mil estocientos soldados cristianos. España, el Egipto, el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Pannonia, la Mauritania, la Tracia y el Africa, vieron su suelo regado con la sangre de innumerables mártires. En esta horrible matanza, en que fueron sacrificados tantos Obispos, tantos sacerdotes y tantos y tantos fieles, obtuvo tambien la palma del martirio el Papa San Marcellino. Embriagado el bárbaro Diocleciano con tanta sangre, llevó su orgullo más allá que su crueldad, haciendo señalar medallas en que se leia la siguiente inscripcion: *Diocleciano, emperador victorioso de la impiedad cristiana.*

La sangre de tantos mártires clamaba venganza, y el imperio todo, cómplice de la bárba-

ra crueldad de sus señores, no podía quedar impune.

Segun Berault-Bercastel (1), mientras la persecucion fué particular, no fueron universales los castigos del cielo, que estaban en proporcion de la mayor ó menor violencia con que los gentiles perseguian á los cristianos; pero despues de esta persecucion, la más sangrienta de todas, y el complemento de las anteriores, el brazo de Dios cayó más terrible y visiblemente que nunca sobre el imperio y los Emperadores. Además de los estragos de la peste, de los huracanes y terremotos, los pueblos bárbaros, que iban perdiendo poco á poco el terror y veneracion que les inspiraba el nombre romano, cayeron de improviso sobre algunas provincias, devastándolas de tal manera, que muchos siglos despues no se veia ni súa en el centro del imperio más que algunas cabañas en los lugares donde existian antes las ciudades más populosas; y por último, las sediciones y guerras civiles acabaron por destruir lo que los bárbaros habian respetado.

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Bultá, libro VI.

El último año de la persecucion hubo además una larga sequia, á la que siguió la esterilidad y un hambre tan espantosa, que muchas personas vendieron hasta sus propios hijos. Por último, apareció una epidemia que atacaba principalmente á la vista, y que privó de uno de los dos ojos á gran número de personas.

El mismo Diocleciano sintió de una manera visible el castigo que merecian sus crímenes, pues al dirigirse á Roma para presenciar la ejecucion de San Ginés, á quien habia condenado al suplicio de las uñas de hierro y al de las teas encendidas, fué acometido de una enfermedad espantosa, que le obligó á volverse á Nicomedia. Su viaje fué unaagonía continua, y al llegar le esperaba otro infortunio, porque Galerio le obligó á renunciar el imperio, como lo hizo, retirándose á Salona. Vivió todavía algunos años, pero en un estado lamentable, pues su enfermedad le producía arrebatos de locura, durante los cuales temblaba y veía caer rayos del cielo, que atribuía á castigo de Dios por haber perseguido á los cristianos. Su enfermedad era tan dolorosa, que de dia y de noche se le oia lanzar grandes gemidos, que parecian bramidos; á veces floraba como un niño, y otras se revolvia en su lecho, ó se revolcaba por el suelo. Por último, su lengua,

seguna firma San Jerónimo, se le cala á pedrazos, devorada por los gusanos, hasta que, no pudiendo soportar tan terribles padecimientos, se dejó morir de hambre, demostrando al mundo cuanta era su firmeza en las más bárbaras resoluciones.

Así murió despues de haber visto triunfante la Religión de Jesucristo, hijo Constantino, aquel Emperador que se llamó victorioso de la impiedad cristiana.

## VII

Prisca, mujer de Diocleciano, y Valeria, su hija.

(MURIERON AÑO 303 DE N. S. JESUCRISTO.)

La mayor parte de los historiadores citan, como una prueba de la libertad que tenían los cristianos durante los primeros años del reinado de Diocleciano, el hecho de que Prisca, su mujer, y Valeria, su hija, profesaban el Cristianismo, añadiendo que despues de promulgado el edicto de persecucion, se las obligó á sacrificar á los ídolos, según afirma Lactancio.

Pues bien: la historia nos dice además que aquellas dos mujeres, lejos de confesar en aque-

llos momentos supremos la fé de Jesucristo, cayeron en la apostasía, y nos trasmite el castigo que sufrieron por su debilidad.

Ea efecto: antes de la muerte de Diocleciano, su esposa y su hija, condenadas al destierro, hicieron durante quince meses una vida errante y miserable. Sin otra fortuna que algunos asquerosos harapos, dirigian un día sus pasos fugitivos por las calles de Tealófica; pero habiendo sido reconocidas y detenidas, se las condenó á ser decapitadas. Sus cadáveres fueron arrojados al mar.

## VIII

Licinio, Emperador de Roma con Maxencio.

(MURIO AÑO 325 DE N. S. JESUCRISTO.)

Enorgullecido Licinio con su victoria sobre Maximino Daia, y celoso de la gloria de Constantino, vió á este primero con tanta rivalidad y despues con tal odio, que comenzó á perseguir á los cristianos únicamente porque Constantino los protegía.

Así fué que Licinio, á pesar de haber firmado diez años ántes, en unioa de Constantino, el edic-

to que dió la paz á la Iglesia, mandó que fuesen martirizado San Blas, obispo de Sebaste, en Armenia, sacrificando además á los cuarenta soldados cristianos, conocidos en la historia de la Iglesia con el nombre de los *Cuarenta coronados*, que en la estación del invierno, y despues de haber confesado la fé de Jesucristo, fueron condenados á pasar la noche desnudos en un estanque helado, cerca del cual se colocó un baño caliente para recibir á los apóstatas. Uno sólo se declaró vencido, pretendiendo salvar su vida en el baño caliente; pero espiró sin que le aprovechára su apostasía. Uno de los guardias que presenciaba el suplicio de los mártires, vió bajar del cielo á un ángel que llevaba en sus manos cuarenta coronas, y á su vista el soldado se apresuró á declararse cristiano poniéndose en el lugar del que habia dejado de serlo, y recibiendo, con los que permanecieron firmes en la fé, la corona del martirio (1).

La fortuna de Licinio, que habia coronado con éxito felicísimo todas sus empresas, comenzó á declinar desde entónces.

La violacion del edicto de paz, consumada por Licinio, y otros actos hostiles al Cristianis-

(1) RUINART: *Acta Martyr. et Acta Sanct.*, 10 Marti.

mo, dieron lugar, primero á las reclamaciones de Constantino, su colega, y por último á la guerra que estalló entre los dos Emperadores, que se prepararon á ella de una manera muy distinta.

En efecto: Licinio no sólo despidió á todos los cristianos que servian en sus filas, sino que ofreció victimas á los dioses, jurándoles exterminar el Cristianismo si conseguia la victoria. Constantino, por el contrario, se disponia á la lucha con el ayuno y la oracion. El día 3 de Junio del año 324 se encontraron los dos ejércitos en Andrinópolis, donde Licinio, completamente derrotado, tuvo que apelar á la fuga, dejando treinta y cuatro mil hombres sobre el campo de batalla, y corriendo á encarrarse en Calcedonia, despues de haber sido destruida su flota por la de Crispo en las aguas del Bósforo. Constantino, que le perseguia, libró una segunda batalla, y alcanzó una nueva victoria, haciendo tal carnicería en el ejército enemigo, que de ciento treinta mil hombres que lo formaban, sólo se salvaron tres mil. Licinio se refugió en Nicomedia; pero alzado por Constantino, tuvo que implorar la clemencia del vencedor, que le perdonó la vida, fijándole á Tessalónica como residencia.

No obstante, deseando Licinio vengarse de su rival y recobrar el trono, entró en inteligencias secretas con los bárbaros; pero descubierta su traición, fué estrangulado por orden de Constantino.



## PARTE SEGUNDA.

DESDE LA PAZ DE CONSTANTINO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

### CAPITULO PRIMERO.

#### CONTINUACION DEL SIGLO IV.

Sumario.—I. Arrio.—II. Donato.—III. Constaacio II.—IV. Balacio.—V. Macedonio I.—VI. Jorge de Capadocia.—VII. Juliano el Apóstata.—VIII. Juliano, hijo del Apóstata.—IX. Félix.—X. Elpidio.—XI. Heron.—XII. Teoctenes.—XIII. Máximo.—XIV. Fotino.—XV. Valente.—XVI. Atanarico.—XVII. Prisciliano.—XVIII. Justina.—XIX. Eugenio.—XX. Arbogastes.—XXI. Eutropio

#### I.

Arrio, presbítero hereje.

(MURIO AÑO 336 DE N. S. JESUCRISTO) ®

La justicia de Dios había exterminado la raza de los perseguidores. El gran Constantino, elevado al imperio por la misericordia divina, había dado la paz á la Iglesia, sacando la Cruz,

No obstante, deseando Licinio vengarse de su rival y recobrar el trono, entró en inteligencias secretas con los bárbaros; pero descubierta su traición, fué estrangulado por orden de Constantino.



## PARTE SEGUNDA.

DESDE LA PAZ DE CONSTANTINO HASTA EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

### CAPITULO PRIMERO.

#### CONTINUACION DEL SIGLO IV.

Sumario.—I. Arrio.—II. Donato.—III. Constaacio II.—IV. Balacio.—V. Macedonio I.—VI. Jorge de Capadocia.—VII. Juliano el Apóstata.—VIII. Juliano, hijo del Apóstata.—IX. Félix.—X. Elpidio.—XI. Heron.—XII. Teoctenes.—XIII. Máximo.—XIV. Fotino.—XV. Valente.—XVI. Atanarico.—XVII. Prisciliano.—XVIII. Justina.—XIX. Eugenio.—XX. Arbogastes.—XXI. Eutropio

#### I.

Arrio, presbítero hereje.

(MURIO AÑO 336 DE N. S. JESUCRISTO) ®

La justicia de Dios había exterminado la raza de los perseguidores. El gran Constantino, elevado al imperio por la misericordia divina, había dado la paz á la Iglesia, sacando la Cruz,

símbolo de sus victorias, del fondo de las Catacumbas, para fijarlas en sus estandartes y colocarla sobre el Capitolio. El Cristianismo había vencido al paganismo. La constancia de los mártires había triunfado también de la bárbara impiedad de los emperadores de Roma; pero el genio del mal, vencido en aquella terrible lucha, suscitó una nueva guerra contra la Iglesia de Jesucristo. A la fuerza y á la violencia había sustituido la astucia, y á los ataques contra los fieles siguieron los ataques contra sus creencias y contra la integridad de los dogmas del Cristianismo. Entonces surgió la época de las herejías y de los cismas, iniciada por Arrio, que desde su juventud se había hecho ya sospechoso por sus apostasías.

Antes de llegar este hereje al órden del prebiterado había sido excomulgado dos veces por cismático del seno de la Iglesia, siendo recibido otras tantas en ella despues de aparecer sinceramente arrepentido.

El año 303 se le confió la dirección de una iglesia de Alejandría, y á la muerte de su Prelado concibió esperanzas de ser elegido para aquella Silla; pero habiéndolo sido Alejandro, se puso desde luego en oposicion con ésto, hasta que le arrastró su soberbia á predicar la herejía

arriana, que afigió á la Iglesia de Dios por espacio de trescientos años.

Segun la doctrina de Arrio, el Verbo divino no era igual, consubstancial ni coeterno al Padre; pues como fuera de Dios no había materia y no existía nada en general de que el Hijo pudiera ser creado, el Hijo, no siendo de la sustancia de Dios, fué creado de la nada, de donde se seguía que el Verbo no era eterno, sino una criatura. Segun esta herejía, el culto del Hijo de Dios sería, por consiguiente, una idolatría, pues el Verbo no sería Dios, sino únicamente hombre.

El obispo de Alejandría procuró en vano atraer á Arrio á la verdadera doctrina; pues éste, con la obstinacion propia de todos los herejes, y desoyendo la voz de su Pastor, sólo se ocupaba en procurarse partidarios.

La Iglesia, estremecida ante la predicacion de esta herejía, convocó el primer Concilio ecuménico de Nicea, que presidió como Legado del Papa San Silvestre, el gran Osio, obispo de Córdoba, con asistencia del emperador Constantino y de trescientos diez y ocho Obispos, venidos de todas las extremidades de la tierra. Arrio expuso en este Concilio sus errores, profiriendo en su impudencia contra Jesucristo las

más horribles blasfemias ante aquella angusta asamblea, y en presencia de aquellos venerables Prelados, marcados todavía con las señales de las persecuciones sufridas por confesar y defender la divinidad del Salvador. La insolencia de las palabras del hereje fué tal, que más de una vez se vió á aquellos venerables ancianos en cuya frente brillaba la aureola de todas las virtudes, gemir de indignacion y taparse los oídos. Arrio se conmovió; pero, líjos de darse por vencido, marchó á Constantinopla para protestar de los anatemas lanzados contra él. Sus partidarios le prepararon una gran acogida, y resolvieron reintegrarle solemnemente en el ejercicio de las funciones sacerdotales, para lo cual fijaron un domingo, á fin de dar á la ceremonia más solemnidad y esplendor.

El sábado, víspera del día señalado para aquella ceremonia, sus partidarios pasaron en tria- gidos de un gentío inmenso. En esta forma llegaron á la plaza Constantiana, y ante el templo donde el herejía debía ser restablecido, en su ministerio. Arrio consideró aquel momento muy favorable para dirigir la palabra al pueblo, y pronunció una arenga llena de blasfemias y de falsedades contra Jesucristo y los

Obispos que lo habían condenado. En aquel momento, obligado Arrio por una necesidad corporal, se retiró de la plaza á las letrinas públicas, donde espiró atormentado por violentos dolores, y arrojando gran cantidad de sangre y parte de las entrañas.

## II

Donato, obispo cismático de Cartago.

(MURIO AÑO 335 DE N. S. JESUCRISTO.)

La ambición y la soberbia, que han sido, por regla general, la causa de todos los cismas y herejías, dió origen también á la célebre secta de los donatistas, cismática en un principio, y al cabo cismática y herética.

Los síntomas de la división que los donatistas sembraron entre los cristianos de África comenzaron á sentirse ya siendo Mensario obispo de Cartago. A la muerte de este Prelado, la agitación de los disidentes llegó á ser un verdadero cisma, porque se negaron á reconocer á Ceciliano su legítimo sucesor, y eligieron por su

parte al lector Mayorino para la Silla de Cartago.

Mayorino murió al poco tiempo, y los cismáticos le dieron por sucesor á Donato, de cuyo nombre tomaron sus sectarios el de *donatistas*. El cisma comenzó á llamar la atención de los Obispos y de Constantino el Grande, y se celebraron varios Concilios; pero á pesar de que los donatistas fueron siempre condenados, persistieron en su empeño, y de error en error acabaron por incurrir en herejía.

El punto capital de los nuevos herejes consistía en la exageración del principio que San Cipriano había sostenido en Africa, á saber: "Que el que está fuera de la Iglesia no puede administrar válidamente un Sacramento." Y, en efecto, San Cipriano no consideraba fuera de la Iglesia á incapaces de administrar los Sacramentos más que á los herejes, mientras que los donatistas hicieron extensiva esta incapacidad á los que por el pecado de apostasía se separasen de la Iglesia, aunque no hubiesen sido excluidos de ella formalmente. Por manera que mientras San Cipriano no subordinaba la administración de los Sacramentos más que á la condición de la *ortodoxia*, los donatistas la hacían depender además de la moralidad del que los administraba,

Pero no pararon aquí los sectarios de Donato, porque, irritados de que el obispo legítimo Ceciliano fuese reconocido en todas partes, llegaron á caer hasta en el error novaciano de la pureza de la Iglesia, aunque admitían la penitencia como medio de rehabilitarse en la comunión de la Iglesia. En cambio estaban de acuerdo con los novacianos en la pretensión de que ellos solos constituían la pura, la verdadera Iglesia.

Como consecuencia de sus errores, los donatistas rechazaban los Sacramentos que no habían sido administrados por ellos; inspirándoles tal horror los que administraban los cristianos ortodoxos, que rebautizaban á los apóstatas que abrazaban su herejía; pisoteaban la Eucaristía y rechazaban el Crisma, la Unción, las Órdenes y todos los Sacramentos consagrados y administrados por aquellos.

San Jerónimo afirma, por otra parte, que Donato incurrió en herejía acerca del Espíritu Santo, y aun acerca del misterio de la Santísima Trinidad, pues, según dice San Agustín, aunque admitía que las tres Personas eran de la misma sustancia, creía que el Hijo era inferior al Padre, y el Espíritu Santo, á su vez, inferior al Hijo.

Por último, los donatistas cometieron tantos abusos y violencias, y promovieron tales alborotos, que no parecía sino que se habían propuesto turbar con su cisma la paz de la Iglesia, y con sus desórdenes la paz pública.

Y en efecto: los jefes donatistas, apoyados por una turba de fanáticos que les servía de escolta, resistían las órdenes que no eran de su agrado; se apoderaban por la fuerza de las iglesias de los católicos; recorrían los caminos en numerosos grupos, maltratando á cuantas personas encontraban, y muy especialmente á los católicos, y arrojaban cal y vinagre en los ojos de los sacerdotes, á fin de dejarlos ciegos.

A tan bárbaro fanatismo rennían la embriaguez y los mayores desórdenes, y tan loco desseo del martirio, que cuando eran perseguidos se mataban á centenares; se precipitaban desde lo alto de las rocas; turbaban el culto de los cristianos y de los paganos del modo más salvaje, á fin de excitar contra sí mismos el celo de aquellos cuyas ceremonias atacaban, y hasta ofrecían dinero porque los matasen.

Estos excesos, y la agitación que sostenía continuamente en Africa, atrajeron sobre ellos la persecucion del emperador Constante, que, elegido por la Providencia para brazo de justicia,

castigó con mano fuerte la audacia de aquellos fanáticos.

Donato, su jefe, fué desterrado por Constantino, y al cabo murió en el destierro.

### III.

Constancio II, Emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 361 DE N. S. JESUCRISTO)

A la muerte de Constantino el Grande heredó Constancio de su padre la dignidad de emperador de Oriente, obteniendo, en la division que se hizo en las provincias del imperio, la Tracia, el Asia, el Egipto y el Oriente.

Pero Constancio no heredó con el poder la piedad ni las virtudes de su padre. En prueba de ello, hé aquí cómo se expresa San Hilario de Poitiers en el lib. III del tratado que escribió contra este príncipe.

"Tiempo es ya de hablar, pues ha pasado el de callar. Clamen en voz alta los verdaderos Pastores, ya que los mercenarios huyen. Ofrezcamos nuestras vidas, muramos por la salvacion

de nuestras ovejas, toda vez que han entrado los ladrones y que el león quiere devorarlo todo. Preparémonos para el martirio, haciendo oír por todas partes nuestra voz.... Constancio, yo te digo lo que hubiera dicho á Nerón, Decio y Maximiano: has empeñado un combate contra Dios, una persecucion contra los Santos, y tratas de destruir la Religión. Pretendes ser cristiano, y eres un nuevo enemigo de Jesucristo. Hasta te atreves á establecer artículos de fé, mientras tu vida es contraria á las máximas de la verdadera fé, y pretendes pasar por doctor para introducir novedades profanas, cuando ni siquiera eres discípulo en la piedad. Das obispos á los de tu partido y quitas á los buenos Pastores para poner en su lugar á otros escandalosos.... Nerón, Decio, Maximiano: os tributamos gracias por vuestra crueldad, pues por causa de ella obtuvieron gloria nuestros mártires. Pero tú, Constancio, nos haces más daño que aquellos, y nos privas del consuelo de obtener la misma corona.

El demonio, que conoce el arte de hacer morir á los hombres, te ha enseñado á vencer sin pelear, á degollar sin espada á los hombres, á ser perseguidor sin llevar el nombre de tal, á formular las profesiones de fé sin tener fe. Si es falso lo que digo, eres una oveja de Cristo; pero

si has hecho lo que digo y todo el mundo sabe, eres un lebo y un Anticristo."

Algunos críticos han censurado esta obra del Santo Doctor, tachándola de exagerada y de demasiado dura; pero la historia justifica la valiente energía con que aquel Prelado se lamentaba de la situación la iglesia, y condenaba la astucia y los excesos del tirano.

Y, en efecto, dejándose arrastrar Constancio por las sugerencias de su esposa, princesa de carácter elevado y de gran erudición, pero arriana, se constituyó protector del arrianismo, persiguiendo y desterrando á los obispos cristianos, privándolos de sus Sillas para poner en su lugar Obispos arrianos y autorizando ó permitiendo las violencias que los sectarios de la herejía cometían contra los ortodoxos.

San Atanasio, obispo de Alejandría fué uno de los Prelados á quienes Constancio persiguió con más encarnizamiento.

Cediendo luego á los ruegos de su hermano Constante, emperador de Occidente, restituyó á su Silla á San Atanasio, y consintió en la convocacion del Concilio de Sardica; pero constituido en único señor del imperio por muerte de su hermano, y restablecida la paz, barbada en el interior por Maguencio y Vetranion, y en el

exterior por los bárbaros y paraas, que invadieron las Galias y Mesopotamia, consagróse nuevamente Constancio á perseguir á los Prelados ortodoxos, y aun al mismo Papa Liberio, á quien arrojó de Roma y confinó á Tracia.

La misma suerte sufrieron tambien muchos Obispos, y entre ellos el venerable Osio, obispo de Córdoba, el vigoroso defensor de la fé en el Concilio de Sardica, y San Hilario de Poitiers, el gran orador del Concilio de Beziers, que fueron desterrados respectivamente á Sirmium y Frigia.

San Atanasio, condenado á muerte y arrancado por sus fieles de manos de los soldados que habian de ejecutar la sentencia, logró huir al desierto, pero ni aun allí pudo verse libre del ódio de su perseguidor, porque el tirano pidió á los reyes de Etiopia que prohibiesen á Frumencio, discípulo del santo Obispo, toda comunicacion con éste.

Libre ya Constancio del Pápa y de San Atanasio, y arrogándose las facultades de Sumo Pontífice, comenzó á deponer y á instituir Obispos á su voluntad, para que fuesen meros instrumentos de sus ataques á la fé.

Pero Constancio, que no era consecuente consigo mismo sino en el ódio que profesaba al Cris-

tianismo, variaba á cada paso la fórmula de la fé, adoptando, ya la de Sirmium, ya la de Antioquia.

La justicia divina no podia dejar impune la impiedad de Constancio, que con su invasora política causó tantos males al Cristianismo.

Desde el momento en que se separó de la Iglesia aquel tirano é improvisado pontífice, se convirtió en juguete de los partidos, que desgarraban el seno mismo del arrianismo, y que le asediaban con sus intrigas y sus exigencias.

Entre tanto, el César Juliano, su tío, se iba ganando la estimacion del ejército con las victorias conseguidas en las Galias, y al fin fué proclamado Emperador por las tropas.

Irritado Constancio, partió contra los rebeldes tan pronto como pudo dejar las fronteras de Persia; mas al llegar á Cilicia cayó enfermo, y á los pocos dias murió en Mopsocrene, pequeña ciudad cerca de Tarsis, despues de haber recibido infeliz el bautismo de manos del patriarca arriano Euzoyo. ®

## IV

Balacio.

(MURIO AÑO 341 DE N. S. JESUCRISTO.)

El espíritu de secta y el odio al Cristianismo, impulsaron á los arrianos á arrojar de su Silla de Alejandría al santo obispo Atanasio, colocándolo en su lugar al hereje Gregorio de Capadocia. La descripción de las violencias que los herejes ejercieron contra los cristianos al tomar posesion de aquella Silla el Obispo intruso, horrorizan.

No contento todavía el impío Gregorio, quiso visitar el Egipto acompañado de Balacio, lugarteniente de Filagrío, seguido de una soldadesca desenfrenada. Aquella excursión, según afirma Berault-Brocstel, fué una invasión de bandidos más que una visita pastoral. Los Prelados que se opusieron á los planes de aquellos herejes fueron azotados y cargados de cadenas. El santo obispo Potamion, que llevaba en su rostro la marca del martirio, fué gravemente herido en la

cabeza, y murió luego. En los monasterios de la Tebaida se ejecutaron los mayores excesos, y hasta las vírgenes fueron tratadas en humanidad y sin pudor.

Tantos y tales fueron los crímenes que se cometieron contra los cristianos, que San Antonio, encendido en santa indignacion, escribió á Balacio, autor de aquella persecucion, anunciándole en tono profético que veía la venganza del cielo pronta á descargar sobre su sacrílega cabeza si no cesaba de perseguir á los siervos de Jesucristo. Al leer Balacio esta carta, se echó á reir, la escupió y la arrojó al suelo, encargando al portador de ella dijese al Prelado que ya que tomaba tanto interés por los monasterios, él mismo le iría á visitar. No habian trascurrido aún cinco dias, cuando se cumplió el castigo anunciado por San Antonio. Hallándose Balacio á caballo al lado del vicario de Egipto, comenzaron los dos caballos á retozar. Los ginetes, léjos de inquietarse, gozártese en verlos; pero, de repente, el caballo del vicario acometió á Balacio, y le mordió en una pierna, dejándole tan mal parado, que al tercer dia espiró. ®

## V.

Macedonio I, patriarca héroe de Constantinopla.

(MURIO AÑO 360 DE N. S. JESUCRISTO)

La ambición y el carácter intrigante de este herejiarca promovieron a la muerte de San Alejandro una nueva herejía y un nuevo cisma en la iglesia de Constantinopla, que turbaron la tranquilidad de las conciencias y la paz pública con nuevos errores y colisiones sangrientas.

Aunque a la muerte de San Alejandro, patriarca de Constantinopla, Macedonio, sacerdote de aquella iglesia, aspiró a la Silla, apoyado por los semi-arrianos, habiendo prevalecido los cristianos en la elección, recayó ésta en Pablo, eclesiástico joven todavía, pero de una vida ejemplar. Esta elección no agradó a Constancio, y Pablo fué arrojado de su Silla y relegado al Ponto, siendo muy probable que Macedonio no fuese extraño a la intriga que ocasionó aquel destierro. Pablo volvió a su Silla, pero al poco tiempo

fué desterrado de nuevo por Constancio, que favorecía a los arrianos, y que puso en su lugar a Eusebio de Nicomedia. Muerto éste, los obispos arrianos consagraron a Macedonio, a pesar de que los cristianos habían llamado a Pablo, legítimo Pastor de aquella iglesia.

De aquí resultó entre los cristianos y los arrianos una lucha sangrienta, en la cual pereció gran número de personas, quedando limitada la autoridad del intruso a una sola iglesia, levantada por él, hasta que Filipe, prefecto del Pretorio, le puso en posesión completa de la Silla, por orden de Constancio. Este atentado contra la autoridad del legítimo patriarca Pablo, y contra la libertad de los cristianos, irritó al pueblo y produjo una nueva lucha, en la que perecieron más de tres mil personas. Entroñizado al fin Macedonio contra la voluntad del pueblo, y muy especialmente de los cristianos, sólo pensó en vengarse. Para conseguirlo obtuvo del Emperador un edicto que mandaba expulsar, no solamente de las iglesias, sino hasta de las ciudades, a todos los que siguiesen la fé de Nicea. Esta orden fué ejecutada con tal vigor, y se trató a los cristianos con tan bárbara crueldad, que el mismo Constancio comenzaba a disgustarse, cuando un nuevo acontecien-

to acabó de irritarle contra el Istroso Macedonio. La iglesia de los Apóstoles en Constantinopla, donde estaba enterrado Constantino, amenazaba ruina, y Macedonio aprovechó aquella circunstancia para exhumar el cuerpo del Emperador, y trasladarlo á otra iglesia. El pueblo, que solo vió en esto un ultraje hecho á aquellos restos augustos, se opuso á la traslación, y al fin estalló la lucha con tal encarnizamiento, que los arroyos de sangre inundaron la iglesia, un pórtico adyacente y la plaza vecina.

Todas estas turbulencias y desgracias, provocadas por Macedonio, le enajenaron el favor del Emperador, y prepararon su caída. Al fin fué depuesto, así como otros muchos Obispos, por los arrianos puros, en un Concilio celebrado en Constantinopla el año 380.

Hasta entónces Macedonio no había profesado, al ménos públicamente, más que el semi-arrianismo; pero después llegó á ser el fundador de una nueva herejía, que negaba la divinidad del Espíritu Santo, y sostenía que era una simple criatura, semejante á los ángeles, aunque de una naturaleza superior.

Este apóstata ambicioso, patriarca cismático y sanguinario perseguidor de los cristianos, aca-

bó miserablemente, según afirman los historiadores, aunque no dan detalles de su muerte.

## VI.

Jorge de Capadocia, obispo hereje y cismático de Alejandria.

(MURIO AÑO 362 DE N. S. JESUCRISTO)

Hacia el año 356 el santo obispo de Alejandria, Atanasio; que por espacio de medio siglo fué la figura más grande de la Iglesia, era arrojado nuevamente de su Silla por los arrianos, que colocaron en ella á Jorge de Capadocia, hombre impío, inmoral, cruel e ignorante. Hasta se dice de él que tuvo que vivir vagabundo y fugitivo á consecuencia de haber malversado ciertas cantidades que tuvo á su cargo. Tal fué el prelado que eligieron los arrianos para oponerle enfrente de los católicos y del gran San Atanasio.

Y sin embargo, Jorge era el hombre de confianza del emperador Constancio II, y el que los arrianos consideraron más á propósito para ocupar la Silla episcopal de la segunda ciudad del mundo.

Por su parte aquel aventurero impío correspondió á las esperanzas que de él habian concebido los corifeos del arrianismo.

Los Obispos todos de las iglesias de Egipto y de Libia, que dependian de la Silla de Alejandría, fueron desterrados al interior de los desiertos, muriendo muchos de ellos en el camino ó en el destierro, ora de miseria, ora á causa de las violencias que suficieron de sus perseguidores.

Cerca de noventa Prelados fueron tratados de este modo; pero la Iglesia tuvo el consuelo de que uno solo cediera á las exigencias de los herejes. Los demás fueron sustituidos en el gobierno de su diócesis por obispos arrianos.

Los cristianos viéronse perseguidos tambien con inaudita crueldad por los herejes, que saquearon sus casas, incendiaron sus monasterios, ultrajaron á las mujeres y desterraron ó maltrataron á un gran número de sacerdotas.

Por otra parte, el obispo intruso ejercia, para satisfacer su insaciable avaricia, las mayores exacciones, hasta el punto de apropiarse las salinas y los estanques de donde se extraía el junco para la fabricacion del papel; de monopolizar la venta del nitro y de obligar á todo el mundo á servirse, para la conduccion de los cadáveres,

de una especie de litera que él habia inventado, pero pagando, por su puesto, el precio fijado por el obispo mercader.

Con tan icanditos excesos y tamañas violencias, se ganó Jorge el ódio, no solamente de los cristianos, sino aun el de los gentiles, que, estallando al fin, á causa de una imprudencia del tirano, en sangrienta sedicion, fué el instrumento de la venganza divina contra el usurpador de la Silla alejandria.

Hé aquí cómo refiere Berault-Bercastel este suceso, y la muerte desastrosa de Jorge de Capadocia:

“Un rasgo de celo singular en sí, y más sorprendente aun en tal Pastor, acabó de enfurecer al pueblo. En un lugar escondido de la ciudad se habia descubierto una cueva llena de cabezas de muñeca y de niños sacrificados en otro tiempo al dios Mitra. El falso patriarca hizo exponer al pueblo aquellos humanos despojos, para patentizar las abominaciones del paganismo, y hacerlas aborrecibles.

“No pudiendo sufrir los paganos aquella afrenta, se armaron como pudieron y acometieron á los trabajadores que todavía exploraban la cueva, matando á muchos de ellos, hiriendo á otros, y obligando á los demás á abandonar el traba-

jo. La multitud idólatra corrió dede allí á la iglesia donde estaba Jorge, y le sacaron violentamente. Aunque parecía que iban á asesinarle en aquel momento se contentaron con encerrarle, pero volvieron luego á la cárcel, le destrozaron las piernas con garfios, le montaron sobre un camello, y, despues de haberle paseado por la ciudad durante todo el dia, llenándole de improperios y dándole palos, le arrojaron con el camello en una hoguera (1).

## VII.

Juliano el Apóstata, Emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 363 DE N. S. JESUCRISTO)

El Imperio romano, que habia tenido ya un Emperador astuto en Tiberio; un Emperador cruel en Neros; sanguinarios Emperadores en Decio y Diocleciano; Emperadores bárbaros en Maximino de Tardia y Maximiano Hercoleo, y un Emperador justo, prudente y grande en Cons-

(1) *Historia general de la Iglesia*, libro IX.

tantino, vió al fin ocupado su söllo por un Emperador filósofo y apóstata.

El año 361 hacia su entrada triunfal en Constantinopla Juliano, llamado el Apóstata, que hacia muchos años meditaba la destruccion del Cristianismo cuyos preceptos habia observado hasta la edad de veinte años. Pero como la historia le enseñaba que la Iglesia era invencible por la fuerza, apeló á la astucia.

Las escuelas cristianas fueron cerradas por órden del tirano, que prohibió á los fieles su dedicación á la enseñanza, y hasta la entrada en las iglesias, que fueron saqueadas para enriquecer con sus alhejas al Erario. Los sacerdotes fueron privados de las inmunidades concedidas por la piedad de Constantino, y muchos de ellos encerrados en las cárceles. Los apóstatas y los gentiles eran los únicos que alcanzaban los favores imperiales.

Al mismo tiempo el Emperador, que se mostraba favorable á la idolatría, publicó edictos mandando abrir los templos paganos y establecer los sacrificios y todas las funciones idólatras. Deseario extinguir y borrar la gracia de su bautismo, celebró tambien ceremonias tan extravagantes como sacrilegas, haciéndose iniciar sacerdote de Apolo, segun los ritos gentílicos,

para poder sacrificar por sí mismo ante los dioses. Expidió órdenes terminantes para el restablecimiento de los ídolos destruidos por Constantino, y para erigirles altares en el mismo palacio de Constantinopla, quedando así profanada la cristiana capital del imperio, levantada para castigo de la idolátrica Roma. El *Lábaro* de Constantino fué sustituido por el estandarte de los antiguos Emperadores; y, en una palabra, á tal punto llevó su fanatismo por la idolatría, que se reían de él hasta los mismos paganos. El gasto de los sacrificios llegó á ser gravoso al Estado; tanto, que ántes de su expedición á Persia, se decía que si volvía Juliano vencedor, no quedarían bueyes en Asia.

No es extraño, por consiguiente, que el pueblo le designase con el apodo de *Victimario*, por el placer con que degollaba por sí mismo las víctimas destinadas al sacrificio, y escudriñaba sus entrañas palpitantes, llevando esta afición sanguinaria hasta empapar sus manos en la sangre de los cristianos.

La justicia de Dios, que no podía permanecer inactiva ante los execrables crímenes de Juliano, no tardó en affigir con sus castigos al imperio que sufría á aquel tirano. Grandes temblores de tierra anunciaron la ira de Dios, sembrando de

ruinas el suelo de muchas provincias. A esta calamidad siguió despues una gran sequía, que produjo el hambre más espantosa, apareciendo en seguida una horrible epidemia, que se presentaba en las diversas regiones que recorría el Apóstata (1).

Pero Juliano, persistiendo en su persecucion contra el Cristianismo, publicó un edicto mandando que en adelante se diese á los cristianos el nombre de galileos; revocó todos los privilegios que los Emperadores cristianos habia concedido á los clérigos y á las religiosas, y abolió las pensiones eclesiásticas, decretando la restitucion de las que se habian percibido, cuya devolucion se exigia con un rigor extremado.

Al mismo tiempo, las iglesias eran despojadas de sus alhajas, con el pretexto de facilitar á los cristianos la observancia de la pobreza evangélica.

A pretexto tambien de que los fieles debian huir de los honores y sufrir pacientemente las injurias, los excluyó de toda dignidad, privándolos hasta del derecho de comparecer ante los tribunales en demanda de justicia,

(1) AMIANO, libros XXII y XXIII.

El Emperador apóstata no se contentó con emplear este nuevo género de atata persecucion contra los cristianos, porque bajo su reinado fueron muchos los que sacrificaron sus vidas en aras de la fé.

Juliano fué tambien el que encargó la clausura y despojo de la catedral de Antioquia a los apóstatas Juliano, su tío, y Félix, su tesorero, que, no contentos con profanar y saquear el templo, hicieron una matanza horrible de cristianos en aquella ciudad.

Finalmente, impulsado el impío Emperador por el odio que profesaba á Jesucristo, á quien llamaba por desprecio *Galileo*, y con el fin de desmentir las profecías, trató de reedificar el templo de Jerusalem (1); pero prevaleció la palabra de Dios, y Juliano, confundido ante los prodigios con que el cielo había destruido sus planes é inutilizado sus esfuerzos, tuvo que desistir de su empresa.

La hora de la justicia de Dios había sonado, y Juliano iba á sufrir el castigo que su impiedad merecía.

(1) Véase Jerusalem.

Después de haber consultado á los oráculos más famosos, y especialmente á los del Delfos, Delos y Dédona, que le prometieron el triunfo, se resolvió Juliano á hacer la guerra á Persia, sin que durante su expedicion dejara de ofrecer á los dioses libaciones, incienso y abominables sacrificios. En Carras de Mesopotamia mandó tapar las puertas del templo de la Luna, después de haber sacrificado en él. Cuando por muerte del tirano se abrió de nuevo el templo, se encontró una mujer colgada por los caballos, y abierta por el vientre, donde el tirano había pretendido encontrar anuncios de su victoria. En el palacio de Antioquia se descubrieron tambien los restos y sangrientos despojos de gran número de personas de ambos sexos y de todas edades, que habían sido sacrificadas á los ídolos por el mismo Juliano.

Con tanta sangre y tantos sacrificios parece que el Apóstata no consiguió sino acelerar su ruina, porque en una de las batallas que libró su ejército contra los persas, le derribó del caballo una flecha enemiga. Momentos antes de espirar abrió su boca el impío por última vez para lanzar contra el cielo, con un pañado de su propia sangre, esta horrible blasfemia: "¡Venciste, Galileo!"

Su cuerpo fué conducido á Tharsos, donde se le dió sepultura; pero un terremoto le arrójó de su sepulcro (1). ¡Ni la tierra quería guardar los restos de semejante monstruo!



III

Juliano, tío de Juliano el Apóstata.

(MURIO AÑO 363 DE N. S. JESUCRISTO.)

Uno de los sucesos en que se vió más patente la mano de Dios cayendo sobre los enemigos de su Iglesia y los profanadores de las cosas santas, fué la clausura y despojo de la catedral de Antioquía, decretados por Juliano el Apóstata.

La historia, que nos trasmite la memoria de aquella usurpacion, y de la impía violencia con que fué consumada por los emisarios de Juliano ha consignado tambien en sus páginas el horrible castigo de todos cuantos tomaron parte en tan sacrílego atentado.

(1) Gregorio Nazianceno,

Juliano, tío del emperador Juliano el Apóstata, y el principal ejecutor de aquel infame despojo, no sólo cumplió con bárbara complacencia el encargo que de aquel recibiera, apoderándose de las alhajas de la catedral de Antioquía, regalo magnífico de los emperadores Constantino y Constancio, sino que profanó el templo y los vasos sagrados, ejecutando sobre el mismo altar actos que la decencia no permite nombrar siquiera.

No contento Juliano con el robo sacrílego, añadió á este nefando crimen el asesinato, haciendo morir á los confesores de la fé Teodoro, Eugenio y Macario, prebiteros de Antioquía, así como á Bonosio, á Maximiliano, oficial del ejército, y á un gran número de fieles, á quienes hizo arrojar al Oronte.

Al poco tiempo fué acometido Juliano de una enfermedad horrible: sus entrañas y su cuerpo eran devorados por gusanos que se reproducian de una manera prodigiosa, y que arrojaba por la boca con el excremento en número incalculable. Al cabo de cuarenta dias de tan horrible enfermedad, murió reconociendo sus crímenes cuando su cuerpo no era sino un esqueleto animado (1).

(1) THEOD., lib. III, cap. XIII.

## IX

Félix, conde, tesorero de Juliano el Apóstata.

(MURIERON AÑO 303 DE N. S. JESUCRISTO.)

Pocos dias antes de que Juliano, tio del Apóstata y principal ejecutor del despojo de la catedral de Antioquia, sintiese el castigo con que la justicia divina le hizo expiar su crimen, otro de los comisionados por el Emperador con el mismo objeto habia muerto tambien de una manera demostrosa.

El conde Félix, tesorero de Juliano el Apóstata, y uno de los principales ejecutores de aquel infame despojo, no sólo fué cómplice del conde Juliano en las crueldades que cometió al cerrar y saquear el templo, sino que al apoderarse de los vasos sagrados exclamó con burla y desprecio: *¡Ved de qué vasos tan preciosos se sirve el Hijo de Maria!*

Aquella misma tarde el conde Félix, acometido de un flujo, arrojó por la boca gran cantidad

de sangre negra y coagulada, y al óbito espiró entre las convulsiones de la más cruel agonía.

## X.

Elpidio.

(MURIO EN EL SIGLO IV DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

Fué uno de los ejecutores de la órden de la clausura y despojo de la catedral de Antioquia, dada por Juliano el Apóstata, y enplida bajo la direccion de los condes Juliano y Félix.

Elpidio, el ménos culpable del cumplimiento de aquel decreto sacriligo, murió en un calabozo.

## XI.

Heron, obispo de Antioquia.

(MURIO AÑO 303 DE N. S. JESUCRISTO.)

Cuando despachado Juliano el Apóstata por el misterioso incendio del templo idolátrico de Dafne, dió la órden de cerrar las iglesias cris-

fianzas de Antioquía, los fleles, no sólo vieron con dolor el despojo de sus templos, sino que sufrieron una persecucion sangrienta, y tuvieron que llorar la apostasia de su Prelado.

Ocupaba entonces Heron la Silla de Antioquía, y ya fuese por falta de firmeza en la fé, ó por miedo, la verdad es que, apostatando el Cristianismo y renegando de su santa mislon, dejó su rebaño en el momento en que era acometido por los lobos.

La Providencia no dejó impune al Pastor que en momentos tan supremos abandonó sus ovejas, Heron, acometido de una horrible y asquerosa enfermedad, murió en medio de la calle, abandonado de todo el mundo.

## XII

Teotecnas, presbítero de Antioquía.

(MURIO AÑO 303 DE N. S. JESUCRISTO)

Este desventurado presbítero, que, siguiendo el ejemplo de su prelado Heron, y en la misma época que éste, apostató de su Religion, renegando de su carácter sagrado, perdió la vista y

murió en un acceso de locura, devorado por los gusanos que nacian en su mismo cuerpo, y despedazándose con sus propias manos.

## XIII

Máximo, filósofo.

(MURIO AÑO 311 DE N. S. JESUCRISTO.)

La apostasia del emperador Juliano, que tantos y tan graves males produjo á la Iglesia, fué sin duda alguna suscitada por el infierno, que se sirvió del filósofo Máximo como instrumento para realizarla.

Este filósofo, cuyo ascendiente sobre el Emperador habia llegado á tal punto que era para él una especie de oráculo, fué en efecto, la causa principal de la apostasia de Juliano, y por consiguiente de todos sus excesos, de todas sus violencias y de todos sus crímenes.

El brazo de Dios, que habia castigado á Juliano y á los que le sirvieron de instrumento en sus ataques contra la Iglesia, hirió tambien al filósofo Máximo.

Aconseado, en union de los magos Hilario y Patricio, que trataban de adivinar quién sucederia

en el trono al emperador Valente, fué condenado á muerte por éste, así como Hilario y Patricio.

## XIV.

Fotino, obispo de Sirmio.

(MURIÓ AÑO 376 DE N. S. JESUCRISTO)

Elevado Fotino á la Silla de Sirmio por su talento, su saber y su elocuencia, gobernó su Iglesia durante los primeros años de su episcopado con gran celo y acierto; pero despues renovó la herejía de Sabelio, que negaba la Trinidad, admitiendo únicamente la persona del Padre, é incurrió en los errores de Cerinto y Ebion, que negaban la divinidad de Jesucristo, agregando á estas impiedades la de creer que Jesus no habia sido Cristo hasta que el Espíritu Santo bajó sobre Él en el Jordán.

Condenada esta herejía por los Obispos de Oriente en un Concilio celebrado en Antioquia, y por los Obispos del Occidente en otro reunido en Milán, Fotino fué desterrado por Constancio.

Elegido emperador Juliano el Apóstata, escribió á Fotino una carta llena de elogios, y le levantó el destierro; pero fué desterrado nuevamente por Valentiniano, y murió en Galacia.

## XV.

Valente, emperador de Oriente.

(MURIÓ AÑO 378 DE N. S. JESUCRISTO.)

Al año siguiente de la muerte de Juliano el Apóstata, se dividió de nuevo el imperio entre Valente y Valentiniano, de los cuales el primero recibió el Oriente, y el segundo el Occidente.

El emperador Valente se declaró desde el principio de su reinado protector de la herejía arriana; desterró á todos los Padres que condenaron el arrianismo en el Concilio celebrado el año 365 en Lamiaco, ciudad antigua de Natolia; arrojó de sus Sillas á la mayor parte de los Obispos cristianos, sustituyéndolos con arrianos, y condenó á las minas, como en otro tiempo se hacia con los esclavos, á gran número de cristianos ortodoxos, siendo arrojados otros muchos al Oronte, y quemados vivos ochenta sacerdotes,

Ninguno de los Emperadores que persiguieron al Cristianismo recibió tantos avisos del cielo como Valente, para que se detuviera en el camino de sus crueldades; pero todos fueron inútiles, porque el Emperador persistió en su loco empeño hasta su desastrosa muerte.

Valentiniano Gálata, hijo único del Emperador, fué acometido de una enfermedad que le arrasó rápidamente á las puertas de la muerte; los médicos desesperaban de su salvacion, y solo se aguardaba que el jóven príncipe exhalara el último suspiro, cuando, á ruego de Valente, se presentó San Basilio en el palacio y prometió conseguir del cielo la salud de Valentiniano, con la condicion de que se le permitiera educarle en el Cristianismo.

Aceptada por el Emperador esta condicion, San Basilio se puso en oracion, y valentiniano recobró la salud. Sin embargo, Valente, olvidando su promesa, permitió á los arrianos que bautizaran á su hijo. Al poco tiempo el jóven príncipe fué acometido de otra enfermedad cruel, que le causó la muerte en pocos dias (1).

(1) Gregorio Nazianzeno *Orat.* 20.—Sozomeno, libro VI, cap. XLV.—Sócrates, libro IV, cap. XXVI.—Teod., libro IV, cap. XIX.—Rufo, lib. XI, cap. IX.

Esta desgracia impidió al Emperador desterrar á San Basilio, como lo había resuelto; pero los arrianos consiguieron de él que se decidiera á efectuarlo. Disponíase Valente á firmar esta orden, y habiéndose roto la caña con que iba á escribir su firma, tomó otra caña, que se rompió igualmente, y una tercera, que sufrió la misma suerte. Irritado el Emperador, juró firmar la orden á toda costa, y entonces su mano, acometida de febril agitacion, rompió en sus convulsiones el rescripto de destierro (2).

En otra ocasion encontró Valente en Antioquia al monge San Afrantes, á quien aconsejó abandonara la vida monástica.—“Señor,” respondió con noble firmeza el venerable anciano: “mientras ha disfrutado de paz el rebaño del Salvador, hemos vivido en el retiro; pero ahora que le amenazan tantos peligros, debemos emplear todos los medios de salvarle. Tú has incendiado la casa de Dios, y nosotros venimos á apagar el fuego que has encendido.” Al oír estas palabras, un eunuco del Emperador lanzó contra San Afrantes las mayores injurias, y le

(2) Teod., lib. IV, cap. XII.—Gregorio Nazianzeno *Orat.* 20.

amenazó con la muerte. Preparábase en aquel momento el baño para Valente, y éste mandó á su eunuco fuera á cuidar del agua caliente para el baño. El eunuco obedeció, pero al llegar á la caldera fué acometido de un arrebató de locura, y se arrojó á aquella, muriendo abrasado en el agua hirviendo.

A pesar de estos avisos del cielo, Valente siguió su sistema de persecucion contra los cristianos, resolviendo imponer el arrianismo á todo el imperio.

El año 378 Valente tuvo que tomar las armas contra los godos, que llevaban sus invasiones hasta los muros de Constantinopla. Al salir el Emperador de su palacio para la guerra, se encontró á Isaac, monge muy estimado por sus virtudes. —“¿A dónde vas, dijo el monge al César; deja de hacer la guerra á Dios, pues de lo contrario no volverás; será destruido parcialmente tu ejército, y tú mismo perecerás.” Encolerizado Valente, le hizo prender, exclamando: —“Profeta de desgracias; á mi vuelta te se cortará la cabeza (1).” El día 9 de Agosto de

(1) *Histoire du Bas-Empire*, libro XX, núm. 7-26. — *Theod.*, lib. IV, cap. XXXIV. — *Sozomeno*, lib. VI, capítulo XL.

aquel mismo año se encontraron los dos ejércitos, y libraron batalla bajo los muros de Andrinópolis. El ejército romano fué deshecho parcialmente, y el mismo Emperador, herido, tuvo que bajarse del caballo, haciéndose llevar para la curacion de su herida á una cabaña, que incendiaron los godos, y en la que murió abrasado Valente.

## XVI.

Atanarico, juez de los godos (1).

(MURIO AÑO 381 DE N. S. JESUCRISTO)

Apenas obtuvo Atanarico la soberanía de los godos, dirigió sus armas contra el emperador Valente, pero apagados sus instintos belicosos por las desgracias de la guerra, tuvo que paadir la paz, que se firmó sobre el Danubio, como la-

(1) En aquella época los godos daban á su soberano el título de juez, y no el de Rey, pues creían que la cualidad de Rey era de autoridad y de poder, mientras que la de juez era una garantía de prudencia y sabiduría.

gar neutral, por no querer respectivamente Valente ni Atanarico pisar el territorio de su enemigo.

Entónces Atanarico, que era pagano, para satisfacer su despecho ó su venganza contra Valente, que profesaba la herejía arriana, suscitó una horrible persecucion contra los cristianos, que comenó el año 369, segun San Jerónimo, y se reanudó en tres ocasiones distintas, segun aparece en las Actas de San Sabas. Durante esta persecucion, Atanarico hizo quemar á todos los cristianos que rehusaban adorar las estatuas colocadas por órden suya en las casas de los mismos fieles.

A los pocos años, Atanarico, arrojado de sus dominios por sus propios súbditos, marchó en persona á pedir á Teodosio socorros para recobrar su soberanía. El Emperador le recibió bien, pero Atanarico murió catorce dias despues, sin recobrar el poder de que tanto habia abusado para perseguir la Religión de Jesucristo (2).

(1) AMIANO MARCELINO, lib. XXVII.—BARONIO, A. C. 351.

## XVII.

Prisciliano, hereje.

(MURIO AÑO 385 DE N. S. JESUCRISTO.)

El dia 19 de Enero del año 379 fué asociado al imperio por Graciano el gran Teodosio, que gobernó el Oriente, la Iliria oriental, la Tracia y toda la Grecia, y que despues de recibir el bautismo de manos del santo obispo Asculo, promulgó una ley declarando herejes á los que no profesasen la religion cristiana.

Abrióse entónces para la Iglesia una nueva era de paz; pero la protección del Emperador no pudo evitar que apareciese una nueva secta en su misma pátria.

Márcos de Menfis, que trajo á España en aquella época los delirios de los maniqueos egipcios, y que logró reunir numerosos partidarios, fué entónces el instrumento elegido por el infierno para hacer la guerra á la Iglesia.

Entre los discípulos que esta secta logró atraer en España, figuraba Prisciliano, hijo de una familia noble y rica, y hombre de gran talento, de vastísima instrucción y de excelentes dotes oratorias, que dió su nombre á la herejía.

Un principio bueno, y un principio malo, un reinado de luz y un reinado de tinieblas, la lucha entre estos contrarios elementos; las almas humanas, emanadas de seres divinos, y enviadas á la tierra para combatir á los poderes, de las tinieblas vencidos, aprisionados en los cuerpos y subordinados á los astros; un redentor revestido con un cuerpo aparente; el nombre de los misterios cristianos sin su sustancia; el desprecio al matrimonio y á la generacion; la negación del dogma de la resurreccion de la carne; la alegórica interpretacion de las Sagradas Escrituras; la mentira y el perjurio para couitar su religion y fingirse cristianos, con arreglo al principio *juro, perjura, secretum prodere noli*, que, segun San Agustin, era su fórmula, y una moral relajadísima; tales eran los dogmas y la conducta de una secta tan peligrosa como abominable.

Esta herejía que se extendió con maravillosa prontitud, causando á la Iglesia males sin cuen-

to, fué condenada en un Concilio de Zaragoza celebrado el año 381.

Signieron á Prisciliano, entre otros, los obispos Instancio y Salviano, que, así como su jefe y todos sus partidarios, fueron desterrados por Graciano. Prisciliano, Instancio y Salviano marcharon á Italia, y por medio de Macedonio, alto dignatario del imperio, obtuvieron un rescripto que los restablecia en sus dignidades y con el que volvieron triunfantes á las Galias; pero acusados ante Máximo, que habia usurpado el imperio, de maleficios y de celebrar asambleas nocturnas con mujeres, fueron degollados, en una union de un gran número de sus partidarios, por órden de aquel, siendo otros muchos condenados al destierro.

## XVIII.

Justina, mujer de Valentiniáno I, emperador de Occidente.

(MURIO AÑO 398 DE N. S. JESUCRISTO.)

Al advenimiento de Teodosio, la Iglesia comenzó á disfrutar la paz; el arrianismo, cumpli-

mido en Oriente por el freno de aquel Emperador, se refugió en el Occidente. La emperatriz Justina, madre de Valentiniano el Joven, que reinaba en Milan, le prestó su apoyo. Por entonces vacó la silla de Sirmio, y Justina, como era natural, interpuso toda la influencia para que fuera nombrado un arriano para la Silla vacante. San Ambrosio, obispo de Milan opuso una vigorosa resistencia, y hubiera sido objeto de las iras de la Emperatriz si un suceso providencial no hubiese demostrado que Dios protegía visiblemente al Santo Prelado. Hallábase éste un día en su iglesia cumpliendo los deberes de su ministerio, cuando una turba de arrianos, prevalidos de la protección de Justina, invadió el templo para arrojarse de él á San Ambrosio; pero éste se resistió, permaneciendo en su trono. Entonces una mujer joven subió las gradas del trono y trató de lanzar de él al Prelado, tirándole de los ornamentos sagrados; su ánimo era derribarle en medio de aquella turba, para sacarle por la fuerza de su iglesia; mas no logró su intento, porque San Ambrosio se mantuvo en su puesto y dijo: "Aunque yo sea indigno del sacerdocio, tú no puedes poner la mano sobre un sacerdote, cualquiera que éste sea, y debes tener el castigo de Dios." En aquel instante la

jóven arriana cayó herida de muerte, y falleció al día siguiente (1).

Este incidente fué seguido de otro prodigio semejante. Predicaba San Ambrosio á los fieles reunidos en su catedral, cuando dos dignatarios de palacio, seducidos por los fautores del arrianismo, le propusieron una cuestion teológica y le prometieron volver al día siguiente por la resolución; pero en vez de cumplir su palabra, y con el ánimo de burlarse del Obispo, subieron en un carruaje á la hora de la cita, y salieron de la ciudad para dar un paseo, riéndose de San Ambrosio, que les esperaba inútilmente. San Ambrosio, fiel á su promesa, pronunció una allocucion ante la multitud que habia acudido al lugar de la discusion. Aun no habia terminado su discurso, cuando recibió la noticia de que los dos dignatarios de palacio habian muerto de una caída de su carruaje (2).

Estos castigos ejemplares pasaron desapercibidos para la Emperatriz, que, en su odio implacable contra el Santo Prelado, resolvió destruirle de Milan.

- (1) PAULINO: *Vita Ambrosii*, números 11 y 12.  
 (2) PAULINO: *Vita Ambrosii*, números 11 y 12.

Antes de que pudiera ejecutarlo fué desterrada ella misma por el Emperador Máximo en 387, y murió al año siguiente.

## XIX.

Eugenio usurpador del imperio de Occidente,

(MURIO AÑO 394 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Valentiniano el Joven se apoderó Eugenio del centro de Occidente, protegido por los gentiles, en odio á Teodosio, el destructor de los ídolos.

Apenas subió Eugenio al trono, restituyó sus rentas á los templos paganos, restituyó el altar de la Victoria, permitió los sacrificios, y aun tenía resuelto establecer nuevas caballerizas en la basílica ambrosiana.

Uno de sus primeros cuidados fué enviar embajadores á Teodosio para que le reconocieran como Emperador de Occidente, los cuales fue-

ron recibidos y entretenidos por aquél mientras se aprestaba para la guerra, que al fin estalló entre el Cristianismo y el paganismo, representados por Teodosio y Eugenio.

El 6 de Setiembre del año 394 se encontraron frente á frente en las llanuras de Aquilea la cruz de Jesucristo, que llevaba Teodosio en sus banderas, y la imagen de Hércules, digno estandarte de las tropas de Eugenio. Teodosio pasó toda la noche anterior al día de la batalla en oración, y antes de comenzar la lucha hizo con todas sus tropas la señal de la cruz. Chocaron los dos ejércitos, y al principio la caballería de Eugenio inspiró serios cuidados á Teodosio. Entonces el Emperador, apesadumado de su caballo y blandiendo su espada, se lanza á la cabeza de sus legiones contra el enemigo, gritando: "¿Dónde está el Dios de los cristianos!" El aire entonces se oscureció súbitamente, un ruido sordo atronó el espacio, y un fuerte viento atacó de frente á los soldados de Eugenio. Violentos torbellinos les arranca las armas de las manos, lanzando sus escudos sobre sus rostros. El ejército de Teodosio, recibiendo una nueva fuerza de la violencia del viento, cayó con irresistible empuje sobre las tropas de Eugenio. Los soldados de éste, cogidos por el pol-

vo, heridos por sus propios golpes y por la acometida de las legiones cristianas, cayeron en gran número, arrojándose muchos á un río próximo, y corriendo otros á posturas vencidas ante Teodosio, que les perdonó la vida.

El desventurado Eagenio murió en la batalla, y su cabeza, clavada en la punta de una pica, fué paseada en triunfo por los campamentos de los dos ejércitos, reunidos bejo el cenro del vencedor (1).

XX

Arbogastes, prefecto del Pretorio.

(MURIO AÑO 394 DE N. S. JESUCRISTO)

Bajo el reinado de Valentiniano II, y preyañéndose de la poca edad de este Príncipe, el prefecto Arbogastes, que se habia hecho dueño

(1) Claudiano: *De Consul. Honor.*, v, 93.—Zósimo, libro IV. cap. LVIII.—Sócrates, lib. V, cap. XXV.—Teodoro, lib. V, cap. XXIV.

de la órta y del ejército, no sólo usurpó la autoridad del Emperador, sino que le hizo estrangular en Viena, poniendo en su lugar á Eugenio, secretario del mismo Valentiniano.

Este usurpador se preparó para la guerra contra Teodosio, protegiendo á los paganos, en union de Arbogastes, que, irritado contra los cristianos porque al pasar el usurpador Eagenio por Milán no quisieron rogar por éste en la basilica ambrosiana, de la cual se retiró tambien á su llegada el mismo San Ambrosio, juró, para cuando volviera victorioso, establecer unas caballerizas en la basilica, y obligar á los clérigos á llevar las armas; pero derrotado Eagenio por Teodosio y muerto en la batalla de Aquilea, huyó Arbogastes á los montes, donde dos dias despues se atravesó con su espada por no caer en manos de Teodosio.

## XXI.

Eutropio, ministro del emperador Arcadio.

(MURIÓ AÑO 399 DE N. S. JESUCRISTO.)

Desde la miserable condición de eunuco, la más baja y despreciable de la antigua Roma, elevóse Eutropio, que profesaba aún la Religión pagana, á patricio, edesni y gran maestro en la corte del emperador Arcadio, llegando á amontonar riquezas inmensas, á costa de sus exacciones, que, unidas á su insolencia, á su crueldad y á su cinismo, le hicieron odioso á todos los ciudadanos. Abusando Eutropio de una autoridad que sólo ejerció para mengua del imperio, no sólo persiguió y maltrató á los más santos Prelados y elevó á las mayores dignidades á una turba de perdidos y viciosos, sino que hasta se atrevió á amenazar á la misma emperatriz Eudoxia con que haría fuese repudiada por

el Emperador. Por último, se atribuye á Eutropio la ley contra el derecho de asilo en las iglesias.

Algun tiempo despues, Eutropio, perseguido por Gaius, capitán gofo, que le odiaba de muerte, tuvo que refugiarse en una iglesia, en la que le defendió San Crisóstomo con una caridad y un vigor verdaderamente episcopal, salvándole del furor del pueblo. Posteriormente fué desterrado á la isla de Chipre y despojado de todos sus bienes y dignidades, y aun borrado su nombre de los fastos consulares, y rotas sus estatuas, en virtud de un edicto de los emperadores Arcadio y Honorio; pero no satisfecho todavía Gaius, su implacable enemigo, usó de toda su influencia en la corte contra el malvado Eutropio, hasta que consiguió fuese condenado á muerte y decapitado en Calcedonia.



## CAPITULO II.

### SIGLO V.

*Sumario.* —I. Joviniano. —II. Izdegerdo I. —III. Eulalio, antipapa. —IV. Juan, ministro del emperador Honorio. —V. Nestorio. —VI. Candidiano. —VII. Crisost. —VIII. Eutiques. —IX. Dióscoro. —X. Juliano, obispo de Eclana. —XI. Teodorico II. —XII. Basiliano. —XIII. Zenónida. —XIV. Timoteo de Egipto. —XV. Perceas. —XVI. Honerico. —XVII. Tomás Barsumas. —XVIII. Zenon Isáurico.

#### I.

Joviniano, hereje.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN (MURIO AÑO 412 DE N. S. JESUCRISTO)

DIRECCIÓN GENERAL DE

Este célebre hereje, cuyos errores tan vulgares y contrarios á la sagrada Biblia, como conformes á la doctrina de la reforma, le han valido el triste honor de ser considerado por los herejes modernos como un protestante de los

primeros siglos, era un religioso en un monasterio próximo á Milan, dirigido por San Ambrosio; pero pareciéndole demasiado duro el gobierno de aquel Santo Prelado, abandonó la comunidad con otros monjes que le siguieron, y á quienes comunicó sus errores. Despues quisieron volver á entrar en el monasterio; pero como su arrepentimiento no parecia sincero, fueron rechazados. Irritado Joviniano por esta negativa, comenzó á enseñar públicamente su herejía.

Joviniano no admitía diferencia alguna en las buenas obras, ni en el pecado, ni en la gracia, ni en el mérito, más que en las recompensas y los castigos de la otra vida. Negaba que pudiera adelantarse en el camino de la gracia y hacer progresos en la vida cristiana, como tampoco en el pecado ó el crimen; enseñaba que la santidad del hombre consiste en la conservación de la gracia recibida en el Bautismo, gracia que no pueden perder los que hayan sido regenerados teniendo plena fé en el Bautismo; *Plena fides in Baptismate renati sunt*, y rechazaba toda diferencia en las buenas obras, diciendo que los pecadores demostraban con sus pecados que no habian recibido la gracia regeneradora, porque no tenían la fé plena: *Plena fides*. Por otra par-

te, añadía que todo pecador, áun el que solo habia cometido un pecado venial, era tan culpable como los grandes pecadores y que todos ellos estaban excluidos del reino de los cielos.

Estos errores, que combatian toda tendencia hácia la virtud y la perfeccion, iban dirigidos principalmente contra la virginidad, el celibato eclesiástico, el ayuno y las austeridades de la vida perfecta.

Finalmente, despues de confundir de esta manera los preceptos y los consejos evangélicos, agregó á sus impiedades la horrible blasfemia de negar la virginidad de la Madre de Dios despues del parto.

No contento Joviniano con predicar errores tan abominables, engañó á muchas religiosas, obligándolas á contraer una union sacrilega.

La herejía de Joviniano fué condenada por el Papa Africo, y en un Concilio que San Ambrosio celebró en Milan en el año 390; y áun el emperador Teodosio publicó un rescripto confirmando al hereje y á sus sectarios á regiones deshabitadas; pero Joviniano supo burlar este rescripto, y permaneció en las cercanías de Roma, donde siguió celebrando sus asambleas y turbando la paz de la Iglesia, hasta que el emperador Hono-

rio le relegó el año 412 á una isla, donde murió miserablemente.



Izdegerdo I, rey de Persia.

(MURIO AÑO 421 DE N. S. JESUCRISTO.)

Reinaba en Persia el rey Izdegerdo I, á quien por su avaricia y crueldad llamaban sus subditos *Aitán*, esto es, ladrón y asesino, cuando el celo del obispo Abdas por la fé le impulsó á adoptar una medida que promovió en Persia una terrible persecucion contra el Cristianismo.

En efecto: indignado Abdas por el culto idólatrico que se tributaba al fuego en su diócesis, hizo demoler el templo consagrado á aquella divinidad. Los magos acudieron en queja al Rey, y éste se contentó al principio con mandar al Obispo reconstruyese el templo á sus expensas. Habiéndose negado Abdas á ejecutar esta acto

que podia considerarse como una apostasia, fué muerto por orden del Rey, que en represalias demolió las iglesias de los cristianos. Tal fué el principio de una sangrienta persecucion de treinta años durante tres reinados consecutivos.

“No es posible, dice Bernart-Brocstel (1), describir el refinamiento de crueldad empleado entónces contra los cristianos: á unos se les desollaba las manos ó el rostro, desde la frente hasta la barba, ó toda la espalda; á otros les clavaban cañas puntiagudas por debajo de las uñas, ó en las partes más sensibles del cuerpo; á otros los arrojaban, atados de pies y manos, á grandes fosos, donde codaban tambien multitud de ratas, que los devoraban vivos, y á otros muchos les cortaban las extremidades por partes, de manera que sólo les dejaban la cabeza y el tronco, hasta que el dolor y el desfallecimiento les producía la muerte.”

Izdegerdo llevó el rigor de su persecucion hasta el punto de mandar á los sarracenos subditos suyos, que habitaban en las fronteras del reino confinantes con los Romanos, que guarda-

(1) *Historia general de la Iglesia*, tomo I, lib. XIII, núm. 53.

sen los pasos para evitar que los cristianos se refugiasen en el territorio del imperio.

Esta violenta persecucion sirvió, no obstante, para extender el Cristianismo en Asia; pero la justicia divina no dejó impune al sanguinario Izdegerdo, que murió de una cox que recibió á la puerta misma de su palácio de un caballo que desapareció en seguida, sin que pudiera averiguarse de dónde había venido, ni hacia dónde escapó.

## III

## Eulalio, antipapa.

(MURIO AÑO 423 DE N. S. JESUCRISTO.)

Al mismo tiempo que Bonifacio I era elegido Papa en Diciembre del año 418 por muerte de su predecesor Zósimo, una faccion rebelde, protegida por Simmaco, prefecto de Roma, se apoderaba de la iglesia de Letran cuando aun no

habían terminado los funerales de Zósimo, y nombraba tambien Papa al arcadiano Eulalio.

Informado el emperador Honorio de este cisma exhortó á los dos concurrentes á dejar de Roma y á abstenerse del ejercicio de las funciones pontificias, proponiéndoles además la reunion de un Concilio que terminara el cisma.

Bonifacio lo hizo así, pero Eulalio se resistió; y en su consecuencia, fué expulsado de Roma y declarado intruso, quedando Bonifacio pacífico poseedor de la Santa Sede hasta su muerte, ocurrida cuatro años despues.

Los partidarios de Eulalio quisieron entonces erigirle de nuevo antipapa; pero él se negó á abandonar su retiro de la Campania, donde murió un año despues (1).

## IV

Juan, ministro de Honorio, emperador Occidente.

(MURIO AÑO 425 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Honorio, emperador de Occidente, se apoderó del imperio su ministro Juan, secunda-

(1) MICHAUD: *Biographie universelle*. Bonifacio I.

do por Castino, general del ejército. Juan inauguró su reinado despojando de sus privilegios al Senado y á las iglesias, y dando á los tribunales civiles la jurisdicción de los Obispos.

Poco tiempo despues Teodosio el Joven, emperador de Oriente, dió el imperio de Occidente á su primo Valentiniano III, de edad de cinco años, bajo la tutela de su madre Placidia. Sorprendido el usurpador Juan en Aquilea por las tropas de Valentiniano, fué condenado á muerte y decapitado por órden de Placidia (1).

V.

Nestorio, patriarca de Constantinopla.

(MURIO AÑO 432 DE N. S. JESUCRISTO)

Comezaba la Iglesia á recibir algun consuelo ante la decadencia del arrianismo, cuando se levantó contra ella una nueva herejía, que pro-

(1) *Hist. du Bas-Empire*, por LEBEAU, tom. VII, libro XXI.

curaba arrancar de la corona de la Madre de Dios su joya más preciosa.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, fué el campeón que enarboló el nuevo estandarte contra la Iglesia.

La austeridad de su vida, el carácter de maceración y penitencia que llevaba impreso en su pálido y demacrado rostro; su aparente ciencia, y la entonación y majestad de su encantadora elocuencia, le ganaron tan gran reputación, que cuando vacó la Silla de Constantinopla por muerte de Sisinnio, recayó la elección en Nestorio.

Al principio de su patriarcado manifestó Nestorio tanto celo contra los herejes, que en el primer sermón que predicó á su llegada á Constantinopla dijo, dirigiéndose al Emperador: "Señor, exterminad conmigo las sectas, y yo extirminaré con vos á los persas; y despues de la destruccion de los enemigos del imperio, os haré triunfar tambien de los enemigos de vuestra salvacion." No contento Nestorio con emplear su palabra contra los herejes, los persiguió con tanta violencia, que éstos, desesperados, promovieron sediciones en muchas partes; y hasta el Emperador, cediendo, segun se cree, á las instancias del nuevo Patriarca, renovó las antiguas

leyes contra los herejes, y promulgó otras nuevas. Los maniqueos, que eran los más perniciosos, fueron muy especialmente el objeto de aquella persecución, siendo expulsados de las ciudades y condenados al último suplicio.

Pero el celoso Patriarca parece que solo aspiraba á extirpar las herejías antiguas para suscitar una nueva.

El sacerdote Anastasio, que Nestorio había llevado de Antioquia, fue el primero que predicó la nueva impiedad, atreviéndose á profanar desde el púlpito estas palabras escandalosas, y hasta entonces nunca oídas: "Nadie llame á María Madre de Dios, porque María era una mujer, y una mujer no puede ser Madre de Dios." Algun tiempo despues el Patriarca hizo predicar la misma doctrina á un Obispo que se hallaba en Constantinopla depuesto de su Silla, y hombre conocido por su ligereza y mala conducta, que llevó su temeridad hasta anatomizar á todo el que llamase á María Madre de Dios, La multitud, indignada y horrorizada al escuchar en el templo y desde la cátedra del Espíritu Santo tan abominables blasfemias, salió de la iglesia dando grandes voces y lamentos. El Patriarca aprobó cuando había dicho el Obispo apóstata, y aprovechándose de la protección del Empera-

dor, que le miraba como á un santo, predicó la misma doctrina, propagándola además en sus escritos, que se divulgaban por todas partes.

En otra ocasión solemne Nestorio predicó la misma herejía, con gran escándalo de los fieles y con gran indignación del ilustre abogado Eusebio, despues obispo de Doriles, hombre virtuoso y muy versado en materias de religion, que levantó su voz contra el hereje para hacer profesión de fé de la verdadera doctrina, en medio de los aplausos entusiastas del auditorio.

Esta oposición, lejos de contener, irritó más y más al hereje, que reunió sus sermones en un volumen y los esparció en breve por todas partes, procurando principalmente que germinara tan mala semilla en los conventos y monasterios que gozaban de más celebridad por su austeridad y fervor (1).

San Cirilo, obispo de Alejandría, se opuso con su palabra y con sus escritos á la propagación de la herejía, procurando por otra parte disuadir á Nestorio; pero el soberbio herejiarca persistió en sus errores y trató de desacreditar á

(1) CYRIL, ALEX: *In Nestor.*, ad Mon., ep. 1.

aquel santo Prelado, lanzando contra el las mayores injurias y calumnias.

Convencido San Cirilo de la inejecia de sus esfuerzos, escribió al Papa San Celestino manifestándole la conducta de Nestorio, y pidiéndole instrucciones. El mismo Nestorio escribió también á San Celestino con ánimo, sin duda, de sorprender su buena fé. El Papa nombró un consejo que examinara los escritos de Nestorio, y que, despues de estudiar detenidamente la doctrina en ellos contenida, la calificase de herética é impia. En su consecuencia, Nestorio fué condenado con sus escritos, y se decretó su deposicion si á los diez dias de habérsele notificado esta sentencia no abjuraba sus errores.

Pero todo fué inútil. Nestorio, no solo desairó á los cuatro Obispos portadores de la sentencia de Roma, sino que injurió y calumnió de nuevo desde el púlpito á San Cirilo, encargado de su ejecucion.

En este estado las cosas, no quedaba otro remedio para cortar el mal, que la celebracion de un Concilio ecuménico.

Los Obispos y el pueblo cristiano, y muy especialmente el clero de Constantinopla, suplicaron con eficacia al Emperador favoreciese la convocacion de un Concilio que cortase los pe-

ligros que amenazaban á la Iglesia. Nestorio habia logrado con su astucia y aparienacia de santidad tener de su parte á Teodosio II, que imperaba á la sazón en Oriente; pero como á pesar de todo el Emperador amaba sinceramente la Religión, cedió á los deseos de los buenos y convocó por sí mismo el Concilio de Éfeso, segun los deseos del Papa y de los Obispos.

Los nestorianos, siguiendo la conducta de los herejes de todos los tiempos, emplearon toda clase de intrigas y de supercherias para impedir la reunion y celebracion del Concilio. A pesar de todo, el Concilio se celebró felizmente; la Iglesia triunfó de sus enemigos, y Nestorio fue solemnemente condenado, depuesto de su Silla y encerrado en un monasterio. La augusta asamblea habia terminado su mision: pero las preocupaciones que en la corte suscitaron los indiferentes y los afectos á Nestorio hicieron desconfiar á Teodosio II, que mandó encarcelar á San Cirilo y á Memnon, así como á Nestorio. No obstante, el Emperador reconoció al fin la justicia de los decretos del Concilio y se declaró su protector.

El año 436, Nestorio, que seguia predicando sus errores, fué expulsado de su monasterio de Antioquia, privado de todos sus bienes, que fue-

ron confiscados en favor de su Iglesia, y desterrado á Oásis, en Egipto.

Cuando esta ciudad fué saqueada por los blemes, pueblos errantes de Etiopía, Nesterio tuvo que huir, y vivió errante y miserable en los desiertos durante algún tiempo. Al fin creyó haber hallado seguro asilo en Panopla; pero como su presencia se consideraba en todas partes como un signo de maldición, fué expulsado de la ciudad por el gobernador. Finalmente, creciéndole en impiedad con sus desgracias, fué acometido de una terrible enfermedad, que hizo de su cuerpo un criadero de gusanos, que devoraron en leguas, instrumento de tantas blasfemias. Obligado todavía á huir en tan deplorable estado, murió de una caída de su caballo (1).

## VI

### Candidiano.

(MURIO AÑO 451 DE N. S. JESUCRISTO)

La Iglesia no tuvo que combatir durante la celebración del Concilio de Éfeso únicamente contra la herejía nesteriana, sino contra las in-

(1) EYAGRIO; *Hist.*, 1, cap. VII.

trigas y supercherías de los cortesanos que apoyaban á Nesterio, y á cuya cabeza figuraba el conde Candidiano.

En efecto: cuando los Padres, inquietos al ver que pasaba el día designado para la apertura del Concilio sin que hubiese llegado á Éfeso el patriarca de Antioquia, su presidente, resolvieron celebrar la apertura algunos días después, en su ausencia, el conde Candidiano, jefe de las fuerzas enviadas por Teodosio II para proteger al Concilio, se opuso á aquel acuerdo, alegando una orden del Emperador, que interpretaba á su antojo, y que se negaba á presentar. Los Padres defendieron su derecho tan vigorosamente, pidiendo les manifestase una orden dirigida á ellos mismos, que Candidiano tuvo que presentarla. Entónces se descubrió la perfidia del conde, porque el Emperador solo le ordenaba asistir al Concilio para protegerle y conservar el orden, prohibiéndole terminantemente mezclarse en las deliberaciones de los Padres; lo cual, segun el Emperador, solo estaba permitido á los Obispos.

Vencida esta dificultad, se celebró la sesión primera; pero Candidiano, no sólo hizo guardar todos los pasos por mar y tierra, para impedir llegaran á su destino las cartas que el Conci-

lio resolvió dirigir al Emperador, sino que, de acuerdo con Nestorio, protestó contra lo decretado por los Padres, y remitió al Emperador una falsa relación, en la que calumniaba á los Prelados y decía que todos sus actos no habían sido sino precipitación, intrigas, tumultos y violencias; que un gran número de Obispos, que habían llegado a Éfeso, no habían sido admitidos en el Concilio; que los Padres estaban en discordia unos con otros; que los más exaltados habían procurado promover una sedición, haciendo que los soldados de su partido cercasen las casas de los Prelados que consideraban sus contrarios, y los intimidasen con terribles amenazas, y que el obispo de Éfeso había mandado cerrar las iglesias, para que los perseguidos no tuviesen donde refugiarse.

Al mismo tiempo que Candidiano calumniaba á los Padres de Éfeso, cometía todas las violencias de que los acusaba, ejerciendo contra ellos una verdadera persecución. Sin embargo, todo fué inútil, porque los Prelados cristianos, firmes en la fé y en el exacto cumplimiento de sus deberes, condenaron y depusieron á Nestorio.

Posteriormente, el Emperador, seducido por las intrigas de Candidiano y demás parciales de Nestorio, miró todavía con desconfianza los de-

cretos del Concilio, hasta que, descubriéndose la verdad, ratificó y mandó se ejecutasen todos sus decretos. Ofendido entonces de que sus propios oficiales y agentes le hubiesen engañado, los arrojó ignominiosamente de la corte, incluso al conde de Candidiano.

La justicia divina habia castigado al gran perturbador del Concilio de Éfeso, haciéndole perder el favor de su señor, que es la mayor desgracia para los cortesanos.

## V.L.

Crisafo, favorito del emperador Teodosio el Joven.

(MURIO AÑO 430 DE N. S. JESUCRISTO.)

La amistad que unia á este malvado y al apóstata Estiques, y el odio que profesaba al santo patriarca Flaviano, fueron las causas que le impulsaron á poner al servicio de la herejía entiquiana todo el poder y toda la influencia de que disfrutaba en la corte.

Y en efecto: apenas comenzó Estiques á propagar sus errores, el eunuco Crisafo escribió al

patriarca de Alejandra Dióscoro, ofreciéndole favorecerle en todo si omaba la defensa de Eutiques y se declaró en contra Flaviano. La historia no ha consignado en sus páginas si las promesas del eunuco fueron las que resolvieron al infame Dióscoro á abrazar la nueva herejía; pero así puede presumirse, por la saña con que persiguió á Flaviano, y por la violencia con que se condejo en el conciliábulo de Efeso.

Posteriormente, y durante la celebración del mismo conciliábulo, Crisafio prestó además grandes servicios á los eutiquianos, poniendo á su disposición los oficiales imperiales que á él asistieron, y á quienes Crisafio encargó é instruyó sobre su conducta. Cuáles fueran las órdenes que recibieron aquellos ecclerícos, claramente se presumen en vista de las arbitrariedades, intrigas, violencias y hasta malos tratamientos de que fueron víctimas los Prelados ortodoxos en aquella asamblea de bandillo.

Crisafio fué tambien el que turbó la paz de la corte, sembrando la discordia entre la emperatriz Eudoxia y la princesa Pulqueria, cuya rivalidad produjo grandes perturbaciones en el imperio.

Las concusiones y violencias que empleaba Crisafio para enriquecerse abusando de su pri-

vanza, fueron la causa de su desgracia; porque, indignado el mismo Teodosio ante las intrigas y los crímenes de su favorito, y del abuso que hacía de la confianza y del favor imperia (1), le confiscó sus bienes, le privó de todos sus honores y le condenó al destierro, hasta que, sentenciado despues á muerte, fué entregado por la princesa Pulqueria á Jordan, hijo de un personaje á quien Crisafio habia hecho dar muerte (2).

## VII.

Eutiques, hereje.

(MURIO AÑO 451 DE N. S. JESUCRISTO.)

El celo exagerado con que el anciano abad Eutiques se opuso á la herejía de Nestorio, le hizo caer en la herejía opuesta, renovando los errores de Apolinario y las impiedades de Valentiniano.

(1) NICEFORO, lib. XIV, cap. XLIX.

(2) Marcel. y Cedrenus.—Baronio, A. C. 446. 448, 449 y 460.—BERAULT BERCASTEL *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldú, tomo II, pág. 92.

En la época en que Nestorio comenzó á predicar su doctrina, Eutiques, abad á la sazón de un convento próximo á Constantinopla, se creyó obligado á oponerse á la herética propagación de su Prelado; pero lo hizo con tal exageración, que mientras Nestorio separaba por completo las dos naturalezas en Cristo, Eutiques las confundía en una sola.

El celoso y piadosísimo Eusebio de Dorilea, amigo íntimo de Eutiques, y el santo patriarca Flaviano, separaron todos los medios que les inspiró su fe y su prudencia para atraer al hereje á buen camino; pero todo fué inútil. Celebrábase por entónces en Constantinopla un Concilio para resolver las controversias y diferencias suscitadas entre los Obispos de Lidia, y Eusebio de Dorilea aprovechó aquella ocasión para denunciar al nuevo hereje, que, citado ante el Concilio, se negó á comparecer bajo pretexto de que su regla le prohibía salir del convento. Citado nuevamente, se presentó ante aquella augusta asamblea, rodeado de una guardia que le concedió el eunuco Crisalo, favorito del Emperador, según unos, por odio á Flaviano, presidente del Concilio, y, según otros, por consideraciones al mismo Eutiques, su padrino. Lo cierto es que fueron inútiles cuantos esfuerzos

hicieron los Padres para convencer y atraer á la verdadera fe al hereje, que con foggia humildad é irritante sutileza persistía en sus errores al mismo tiempo que se fingía convencido.

El Concilio entónces anatematizó su doctrina, y excomulgó y depuso al pertinaz Eutiques.

La terrible sentencia del Concilio, lejos de contener, irritó más y más al hereje, que, protegido por el emperador Teodosio II, y valiéndose de su astucia, logró la convocación y reunión de un Concilio en Éfeso, del cual fué excluido el sábio Teodoro de Oiro, mientras se privaba del derecho de votar á los Obispos que habian juzgado á Eutiques.

En este conciliábulo, que ha pasado á la historia con los nombres de Lactecio de Éfeso y Sínodo de los ladrones, no sólo se prescindió de la carta dogmática del Papa Leon al patriarca Flaviano, en la que consignaba aquel Pontífice la verdadera doctrina de la Iglesia contra la herejía de Eutiques, sino que se negó la presidencia al Legado del Papa, y empezando las mayores ilegalidades y las más inauditas violencias, se anatematizó la doctrina de las dos naturalezas.

El emperador Teodosio, protector de Eutiques y del obispo Dioscuro, su colega, aprobó los

decretos de Éfeso y los hizo ejecutar en las provincias del imperio sometidas á su cetro, y hasta el mismo Papa Leon fué excomulgado por el apóstata Dióscoro. Al fin la muerte de Teodosio II cortó los vuelos á la herejía, pues su sucesor Marciano, de acuerdo con Valentisiano III, coadyuvó á la convocacion del Concilio de Calcedonia, cuarto general, hecho por el Papa Leon.

Este Concilio ratificó la célebre carta de Leon á Flavio, depuso á Dióscoro, lanzó contra él los anatemas de la Iglesia, así como contra Nestorio y Eutiques, y formuló en la sesion quinta la verdadera doctrina sobre las dos naturalezas en Cristo.

El emperador Marciano por su parte adoptó los decretos del Concilio, suprimió el culto y clero eutiquianos, é impuso graves penas á los que tratasen de sostener la nueva herejía y combatir la doctrina ortodoxa.

Eutiques, que fué uno de los primeros condenados al destierro, murió poco tiempo despues de que el Concilio lanzara contra él sus terribles anatemas.

## IX

Dióscoro, patriarca de Alejandría.

(MURIO AÑO 454 DE N. S. JESUCRISTO)

Muerto San Cirilo, patriarca de Alejandría, fué elegido para sucederlo Dióscoro, que logró en poco tiempo destruir la opinion favorable en que se le tenia por sus virtudes, pues no sólo perseguió á los partides de su predecesor San Cirilo, apropiándose todos sus bienes y dejándolos reducidos á la mayor miseria, sino que descubrió la afesion que tenia por las herejías de Orígenes y de Arrio, que hasta entónces habia sabido ocultar con habilidad suma. Despues incurrió tambien en la herejía de Eutiques, y gracias á la intervencion del eunuco Crisafio, favorito del Emperador, recibió el encargo de celebrar un Concilio en Éfeso, que el patriarca hereje desempeñó de la manera más infame. En efecto: Dióscoro solo convocó á algunos Prelados partidarios de Eutiques, autorizando la acis-

tenencia de los que habian condenado á éste en Constantinopla, pero sin derecho á votar. El Concilio lo presidia el mismo Dióscoro; una cohorte armada guardaba la Asamblea, y numerosas tablas de monjes, armados de garrotes, estaban dispuestos á todo evento para hacer triunfar por la fuerza la herejía. En una palabra: Dióscoro, segun Weter y Welte (1), dirigió su sfuado poco más ó ménos como el presidente de un tribunal revolucionario.

Eutiques, que á pesar de su edad y de sus achaques asistió tambien al concilio, no sólo fué perfectamente recibido, sino que se le permitió decir cuanto quiso, al mismo tiempo que se rehusó admitir á su acusador Eusebio de Dorilea.

Los Obispos cristianos hicieron presente que se habian reunido para tratar de la fé; pero Dióscoro sostuvo que, segun el decreto del Emperador, sólo debian ocuparse de la discordia entre Flaviano y Eutiques, á la mayor parte de los notarios, incurriendo en notoria falsedad, consignaron que los Prelados habian accedido á la proposicion de Dióscoro de no tratar de la fé, por que no querian introducir innovaciones de

(1) *Dict. Encyclop. de la Theol. cat.*, Dióscoro.

ningun genero. Los notarios del obispo de Efezo, y algunos otros que no se habian dejado romper, fueron acometidos por los falsarios, que borraron cuanto habian escrito y les arrancaron los registros con brutal violencia. La proposicion de muchos Obispos para que se leyese la carta del Papa á Flaviano no fué mejor recibida; y aunque Dióscoro al comenzar el Concilio prometió bajo juramento hacerla leer, halló siempre medio de eludir su promesa.

Finalmente, Eutiques fué declarado inocente y restablecido en la comunión eclesiástica y en la superioridad de su monasterio.

Dióscoro pronunció anatema contra el obispo de Dorilea, y despues contra el patriarca de Constantinopla; y contradiciéndose á sí mismo, despues de haber hecho decretar poco ántes que no se trataria de la fé, preguntó si se podia tolerar la doctrina que admitia dos naturalezas en Cristo despues de la union, á lo que contestaron los Obispos herejes: *El que así hable, sea anatematizado.* Onesiforo de Iconio y algunos otros ortodoxos se echaron á sus piés suplicándole reflexionase lo que hacia; pero Dióscoro declaró ferozmente desde su trono que, aun cuando se le cortára la lengua, no diria jamás otra cosa. Algunos Prelados protestaron; Dióscoro gritó

entónces: "¿Dónde están los condes?" Y á este grito de guerra invadió el recinto una furiosa turba de herejes, unos con armas, otros con palos, y algunos con cadenas y palos. Las menores amenazas eran las de deposicion y destierro. Los monges de Botiques y del feroz Barsumas, más furiosos que los soldados; gritaban en alta voz: *¡Dividase en dos pedazos al que divide á Cristo en dos naturalezas! ¡Quémese vivo al falso Pastor, el lobo de Verdés!* Algunos Obispos, pocos, suscribieron la herejía, cediendo á la violencia; pero la mayor parte se mantuvieron firmes, y fueron depuestos. El patriarca Flaviano, que protestó, apelando al Obispo de Roma, fué bárbaramente maltratado por Barsumas y sus monjes; y, segun algunos autores, el mismo Dióscoro le dió tantas patadas en el estómago, que murió pocos dias despues.

Por último, Dióscoro llevó su audacia hasta reunir várias firmas en un pergamino en blanco, al qual transcribió una sentencia de deposicion contra el Papa Leon.

Citado el hereje dos años despues para ante el Concilio ecuménico de Calcedonia, no se presentó á aquella sagrada Asamblea. Con todo, descubiertos sus crímenes y probadas las diversas acusaciones presentadas contra él, fué coa-

denado y despuerto por el Concilio, y desterrado por el emperador Marciano á Gangres, en Paphlagonia, donde murió.

## X.

Juliano, obispo hereje de Eclana:

(MURIO AÑO 455 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas habia conseguido la Iglesia contener á los donatistas, ó reducirlos á la impotencia en sus ataques contra la doctrina ortodoxa, cuando apareció una nueva secta, ménos violenta, pero más temible, cuyo autor fué Pelagio.

Entre los obispos de Italia que abrazaron la nueva herejía figura en primer término Juliano, obispo de Eclana, que ántes de su caída gozaba de fama universal en la Iglesia, y despues de su apostasía fué el hombre más importante del pelagianismo.

La polémica de Juliano, como la de todos los herejes, era dura, pretenciosa y grosera; tanto, que en la larga controversia que sostuvo contra

San Agustín, llegó á llamar á esta lumbrera de la Iglesia loco y estúpido, designándola á veces con el nombre de *Goliath*, mientras él mismo se daba el de *David*. Su pluma, en fin, no cesaba de destilar hiel y veneno, no solo contra aquel Santo Padre, sino contra toda la Iglesia, á la que acusaba de Ignorancia, precipitación é iniquidad en la condenacion de los errores y de los jefes del pelagianismo.

Juliano, que con su inteligencia y con su hábil dialectica, de que abusaba con frecuencia, prestó grandes servicios al pelagianismo, y entre ellos el de hacer la exposicion científica de sus errores, estaba tan satisfecho de sí mismo, que se consideraba como la columna más fuerte de la doctrina pelagiana.

Ciertamente, nadie podrá disputar esta triste gloria á Juliano; pero tampoco habrá quien no vea la mano de Dios en su desgraciado fin.

Juliano, desterrado de Italia á consecuencia de sus errores, se dirigió á Constantinopla, y de allí á Cilicia, cerca de Teodoro, obispo de Mopanesa, de quien esperaba recibir una favorable acogida, por ser de sus mismas ideas; pero Teodoro le anatematizó tambien en un sínodo provincial. Posteriormente volvió á Constantinopla, donde fué perfectamente recibido

por Nestorio y otros obispos, tales como Floro, Oronte, Fobio, etc.; mas al poco tiempo Juliano y sus partidarios fueron expulsados de Constantinopla.

El apóstata, fingiéndose entonces arrepentido, pidió á la Santa Sede que restableciese en su Silla á lo que se negó el Papa Zósimo, siguiendo el sábio ejemplo de su diácono Leon.

Finalmente, Juliano, condenado por el Papa y los Emperadores, murió miserablemente el año 445, bajo el imperio de Valentiniano.

## XI.

Teodorico II, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 467 DE N. S. JESUCRISTO)

Profesaba el reino de Galicia, bajo el cetro de Remis-mundo, la Religion Cristiana ortodoxa, cuando la razon de Estado, que ha labrado tantas veces la ruina de los pueblos, fué causa de que se introdujera en él el veneno de la herejía arriana, por el casamiento de Remis-

mundo con una hija de Teodorico II, en cuya union se atendió á todo ménos á la unidad del culto entre los futuros esposos.

En efecto; elevado Remismundo al trono de los suevos por muerte de Frumario, y viéndose único Monarca de un reino que antes sostenía dos tronos, juntó las fuerzas que en otro tiempo eran guiadas por dos oetros, y entró con ellas por Lusitania, donde se apoderó de Coimbra y de Lisboa, que, sin ser vencidas, se rindieron á su paso.

Aun en medio de sus triunfos, temió Remismundo que el valiente y poderoso Teodorico II se opusiera á sus victorias, y para evitarlo le envió embajadores ofreciéndole la paz y pidiéndole á su hija en matrimonio. El godo, que necesitaba alianzas por haber ofendido con sus armas á los romanos, concluyó unas capitulaciones de paz y una liga con Remismundo, enviándole grandes presentes y á su hija con Solano, hombre de gran nobleza, y con Alaca, francés de nacion, que se habia hecho arriano por llevar á Teodorico. El intento del Monarca godo era persuadir á Remismundo á abrazar la herejía arriana, para afirmar la alianza pactada con la unidad de la Religión entre los aliados. Logró Teodorico su intento, y de este modo se infun-

dió el veneno del arrianismo en el reino de Galicia, aunque no por mucho tiempo.

Teodorico, que corrompió así á todo un reino, murió en breve sin ver realizados sus proyectos, á manos de su hermano Eurico (1).

## XII.

Basilisco, emperador de Oriente,

(MURIO AÑO 477 DE N. S. JESUCRISTO)

Arrojado del trono de Oriente el cruel Zimon Isáderico por su suegra Verina y su hermano Basilisco, elevóse éste al imperio el año 475. Durante su corto reinado dispensó toda su protección á los arrianos; condenó al Consejo ecuménico de Calcedonia; colmó de favores á los sectarios de Eutiques; restituyó á sus Sillas á los Obispos herejes, condenados por aquel Con-

(1) Saavedra Esjardo: *Gerona góticos*, parte 1.<sup>a</sup>, capítulo VII.

ello, y persiguió sin tregua á los que seguían las enseñanzas de la Iglesia.

La condenación del Concilio de Calcedonia, basada en el pretexto de procurar la unión de la Iglesia, fué remitida en forma de circular á los Obispos para que la formaran, anatematizando cuanto se había hecho en Calcedonia. En la circular se decía además que los que en adelante se atreviesen á nombrar siquiera aquel Concilio, serían castigados como perturbadores de la Iglesia y del Estado, siendo depuestos de sus Sillas si eran Obispos, ó desterrados con confiscación de sus bienes si eran monjes ó legos.

Los desórdenes ocasionados entonces en Palestina por los monjes cismáticos dejaron muy atrás las horribles y escandalosas escenas ocurridas veinte años antes en tiempo del abad Teodosio. La descerción fué tal, que la carta de San Leon y el Concilio calcedonense fueron condenados por más de cuatrocientos Obispos.

El clero, los monjes y el pueblo de Constantinopla que mostraba gran celo por la fé, llamaba públicamente hereje al usurpador del imperio; pero éste, firme en su propósito, había invitado á Acacio, patriarca de Constantinopla, á convocar un Concilio que confirmase sus decretos. Sin embargo, ántes que Basílico pudiera

realizar este proyecto, detuvo la mano de Dios al herético Emperador.

Así fué; aún no hacía dos años que ocupaba el trono cuando el destronado Zenon se dirigió con un ejército sobre la capital. El cobarde Basílico se apresuró entonces á presentarse en la iglesia, dió una satisfacción pública, anuló su carta circular, pretextando que había sido sorprendido, y declaró que su deseo era ver restablecida en las iglesias la doctrina ortodoxa, sin que se volviese á tratar de un nuevo Concilio ni de un nuevo exámen (1). En seguida condenó á Nestorio, á Eutiques y á todos los herejes, y restituyó al patriarca Acacio la jurisdicción de las provincias de que poco ántes había permitido se le despojase. Zenon avanzaba entre tanto con su ejército al cual se unió también Armato, general de Basílico, mientras éste, sobrecogido de espanto, colocaba su corona sobre el altar de la gran basílica, y se refugiaba en el baptisterio de la misma con su hijo Marcos y su mujer Zinócida. Zenon prometió no derramar su sangre; pero cumpliendo infernalmente su promesa satisfizo su venganza enviándole á

(1) THEOD., lib. 1, part. 1,

Capadocia, y haciendo que los encerraran en una cisterna, donde murieron de hambre y de frío.

El destronamiento es un delito que los tiranos no perdonan nunca.

VALERE PLANNAM  
VERITATIS

XIII.

Zenónida, esposa de Basílisco, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 477 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así como la piadosísima Elena, madre de Constantino, y la virtuosa Palqueria, en la época de Teodosio el Joven, ejercieron en la corte de Oriente una saludable influencia en favor del Cristianismo, la emperatriz Zenónida fué bajo el reinado de Basílisco la causa principal de la persecucion que aquel Emperador hizo á la Iglesia para proteger el arrianismo y la herejía de Eutiques.

Zenónida vió resislada sus deseos, porque la Iglesia, no sólo fué el blanco de las iras del Emperador, sino que tuvo que llorar la apostasía de muchos de sus Prelados, que cedieron á las exigencias del tirano; pero al cabo triunfó la

Iglesia, y Zenónida se vió envuelta con su hijo en la ruina de su esposo.

En efecto: apenas hacia dos años que ocupaba Basílisco el trono usurpado á Zenon, cuando éste le lo recibió apoderándose de su enemigo, de Zenónida su esposa, y de su hijo Márcos que fueron encerrados en una cisterna, donde murieron de hambre y de frío.

XIV.

Timoteo Eluro.

(MURIO AÑO 477 DE N. S. JESUCRISTO.)

La herejía eutiquiana recibió un golpe de muerte con la celebracion del Concilio de Calcedonia y la elevacion de Marciano al imperio; pero ni los decretos de aquella augusta Asamblea, ni la proteccion que la dispensó el Emperador, fueron bastantes á extirpar la nueva herejía.

Mientras vivió Marciano, los eutiquianos permanecieron ranguiles; pero cuando por muerte

de aquel, ocupó Leon el trono de Oriente, comenzaron á agitarse de nuevo, pronunciándose principalmente contra Proterio, patriarca de Alejandría.

Timoteo Eluro, jefe entónces de los antiguinos, logró atraer á su partido á muchos Obispos y monjes, empleando con este fin toda clase de supercherías. Hasta se dice que por la noche recorria sigilosamente las celdas de los monjes, á quienes llamaba por sus propios nombres, valiéndose de una caña hueca, á manera de vocino, y fingiéndose un ángel del cielo, les mandaba se separasen de la comunión de Proterio y eligiesen Obispo á Timoteo, es decir, á él mismo. A esta ridícula estratagemá, que le hacia correr de noche por los tejados como los gatos, se debió su sobre nombre de Eluro, que en griego significa *gato*.

En este estado las cosas, y cuando á la muerte de Marceliano creyeron Timoteo y sus prosélitos que habia llegado el momento oportuno, se rebelaron contra Proterio, anatematizando el Concilio de Calcedonia, y, secundados por un seducido populacho, invadieron la catedral de Alejandría, asesinaron en el baptisterio de la misma, al patriarca Proterio, y colocaron en su Silla al astuto Timoteo.

Hé aquí cómo describe Berault Brossatell aquel horrible atentado y la tristísima situación á que quedaron reducidos los fieles bajo el patriarcado del usurpador:

“Ni la santidad del lugar, ni la del día, que era Viernes Santo, le preservó de su furor. Sin consideracion á su virtud, ni á su ancianidad venerable, ni á sus canas, le infirieron muchas heridas con una espada estando en oracion. No se satisfizo su furor con la muerte, sino que atacaron su cuerpo con una cuerda y le colgaron á la vista del pueblo, que con gran alganara le dirigia bárbaros insultos. Despues le arrastraron por toda la ciudad hasta hacerle pedazos; siendo tal la rabia de algunos, que llegaron á beber su sangre. Por último, quemaron sus restos y arrojaron al aire sus cenizas. Muchos cristianos sufrieron tambien el martirio con su santo Prelado.

“Timoteo borró el nombre de Proterio de los sagrados dípticos, puso en ellos el suyo despues del de Didacoro, y confiscó los bienes del mártir y de su familia; dispuso tambien á su autojo de los bienes de la Iglesia, prodigiéndolos á sus partidarios y parientes, sin acordarse de los pobres, y anatematizó el Concilio de Calcedonia y á los fieles que admitian sus cánones, y señala:

damente al Papa, así como á los Prelados de las principales diócesis. De entre los pocos Obispos con que contaba su partido, designó á los más exaltados, que recorrieron las ciudades de la provincia, arrojando de sus iglesias á los Pastores ortodoxos, muchos de ellos ancianos venerables, ordenados en tiempo de San Cirilo, que fueron sustituidos por otros herejes. Los religiosos ortodoxos de uno y otro sexo eran también perseguidos en sus monasterios, donde se procuraba establecer sacerdotes herejes, de suerte que los eclesiásticos fieles á la fé tuvieron que huir ó permanecer ocultos (1).

Los antiguos escribieron entónces al Emperador que los magistrados y el pueblo de Alejandría no querían otro Prelado que Timoteo, y además le pedían que convocase un nuevo Concilio.

El Emperador se mostró al principio débil con los herejes; pero al cabo, cediendo á los consejos de los más respectables Prelados y monjes, resolvió cortar el mal que amenazaba á la Iglesia y al imperio.

(1) *Historia general de la Iglesia*, lib. XVI.

Timoteo fué expulsado de Alejandría y de la Silla que usurpaba, de órden del emperador Leon, que hizo se eligiese nuevo Patriarca; pero la hora de la justicia divina no habia sonado todavía para aquel hereje, pues al cabo de diez y ocho años de destierro, y al ser elevado al imperio el antiguo Basílico, entró Timoteo triunfante en Constantinopla. El fanatismo de los herejes llegó á tal punto, que, remedando la entrada triunfante del Salvador en Jerusalem, Timoteo iba montado en un asno y seguido de una multitud que gritaba con frenesí: *¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* Mas el nuevo Salvador dió tan fuerte caida, yendo desde el palacio á la iglesia, que se rompió una pierna. Sin embargo, Timoteo no perdió su prestigio por esta percance providencial. Antes al contrario, él fué quien inclinó al Emperador á hacer aquella condenacion del Concilio de Calcedonia y de la carta del Papa San Leon á Flaviano, que se circuló á los Obispos para que se adhriesen á ella y anatematizasen á los que recibían aquellos monumentos dogmáticos de la fé.

Timoteo volvió entónces á Alejandría para ocupar aquella Silla, obligado á ocultarse á su legítimo Pastor; mas al poco tiempo recuperó Zenon el trono, y Timoteo, temeroso de ser de-

puesto, se suicidó, tomando secretamente un veneno, y anunciando su próxima muerte, para sostener hasta el fin su fama de profeta (1).

## XV.

Perozas, rey de Persia.

(MURIO AÑO 462 DE N. S. JESUCRISTO)

La raza de los perseguidores de la Iglesia se había extinguido en el imperio romano; pero al poco tiempo surgieron entre los bárbaros nuevos Decios y Dioclecianos, que inauguraron contra el Cristianismo una guerra de exterminio.

Armenia fué entonces el teatro de la crueldad de los enemigos de la Iglesia y de la heroica constancia de los hijos de la fé.

(1) ETAGRIO, 3, esp, X;

Siete mil seiscientos cristianos fueron condenados á muerte por el sanguinario Perozas; y como si esto no fuera bastante, aquel tirano, que había prometido exterminar á los armenios, libró contra ellos dos batallas, en las cuales fué vencido. Quedó humillada la soberbia de Perozas; mas su crimen no fué castigado hasta dos años despues, cuando, cayendo en una emboscada preparada por los hunnos, fué derrotado su ejército, y muerto Perozas y sus veintiseve hijos.

## XVI.

Hunerico, rey de los vándalos.

(MURIO AÑO 485 DE N. S. JESUCRISTO)

Al mismo tiempo que Perozas affigia á los cristianos de Armenia con una persecucion horrible, Africa era tambien testigo de la inaudita crueldad con que trataba Hunerico á la iglesia de Cartago.

Los cristianos cartagineses habian conseguido de Hunerico, por medio del emperador Zenon, les permitiera elegir un Obispo que ocupase aquella Silla, vacante hacia veinticuatro años, y aquel triunfo fué la causa inocente de la persecucion suscitada por el Rey de los vándalos.

Cuando los cristianos de Cartago obtuvieron, aunque con duras y onerosas condiciones, permiso para elegir un Pastor, fué designado para este cargo el virtuoso Eugenio cuya santidad, al paso que hizo la felicidad de los fieles, despertó de tal manera los celos y la envidia de los arrianos, que resolvieron indicar el ánimo del Rey contra el venerable Prelado y todos los cristianos. Al efecto, tanto exageraron á Hunerico los peligros que corria su comunión, que el rey vándalo prohibió se entrase en la Iglesia cristiana en traje de bárbaro, pues así se llamaban á sí mismos los vándalos, para manifestar su aversión á todo lo que era romano.

Aquella fué la señal de una de las persecuciones más sangrientas que ha sufrido la Iglesia, y cuyos horrores describe Brunet-Bercastel en estos términos:

"Hunerico hizo poner á la puerta de la Iglesia guardias, ó más bien verdugos, que en viendo á un hombre ó á una mujer con traje de ván-

dalo, les echaban á la cabeza unas sierrecillas de madera con que les enredaban los cabellos, y tirando despues con fuerza, les arrancaban la cabellera con la piel de la cabeza. Así murieron algunos, y un gran número perdió los ojos, Pasaron por las calles á algunas mujeres con la cabeza desollada, precedidas de un pregoneiro, para causarlas ignominia, ó intimidar á la multitud. Habia en la córte de Hunerico un considerable número de católicos, cuyos singulares talentos y sólidas virtudes los habian conservado hasta entonces en muchos empleos de confianza y distincion, y éstos, no sólo fueron echados del palacio, sino que los llevaron á las llanuras de Utica, y se les redajo implacablemente, á pesar de la delicadeza de su complexion y de la diferencia de sus ocupaciones, á segar los trigos en los mayores ardores del sol. Pero todo esto no fué más que un preindio de la persecucion de Hunerico, monstruo de crueldad que hizo perecer á todos sus parientes para asegurar el reino á sus hijos, y creyó santificar sus inclinaciones sanguinarias ejerciéndolas en los enemigos de sus vicios y de sus errores. Muchos santos personajes tuvieron visiones espantosas de lo que la Iglesia iba á padecer; y efectivamente, pronto se confirmó cuanto habian anunciado.

"Las primeras violencias recayeron en las personas consagradas á Dios (1). Mandó al rey reunir á las vírgenes cristianas, y que fuesen visitadas vergonzosamente por las matronas, y á fuerza de tormentos se las obligase á deponer contra los eclesiásticos. Colgáronlas en alto con enorme peso en los pies; aplióéronles planchas de hierro ardiendo al seno y á los costados; y en este estado se las estrechaba á que acusasen á los sacerdotes y á los Obispos de ser sus corruptores. Muchas murieron en estos tormentos, y muchas más quedaron estropeadas; pero ni una signora acusó á ningún clérigo.

"Viendo el tirano que no podía deshonrar al clero con esta indigna estratagemá, se llenó de furor. Sin pretexto y sin comedimiento alguno, de una sola vez, desterró al desierto á los ministros eclesiásticos de todas las Ordenes, con otros fieles de su familia ó de su compañía, en número de cuatro mil novecientas setenta y seis personas, entre las cuales había muchos enfermos, y viejos tan decrepitos, que no pocos habían perdido la vista. Félix de Albirita, que contaba cuarenta y cuatro años de episcopado,

(1) VICTOR DE VITA, lib. II,

padecía una parálisis que hasta le impedía el uso de la lengua. No sabiendo los fieles cómo conducirlo, hicieron rogar á Humerico que le dejase en algun paraje retirado cerca de Cartago, donde no podía vivir mucho tiempo. "Si no puede sostenerse á caballo, respondió el bárbaro, que le aten á unos bueyes, que le arrastrarán adonde yo disponga que vaya." Fué, pues, preciso starle atravesado sobre un mulo, y llevarle como una masa insensible.

"Los confesores fueron reunidos en la ciudad de Sica, desde donde los moros debían llevarlos al desierto. Encerráronlos en una cárcel, que era tolerable, y á donde acudían á consolarlos los fieles de las inmediaciones; pero en breve se les privó de este alivio, porque se mostraban más firmes que nunca. Todos ellos, sin exceptuar los niños, manifestaban su constancia resistiendo á los esfuerzos de algunas madres ciegas por su ternura, que querían rebautizarlos para libertarlos de la persecución. Encerraron, pues, á los presos en un calabozo espantoso, y tan estrecho, que estaban amontonados unos sobre otros, sin tener siquiera un espacio libre para satisfacer las necesidades naturales, lo cual produjo una infección contagiosa, y una horrible multitud de reptiles, que, engendrados en esta

corrupcion, los devoraban vivos. El historiador Victor, que habla como testigo ocular, dice (1) que habiendo hallado medio de introducirlos en este calabozo, dando dinero á los moros en tanto que dormian los vándalos, se metia hasta las rodillas en la inmundicia y gasanos.

Mandarólos al día partir, bajo la escolta de los moros. Salieron de esta cloaca, no sólo con los vestidos horriblemente sucios, sino tambien con los cabellos, el rostro y todo el cuerpo en un estado que la delicadeza de los lectores no nos permite pintar al natural. Estaban, no obstante, ónticos en acción de gracias, y se tenían por felices en padecer estas indignidades por la gloria del Hijo de Dios. Acudían los pueblos de todas partes para verlos, llevando cirios encendidos, pidiéndoles su bendición para ellos y sus hijos, y se los presentaban, lamentándose con muchas lágrimas de que quedaban sin Pastores y expuestos á ser presa de los lobos voraces; pero ó se rechazaban con brutalidad á estos piadosos fieles, ó despues de haberles dejado ejercer su liberalidad con los confesores, se despojaba á estos de lo que les habían dado....

(1) VICTOR DE VITA, núm. 10.

«Cuando los viejos ó los niños no podían más se les picaba con dardos ó se les tiraban piedras para hacerlos andar. Si el exceso de la fatiga abatía á algunos, de cuando en cuando se mandaba á los moros que les atasen cordelas á los piés y los arrastrasen como bestias muertas, de suerte que aquellos caminos ásperos y pedregosos se vieron en breve teñidos con su sangre (1). Caían á pedazos sus vestidos, ó se enredaban en las piedras y en las zarzas. Todo su cuerpo era una llaga: éste llevaba la cabeza hecha pedruzcos, aquí abierto el costado ó el vientro, casi todos tenían los miembros dislocados, y muchos consumieron entónces su martirio. Los que fueron bastante robustos para llegar al desierto, no encontraron allí otro mantenimiento que cabada, la que se les suministraba por medida, como á bestias de carga, y áun se les privó pronto de ella, dejándoles morir de hambre.»

Despues que Himerico alejó de esta manera á varios Pielados y á un gran número de sacerdotes, propuso á Eugenio, obispo de Cartago, una conferencia con los Obispos arrianos, y al mismo tiempo procuró alejar á los africanos que pasaban por sabios, y entre ellos al Obispo Do-

(1) VICTOR DE VITA, núm. 10.

naoiano, á quien hizo ántes spalear, así como á Presidio de Suflela, atormentando á otros muchos de distintas maneras. A pesar de todo, los Obispos del continente de Africa y de las islas sujetas á los vándalos, acudieron á Cartago el día señalado. Hunerico hizo matar entónces á algunos de ellos con diferentes pretextos, pero al fin se celebró la conferencia, en la que reprodujeron los arrianos todas las violencias é intrigas empleadas en Efezo por los entiquianos, acabando por acusar á los Prelados cristianos, y divulgando que no habian podido probar su doctrina con la Sagrada Escritura. A consecuencia de esto, Hunerico los expulsó de Cartago; prohibió, bajo pena de fuego, alojarlos y proporcionarles víveres, y los despojó, no solo de sus iglesias y bienes, sino hasta de sus caballos y equipajes. Así fué que los Obispos, en número de quinientos á seiscientos, tuvieron que vivir errantes en los alrededores de la ciudad, sin asilo, sin alimento, y sufriendo tantas y tan grandes penalidades, que en pocos dias murieron ochenta y ocho. Finalmente, fueron desterrados á la isla de Córcera, y condenados á cortar madera para la construccion de baques (1).

(1) VICTOR DE VITA, lib. IV. núm. 3.

La persecucion se hizo extensiva tambien al pueblo; pues Hunerico habia mandado que no se perdonase á ninguno que resistiese á sus órdenes impías, cualquiera que fuese su edad, sexo ó condicion; siendo muchos los que sellaron con su sangre la fé de Jesucristo. Cuarenta mil cristianos murieron en los más crueles tormentos. La Mauritania cesariana y la Argelia conservaron su fé con tal firmeza en medio de tan terrible persecucion, que Hunerico hizo cortar la lengua á un gran número de cristianos, que, á pesar de tan horrible martirio, y por un visible milagro del cielo, no perdieron el uso de la palabra. "Si alguno, dice Victor, obispo de Vita y testigo ocular del milagro, no croyese esto, vaya á Constantinopla y encontrará un subdiácono llamado *Reparato*, cuya lengua fue cortada, [y que habla perfectamente y sin trabajo, por cuya razon es muy distinguido, singularmente por el emperador Zenon y la Emperatriz (1)."

Enneo de Gaza, filósofo platónico, el historiador Procopio, el conde Marcelino, en su *Crónica*, y el emperador Justiniano, en una Constitucion

(1) VICTOR DE VITA, lib. V.

para el Africa, declaran igualmente haber visto este prodigio. El rigor de la persecucion no se templó por esto, sino que, por el contrario, se enardeció, sufriendo los mayores tormentos y el martirio millares de cristianos.

La justicia de Dios visitó entonces aquella comarca, testigo de tantos horrores, primero con una gran sequía, y luego con el hambre y la peste. Las calles, las plazas, los montes y los valles víéronse cubiertos de cadáveres; ciudades enteras que fueron despobladas; y ¡oh! ¡oh! ¡oh! la epidemia acometió principalmente á los apóstatas y herejes.

Himerico siguió, no obstante, persiguiendo á los cristianos con más encarnizamiento, hasta que el brazo de Dios le hirió con una enfermedad cruel. Su cuerpo era devorado por los gusanos que en él se criaban, y que le atormentaban de una manera horrible. Bjo el peso de su dolor, Himerico llegó á comerse sus propias manos, arrojando por último las entrañas (1), y muriendo sin el consuelo de poder transmitir la corona á su posteridad, aunque para conseguirlo había derramado tanta sangre.

(1) VICTOR DE VITA, — *Ididoro*.

## XVII.

Tomás Barsumas. obispo de Nisibis.

(MURIO AÑO 485 A 498 DE N. S. JESUCRISTO)

En la época del Concilio de Efezo, tercero general, celebrado contra Nestorio, el famoso propagador de su herética doctrina en Persia, Tomás Barsumas, era maestro en la célebre escuela de Edessa (Mesopotamia), destinada á la enseñanza del clero persa; pero habiéndose opuesto, en union de otros herejes, á que el obispo Babulas condenase los escritos de Diodoro de Tárzis, de Teodoro de Mopsueste y de otros predecesores de Nestorio, fué desterrado por aquel Prelado.

Elegido Barsumas, algunos años despues, obispo de Nisibis, trató, durante un ministerio de cincuenta años, de organizar y consolidar el

nestorianismo entre los persas y los caldeos, y con este fin fundó una nueva escuela teológica, cuyos maestros y discípulos gozaban de privilegios especiales entre los nestorianos, y en la cual acogió á los sectarios de esta herejía expulsados de Edessa por Mar-Cyrus, nuevo obispo de aquella ciudad.

Posteriormente, asociado Barsumas á varios Obispos, tambien nestorianos, hizo que en el sínodo de Adri, convocado por ellos, se estableciese un cánou, en el que se ordenaba á los Obispos permitiesen á los presbíteros y diáconos casarse, y aun contraer segundas nupcias, fundándose falsamente en palabras de Jesucristo y de San Pablo sobre los incontinentes.

Como este cánou tenía en su favor las costumbres de los persas, para quienes el celibato era una abominacion, fueron muchos los Obispos y sacerdotes que contrajeron matrimonio, y entre ellos Barsumas, que se casó con una religiosa llamada Mammea.

Los Obispos griegos reconvinieron á Babú, metropolitano de Seleucia, porqué toleraba tales abusos en la Iglesia persa; pero Babú se justificó alegando su impotencia "bajo una administracion impía." y excomulgó á Barsumas.

Irritado el hereje con aquel anatema, y habiéndose opoderado de una carta del metropolitano en esta ocacion, le hizo pasar á los ojos de Phiraz, rey de Persia, por un espía de los romanos, y Babú fué colgado de un dedo y azotado con varas hasta que murió.

Barsumas indicó entónces al Rey un medio de fortalecer su poder, arrancando á los cristianos persas de la comunión de los grigos; y habiendo obtenido plenos poderes para conseguirlo, recorrió con una turba de soldados las provincias de Persia, obligando á los eclesiásticos á que se casasen, haciéndoles abramt la herejía, así como á los fieles, y dando muerte á los que se resistian. De esta suerte perecieron siete mil setecientos cristianos. Sólo en el convento de Bizhuith fueron sacrificados noventa sacerdotes.

Las violencias de Tomás Barsumas irritaron de tal manera á los persas, víctimas de su persecucion, que, segun se dice, las religiosas del monte Abdin, armadas de llaves, le dieron muerte á fuerza de golpes. ®

## XVIII.

Zenon Isáurico, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 491 DE N. S. JESUCRISTO.)

En el mismo año 474, en que fué elevado al imperio de Roma su último emperador, Augusto, ascendió al trono de Oriente Zenon Isáurico, por muerte de su suegro Leon.

Hé aquí los términos en que Berault-Bercastel (1) retrata á este tirano y describe la situación del imperio bajo su reinado:

“Luego que Zenon se vió árbitro del imperio, soltó las riendas á todas sus malas inclinaciones sin que pudiesen contenerle los sentimientos de

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balúz, lib. XVII, n.ºm. 24.

equidad ó de pudor, ni principio alguno de moderacion ó humanidad (1). Parecía estar persuadido de que la gloria de los soberanos consiste en hacer el mal con publicidad, y que sólo debían tener vergüenza de manifestar temor al tiempo de cometerle. Por lo demás, insensible absolutamente á las injurias que de todas partes se hacían al imperio, mientras que él vivía absorto en la disolucion y en el desórden, los sarracenos ó árabes al Levante, y al Poniente los hunnos, que habían pasado el Danubio sin obstáculo, saqueaban las fronteras y penetraban hasta lo interior de las provincias. Apenas pensaba ni aun se dignaba oponerse á sus progresos, y acaso el pueblo tenía ménos que temer de los bárbaros que de la dureza é insaciable avaricia de su Emperador.”

Aun no hacía dos años que Zenon ceñía la corona, cuando fué destronado por Basílico, hermano de la emperatriz Verina, el cual le obligó á refugiarse en Isáuria, su patria (2).

Tal fué la conducta del usurpador, que su reinado pareció todavía más tiránico que el de

(1) EVAGRIO, lib. I, cap. 1.

(2) EVAGRIO, lib. III, cap. III,

Zenon, tanto, que no costó á éste gran trabajo recuperar el trono. Inmediatamente publicó una ley derogando todas las disposiciones tiránicas que había dictado en el primer período de su reinado; restableció los privilegios de las iglesias, y, por último, en acción de gracias, hizo construir una soberbia basílica, consagrada á Santa Tecla, en el mismo lugar en que vivió oculto durante el reinado del emperador Basilio.

Pero Zenon no reformó sus depravadas costumbres, y aunque al principio favoreció la Religión, cuyos intereses estaban tan estrechamente unidos con los suyos propios, demostró con el tiempo que sus simpatías estaban por los herejes, á quienes protegió indirectamente, mientras hacía prender á los Legados del Papa, bajo el pretexto de restablecer la paz.

Al poco tiempo el emperador Zenon fué acometido de un accidente que padecía por enfermedad ó por el exceso de la bebida, y la emperatriz Ariadna, que le odiaba, le hizo enterrar precipitadamente, colocando en el trono á Anastasio I, su amante. Vuelto en sí Zenon, pidió que le abrieran el sepulcro; pero los guardias puestos por Ariadna le contestaron que ya reinaba otro en su lugar. *No importa*, contestó el

Emperador desde el fondo de su sepulcro; *sacádmela de aquí y encerrádmela en un monasterio, donde acabe mis días*. Sus súplicas no fueron oídas y al fin murió, después de habérselas comido sus sandalias, y aun sus propias manos.

## CAPITULO III.

## SIGLO VI.

*Sumario.*—I. Lorenzo, antipapa.—II. Timoteo, patriarca intruso de Constantinopla.—III. Anastasio I.—IV. Dunaan.—V. Teodorico.—VI. Juliano, rey de los samaritanos.—VII. Amalarico.—VIII. Amalasueta.—IX. Teudiselo.—X. Agila.—XI. Justiniano I.

## I.

Lorenzo, antipapa.

(MURIO AÑO 502 DE N. S. JESUCRISTO)

Aun no habian tenido un término feliz las diferencias entre el Papa Anastasio y el Emperador del mismo nombre, ni siquiera producido resultado alguno las cartas conciliatorias que el Padre Santo había enviado al monarca de Oriente, cuando se suscitó en la Iglesia un nuevo cisma con motivo de la muerte del Pape.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Anastasio falleció el 17 de Noviembre del año 498, y á los pocos días fue elegido en su lugar el diácono Simaco. El patrio Festo había prometido al emperador de Oriente que el *Hennicon* sería recibido en Roma; y como no era de esperar que Simaco aceptara aquel decreto, contrario al Concilio IV de Calcedonia, el mismo Festo, secundado por un partido fuerte y numeroso, hizo elegir casi al mismo tiempo al arcipreste Lorenzo, que fué ordenado en la basílica de Santa María el mismo día en que Simaco era consagrado en la basílica de Constantino.

El cisma dió lugar á una lucha entre fieles y cismáticos, que llegó á ser una guerra sangrienta, hasta que los dos partidos se sometieron al arbitraje de Teodorico, rey de los ostrogodos, que, aunque arriano, declaró débían reconocer todos como Papa legítimo al que hubiese sido elegido primero y obtenido mayoría de votos. En su consecuencia, Simaco entró en la pacífica posesión del Sólío Pontificio, que por los cánones le correspondía, y la paz que quedó restablecida.

El mismo antipapa reconoció á Simaco, que celebró y presidió en Roma varios Concilios, y entre ellos uno que declaró que en las elecciones sucesivas se considerase Papa legítimo al

que obtuviese la mayoría de votos del clero romano.

Lorenzo inscribió las actas de este Concilio, y en otro posterior el Papa le rombió, *intuitu misericordia*, obispo de Nccera; pero el año 501 el cisma apareció de nuevo, pues los partidarios del antipapa llamaron á éste secretamente y acasaron á Simaco de los mayores crímenes ante Teodorico, quien envió á Roma á Pedro, obispo de Altiao, para que se informase de la justicia y verdad de la acusación. El Episcopado, el clero y los fieles se escandalizaron al ver que un Obispo iba á Roma con la misión de examinar la conducta del Sumo pontífice, y clamaron contra tamaño abuso, protestando que jamás se habían violado los cánones de una manera tan escandalosa (1). Por otra parte, el obispo de Altino abusó de la confianza que se había hecho de él, hasta el punto de entrar en inteligencias con los cismáticos, poniendo así el colmo á la agitación que germinaba por todas partes.

El Papa Simaco, que entra con humildad evangélica las calumnias de los cismáticos, y que deseaba únicamente la terminación del cisma

(1) ENNOD: *Apol. Symmaco*, págs. 342 y siguientes.  
FIN TERCERO.—29

ma, resolvió, de acuerdo con Teodorico, y llevando su humildad hasta el heroísmo, someter á un Concilio el examen de su conducta.

“Cuando el Papa ascendió al lugar señalado dice Bernalt-Bercastel, le seguía una multitud inmensa de personas de uno y otro sexo, que demostraba con sus lágrimas lo mucho que amaba á su Pastor, y cuando les edificaba una acción tan humilde, de la cual no se acordaban haber visto ejemplo igual. Los enemigos del Pontífice, por el contrario, se consumían de rabia y envidia, especialmente al observar la paz y seguridad que le inspiraba la pureza de su conciencia. Enfurecieronse de improviso, y haciendo llover sobre él y su comitiva una nube de piedras, hirieron á muchos eclesiásticos. La escena hubiera sido mucho más sangrienta á no hallarse presentes tres oficiales del Rey, que apaciguaron el tumulto y condujeron al Pontífice á su habitación, después de lo cual se cometieron muertes y violencias espantosas. Hubo algunos sacerdotes asesinados, y vírgenes que, sacadas de sus monasterios, fueron arrastradas desnudas por la ciudad, y azotadas indignamente.”

Convencidos entónces los Obispos de las perverjas intenciones de los cismáticos, escribieron al Rey anunciándole los peligros que corrían, y

pidiéndole les permitiese restituirse á sus iglesias; pero como el rey insistió en que terminasen su misión del modo que mejor les pareciese, pues él sabía perfectamente que no le correspondía intervenir en los negocios eclesiásticos, los Padres del Concilio pidieron entónces al Senado que, siguiendo el ejemplo del Monarca, dejasen como él la causa de Dios al juicio de Dios; y habiéndolo acordado así aquella Asamblea, los Obispos, libres ya de toda violencia ó intervención por parte de la potestad secular, declararon, el día 6 de Noviembre del año 502, que el Papa Simaco era inocente de los crímenes que se le atribuían, adoptando, por último, algunas disposiciones encaminadas á la terminación del cisma.

Este mismo Concilio condenó á destierro al antipapa (1).

(1) ANAST.: *In Vit. Pontif.*—PAUL, DIAC.—BARONIUS, *In Annal.*, etc.

## II.

Timoteo, patriarca intruso de Constantinopla,

(MURIO AÑO 417 DE N. S. JESUCRISTO.)

Bajo el reinado de Anastasio I, el pueblo cristiano de Constantinopla tuvo la desgracia de ver ocupados el trono de sus Emperadores y la Silla de sus Patriarcas por un Monarca y un Prelado herejes.

En efecto: el emperador Anastasio, despues de haber seguido una política tan equívoca y vacilante entre la herejía y la verdadera doctrina, como perjudicial á los intereses de la Iglesia y del imperio, se declaró al fin partidario de la herejía, constituyéndose en perseguidor de los ortodoxos, y muy especialmente del patriarca de Constantinopla, Macedonio celoso defensor del Concilio de Calcedonia, á quien desterró á Padagonia para elevar á aquella Silla al presbítero Timoteo, que no tenia otra recomendacion sino su adhesión á la herejía. Su incontinencia

le habia hecho tan odioso, que el pueblo le habia dado los apodos más denigrativos; y aunque afectaba un respeto profundo al Concilio de Nicea, en el fondo de su alma era indiferente á todo principio religioso. Mejor dicho, Timoteo se mostró tan celoso defensor de la herejía, que intentó obligar al pueblo á que anatematizase el Concilio de Calcedonia; mas el pueblo, irritado por la exigencia del Patriarca usurpador, se desencadenó contra los cismáticos, mató é hirió á muchos de ellos, y quemó las casas de otros, llegando hasta atentar contra las estátnas del Emperador, que corrió grave peligro de ser destronado.

El tumulto se apaciguó, y Anastasio y Timoteo conservaron su trono y su Silla; pero algunos años despues la obra de los cismáticos comenzó á desmoronarse, y el Emperador y el Patriarca tuvieron el fin que sus impiedades y violencias merecian.

Los obispos de Dardania, de Hiria, Tracia y del Epiro abjuraron la herejía, y el falso Patriarca, despues de haber visto destruida su obra, murió de repente en el año 517 (1).

(1) MOREBY: *Diccionario histórico universal*,—MICHAUD: *Historia general de la Iglesia*, lib. XVIII.

III  
**Anastasio I, emperador de Oriente.**

(MURIO AÑO 518 DEN. S. JESUCRISTO)

Al mismo tiempo que el cruel é impío Zenon era arrojado del trono y enterrado vivo por su mujer Ariadna, se ceñía su corona Anastasio, que poco despues se desposó con la Emperatriz viuda, á quien debía el imperio.

El nuevo Emperador aparecia, al ménos por su conducta, eminentemente piadoso, pues hacia grandes limosnas, ayunaba con frecuencia y solia acudir á la iglesia antes de amanecer, permaneciendo en ella hasta la conclusion de los oficios; aunque por otra parte era tan sospechoso por en fé, que generalmente se le consideraba como hombre de malas creencias. Por esta razon se opuso enérgicamente á su eleccion el patriarca Eusebio, que no consintió en coronarle si no hacia por escrito una protestacion de fé,

Anastasio hizo, en efecto, pública profesion de la fé ortodoxa, segun el Concilio de Calcedonia; pero precipitandose de que no queria introducir novedades, y de que amaba la paz con preferencia á todo, dejó á las iglesias en el estado en que las encontró; esto es, en tal desórden, que los Obispos recibian ó condenaban á su antojo el Concilio de Calcedonia, ó permanecian indiferentes, suscitando más divisiones que pudiera ocasionar el gobierno de un asunto perseguidor.

Con el tiempo Anastasio salió de su funesta neutralidad para tomar una parte activa en los asuntos religiosos, aumentando más y más las amarguras de la Iglesia y del Papa Anastasio.

Los Obispos y los sacerdotes ortodoxos fueron desde luego el blanco de sus ataques, siendo muchos de ellos desterrados, y otros presos.

Rebelándose hasta contra la autoridad de los Romanos Pontífices, no sólo desoyó las justas reclamaciones del Papa Anastasio II, que le pidió hiciera borrar de los registros de la Iglesia el nombre del patriarca Acasio, excomulgado por la Santa Sede, sino que insultó á los Legados del Papa Simaco, contra el cual escribió un libelo infamatorio.

Por otra parte, y á pesar de haber prometido sostener las decisiones del Concilio de Calcedo-

nia, exigía á los Obispos, para confirmarlos en sus Sillas, que suscribiesen el *Hemiteon* de Zanon.

Ni la integridad de los Santos Evangelios estuvo segura para Anastasio, pues trató de reformarlos, so pretexto de que habian sido escritos por hombres sin instruccion.

La justicia de Dios no tardó en castigar tan atentado. Por aquel tiempo una nube de bárbaros cayó sobre el imperio, asolando muchas provincias, que recorrieron á sangre y fuego, llevándose como esclavos á muchos ciudadanos. A estas calamidades siguió un temblor de tierra que causó grandes estragos. De las veinticuatro ciudades de la Dardania, dos fueron destruidas, y las demás casi totalmente arruinadas; hendíronse los montes y abrióse la tierra en una inmensa grieta de diez pies de ancho y diez leguas de longitud, cuyo fondo despedía fuego (1).

El Emperador sufrió tambien en particular el justo castigo que merecía.

En efecto: Anastasio I, que durante su reinado, y creyendo consolidaba así su trono, siguió

(1) MARCELLIN: *Crónica*.—*Histoire du Bas-Empire*.

una falsa é inica política, cuya norma era la protección de la herejía y la persecucion de los ortodoxos, estuvo varias veces, y á consecuencia de su misma política, en peligro de perder la corona, que sólo conservó á costa de vergonzosas alianzas y humillantes concesiones.

Anastasio permaneció insensible ante estos avisos de la Providencia y al cabo sonó para él la hora terrible de la venganza divina.

“La noche del 8 al 9 de Julio del año 518, según refiere Berault-Bercastel, se formó y estalló sobre el palacio imperial una horrorosa tempestad, que, con truenos espantosos, parecía amenazar principalmente al culpable soberano; el cual, dominado por el terror y con loco frenesí, huía como un insensato de una parte á otra, sin escuchar á nadie y sin encontrar la tranquilidad que buscaba en vano. Despues de la tempestad se le encontró cadáver en una habitacion pequeña, herido de un rayo, según la voz pública, ó muerto de espanto (1).”

(1) *Historia general de la Iglesia*, lib. XVIII.

## IV.

Dunaan, rey de los homeritas.

(MURIO AÑO 523 DE N. S. JESUCRISTO)

Al funesto reinado de Anastasio I siguió el de Justino I, que, mostrando gran celo por la Religión, devolvió la paz á la Iglesia y la tranquilidad á los fieles del imperio. En cambio los cristianos de la Arabia feliz sufrieron por entonces una terrible persecucion por parte del judío José Dunaan, enemigo implacable del nombre de Jesucristo.

Elesbaan, rey de Etiopía, príncipe de gran prudencia y sabiduría, tuvo, no obstante, la debilidad de encomendarle el gobierno del país de los homeritas. Dunaan, abusando de la confianza que habia depositado en él Elesbaan, se rebeló contra éste; pero el Rey apeló tambien á las armas y venció al rebelde en una sangrienta batalla.

Dunaan descargó entonces su odia contra los cristianos, ejerciendo sobre ellos una verdadera tiranía, y puso sitio á la ciudad de Nagran, cuyos habitantes professaban el Cristianismo. Ante todo hizo pasar á cuchillo á todos los fieles de las inmediaciones. La ciudad se defendió tan heroicamente, que no pudo tomarla por la fuerza; pero al cabo se rindió cediendo á la astucia y á los ofrecimientos y promesas del tirano. Desde luego trató de pervertir á los habitantes de la ciudad; hizo desenterrar y quemar el cuerpo del obispo Pablo, muerto dos años antes; mandó fuesen arrojados á una inmensa hoguera los sacerdotes, monjes y doncellas, y martirizó al anciano gobernador de la ciudad, Aretas, juntamente con otros trecientos cuarenta fieles.

Un momento antes de recibir el golpe mortal el anciano Aretas, pidió á Dios con fervor de mártir que su patria pasase al poder de un príncipe cristiano. Su oracion fué tomada por todos como una profecía, y, en efecto, el cielo acogió su plegaria, porque habiendo llegado á noticia del emperador Justino las crueldades de Dunaan, escribió á Asterio, obispo electo de Alejandría, para que inclinase á Elesbaan á hacer la guerra al tirano.

Elesbaan, que estaba ya inclinado á ello, apres-

tó un ejército y una armada, acometió al judio Dunaan por mar y tierra, y habiéndole hecho prisionero con sus principales oficiales, los condenó á todos á muerte.

El piadoso Eleabaa, despues de haber libertado á los homeritas, remedió los males de la persecucion que habian sufrido, les dió un príncipe piadoso y prudente, edificó una iglesia en honor de San Aretas, y menospreciando las glorias de sus conquistas y el fausto de la soberanía, se retiró á un monasterio, donde murió santamente (1).

Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia.

(MURIO AÑO 526 DE N. S. JESUCRISTO)

Las victorias que este príncipe alcanzó sobre Odoacer, sus dilatadas conquistas, y el favor del emperador Zenon, le valieron el trono de

(1) BARONIO: A. C. 522 y siguientes.

Italia, que supo conservar, echando así los cimientos de la primera monarquía de los bárbaros sobre el asiento del antiguo imperio romano.

Teodorico era arriaco; pero despues de hacer la paz con sus enemigos y de contraer alianzas que afianzaron su trono, gobernó su reino con prudencia, sin atender á las diferencias de religión que separaban á sus súbditos, y con tanta justicia, que Efanodio, diácono de la Iglesia, hizo un panegírico en su alabanza, en el cual le comparaba á los grandes príncipes de la antigüedad.

A tal extremo llevaba su imparcialidad en este punto, que se dice depuso á uno de sus oficiales, de cuya conducta estaba muy satisfecho porque habia apostatado del Cristianismo y abrazado el arrianismo sólo por agradarle. "¿Cómo ha de serme fiel, decía Teodorico, si no lo ha sido á su Dios?"

Sin embargo, los últimos años de su reinado no correspondieron á los primeros.

"Despues de haberse preservado, dice Barault-Barcastel, de la primera ocasion de oscurecer la gloria de un largo y floreciente reinado, no supo preservarse á sí mismo de un nuevo escollo. Teodorico iba envejeciendo, y la debilidad de los años, falta del apoyo que presta la verdadera fé le hizo desconfiado y suspicaz. Encarealó á dos

senadores romanos los más virtuosos y beneméritos de su siglo, Simaco y su yerno Boecio ambos consulares y que había merecido constantemente la confianza del Rey (1). Acusábaseles vagamente de que pretendían restablecer la antigua autoridad del Senado, y que trataban en secreto acerca de esto con el emperador Justiniano. Sobre Boecio pasaba además un crimen todavía mayor, en sentir del príncipe arriano, ó á lo ménos de los turbulentos acotarios, que comenzaban á no perderlo de vista, y este crimen era el celo que aquel hombre eminente mostraba por la verdadera Religión."

"El año 524, añade el mismo Berault Barcastel, fué decapitado Boecio; y su suegro Simaco, tan celoso como él por la verdadera Religión, tuvo la misma suerte al año siguiente (2)."

El cariño que el Sumo Pontífice Juan I profesaba á aquellos dos hombres tan eminentes, y los honores extraordinarios que se tributaron á aquel Papa en Constantinopla, á donde había ido, cediendo á los ruegos del mismo Teodorico,

(1) *Maro, Obr.*, año 546.

(2) *Historia general de la Iglesia*, lib. XVIII.

le hicieron también sospechoso á este, que le hizo encarcelar, así como á los senadores que le acompañaron. No obstante, temiendo el Rey el resentimiento del Emperador, no se atrevió á quitarles la vida de una manera violenta; pero los tuvo en rigurosísima prision, donde el Papa Juan falleció al poco tiempo.

No tardó Teodorico en sufrir el castigo de sus injusticias, pues hallándose un día comiendo la cabeza de un pescado, creyó ver en ella la de Simaco, que le amenazaba; y levantándose lleno de terror, se recogió en su lecho, donde murió á los pocos días agitado por un terror misterioso que nadie pudo calmar.

## VI.

Juliano, rey electo de los samaritanos.

(MURIO AÑO 527 DE N. S. JESUCRISTO.)

El rigor con que el emperador Justiniano persiguió á los herejes, y el haber considerado también como tales á los judíos, irritó tanto á los

samaritanos, que, empuñando las armas y rebelándose contra el Emperador, eligieron Rey á un tal Juliano, al cual proclamaron Mesías, y cometieron las impiedades y crueldades más insauditas, hasta el punto de despedazar vivos á los sacerdotes, y freir sus miembros palpitantes con las reliquias de los mártires.

Diez años antes de que Juliano promoviera aquella horrible persecucion, le habia anunciado el anciano San Sabas que moraba quemado, y así se verificó, pues en la época en que su rebelion tenia más exaltados los ánimos, marchó secretamente á Scitópolis; fué reconocido y preso, y al fin quemado en medio de la ciudad.

## VII.

Amalarico, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 631 DE N. S. JESUCRISTO)

Este Monarca, ardiente defensor del arrianismo, no sólo llevaba su herético fervor á propa-

gar los errores de su secta, sino que castigaba á la reina Clotilde, su mujer, golpeándola cruelmente, porque, siendo cristiana, asistía á los templos, contra la prohibicion del Rey, su esposo.

La reina Clotilde acudió en queja á su hermano Childoberto, rey de Francia, que, anhelo de hacer la guerra á Amalarico, se sirvió de este pretexto para adelantarse con un ejército contra su cuñado. Amalarico se le opuso con una escuadra y un ejército, y cerca de Narbona se dió una batalla. La victoria quedó por los francos, y los godos huyeron sin orden á acogerse á las naves, en union de Amalarico; pero acordándose éste de los tesoros que dejaba en Narbona, volvió á la ciudad para recogerlos. Esta codicia le costó la vida, porque mientras Amalarico entraba por la parte del mar, lo hacian los franceses por la de tierra, y el Monarca godo quedó aislado en la ciudad. Quiso entonces ocultarse en un templo, él, que no permitia á la Reina, su esposa, los frecuentáras; pero antes de llegar á sus puertas fué muerto á lanzadas por un soldado de Childoberto.

San Isidoro dice que, vaucido Amalarico, se retiró á Narbona para pasar de allí á Barcelona,

y que los godos le degollaron en la plaza, como indigno del estro (1).



Amalassunta, tutora de Atalarico, su hijo, rey de los ostrogodos en Italia.

(MURIO AÑO 534 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Teodorico, rey de los ostrogodos y padre de Amalassunta, heredó la corona Atalarico, hijo de esta, siendo aún muy niño. A causa de la menor edad del nuevo Monarca, gobernó el reino su madre, y merecería por su prudencia los mayores elogios, á no haber protegido la herejía arriana.

(1) SAAVEDRA FAGARDO: *Corona gótica*, part. 1.<sup>o</sup> cap. X.—SANISODORO: *Chron. Goth.*—LUG. TU D. *Chron. Mund.*

Esta proteccion dispensada al arrianismo la castigó el cielo haciendo morir á Amalassunta á manos de su protegido Teodato, primo hermano suyo, y á quien había dado la corona (1).

## IX

Teudiselo, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 549 DE N. S. JESUCRISTO.)

La calidad de la sangre de este príncipe, sobrino de Totila, rey de los ostrogodos en Italia, su experiencia en las artes de la paz y la guerra, y la fama que le dió la victoria, obtenida en los Pirineos sobre los reyes de Francia Childoberto y Glotario, hicieron que los godos le eligieran Rey á la muerte de Teudis. Pero estos presupuestos, como dice Saavedra Fajardo, no salieron ciertos, porque apenas recibió el estro se entregó á todos los vicios, sacrificando mu-

(1) FLORES: *Obras historial*, siglo VI, *Sarcosus memorables*.—PROCOPIO: *lib. I. De Bell. Goth.*, capitulos II y IV.—CASIODORO, *lib. X*, ep. 2, 3 y 4.

chos de sus súbditos á la libertad de poder gozar de las mugeres hermosas.

San Gregorio Taronense atribuye la muerte de este Monarca libertino á castigo del cielo por su incredulidad respecto á un milagro que obró Dios para confirmar los súmos en la fé de su agrada Religion, según refiere el mismo San Gregorio.

Dice este santo varon que en Oset, lugar de la provincia de Lusitania, habia una piscina de mármol, en forma de cruz, de tanta devocion, que la habian levantado un templo que la comprendiese, donde todos los años, en el dia de Juéves Santo, se juntaba el pueblo, y, hecha oracion, cerraba el Obispo las puertas del templo y sellaba las cerraduras. El Sábado Santo se reconocian las cerraduras, se habrian las puertas y se hallaba la piscina tan llena de agua, que reboaba. Bendecia el Obispo con arreglo al ceremonial, y luego se bautizaban los niños del lugar nacidos en aquel año. El rey Tediselo, viendo que con este prodigio realizado en un templo ortodoxo se desacreditaba la secta arriana, quiso desengañar al pueblo, creyendo que era engañado por los romanos, pues así llamaban á los ortodoxos, y mandó que el Juéves Santo de aquel año se pusiese su sello real con

el del Obispo en las cerraduras de la iglesia, y que los guardasen espaldas de vista. Tomáronse estas precauciones dos años, pero en ambos se halló la piscina llena de agua. Creyó entonces el Monarca que podia entrar ésta por conductos secretos, y mandó hacer un foso alrededor del templo, de quince piés de ancho y veinticinco de fondo, sin que se hallase manantial alguno; pero antes que pudiera ver el milagro por tercera vez, y estando cenando en Sevilla, fué asesinado por los nobles, que le cosieron á puñaladas (1).

X.

Agila, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 554 DE N. E. JESUCRISTO.)

Incapaz de gobernar Agila por sus desarrégladas costumbres, fué elegido Rey de los godos

(1) SAAVEDRA FAJARDO: *Corona ystica* par. 1.º cap. XII.—SAN GREG. TUR.: *De Glor. Mart.*, capitulos XXIV y XXV.—ROB. GAGUIN: *Historia Franc.*, lib. I. in *Cletoz*.—BARON., ann. 548. 10

dos por los conjurados que asesinaron á su antecesor Teudiselo. Como la eleccion se hizo sin las formalidades de costumbre y sin coalar con el asentimiento de otros godos principales, algunas ciudades se negaron á reconocerle, y entre ellas Córdoba. Agila corrió á sujetarla, y la puso cerco; pero los sitiados hicieron una salida y le derrotaron; matándole á un hijo y apoderándose de los bagajes, donde llavaba grandes riquezas. La piedad de los fieles atribuyó esta adversidad á haber profanado el Rey el templo de San Acisclo, mártir, poniendo en él sus caballos.

Poco tiempo despues los romanos, llamados por Atanagildo, vencieron en batalla delante de Sevilla á Agila, á quien asesinaron en Mérida sus mismos parciales, que eligieron por Rey á Atanagildo (1).

(1) SAAVEDRA FAJARDO: *Corona gótica*, parte 2.<sup>a</sup> cap. XIII.—LAFUENTE: *Historia general de España*, parte 1.<sup>a</sup> lib. IV.

## XI.

Justiniano I, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 565 DE N. S. JESUCRISTO)

Los principios del reinado de este célebre legislador fueron los de un piadosísimo príncipe, porque promulgó severas leyes contra los herejes, que turbaban la paz de la Religión y del Estado, reedificó muchos templos, y se declaró protector de la Iglesia. Así fué que, protegido por el cielo venció á los persas, exterminó á los vándalos, reconquistó el África, sujetó á los godos, á los mauritanos y á los samaritanos, y levantó el imperio al grado de esplendor que sólo había alcanzado en tiempo de los primeros Emperadores. Asentada la paz exterior en el imperio con estos triunfos, y en el interior, donde murió también sus armas con fortuna en contra

de Hipacio, Pompeyo y Probo, que se le rebelaron, consagróse Justiniano á formar el Código inmortal que lleva su nombre, y otras obras legislativas. Pero su afán por legislar le impulsó á mezclarse temeraria é injustamente en los negocios eclesiásticos.

Teodato, rey de Italia, conaiguió por entonces que el Papa San Agapito fuera á Constantinopla para negociar la paz entre aquel Monarca y el Emperador, que, aunque le recibió con grande muestra de respeto le amenazó luego con el destierro si no comunicaba con Antimio, patriarca hereje de Constantinopla. El Pontífice le dijo entonces con energía: "Yo creía que venía á ver á un príncipe cristiano, y me encuentro con un Dioclesiano." Esta valiente respuesta hizo ceder á Justiniano, que destituyó á Antimio y puso en su lugar á un Prelado ortodoxo; pero con el tiempo su política fué tan digna de censura como contraria á la que había seguido al principio de su reinado. En prueba de ello, lé aquí cómo describe Berault-Bercastel su cambio de política y de condnota:

"Justiniano, reinando todavía en una edad muy avanzada, desmentía con opiniones tan extravagantes como impías, la adhesión que en otro tiempo había manifestado á la fé ortodoxa;

que en esto vinieron á parar su curiosidad en materias de fé y su temeridad en evangelizar sin vision (1). Los herejes origenistas, á quienes había perseguido con más vigor, fueron los mismos que le sedujeron y precipitaron en el error de los incorruptibles. Dejéese persuadir por estos continuadores de los eutiquianos que el cuerpo de Jesucristo no era susceptible de alteracion alguna, ni aun por las afecciones naturales más inocentes, tales como el hambre y la sed; de suerte que, segun estos novadores, así durante su vida mortal, como despues de su resurreccion, comia y bebia sin necesidad. Luego que Justiniano cayó en estos delirios, comenzó en breve, segun su costumbre, á dar definiciones y ordenanzas. El prestigio de su autoridad, los atractivos de su favor, los artificios y manejes de la seducción, todo lo puso en juego para hacer que los Obispos aprobasen su loca teología.

"El patriarca Eutiquio obró entonces como era de esperar de un santo y docto Prelado; expuso al príncipe las inconsecuencias de semejante doctrina, á saber, que un cuerpo incorruptible no hubiers sido alimentado con la le-

(1) EVAGRIO, libro VII, esp. XXXIX.

cho de la Virgen Madre, ni podía ser propia y verdaderamente cuerpo de su Hijo; que tampoco habría sido clavado en la cruz, ni muerto por los judíos; y, en una palabra, que esta opinión hacía absolutamente imaginarios los misterios de la Encarnación y de la Redención.

"No se puede llamar incorruptible el cuerpo del Salvador, añadió el santo Obispo, sino en cuanto no fué manchado por pecado alguno, ni padeció corrupción en el sepulcro." Pero Justiniano, no ménos apasionado ni ménos impetuoso á favor del error que lo había sido en otro tiempo en defensa de la verdad, oscureció entonces su antigua gloria. Irritado contra el Patriarca, mandó á un tribuno que se posesionase de la casa del Prelado mientras celebraba éste el santo sacrificio, y envió despues tropa armada para prender en el lugar santo al mismo Patriarca, á quien se despojó y encerró en un monasterio mientras se le formaba un proceso criminal. Eutiquio invocó los cánones y rehusó comparecer; pero, á pesar de todo, se le condenó en rebeldía, se le condujo á Amasea, metrópoli del Ponto, y se le encerró en el mismo monasterio que había dirigido ántea de ser Obispo (1)."

(1) *Historia general de la Iglesia*, lib. XX,

El mismo Justiniano, cediendo á las sugestiones de la astuta é intrigante emperatriz Teodora, su esposa, destituyó al Papa San Silverio; sucesó el nuevo cisma de Vigilio que fué elegido en su lugar contra los cánones, y al cabo, cuando el mismo Vigilio, por muerte de San Silverio, fué canónicamente elevado á la Silla de Pedro, se declaró tambien contra él, haciendo faese maltratado, expulsado de Constantinópla, y desterrado.

Finalmente, despues de un reinado tan funesto á la vez y tan glorioso, y cuando Justiniano se disponía á castigar al Patriarca Anastasio por la resistencia que oponía á las heréticas doctrinas del Emperador, murió éste repentinamente el día 13 de Noviembre del año 565 (1).

(1) MOREY: *Dict. Hist.*, BERAULT-BERCOAS-TELE: *Historia general de la Iglesia*, lib. XX,

CAPITULO IV.

SIGLO VII.

Sumario.—Tiberio Absimaro.—II. Witerico.—III. Judios.—IV. Cosroes.—V. Isaac, exarca de Ravena.—VI. Rodolfo.—VII. Constante II.—VIII. Ebroino.—IX. Pascual, antipapa.—X. Agrestino.

L

Tiberio Absimaro, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 605 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ocupaba el imperio de Oriente Leoncio, por usurpacion de la corona de Justiniano II, cuando el ejército de Africa saludó Emperador á su jefe Absimaro, que logró apoderarse en breve de Leoncio, y le encerró en un monasterio, despues de haberle hecho cortar las narices y las orejas.

Los triunfos que obtuvo contra los sarracenos en Siria le hicieron tan soberbio, que afligió á Italia con sus violencias, y al Papa Juan VI con la persecucion que suscitó contra él, sirviéndose del exarca Teoflaoto.

Mientras los ejércitos de Absimaro obtenian nuevas victorias en Oriente, el Emperador Justiniano, destronado por Leocnio, recobró la corona auxiliado por los búlgaros, y se apoderó de Leocnio, de Absimaro, de Heraclio, hermano de éste, y de otros culpables de su usurpacion, á quienes decapitó despues de haberlos expuesto á la ignominia en la plaza del Hipódromo (1).

II.

Witerico, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 610 DE N. S. JESUCRISTO.)

Lauva, Rey de los godos en España, murió á manos de Witerico, hombre sedicioso é inquieto, que arrojó el pañal regicida para empuñar el cetro de su víctima.

(1) FLOREZ: *Clave histórica*, siglo VII. — MOREYX, *Dict. Histor.*

Witerico, que como general había adquirido gran renombre, defraudó como rey las esperanzas que al principio concibieron de él sus vasallos.

Por último, hasta se sospechó trataba de resucitar el arrianismo (1) en España, lo cual le concitó la odiosidad del clero y del pueblo. Posteriormente el bochornoso desaire que hizo á su hija el rey de Borgoña, devolviéndosela desde Francia sin recibirla en el lecho conyugal, pero quedándose con los tesoros que había llevado en dote, acabaron de desconceptuarle con el pueblo, que atribuía á sus crímenes la afrenta de su hija.

Por último, Witerico descendió del trono por los mismos medios con que lo había escalado; sus propios oficiales lo asesinaron en un banquete (2). El furor popular se ensañó en el matador del inocente Liuva, arrastrando su cadáver por las calles de Toledo, y echándola después en un lugar muy sucio, como dice Saavedra Fajardo (3).

(1) LUC. TUDENS: *Chron. Mund.*

(2) *Quia gladio operatus fuerit, gladio perire.*—SAN ISIDORO: *Hist. Gothor.*

(3) *Corona gótica*, part. 1.<sup>ª</sup>, cap. XVII.—LAFUENTE: *Historia general de España*, part. 1.<sup>ª</sup>, lib. IV.

## III.

Judíos (4).

(AÑO 613 DE N. S. JESUCRISTO.)

Después de los terribles castigos con que affligió la Justicia divina á la ciudad deicida, sufrió todavía esta pueblo sin ventura, sin pátria y sin altar, todo el peso de la colera del cielo, efectuándose así aquel castigo que ellos mismo se impusieron, cuando gritaron: *¡Crucifícate, crucifícate, y caiga su sangre sobre nuestras cabezas y las de nuestros hijos!*

El año 610 el conde Bonoso, por orden de Focas, emperador de Constantinopla, marchó al frente de un ejército sobre Antioquia y Alejandro, y tomó una horrible venganza sobre los judíos sublevados.

(4) Véase *Jerusalén*,

El año 613 los judíos, viendo á Heraclio, sucesor de Focas, derrotado por los persas, subleváronse de nuevo, haciendo foco de la insurrección la ciudad de Tiro donde se reunieron en número de 40,000. Prevenidos contra aquella conjuración los habitantes de la ciudad, sorprendieron de noche á los judíos, los detuvieron y cerrando las puertas de la ciudad se defendieron contra los de afuera, arrojando sobre ellos, sirviéndose de las máquinas de guerra y cuando veían que atacaban las iglesias de las cercanías, millares de cabezas de los judíos prisioneros, á quienes decapitaban sobre los muros. Horrorizados los sitiadores ante aquel espectáculo, huyeron desamparados, siendo perseguidos y derrotados por los habitantes de Tiro (1).

## IV.

Cosroes II, rey de Persia.

(MURIO AÑO 628 DE N. S. JESUCRISTO.)

Destronado por sus súbditos, y encerrado en una prisión Hormisdas, rey de Persia y padre de

(1) *Hist. du Bas-Empire*, tomo XII, libros LV y LVI'

Cosroes II, subió éste al trono usurpando la autoridad de su padre, que lanzaba sin cesar, desde su prision continuas quejas y amenazas contra su hijo, hasta que, irritado éste, le hizo matar á palos. El que tan cruel había sido con su propio padre, no podía ser clemente con sus súbditos, é irritados éstos por sus violencias, le arrojaron del trono, pero lo recuperó bien pronto, auxiliado por Mauricio, emperador de Oriente. Muerto éste, tomó Cosroes las armas contra Focas, sucesor de Mauricio, so pretexto de vengar su muerte, é invadió la Siria, la Palestina, la Fenicia, la Armenia y la Capadocia, causando en todo el Oriente los mayores estragos.

Heraclio, que despues de haber echo matar á Focas se proclamó emperador de Constantinopla, propuso á Cosroes una paz vergonzosa para el imperio; pero el persa la rechazó con orgullo y le declaró la guerra con tal fortuna, que en el año primero del reinado de Heraclio se apoderó de Edessa y de Apamea, penetrando hasta Antioquia. En el año segundo, los persas tomaron á Cesárea de Capadocia, y en el año cuarto á Damasco. El año 614 pasaron el Jordan, conquistaron la Palestina, y tomaron á Jersalén. Los sacerdotes, los religiosos y las monjas fueron sacrificados á millares. Las iglesias fueron in-

condiadas, sin perdonar el Santo Sepulcro. Los vasos sagrados y las alhajas de los templos cayeron en poder de los invasores, y hasta la santa y verdadera Cruz fué presa de la rapacidad de aquellos bárbaros, que se llevaron cautivo al patriarca Zacarías y á una multitud de fieles. Finalmente, los judíos compraban los prisioneros sin otro objeto que el de tener el placer de matarlos, calculando los historiadores en noventa mil el número de cristianos que murieron de este modo.

Orgueidos los persas con sus triunfos, pasaron despues á Africa, donde invadieron la Libia y el Egipto, y tomaron á Cartágo.

Cosroes, en su orgullo, no contento con ser Monarca y vencedor, aspiró á ser adorado como un dios. Al efecto hizo colocar en medio de su palacio de Ganzac una estátna que le presentaba sentado sobre un grupo de nubes, rodeado del sol, de la luna, de las estrellas y de ángeles con cetros en las manos. Por último, aquella falsa divinidad disponia de la lluvia y del trueno, merced á una maquinaria teatral construida al efecto.

A pesar de todo, la divinidad y aun los triunfos de Cosroes fueron muy pasajeros,

Afligido Heraclio por los estragos que causaba Cosroes por donde quiera que pasaba con su victorioso ejército le pidió noeramente la paz, que aquél se dispuso á aceptar, pero con la condicion de que Heraclio y sus súbditos renegarian de Jesucristo y adorarian al Sol. Esta condicion insolente y afrentosa indigno al Emperador, que marchó contra Cosroes y le derrotó obligandole á huir y haciéndole cincuenta mil prisioneros,

Mas no paró aquí la justicia divina, que escogió para castigar al impío y parricida Cosroes á su propio hijo Siroes. Viendo este príncipe que su padre habia elegido para que le sucediera en el trono á su hermano menor Merdassa, resolvió, por consejo de Heraclio, destronar á su padre, sirviéndose para ello de los prisioneros romanos, que rebelándose con él se apoderaron de Cosroes, á quien encerraron en Ctesifon, capital de Persia, en la torre llamada de las tinieblas, y dentro de la misma bóveda que el tirano habia hecho construir para guardar sus riquezas, donde por burla se le ofrecia á veces oro y plata por alimento, y era escupido é insultado por las sátrapas. Por un exceso de crueldad, Siroes mandó quitar la vida á todos sus hermanos, y entre ellos á Merdassa, de-

lante de su padre, al cual hizo por último matar á saetazos.

## V.

Isaac, exarca de Rávena.

(MURIO AÑO 638 DE N. S. JESUCRISTO)

“Muchos de los exarcas de Rávena, dice el P. Florez (1), dieron mucho que padecer á los Sumos Pontífices, persiguiéndolos á ellas y á los bienes de la Iglesia; y así acabaron con muertes infelices.”

Entre ellos Isaac, que saqueó la iglesia de Letran, cediendo á las sugestiones de Mauricio Cartulario, fué castigado de este crimen, como por milagro, muriendo repentinamente (2).

(1) *Clave historial*, siglo VI. *Sucesos memorables*.

(2) PABLO DIACONO: *Hist.*—ANASTASIO, *In Theod.*

## VI.

Rodoaldo, rey de los lombardos.

(MURIO AÑO 657 DE N. S. JESUCRISTO.)

Siguiendo Rodoaldo el funesto ejemplo que le dió Rotario, su padre, protegió la herejía arriana, deprimiendo al mismo tiempo al Cristianismo, cuyos Prelados fueron perseguidos sin treguas,

Rodoaldo, que unia á su fervor por la herejía arriana la pasión de la lascivia, murió, á los cuatro años, y según otros á los cinco meses de haber subido al trono, á manos de un lombardo, de cuya mujer había abusado, que le asesinó para vengar su afrenta (2).

(1) PABLO DIACONO. *De Gest. Long.*—FLOREZ, *Clave historial*, siglo VII.

## VII.

Constante II, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 668 DE N. S. JESUCRISTO.)

Agradecido Constante II á los herejes monotelitas, á los cuales debia el trono, profesó sus errores, y colocó en la Silla de la Iglesia de Constantinopla á Pablo, sectario de aquella herejía, dando, por consejo de éste, aquel célebre edicto llamado *Tipo*, que impuso silencio á los ortodoxos y á los herejes, prohibiendo se ilustrase á los pueblos acerca de los puntos controvertidos.

El Papa San Martín convocó un Concilio en Letran, y condenó el edicto del Emperador; pero irritado éste, mandó á Olimpio, dignatario de su corte, para asesinar al Pontífice. La majestad del Papa detuvo el brazo del asesino, mas no la ira del Emperador, pues le condenó al destierro, haciéndole conducir á la isla de

Naxos, en cuya travesía sufrió tan crueles tratamientos, que arribó á la isla casi moribundo.

Por espacio de un año pasó el Santo Pontífice por las mayores amarguras, y despues fué llevado á Constantinopla, donde le esperaba su perseguidor y su verdugo, y á donde llegó el 10 de Setiembre del año 664 en tan triste estado, que tuvieron que sacarle de la sentina del buque que le condujo. Arrojado en el muelle sobre un lecho malo y lleno de miseria, estuvo expuesto todo el día á los rayos de un sol abrazador y á los ultrajes del populiacho. Por la tarde fué encerrado en un calabozo húmedo y oscuro, y de allí salió al cabo de tres meses para comparecer ante el Senado, donde fueron insultadas á un mismo tiempo, en la persona de San Martín, la autoridad mas augusta y la desgracia. Del Senado fué conducido, casi desnudo, y con una cadena al cuello, á las prisiones de Diomedes, y confundido en ellas con los ladrones y asesinos. Al año siguiente el Emperador envió desterrado á San Martín al Quersoneso Táurico, donde murió el 16 de Setiembre del mismo año, privado de todo socorro humano.

Constante dió además otros muchos mártires á la Iglesia, y saqueó los templos, apoderándose de todos sus ornamentos y vasos sagrados.

Un año despues, 656, enojado con su hermano Teodosio, le hizo ordenarse de diácono, y por último le mandó matar.

Por aquel tiempo el emperador Constante, derrotado por los sarracenos, tuvo que huir disfrazado, viviendo luego atormentado por el remordimiento de la muerte de su hermano hasta tal punto, que continuamente creía ver á Teodosio, que, revestido con la dalmática y demás ornamentos sagrados, le presentaba un cáliz y le decía: "Bebe, hermano mio."

El año 668, Andrés, hijo del patricio Troilo, siguió un día al baño á Constante con pretexto de servirle, y tomando la vasija destinada para echarle el agua, se la arrojó tan fuertemente sobre la cabeza, que le dejó muerto en el acto.

## VIII.

Ebroino, ministro de Clotario III.

(MURIÓ AÑO 681 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ebroino, que era hombre por extremo ambicioso, soberbio y emprendedor, llegó en Francia,

por su hipocresía y sus intrigas, á la más alta dignidad en la corte de Clotario III, que gobernaba sus pueblos en prudencia y en justicia, aconsejado por su madre la virtuosísima reina Santa Bailde. Ebroino, que veía en esta princesa un estorbo para gobernar á su antojo, se propuso alejarla de la corte; y, en efecto, á fuerza de intrigas logró se retirara al monasterio de Chelles. Desde entónces Ebroino dió rienda suelta á su orgullo, su avaricia, su crueldad y su perfidia.

Á la muerte de Clotario III, Ebroino puso en el trono á Thierry, pero los grandes dieron la corona á Childerico II, encerrando á Ebroino en el monasterio de Luxeuil, en Borgoña, y á Thierry en el de San Dionisio. Muerto Childerico, Thierry fué sacado del monasterio, y colocado en el trono, nombró á Leudesio jefe del palacio; pero Ebroino, ayudado por los descontentos, se escapó de su encierro, asesinó á Leudesio, obligó al Rey á que le diese el cargo de éste, privó al Rey y al Estado de los consejos de uno de sus más hábiles ministros, el obispo de Autun, San Legario, y no contento con levantar á este venerable Prelado las más infames calumnias, le hizo sacar los ojos, cortarle la lengua, y por último degollarle.

Este infame ministro, después de haber atigido á Francia con sus rapiñas, sus perfidias y sus violencias, fué asesinado por un señor llamado Hemenfroi, á quien había despojado de sus bienes y se proponía condenar á muerte.



Pascual, antipapa.

(MURIÓ AÑO 687 DE N. S. JESUCRISTO)

A la muerte del Papa Conon se reunieron los comicios sagrados para proceder á la elección, presentándose como candidatos el archipreste Teodoro y el arcediano Pascual; de los cuales el primero se había declarado ya contra Conon; mas no queriendo ceder ninguno de los aspirantes á la tiara, fué elegido el Papa Sergio I. Teodoro se sometió á la autoridad del nuevo Pontífice, pero Pascual persistió en su rebelion contra el Papa.

Al fin, convencido de magia Pascual, fué degradado y encerrado en un monasterio, donde murió impenitente (1).

X.

Agrestino.

(MURIÓ AÑO 627 DE N. S. JESUCRISTO)

La *Historia general de la Iglesia*, por Berault-Bereastel, describe en los términos siguientes la conducta de este monje cismático y sedicioso, y el castigo que sufrió por su pertinacia en el cisma:

“Entre la multitud de fervorosos discípulos que hacian honor á San Eustasio, abad de Luxen, habia uno llamado Agrestino, cuyos principios prometian un éxito harto diferente del que tuvo. Fué secretario del rey Thierri, y renunció este empleo distinguido y sus grandes

(1) ARTAUD DE MONTOR, *Historia de los romanos Pontífices*, traducida por Angelos, tomo I, pág. 277.

riquezas para negarse á al mismo y entregarse todo él á la perfeccion regular, bajo la disciplina de San Eustasio (1). No obstante, era inquieto y voluble su genio; confundia los arranques del temperamento con los frutos de la virtud, y no sabia suplir con la obediencia las faltas de su ligereza. Trabajaba felizmente su abad en la conversion de los paganos que aún habian quedado cerca del monasterio, en el país de los secuanos, llamado en el dia Franco-Condado, extendiendo con frecuencia su predicacion hasta la Norica, ó Babiera. Apenas habia profesado Agrestino, cuando se creyó ya capaz de estas funciones sublimes, y solicitó permiso para entregarse á ellas en compañía del sábio y harto indulgente Eustasio, quien, aunque al principio reprendió una precipitacion tan temeraria, al fin condescendió con sus exigencias. Negó el cielo su bendicion á una mision tan poco evangélica, y léjos de coger algun fruto aquel jóven misionero en las comarcas que recorrió, cayó en el cisma de los Tres Capítulos, que de la Istria se habia extendido hasta Baviera. Así, pues, volvió enteramente cismático al monasterio, é intentó neciamente reducir al mismo San Eusta-

(1) *Act. Bonté, Vñ, San Eust., Lib. II núm. 6.*

sio, que se vió en la necesidad de expulsar á este celador díscolo é incorregible.

"Iritado Agrestino, convirtió su indignacion contra la misma regla de Laxeu, trabajando en desacreditarla con mil imposturas no ménos falsas que injuriosas; y como tenia muchos personajes á su favor, particularmente al obispo de Ginebra, llamado Aballes, halló medio de interesar á su favor al mismo rey Clotario. En su consecuencia, se celebró un Concilio en Magon en el año 624, en el que el Rey se proponia únicamente persuadir á Agrestino y recomendar el instituto de San Columbaño, que este príncipe respetaba mucho. El monje inquieto opuso solamente frivolidades, las cuales rebatió fácilmente San Eustasio. Dirigió sus tiros principalmente contra algunos usos particulares de los monjes irlandeses, tales como la forma de un tonsura, que figuraba en el pelo un semicírculo abierto por la parte anterior de la cabeza.

"A esta queja, nacida de falso celo, é incapaz de engañar al mismo que la formaba, exclamó Eustasio en tono profético; "¡Infelici! Ya que "contra el dictámen de tu conciencia censuras la "conducta de un Santo, te cito al tribunal de "Dios para litigar en este mismo año tu causa "con la suya."

Temblaron todos los de la Asamblea, y el mismo Agrestino quedó aterrado, dados muestras de arrepentimiento; pero no caminaba con rectitud delante del Señor. Volvió al instante á turbar la paz en todo el monasterio, y engañó por algun tiempo á San Amato, y tambien á San Romarico. Fué á buscar á Santa Fara, con ánimo de sorprenderla igualmente; pero la Santa le rechazó con una firmeza y habilidad superiores á lo que debía esperarse de su sexo, y le envió lleno de confusion á Remiremont. No tardó la espada de la divina venganza en descargar sus golpes sobre las cabezas de aquellos que habian favorecido al rebelde. Dos de ellos fueron despedazados por unos lobos rabiosos que entraron de noche en el monasterio, y otro se ahorcó con sus propias manos; mató á otros veinte un rayo que cayó en la casa, y otros murieron de espanto; en todo hasta unas cincuenta personas.

"Finalmente, el perturbador licencioso, que á sus graves crímenes unia el de la deshonestidad, abusó de la mujer de su criado, y fué muerto de un hachazo que le dió el marido furioso, un mes antes de concluir el año en que San Estasio le habia empleado al tribunal divino."

## CAPITULO V.

## SIGLO VIII.

Sumario.—I. Justiniano II.—II. Witiza.—III. Filípico Bardanes.—IV. Evan y Sisebuto.—V. Conde E. Julian.—VI. Obas.—VII. Sarenta-Pechys.—VIII. Leon III, el Isáurico.—IX. Anastasio, patriarca de Constantinopla.—X. Milon, obispo de Reims.—XI. Astolfo.—XII. Constantino II, patriarca hereje de Constantinopla.—XIII. Constantino, antipapa.—XIV. Jorge, obispo de Prenceto.—XV. Teodoro, obispo.—XVI. Constantino VI.—XVII. Leon IV.—XVIII. Desiderio.—XIX. Adelberto, hereje.

## I.

Justiniano II, el Jóvan, ó el Desmarigado.

(MURIO AÑO 711 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la edad de diez y seis años, y por muerte de su padre Constantino Pogonato, fué elevado este príncipe al sôlo de Constantinopla.

Temblaron todos los de la Asamblea, y el mismo Agrestino quedó aterrado, dados muestras de arrepentimiento; pero no caminaba con rectitud delante del Señor. Volvió al instante á turbar la paz en todo el monasterio, y engañó por algun tiempo á San Amato, y tambien á San Romarico. Fué á buscar á Santa Fara, con ánimo de sorprenderla igualmente; pero la Santa le rechazó con una firmeza y habilidad superiores á lo que debía esperarse de su sexo, y le envió lleno de confusion á Remiremont. No tardó la espada de la divina venganza en descargar sus golpes sobre las cabezas de aquellos que habian favorecido al rebelde. Dos de ellos fueron despedazados por unos lobos rabiosos que entraron de noche en el monasterio, y otro se ahorcó con sus propias manos; mató á otros veinte un rayo que cayó en la casa, y otros murieron de espanto; en todo hasta unas cincuenta personas.

"Finalmente, el perturbador licencioso, que á sus graves crímenes unia el de la deshonestidad, abusó de la mujer de su criado, y fué muerto de un hachazo que le dió el marido furioso, un mes antes de concluir el año en que San Estasio le habia empleado al tribunal divino."

## CAPITULO V.

## SIGLO VIII.

Sumario.—I. Justiniano II.—II. Witiza.—III. Filípico Bardanes.—IV. Evan y Sisebuto.—V. Conde E. Julian.—VI. Obas.—VII. Sarenta-Pechys.—VIII. Leon III. el Isáurico.—IX. Anastasio, patriarca de Constantinopla.—X. Milon, obispo de Reims.—XI. Astolfo.—XII. Constantino II, patriarca hereje de Constantinopla.—XIII. Constantino, antipapa.—XIV. Jorge, obispo de Prenceto.—XV. Teodoro, obispo.—XVI. Constantino VI.—XVII. Leon IV.—XVIII. Desiderio.—XIX. Adelberto, hereje.

## I.

Justiniano II, el Jóvan, ó el Desmarigado.

(MURIO AÑO 711 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la edad de diez y seis años, y por muerte de su padre Constantino Pogonato, fué elevado este príncipe al sôlo de Constantinopla.

Al principio de su reinado se mostró muy favorable á la Iglesia; pero el afán de intervenir en los asuntos eclesiásticos, y de imponer su voluntad al Papa y á los Prelados, le convirtió, de protector, en enemigo de la Religión verdadera.

El concilio de Taulano fué la causa de la conducta rebelde que el Emperador adoptó contra la autoridad de la Iglesia.

En efecto: despues de la celebracion de aquel falso Concilio, el Emperador remitió las actas para que las firmara el Papa Sergio, que, prevenido de cuanto allí habia pasado, ni quiso abrirlas, ni siquiera recibirlas. El Emperador se propuso vencer con la violencia la resistencia del Pontífice, y envió á Roma á su protostático Zacarías para prender al Papa; pero el pueblo y el ejército se levantaron en masa para defenderle, poseidos de tal indignacion, que Zacarías debió su salvacion al mismo Pontífice á quien iba á perseguir, siendo expulsado vergonzosamente de Roma por el pueblo amotinado.

El Emperador no tuvo tiempo para vengar aquella afrenta, pues fué arrojado tambien de Constantinopla, donde le hicieron odioso sus violencias y crueldades. En efecto: queriendo Justiniano dar alguna extension á su palacio; man-

dó derribar una iglesia que estaba inmediata, consagrada á la Santísima Virgen, llevando su impiedad hasta el punto de ordenar al patriarca Calinico que hiciese celebrar rogativas por el feliz éxito de aquella obra. El Prelado respondió con firmeza que habia oraciones para fundar iglesias, mas no para destruirlas (1); pero la iglesia fué derribada, aunque se edificó otra en distinto sitio.

Ne contento Justiniano con llevar adelante su propósito, dispuso que el gobernador de Constantinopla ascandase de noche al santo Patriarca, y pasase á cuchillo al mismo tiempo á una parte del pueblo. Aquella misma noche, el patricio Leoncio, que, á pesar de las señaladas victorias que habia alcanzado, sobre los árabes, es tuvo encerrado en una prision, debia salir para el gobierno de Grecia, á donde se le enviaba como desterrado; pero el pueblo se opuso á su marcha, y le aclamó Emperador. El desgraciado Justiniano fué preso y conducido á la plaza. El pueblo queria darle muerte; mas Leoncio se limitó á hacerle cortar la nariz y enviarlo al Quersoneso.

(1) THEOPHIL; pág. 306.

Al poco tiempo el mismo Leoncio fué destronado por Tiberio Absimaro, y reinando éste, volvió Justiniano á ocupar el trono, protegido por Trebelio, rey de los búlgaros, que hizo entrar en Constantinopla con este fin, y por un acueducto, una parte de sus tropas. Justiniano excedió entónces sus antiguas crueldades cometiendo las mayores violencias, diciéndose de él que siempre que al limpiarse la nariz notaba la falta de ella, hacía matar á algun partidario de Leoncio ó de Absimaro, á quienes hizo tambien degollar, así como sacar los ojos al patriarca Calinico.

Entónces manifestó deseos de hacer penitencia y arreglar los asuntos eclesiásticos, y escribió al Papa Constantino suplicándole fuera á Constantinopla con este objeto. El Papa fué, en efecto, á Constantinopla, y el Emperador le recibió con el mayor respeto; pero despues que se marchó el Pontífice volvió Justiniano á ejercer sus violencias, hasta que él y su hijo fueron asesinados por Filípico Bardanes, que le sucedió en el trono (1).

(1) PABLO DIACONO, lib. VI.—ANASTASIO, *In Constantinopol.*

## II.

Flavio Witiza, rey de los godos en España.

(MURIO AÑO 711 DE N. S. JESUCRISTO.)

Sucedió á su padre Egica, y fueron tan felices los principios de su gobierno, como dice Saavedra Fajardo, que si á ellos correspondieran los extremos, fuera muy digno de la corona. Pero no correspondieron ni los extremos ni los medios, pues dejando rienda suelta á sus pechos por mala inclinacion, ó arrastrado por sus cortesanos, se entregó en cuerpo y alma á todas las malas pasiones, y especialmente á la de la lascivia. Malo fué que diera con su conduta tan mal ejemplo á sus vasallos; pero fué mucho peor que para no ver en la virtud ajena una acusacion continua de sus excesos, quisiera contaminar con ellos á los demás, y aun á los sacerdotes, concediendo que así los seglares como los eclesiásticos

podiesen tener concubinas, y promulgando una ley en que permitía que se casasen los sacerdotes.

El Papa Constantino conminó á Witiza con privarle del trono si no derogaba aquella ley, á lo que respondió el Rey que estaba dispuesto á ir sobre Roma con un ejército y despojarla como había hecho Aisricio su antecesor. Parecióle poco al Rey rebelarse contra el Padre Santo, y despues de negar la obediencia á la Sede Apostólica, publicó un decreto condenando á muerte á los que la obedeciesen.

Desde que Witiza negó la obediencia á la Iglesia, empezó á caer la monarquía de los godos en España, siendo esta la causa principal de su ruina, como sostiene Saavedra Fajardo, porque, según dice este profano ecrítor, "la experiencia muestra que suele Dios disimular descastos á sus mandamientos, pero no inobediencia á la suprema potestad de su Iglesia." Como era natural, los sacerdotes que profetaban la santidad de las costumbres y los Obispos que cumplian como celosos Pastores de aquel rebaño acometido por los lobos, fueron perseguidos y desterrados.

Por último, celoso Witiza de Favila y de Chindasvinto, hijos de Reccavinto, resolvió aniquilar toda la familia, y al efecto hizo matar á

Favila y privó de la vista á Teodosredo; pero Rodrigo, hijo de éste, escapó á su furor, y auxiliado por los romanos y por los godos descontentos, que no eran pocos, venció y prendió á Witiza, á quien hizo sacar los ojos y desterró á Córdoba, donde murió infelizmente (1).

### III

Filipico Bardanes, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 712 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este Emperador, de quien dicen los historiadores que jamás se vió en ninguna príncipe tanta impiedad y tan escaso talento, debió el trono á un acto de bárbara crueldad de Justiniano II, su predecesor. Justiniano, que no perdía nunca el deseo ni la esperanza de vengarse, había que-

(1) SAAVEDRA FAJARDO: *Corona gótica*, capítu-  
lo XXIX.

dado muy resentido de los habitantes de Quersona, porque en la época de su destronamiento, que pasó retirado en esta ciudad, no le tributaron los honores que correspondían a su rango; así fué que cuando recobró el trono los hizo asesinar. Los ejecutores de tan bárbara sentencia perdonaron á las mujeres y á los niños; pero el Emperador los volvió á enviar, mandando que no dejasen en Quersona ni un niño con vida.

Viéndose ellos entonces en la alternativa de ejecutar aquella horrible matanza ó disgustar al Emperador, se rebelaron contra él, y aclamaron César á Filípico Bardanes. Justiniano II fué asesinado, y su cabeza paseada por todo el Occidente, incluso Roma, de órden del usurpador.

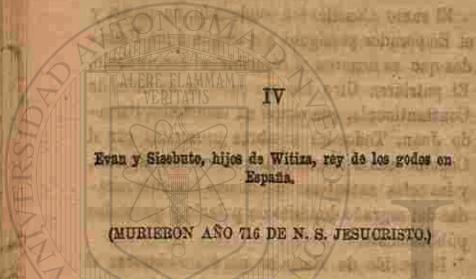
Filípico profesaba el monotelismo; y un recluso del monasterio de Calistrato, sectario de la misma herejía, le había anunciado, mucho tiempo antes de su exaltacion, que seria elevado al imperio, pidiéndole su nombre de Dios que cuando esto acaeciera, aboliese el sexto Concilio. Elevado Filípico al imperio, no quiso entrar en el palacio hasta ver arrancado el cuadro de aquel Concilio, colocado en el vestíbulo como un monumento de la fé del imperio, y en seguida mandó celebrar un nuevo Concilio, en el qual fué condenado el sexto. Aquel mismo año per-

dió la vista el falso profeta que le aconsejó se rebelára contra los decretos de aquella augusta Asamblea.

El sexto Concilio fué condenado, en efecto, y el Emperador persiguió sin tregua á los Prelados que se negaron á suscribir el conciliábulo. El patriarca Ciro fué arrojado de su Silla de Constantinopla, que ocupó un monotelita llamado Juan. Todos los nombres proscritos por el Concilio sexto fueron colocados en los dípticos, y las actas auténticas del mismo Concilio escaldas del sagrado depósito de palacio y quemadas públicamente.

El pueblo de Roma se negó á reconocer al Emperador hereje, oponiéndose á que fuese colocada su imagen en el lugar santo, y á que se pronunciara su nombre en la Misa, negándose hasta á recibir su moneda. La indignacion y resistencia del pueblo era tal, que se rebeló contra el nuevo gobernador nombrado por Filípico. El Papa y los Prelados lograron apaciguar el tumulto, recordando el deber de la obediencia; pero al poco tiempo llegó de Constantinopla la noticia de que los patricios y el pueblo, indignados contra Filípico, le habian sacado los ojos y condenado al destierro en la víspera de la Pascua de Pentecostés, aclamando Emperador

á Anastasio, su secretario, y gran protector de los cristianos.



Evan y Sisabuto, hijos de Witiza, rey de los godos en España.

(MURIERON AÑO 716 DE N. S. JESUCRISTO.)

Comenzaba á correr el siglo VIII, y se aproximaba la invasión de los árabes en España, que permitió Dios en sus inescrutables designios, ó para castigar los vicios á que en su moliente se abandonaron los godos, ó para afirmar en una lucha gigante de ocho siglos entre la Cruz y la Media Luna el sentimiento católico, que ha sido, es y será siempre, con el favor de Dios, nuestra gloria más legítima, y la verdadera causa de nuestro engrandecimiento.

Rodrigo, hijo de Teodofredo, duque de Córdoba, ocupaba el trono de los godos despues de haber arrojado de él á Witiza, á quien hizo sa-

car los ojos y encerrar en una prision. Temeroso despues Rodrigo de que Evan y Sisabuto, hijos de Witiza, pretendiesen vengar la afrenta y el destronamiento de su padre, los desterró á Africa. Obedecieron Evan y Sisabuto la órden de destierro, y dejando algunas inteligencias secretas con Opas, obispo de Toledo, pasaron á Tánger.

Cuando el conde Julian marchó á Africa con el designio de destronar al rey Rodrigo mediante el auxilio de los árabes, buscó tambien el apoyo de los hijos de Witiza, ofreciéndoles el trono; y con esto, y con el deseo de vengar á su padre y á su propia ofensa, entraron en la conjuración y concertaron que cuando el conde Julian entrase en España con los árabes, se flagiesen aquellos leales y ofreciesen sus servicios al Rey, para volverse contra él en la mejor ocasión que les ofreciese la guerra. Hicieronlo así, y el Rey, con más ligereza que prudencia, no solo aceptó sus ofertas, sino que cuando se vió obligado á marchar en persona para oponerse á las victorias de los moros, encomendó á los hijos de Witiza las dos alas de su ejército en los campos de Jerez. La víspera de la batalla del Guadalete, estos dos príncipes se avistaron con Tarif y convinieron que en lo más rudo del com-

bate desamparasen sus peticiones, para deso-  
certar á los godos, como lo hicieron, decidiendo  
la suerte de la batalla y facilitando la esclavitud  
de su patria y la entrada en la desventurada  
España del fanatismo musulmán.

Aquel horrendo crimen contra su Religión y  
contra su patria no podía quedar impune; y, en  
efecto, los hijos de Witiza fueron privados de  
sus bienes y muertos por los mismos árabes, á  
quienes abrieron las puertas de España, y de  
los cuales esperaban recibir el cetro de los go-  
dos (1).

(1) LUC. TUD.: *Chron. Mand.*—ROD. TOLET.: *De  
reb. Hisp.*, lib. IV. cap. IV.—MARIANA: *De reb. Hisp.*  
lib. VI. cap. XXVII.—ROD.: *Sonet. Hist. Hisp.* part. 2.<sup>a</sup>  
cap. XXXVII.

## V.

Julian, conde Espatario y gobernador de la Mauritania  
Tingitana.)

(MURIO AÑO 714 DE N. S. JESUCRISTO)

Atento el conde Julian á vengar la hora de  
Florinda, su mujer ó hija, porque en esto no an-  
dan conformes los historiadores, ultrajada por  
el Rey Rodrigo, ó llevado de su ambición sin  
límites, que esperaba ver satisfecha colocando  
en el trono de los godos á uno de los hijos de  
Witiza, resolvió destronar al Rey, valiéndose  
para ello de la facción de aquellos y del auxilio  
de los árabes.

Para satisfacer su ambición, ó realizar su ven-  
ganza, pasó á la córta, y disimulando sus senti-  
mientos, trató de introducirse en la gracia del  
Monarca, llegando á ser su valido, á fuerza de  
astucia. Una vez el conde árbitro del gobierno,

dispuso las cosas de España á la traicion que fomentaba en su pecho, y quando estaba ya á su gueto, fingió que su mujer estaba gravemente enferma, y pasó á Africa. Por el camino no dejó de trabajar por su causa, iatrigando con todos para desacreditar al Rey. Llegó, por fin, á Africa, y allí reveló su plan á los hijos de Witiza, á quienes ofreció la corona.

Concordes todos en la traicion, solicitó el conde Julian la asistencia de Muza Abenzair, gobernador de las provincias de Africa, representándole la tiranía del Rey, el derecho de los hijos de Witiza á la corona, y que contaban con la nobleza y el pueblo. Quedó Muza convenciéndose, y puso cuatrocientos infantes y cien caballos á disposicion del conde, que, unidos á sus parciales, causaron tantos estragos en España y volvieron á Africa tan cargados de botin, que los moros socorrieron al conde en una segunda expedicion con doce mil combatientes, al mando de Tarif Abensaroc.

Turbaron estas nuevas el ánimo del rey Rodrigo, y envió un ejército, al mando de su primo Saicho, para oponerse á la invasion; pero fué derrotado por los árabes cerca de Tarifa. Juntó entonces el Rey su ejército y marchó en persona á rechazar á los africanos; pero éstos,

auxiliados por el conde Julian, le vencieron en la batalla del Guadalete, donde perdió España su Religion, su libertad y su independencia; porque, dueños los árabes de casi toda la Península, quisieron conservarla para sí mejor que cederla á los hijos de Witiza.

El conde Julian, agente principal de tan cobarde traicion y de tan negra infamia, fué privado de sus bienes y muerto por los moros, afirmando otros que fué condenado á prision perpetua, y que su mujer fué uuerta á pedradas, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta (1).

## VI.

Opas, Obispo de Toledo.

(MURIO AÑO 716 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ocupaba Opas, hermano de Witiza, la Silla episcopal de Sevilla cuando consigaló de Sinde

(1) SAAYEDRA-FAJARDO. *Corona gótica*, part. 1.<sup>a</sup> tomo III, cap. XXX,

redo, obispo de Toledo, le admitiese por compañero en el obispado, contra lo dispuesto en los sagrados cánones.

Posteriormente Euan y Sisebuto, hijos de Witiza, marcharon á Africa desterrados por el rey Rodrigo, quedando ya en inteligencia secreta con su tío el obispo Opas.

Las victorias de los árabes sobre el príncipe Sancho, primo del Rey Rodrigo, obligaron á éste á marchar en persona con numeroso ejército para oponerse á la invasión agarena. Entonces el obispo Opas, al frente de un escuadrón que guñaba su estandarte, y ocultando su designio, siguió al Rey á la guerra; pero en el más duro trance de la batalla del Guadalete, el Obispo se pasó con su escuadrón al del conde Julian, inclinando el éxito de la jornada en favor del ejército moro, y abriendo así las puertas de su patria á los que venían á esclavizarla y á profanar su suelo con el culto del falso profeta.

El obispo Opas fué preso reinando Pelayo; No escriben su muerte, dice Saavedra Fajardo; pero es cierto que sería según las leyes de la guerra, y según merecían sus traiciones. No

perdena la divina Justicia á los que elija para ejecutores de ella [1].

## VII.

Sarenta Pechys, judío.

(MURIO AÑO 114 DE N. S. JESUCRISTO.)

La herejía de los iconoclastas había aparecido ya á fines del siglo V, pudiendo considerarse como su fundador á un persa llamado Xenayas, hombre ignorante, que sin estar bautizado fué ordenado por el herejearca Pedro Foulon, y consagrado también por el obispo Hierápolis.

El impío Xenayas, no contento con predicar contra el culto de las sagradas imágenes, hizo

(1) SAAVEDRA FAJARDO: *Corona gótica*, part. 1.<sup>a</sup> cap. XXX.—MARIANA: *De rebus Hispan.*, lib. VII, capítulo II.

destruir gran número de edificios, y principalmente las estatuas que representaban á Jesucristo.

En el siglo VI encontramos otro iconoclasta en Sareno, obispo de Marsella, condenado dos veces por el Papa Gregorio, que justificó al mismo tiempo el uso de las Imágenes en la Iglesia; pero estos fueron dos hechos aislados y transitorios.

Sin embargo, con el tiempo renació la mala semilla, hacia principios del siglo VIII, en Oriente, donde los judíos y mahometanos renovaron aquella herejía, que suscitó grandes persecuciones contra la Iglesia.

El año 723, Sarenta-Pechys, judío de Leodicea, en Fenicia, persuadió, en odio á los cristianos, al califa Yazid II á destruir las pinturas y las imágenes de todas las iglesias de su imperio, asegurándole que de esta manera reinaria indefectiblemente treinta años. Dióse, en efecto, la orden, que ejecutaron en breve los árabes y los judíos, y que inauguró la larga persecucion de los iconoclastas.

Al año siguiente, y á pesar de las promesas de Pechys, murió el crédulo Yazid; pero su hijo Walid hizo morir en afrentoso suplicio al impostor que habia engañado á su padre.

## VIII.

Leon III, el Isaurico, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 741 DE N. S. JESUCRISTO)

Este Emperador, que de miserable mercader llegó á elevarse hasta el sôlo de Constantino-  
pla, fué el llamado á secundar á los musulmanes, propagando y protegiendo en el imperio la herejía iconoclasta.

Hacia diez años que Leon Isaurico reinaba en Oriente, cuando, seducido por el impostor Beser, ó con el fin de ganarse las simpatías de los árabes, que amenazaban destruir el vacillante imperio griego, promulgó un decreto prohibiendo el culto de las imágenes y mandando fuesen arrancadas de las iglesias.

Ouatro años despues (en 730) apareció otro decreto más severo, ordenando, bajo pena de

muerte, derribar, como ídolos, todas las imágenes de las iglesias, del foro, de las plazas públicas y de las casas particulares de todo el imperio, y destruirías.

German, patriarca de Constantinopla, los monjes y el pueblo de la misma capital, se opusieron á la tiranía del Emperador, y muy especialmente los Papas Gregorio II, y Gregorio III, que fijaron la doctrina y la práctica de la Iglesia, confirmando el culto de las imágenes como justo, legítimo y útil para la piedad, declarando que no pertenecía á los Emperadores, sino al Papa y á los Obispos, legislar sobre materias eclesiásticas.

A pesar de todo, Leon, insistiendo en que era una práctica idolátrica, é invocando algunos pasajes del Antiguo Testamento, continuó su obra y persiguió con saña á los que protegían el culto, justificando su conducta con aquella célebre frase que escribió al Papa: "Yo soy Emperador y sacerdote."

El patriarca San German fué expulsado de su Silla, que ocupó en seguida el iconoclasta Atanasio, y otros muchos sacerdotes y fieles sufrieron el tormento, y hasta la muerte.

La imagen de Jeucristo, conocida por el nombre de Antifonetes, que existía en el vestíbulo

del palacio desde la época de Constantino, fué destruida, así como otras muchas imágenes, colocadas en las calles y plazas, en los templos y aun en las casas particulares.

No contento, sin embargo, con las profanaciones cometidas en las iglesias de Oriente, dió orden para que se efectuase lo mismo en Italia. El pueblo protestó contra la impiedad de Leon, derribando y destruyendo sus estatuas; mas el Emperador, lejos de contentarse, se irritó más, y privó á los templos hasta de los vasos sagrados, so pretexto de que tenían grabadas imágenes.

Su celo por la herejía, y el odio que profesaba al Papa Gregorio II, le sugirieron el infame proyecto de asecharle, para sustituirle con un Pontífice que secundase sus planes; pero el pueblo romano, no sólo protegió al Papa, sino que le dió una especie de soberanía sobre la ciudad y el ducado de Roma, echando los cimientos de la soberanía temporal de los Papas.

Así quedaron frustradas las tentativas del Emperador, que envió entonces su edicto contra las imágenes al mismo Gregorio II, prometiéndole su protección si le admitía, y amenazándole con la deposición si lo rechazaba.

Al año siguiente murió Gregorio II, y fué elegido Gregorio III, que desde luego comenzó á trabajar para convertir al Emperador: Al efecto, envió á Constantinopla al sacerdote Jorge con cartas dirigidas á Leon Isáurico; que, no solo hizo se las quitasen en Sicilia, sino que des- terró al Legado del Papa.

Cuando llegó á noticia de Gregorio III este atentado, congregó un Concilio en Roma, donde se confirmó el culto de las sagradas imágenes, se excomulgó á los destructores de las sagradas efigies, y se acordó escribir al Emperador exhortándole á cambiar de conducta y á que pa- siese fin á sus violencias.

Las cartas del Concilio fueron tambien inter- ceptadas, como las del Papa Gregorio II, y su portador encerrado en estrecha carcel, donde permaneció por espacio de un año.

El Emperador declaró entónces la guerra al Papa, y armó una poderosa escuadra: que en- vió contra los italianos.

La excomunicacion surtió sus efectos, porque la flota enviada contra el Santo Pontífice sufrió una horrosa tempestad en el mar Adriático, que echó á pique muchas de sus naves. El du- que Manes, que mandaba aquella armada, reco-

gió sus restos, y remontando el Pó, fué á atacar á Rávena, con ánimo de saquear la ciudad; pe- ro sus habitantes corrieron á las armas, y le derrotaron completamente el 23 de Junio del año 733.

Al mismo tiempo, el Emperador, resentido con los italianos por la proteccion que dispensa- ban al Papa, recargó los tributos de Sicilia y Calabria, confiscó sus dominios el patrimonio de San Pedro, y persiguió en Oriente á los cristia- nos ortodoxos con inaudita violencia.

La justicia de Dios cayó entónces sobre el imperio, teatro de tanta impiedad.

El 26 de Octubre del año 740 un terrible ter- remoto destruyó en Constantinopla la mayor parte de los edificios; la Tracia quedó sembrada de ruinas; la Nisomedia y Bitinia no eran más que un monton de Escombros, y de la ciudad de Nicea solo quedó en pié una iglesia.

Finalmente, el emperador Leon, presa de un furor rabioso por la pérdida de su flota y la ruina de su imperio, murió de disenteria, é im- penitente, el 18 de Junio del año 741 (1).

(1) Teófanes.—Niceforo.—Zonaras.

## IX.

Anastasio, patriarca hereje de Constantinopla.

(MURIO AÑO 753 DE N. S. JESUCRISTO.)

Desde el momento en que Leon Isáurico declaró á las sagradas imágenes aquella guerra de exterminio, que continuaron despues Constantino Coprónimo, Leon el Armenio, Teófilo y otros, procuró atraer á su partido á algunos sacerdotes y Obispos, y aun al mismo Papa, que rechazaron con indignacion sus proposiciones y se opusieron con energía inquebrantable á la obra sacrilega del herejarca Emperador.

En aquel tiempo Anastasio, que solo era diacono, vendió su fé y en conciencia al Emperador, que por su parte le elevó, con desprecio de los cánones, desde el diaconato á la dignidad de patriarca de Constantinopla, en sustitucion

de San German, patriarca legitimo, á quien desterró el Emperador por haber defendido con una energía inquebrantable el culto de las sagradas imágenes. Quando el falso Patriarca fué á tomar posesion de la Silla, turbó la ceremonia un tumulto promovido por unas mujeres que arrojaron del templo á pedradas al usurpador; pero al cabo éste quedó en su puesto, comenzando por arrancar las imágenes de la iglesia de Constantinopla.

Muerto el emperador Leon, y destrozado su hijo Constantino Coprónimo, cambió de opinion el falso Patriarca, inspirándose en las de unos y otros, hasta que, restablecido Constantino en el trono, y disgustado de su conducta pasada, le mandó azotar en el Hipódromo ó hizo que le paseáran por la ciudad montado á la inversa sobre un asno, sirviendo de escarnio al pueblo.

Así se cumplió la profecía del patriarca San German, que conociendo la ambicion de este tirano de Anastasio, le dijo un dia, al verle subir las gradas del palacio: "No os apresureis, Anastasio, porque llegareis demasiado pronto al Hipódromo."

Sin embargo, como el Emperador no esperaba encontrar en todos sus dominios un hombre tan malo y tan a propósito para secular su pla-

nes, restableció en la Silla de Constantinopla á Anastasio, que al fin murió de la horrible enfermedad llamada por los médicos *cólico miserere*,



X.

Milon, obispo intruso de Reims.

(MURIO AÑO 753 DE N. S. JESUCRISTO.)

Reinando en Francia Thiérri II, que solo llevaba el nombre de rey, pues en realidad reinaba Carlos Martel, usurpó Milon, apoyado por éste, la Silla de Reims en el año 753, lanzando de ella á San Rigoberto, arzobispo legítimo, á quien Carlos Martel había desterado.

El mismo año 753 Milon fué muerto por un jabalí cerca de Tréveris (1).

(1) FLEURY, lib. XLII, núm. 67.

XI.

Astolfo, rey de los lombardos.

(MURIO AÑO 756 DE N. S. JESUCRISTO.)

La destrucción del imperio de Occidente, la decadencia del imperio griego, impotente para sostener su poder en Italia y aun para defenderse de los árabes y de los bárbaros, y la herejía é impiedad de los emperadores de Bizancio, habían colocado á Roma y á la península italiana en una situación muy crítica.

Roma, la antigua dominadora del mundo, atacada varias veces por los bárbaros, é incapaz de defenderse, debía su salvación á la actitud enérgica y al mismo tiempo á la mansedumbre con que los Papas lograron detener al invasor en su marcha destructora:

El ilustre obispo de Orleans, en su preciosísima obra *La Souveraineté Pontificale*, confirma esta verdad en los términos siguientes.

“Todos saben cuál fué el estado de las poblaciones italianas después de la invasión: entregadas sin defensa á las incursiones de los bárbaros, abandonadas por los que debían protegerlas, saqueadas, desoladas durante doscientos años por los hunnos, godos, vándalos y lombardos, volvieron unánimes sus ojos á la autoridad tutelar de los Papas, que era la única que podía servirles de asilo y de defensa. En medio de estas espantosas calamidades, imposibles de describir, los Romanos Pontífices llegaron á ser el único refugio de todos los desgraciados.

“¿Quién ignora que el gran Papa San Leon salvó dos veces á la ciudad de Roma y á los romanos del furor de Atila y de Genseric? Aquel día se manifestó la potestad moral, que había sustituido en la defensa de Italia al vacilante poder de los Emperadores.

“Al poco tiempo, en el año 476, Odoacer con sus héraulos acababa de destruir el imperio de Occidente; algunos años después desaparecieron ante los godos, y estos odieron á su vez el pacto á los lombardos.

“¿Y cuál fué el poder que durante aquellos siglos desastrosos protegió el nombre y los restos de Roma? El Pontificado.

“¿Quién ignora que durante veintisiete años luchó San Gregorio el Grande para preservar la Ciudad Santa de la espada de los lombardos? Estos conquistadores feroces sentían espirar en sus labios la rabia y la amenaza, y su orgullo venía á romperse á los pies del Romano Pontífice, como ante la aparición del ángel mismo del Señor.

“Durante aquellos continuos y terribles asaltos que hicieron sufrir sucesivamente á Roma Alarico, Ricimero, Vitigio, Totila, y cuando al fin cayó Roma, cuya primera ruina hacía decir á San Jerónimo que la luz del mundo se había extinguido, y que el universo entero se había desplomado por la caída de una sola ciudad, ¿qué lugares sirvieron de refugio á los romanos arrojados de sus moradas, patricios, senadores, plebeyos, hombres, mujeres y niños, que los bárbaros empujaban delante de sí, como un rebaño? Las iglesias, y las basílicas de San Pedro y San Pablo.

“Y no era solamente en estos momentos desesperados cuando los romanos encontraban protección á lo sombra de las Basílicas apostólicas;

no era solamente en estas situaciones supremas cuando se recurría á los Papas, porque siempre se acudia á ellos en todo y para todo.<sup>2</sup>

Por otra parte, desde el advenimiento de Constantino, muchos de los opulentos patricios y ciudadanos de distincion que se convertian al Cristianismo cedian á la Iglesia romana una gran parte de sus rentas y bienes. Así fué que en el año 603 era dueña de veintitres dominios, algunos de los cuales constituian provincias enteras. Pablo el Diácono nos dice además que, hácia el año 707, Ariberto II, rey de los lombardos, cedió á la Santa Sede, en virtud de una acta escrita en letras de oro, la parte de los Alpes que se extendia por Oriente hasta el mar de Toscana, y por Occidente hasta las Gálias, comprendiendo las ciudades de Aix, Dertona, Bobio, Génova y Savona (1).

De esta manera, los Papas, que durante los primeros siglos vivian en las Ostacumbas, y moraban en el circo, y vieron al sélio imperial retirarse de Roma, que quedó constituida desde entónces en sélio Pontificio, fueron despues los

(1) *De gestis longobardorum*, lib. VI, cap. XXVIII, lib. II, cap. XVI.

protectores y salvadores de Roma y de Italia, y por último, sin quererlo, y por la seccion del tiempo, por la fuerza de las circunstancias, por la voluntad del pueblo y por la aquiescencia imperial, señores temporales de Roma y de gran parte de Italia.

Así fué como se constituyó el poder temporal de los Papas, que Pipino y Carlomagno no hicieron más que confirmar y aumentar.

Esta era la situacion de Roma, de Italia y del Pontificado cuando Astolfo, rey de los lombardos, inauguró su reinado invadiendo las posesiones de la Iglesia y el exarcado, tomando á Rávena y amenazando á la misma Roma.

El Papa San Estéban II, que gobernaba gloriosamente la Iglesia, envió embajadores á Astolfo para negociar la paz; mas el lombardo los despidió sin oírlos.

El Romano Pontífice imploró la proteccion de Constantino Copronímo; pero como los emperadores de Oriente habian abandonado ya la causa de Italia, y por otra parte no logró disuadir á Astolfo en una entrevista que celebraron en Pavia, se dirigió á Francia para pedir proteccion al rey Pipino, que le tributó los mayores honores y le prometió solemnemente prote-

ger su causa, que era la causa de Roma y de toda Italia.

Al efecto envió embajadores á Astolfo para inducirlo á retirar su ejército y devolver el territorio usurpado; y habiéndosle negado á ello con insolente arrogancia, el piadosísimo Pipino se puso á la cabeza de un poderoso ejército y marchó á Italia, arrojando á cuantos se le opusieron.

Reducido Astolfo al último extremo, hizo se al fin la paz, prometiendo el invasor devolver al Papa el territorio usurpado.

Peró apenas llegaron el Papa á Roma y Pipino á Francia, cuando el falso Astolfo volvió á tomar las armas y sitió á Roma.

Los lombardos cometieron entonces los excesos más espantosos; tanto, que al escribir el Papa, penetrado de dolor, á Pipino, en nombre de San Pedro, pidiéndole de nuevo protección, le decía que ni los paganos habían cometido jamás excesos semejantes. Y en efecto, los invasores incendiaron las iglesias, profanaron los altares y los vasos sagrados, despedazaron á los clérigos y monjes, violaron y dieron muerte á muchas religiosas, destruyeron por el fuego las mieses de la Iglesia, talaron sus campos, robaron sus ganados, arraucaron de raíz las vides, y

degollaron á gran número de personas, sin respetar á las mujeres ni aun á los niños.

Conmovido é irritado Pipino, acudió en socorro del Papa, y Astolfo, levantando el sitio de Roma, se encerró en Pavía, donde, sitiado á su vez por el rey de Francia, hizo entrega solemne de todos los dominios usurpados al Pontífice, esto es, el exarcado y todo el territorio comprendido entre el Pó y el Apenino, desde Plasencia hasta las lagunas de Venecia, y desde las márgenes del Oglio hasta el Adriático, que Pipino cedió á la Santa Sede.

Quedó Astolfo vencido y humillado; pero firme en su propósito é impaciente por vengar su afrenta, se disponía de nuevo á invadir los dominios de la Iglesia, cuando en una montería, ó derribado por su caballo, ó herido por un jabalí, ó por un rayo, murió, como dice Florez, de cualquier suerte con suerte desdichada (1).

(1) Paulo Emilio.—ANASTASIO: *In Zuber*.—Pablo Diácono.—BARONIO: A. C., 60, 64 y 766.—FLOREZ: *Clase Histórica*.

## XII.

(Constantino II, patriarca hereje de Constantinopla.

(MURIO AÑO 367 DE N. S. JESUCRISTO.)

El hereje é iconoclasta Anastasio, patriarca de Constantinopla, tuvo un digno sucesor en Constantino, monje expulsado de su convento por sus excesos, y á quien designó para la Silla vacante el gran perseguidor de la Iglesia Constantino Coprónimo, emperador de Oriente.

El odio profundo que este monje apóstata profesaba al culto de las sagradas imágenes, y sus intrigas, fueron las causas que le elevaron al Episcopado, y más tarde al patriarcado de Constantinopla.

La impiedad del falso Patriarca llegaba á tal punto, que cuando Constantino Coprónimo exigió á todos sus vasallos el juramento de no tributar culto alguno á las imágenes, preató Anastasio aquel juramento sobre la verdadera cruz

desde el púlpito de la basilica, despues de lo cual fué admitido á la mesa del Emperador, y sentado á ella al son de una música, y coronado de flores.

“Pero este favor, dice Berault-Bercastel, tuvo la misma suerte que todos aquellos que se adquieren con el pecado. Algua tiempo despues (1), por bárbaro capricho del Emperador, se hizo comparecer á este sacrilego prevaricador en un estado muy diferente, cubierto de infamia por una sentencia de deposicion, despedido á golpes y acompañado de un secretario de Estado que llevaba un libro, en el cual estaban escritos los delitos del Patriarca. Se leyeron á la vista de todo el pueblo, y á cada capítulo de acusacion sacudia el secretario con el libro la cara del acusado. Inmediatamente le hicieron subir á aquel mismo púlpito que habia servido de teatro á su impiedad; y el patriarca Nicetas, sustituido en su lugar, envió Obispos para que le quitasen el palió, despues de lo cual le hicieron salir de espaldas del lugar santo. Tal fué la ceremonia de su degradacion, que en aquel tiempo estaba en uso antes de la pena de

(1) TEOF., ann, 21, num, 25, páginas 367 y 368,

muerte, que sufrió al cabo de pocos días. La mañana siguiente á su deposición, día de espectáculo en el Hipódromo, le afeitaron la cabeza, la barba y las cejas, y despues de haberle vestido un hábito grosero de lana, sin mangas, le montaron de espaldas en un asno, guiado por un sobrino, á quien habian cortado las narices. Anduvo de este modo por toda la carrera en medio del pueblo, que le escupia y le ultrajaba de mil maneras. Al llegar al término señalado le bajaron del asno, le pusieron el pié encima del cuello, y le abandonaron á todos los insultos de populacho hasta el fin del espectáculo (1). Por último, el Emperador, cuya manía contra las imágenes no podía distraerse con objeto alguno, le envió á preguntar lo que pensaba acerca del último Concilio. Creyendo el desventurado que lograría el perdón, respondió que la fé del Emperador era ortodoxa, y que habia hecho muy bien en celebrar su Concilio. "Esto es, dijeron los enviados, lo que queríamos oír de tu boca, "anda ahora mismo, al anatema y á la reprobación eterna." Inmediatamente le cortaron la cabeza en el lugar ordinario de los suplicios, y la

(1) *Hist. Miscel.*, lib. 21, pág. 721.

colgaron por las orejas en la plaza de la Milla. Su cuerpo fué arrastrado por un pié y confundido entre los de otros ajusticiados. Su cabeza fué arrojada al mismo lugar al cabo de tres días.

### XIII.

Constantino, antipapa.

(MURIÓ AÑO 769 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte del Papa Paulo I, la Iglesia víctima de un nuevo atentado, sufrió la usurpacion de la Silla de San Pedro por un ambicioso que se hizo elegir sucesor de aquel Pontífice por la fuerza de las armas.

En efecto: apenas murió el Papa Paulo, un simple lego llamado Constantino obligó al clero á que le eligieran Sumo Pontífice, para lo cual contó con el apoyo de su hermano Foton, duque de Napi, en Toscana, que invadió á Roma con un poderoso ejército.

Más de un año estuvo el antipapa en posesion de la Santa Sede; pero la justicia de Dios no tardó en manifestarse contra el usurpador y sus cómplices.

Constantino, muerto su hermano Totou, tuvo que salir de Roma fugitivo, y al fin cayó en poder del pueblo indignado, que le arrancó la estola y las sandalias, le puso á caballo en una silla de mujer, con unas piedras muy grandes en los piés, y le llevó públicamente en este ignominioso estado al monasterio de Uslanova, de donde le sacaron luego para arraucarle los ojos, dejándole abandonado en medio de la calle, á los más espantosos dolores.

## XIV.

Jorge, obispo de Preneste.

(MURIO AÑO 769 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este Prelado, uno de los principales cómplices del antipapa Constantino, fué el que por temor, y cediendo á las exigencias del duque To-

ton, ó á sus simpatías por el usurpador, confirió á éste sucesivamente las órdenes y el Episcopado.

Pocos dias despues de la consagracion sacrilega de Constantino, el obispo de Preneste fué acometido de una parálisis que quitó el movimiento á todos sus miembros, y especialmente á su mano derecha, de tal modo, que no la podía llevar á la boca, muriendo en tan miserable estado, y agitado por una convulsion horrible (1).

## XV.

Teodoro. Obispo.

(MURIO AÑO 768 DE N. S. JESUCRISTO.)

El antipapa Constantino, elevado por la fuerza á la Santa Sede, fué arrojado de ella y de Roma por el pueblo, que, indignado al ver profanada la Cátedra de San Pedro, derrocó al usur-

(1) ANASTASIO: *in Steph.*, III.

pador, eligió canónicamente á Estéban, sacerdote del título de Santa Cecilia, y tomó por su mano terrible venganza de los partidarios de Constantino.

Al obispo Teodoro, auxiliar del antipapa le sacaron los ojos, le cortaron la lengua, le confiscaron sus bienes y le encerraron en el monasterio del monte Escuro, donde murió de hambre y de sed, pidiendo en vano agua con gritos desgarradores.

Passif, hermano de Constantino, sufrió también el horrible castigo de que le sacaran los ojos, encerrándole después en el monasterio de San Silvestre. Sus bienes, así como los del obispo Teodoro, fueron confiscados.

### XVI.

Constantino VI, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 715 DE N. S. JESUCRISTO)

Este monarca, digno hijo de Leon Isáurico, y cuyas crueldades compitieron con las de Ne-

ron y Diocleciano, fué llamado *Oprónimo* porque, al ser bautizado, manchó la pila con ensangüaduras; *Iconoclasta*, porque heredó de su padre el odio contra las sagradas imágenes y el *Caballino*, porque gustaba tanto del olor del excremento de caballo, que lo hacía quemar en su palacio como un riquísimo perfume.

Durante su reinado persiguió á los cristianos con una crueldad inaudita, complaciéndose en asistir, revestido de las insignias imperiales, á su condenacion y á su muerte en los suplicios más atroces. Unos eran arrojados al mar, á otros se les sacaban los ojos, y á otros se les golpeaba la cabeza con unas tablas en que habia pintadas imágenes.

Las reliquias de los Santos eran arrojadas á las alcacas, ó echadas al fuego con huesos de animales, para impedir que fuesen veneradas sus cenizas.

Una enfermedad mortal y misteriosa, que se desarrolló en el imperio, advirtió á Constantino VI la santidad del culto que perseguía, pero el tirano desoyó la voz del cielo, y los Estados de aquel monstruo sufrieron todos los horrores de la epidemia. Anunciábase el mal con unas señales semejantes á manchas de aceite, que se imprimían en los vestidos, y en las puertas y

paredes de las casas. A estas señales misteriosas seguía el extraño fenómeno de caer los invadidos en una especie de vértigo, durante el cual veían espectros horribles que los perseguían, y que herían y mataban á cuantos encontraban. El año 748 esta extraña epidemia tomó tal intensidad, que en Constantinopla murió la mayor parte de sus habitantes. Los vivos no bastaban para enterrar á los muertos, cuyos cadáveres eran arrojados á los pozos, y aun á las cloacas ó sepultados en fosas inmensas abiertas en los campos. En una palabra, esta peste horrible despobló á Constantinopla en el espacio de tres meses (1).

El Emperador no se dió por vencido, y algunos años despues, en el 763, y en los primeros dias de Octubre, se sintió un frío tan intenso, que se suspendieron todos los negocios, y se llegó á creer que el imperio quedaria completamente despoblado. El Bósforo y el Ponto Eaxino se helaron en un espacio de unas sesenta leguas, desde el mar de Mármara hasta los bocas del Danubio. En muchos parajes el hielo tenía cuarenta y cinco piés de espesor, cayendo des-

(1) Teófanos.—Nisíforo.—Zonaras.

pués sobre esta inmensa capa de hielo otra de nieve de treinta piés. En el mes de Febrero del año 764 causó además horribles desastres una lluvia copiosísima, que inundó muchas comarcas del imperio. Los témpanos de hielo, arrastrados por el viento en inmensas montañas flotantes, y arrojados sobre la costa, quebrantaron las murallas de muchas ciudades, y amenazaron hasta la ciudad de Constantinopla.

En el mes de Marzo siguiente el aire se sentía abrasador como si estuviera inflamado por millares de hogueras. No parecia sino que las estrellas habian caído de los cielos, y que el mundo estaba en su agonía. Apenas cesaron estos desastres, sobrevino una sequedad espantosa. La mayor parte de los rios y las fuentes se secaron con los vientos abrasadores (1).

El Emperador continuó, á pesar de todo, inexorable, y al fin llegó el día de las divinas venganzas. El año 775 Constantino VI marchó contra los búlgaros; pero apenas se habia alejado de Constantinopla, fué herido por la mano de Dios. Devorados sus piés por carbunclos, y to-

(1) Teófanos.—Nisíforo.—Cedrenea.—Zonaras: *Hist. Miscel.*

do él por una calentura abrasadora, sufría horriblemente.

*Me abraso vivo, decía frecuentemente, en un fuego inextinguible, y siento ya las llamas del infierno por los ultrajes que he hecho á la Virgen María y á los Santos.*

Por último, se embarcó para restituirse á la capital; pero la muerte le sorprendió en alta mar el 14 de Setiembre del año 775 (1).

Después de enterrado, sufrió también los efectos de la cólera divina. Su sepultura y sus restos mortales sufrieron las mismas profanaciones que él cometió con las sagradas reliquias. Su cadáver fué exhumado y arrojado en una hoguera, y sus cenizas esparcidas por el viento. Tampoco se respetó su sepulcro, que fué completamente destruido. De Constantino Coprónimo solo queda su nombre y su memoria, execrados por la posteridad (2).

(1) Teófanos.—Nicolforo.

(2) Codrense.—TEOFANES: *Hist. Miscel.*—LEBEAU: *Hist. de l'Est-Empire*, t. XIV, lib. LKV.

## XVII.

Desiderio, ó Didlar, rey de Lombardia.

(MURIO AÑO 774 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Astolfo, le sucedió en el trono de Lombardia su antiguo condestable Desiderio, cuya elección fué aprobada por el Papa Estéban III, á condición de que respetaría los Estados de la Iglesia, como lo prometió solemnemente. Sin embargo, heredó la rapacidad de su antecesor contra la Santa Sede, y con el fin de hacerse dueño de Italia, suscitó un cisma á la muerte de Paulo I; pero viendo que no conseguía nada por la astucia, apeló á la fuerza, é invadió los Estados de la Iglesia.

El Papa Adriano I, que ocupaba entonces la Silla de San Pedro, pidió socorro á Carlomagno, que, tan celoso como su padre por la gloria de

la Iglesia, y resentido con el lombardo, pasó los Alpes, derrotó á Desiderio, tomó á Pavia, y haciendo prisionero al Monarca invasor y á toda su familia, le privó del trono, obligándola á reconocer su yerro y sentir el castigo, cuando decía á su hijo: "Por elevar un trono más grande, cavé tu sepultura."

Quedó, pues, confirmado el Papa en su soberanía temporal, y dueño Carlomagno de la Lombardía, que fué borrada para siempre del mapa de las nacionalidades.

## XVII

Leon IV, emperador de Oriente,

(MURIO AÑO 780 DE N. S. JESUCRISTO.)

Leon IV sucedió á su padre Constantino Coprónimo en el trono; y aunque al principio se mostró piadoso y favorable al estado religioso,

continuó despues la guerra iniciada por aquel contra las sagradas imágenes.

El día 8 de Setiembre del año 780, y hallándose en los oficios en la iglesia de Santa Sofia, se prendó este Monarca impío de una magnífica corona guarnecida de piedras preciosas, y entre ellas de un carbunco de inestimable valor, que adornaba el altar de la Basílica, se apoderó de ella; la colocó sobre su cabeza, y se la llevó. Al llegar al palacio se llenó su cabeza de carbunclos, que le produjeron una fiebre tan intensa, que le ocasionó la muerte en el mismo día, á la edad de treinta años (1).

(1) Toffanes.—LEBEAU: *Hist. du Bas-Empire*, tomo XIV, lib. LXV.

## XIX.

Adalberto, ó Adalberto, hereje.

MURIO SIGLO VIII DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNO-  
RA EL AÑO.

Este impostor, natural de Francia, apareció en el siglo VIII en Alemania, donde comenzó á propagar una extraña y contradictoria mezcla de errores religiosos, despues de haber conseguido, por su mentida piedad, ser elevado al sacerdocio y al Episcopado.

Por una parte rechazaba el culto de los Santos y la confesion, y declamaba contra las peregrinaciones, y por otra enseñaba una carta que suponía escrita por Jesucristo y caída del cielo en Jernsalem, desde donde decía se la había traído el arcángel San Miguel. Adalberto combatía además las iglesias, y al mismo tiempo erigia en los campos pequeños oratorios, en los que introducía prácticas paganas.

Por un lado rechazaba el culto de los Santos y confesiones, y por otro distribuía sus cabellos y los recortes de sus uñas como si fuesen santas<sup>8</sup> reliquias.

El a Apóstol de los alemanes, San Bonifacio obtuvo la condenación de este visionario en el Concilio de Scissons, celebrado en 744. Esta sentencia no bastó á contenerle; condenado nuevamente por un Concilio de Alemania, fué encerrado en una prisión por autoridad de los príncipes. Adalberto logró escapar al poco tiempo de su encierro; pero como volvió á incurrir en sus errores y extravagancias, fué condenado por tercera vez, excomulgado y depuesto en un Concilio de Letran celebrado al efecto por el Papa Zacarías en el año 745, á instancia de San Bonifacio.

Perseverando Adalberto en sus errores, á pesar de los anatemas de la Iglesia, fué degradado en Maguncia y encerrado en el convento de Falda, de donde se escapó; pero muy cerca de esta ciudad fué robado y muerto por unos porqueros. (1).

(1) WETZER y WELTE: *Diccionario enciclopédico de Teología*.—MORERY: *Diccionario histórico*.

## CAPITULO VI.

## SIGLO IX.

Sumario.—I. Irene, emperatriz de Oriente.—II. Nicéforo I.—III. Leon V, el Armenio.—IV. Miguel II, el Tartamudo.—V. Teófilo, emperador de Oriente.—VI. Abderraman II, califa de Córdoba.—VII. Bardas.—VIII.—Miguel III el Borracho.—IX. Focio.—X. Basilio I, el Macedonio.—XI. Teodoro Santabareno.

## I.

Irene, emperatriz de Oriente.

(MURIO AÑO 802 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Leon IV, esposo de Irene, subió al trono su hijo Constantino VII, que solo contaba diez años. Por esta circunstancia tomó las riendas del Estado la emperatriz Irene, oéla-

bre por su talento, por su astucia y por su hermosura, que gobernó con una mezcla escandalosa de virtud y de vicios, de cristianismo y de herejía. Su ambicion de mando le impulsó, para asegurarse en el gobierno, á deshacerse de los dos hermanos de su marido. Constantino privó luego del gobierno á su madre, adquiriéndose con sus vicios y sus violencias muchos enemigos en su imperio. La emperatriz Irene aprovechó entónces esta ocasion para reinar por sí sola, y se apoderó de su hijo, á quien hizo sacar los ojos. Este crimen nefando horrorizó al mismo cielo, pues, segun afirma Teófanos, el sol estuvo eclipsado durante diez y siete dias en Constantinopla.

Por último, el patricio Nicéforo se hizo proclamar Emperador, y desterró á la Emperatriz á la isla de Lesbos, donde, reducida á hilar para vivir, murió miserable y humillada la que sacrificó á su ambicion de mando hasta el sentimiento de maternidad (1).

(1) OEDRENIUS: *In Compend.*—CRANTS., lib. I, capítulo XV, *Metrop.*—ZONARAS, tom. III.—TEOFANES Y BARONIO: *La Ansal.*—LEBEAU: *Hist. du Bas-Empire*, tomo XIV, lib. LXXV.

## II.

Nicéforo I, el Logotheta ó canceller, emperador de Oriente

(MURO AÑO 811 DE N. S. JESUCRISTO)

El año 802 tomó las riendas del imperio Nicéforo, antiguo canceller del Emperador; y aun que al principio se esperó mucho de su gobierno, burló las esperanzas de sus súbditos, pues fué uno de los príncipes más impíos y crueles que afligieron á Oriente. Desde luego dispensó toda su proteccion á los iconoclastas y maniqueos, que se entregaron á su sombra á las mayores abominaciones. Nicéforo, por su parte, era esclavo de toda clase de vicios, aunque procuraba encubrirlos con cierta apariencia de virtud, y hablaba siempre con el mayor desprecio de la Iglesia romana y de los Prelados.

Hé aquí el retrato que hace de este príncipe Berault-Bercastel:

“El emperador Nicéforo se distinguia solo por su impiedad, su crueldad y su avaricia, y se alababa, no obstante, con extravagante seguridad, de que era el único Emperador que habia sabido gobernar. Rayó tan alto su locura, que no reconocia providencia ni poder superior al ingenio que él creia tener para el gobierno. Era muy apasionado de los paulicianos, ó nuevos maniqueos, que infestaban la Frigia y la Licia, su país natal: tenia entera confianza en sus oráculos y sus supersticiones; y siendo un hombre que se gloriaba de espíritu fuerte, que queria igualarse en algun modo al espíritu de Dios, recurría, no obstante, á los más ridículos prestigios. Mandó coser al revés el vestido de su concurrente Bardanes, y suponía que con este encanto le habia reducido á dejar el imperio (1). Viósele tambien, imitando la supersticion de los persas, atar un toro por las astas á un poste de hierro, con la cabeza metida en un oyo, y asegurarle hasta que el animal espiraba furiOSO, deshaciéndose y bramando espantosamente. Dió entera libertad en el imperio á los maniqueos, que blasfemaban públicamente contra las imágenes, y llevaba muy

(1) THEOPH., ann. 7. pág. 419.

á mal que el Patriarca los reprendiese. De órden suya se alojaban los soldados en las casas de los Obispos y en los monasterios, y trataban como esclavos á los Obispos, á los clérigos y á los monjes. Aplicaba á usos profanos los bienes eclesiásticos que podía, y se reía impudentemente de la piedad de los fieles, que habia ofrecido á Dios parte de sus posesiones. En la repartición de tributos con que oprimia á los pueblos, se complacia en cargar la mano á los establecimientos de piedad, á los hospitales, á los hospicios de huérfanos y ancianos, y á las iglesias y monasterios, aunque fuesen de fundación imperial. . . . Execitó, por último, de tal modo el ódio público, que el patricio Nicetas, uno de los señores más fieles que tenia, le dijo saliendo ambos de Constantinopla para marchar contra los búlgaros: "Señor, contra nosotros grita todo el mundo; y si nos sucede alguna fatalidad, ¡qué nos tenemos que temer!" El Emperador respondió furioso: "Dios me ha endurecido el corazón como á Faraon: nada bueno esperéis de Nicéfor (1)."

(1) THEOPH., ann.9, pág. 414.—*Historia general de la Iglesia*, traducida por Balzá, lib. XXIV.

Antes de marchar á la guerra envió emisarios á San Teodoro Estudita, á quien habia desterrado por la firmeza con que condenó sus escándalos. El fin del Emperador era atraer á su causa al santo monje; más éste, respondiendo como si se dirigiese al mismo Emperador, dijo: "Vos debéis arrepentiros de vuestras faltas, ántes que el mal no tenga remedio; puesto que no contento con arrojaros vos en el precipicio arrastrais tambien á los demás, el que todo lo vé os declara por mi boca que no volveréis de la expedición que vais á emprender."

En efecto: la profecía de San Teodoro se cumplió. Cercado Nicéforo y su ejército por una verdadera muralla de leña y de árboles que arancaron los búlgaros, el Emperador no se apercebó de ello sino demasiado tarde, exclamando: "Estamos perdidos." Aquella misma noche los búlgaros incendiaron el cerro, y entrando en el campo de los griegos, hicieron una horrosa carnicería.

Nicéforo pereció tambien aquella noche á manos de los bárbaros, y su cabeza, clavada en la punta de una pica, sirvió de trofeo á los búlgaros. De su cráneo, engastado en plata, hizo contruir el rey Oruno una copa, en la que bebieron los príncipes de los slavos, según la cos-

tambre de los scitas, cuando fueron á felicitarle por su triunfo (1).

Leon V, el armenio, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 820 DE N. S. JESUCRISTO)

Elevado Leon V al trono de Constantinople, con oplauso de todo el imperio, fué coronado por el patriarca Nicéforo, despues de haber hecho públicamente el Emperader protestacion de fé cristiana.

Al principio correspondió á las esperanzas que de él se habian concebido; pero en el año segundo de su reinado se declaró por la herejía iconoclasta, en que habia sido educado, cediendo

(1) TEOFANES: *In Chron.*—Cedrenus y ZONARAS; *In Anac. Grav.*—Fleury y Lebeou.

á las sugestiones de un mentido profeta, que le prometió en cambio treinta y dos años de reinado, y que reinarian sus sucesores hasta la cuarta generacion.

Desde entónces Leon V, despues de haber manchado sus manos con la sangre de sus parientes, reprodujo en todo el imperio los crímenes y sacrilegas profanaciones del Isáurico y de Coprónimo.

A fin de abolir el culto de las imágenes empleó la astucia y la persuasion con los grandes y los Obispos, invocando el deseo del pueblo y su mision de sostener el orden y la paz en el imperio; y aunque se fingia neutral y propuso varias conferencias entre los cristianos y los herejes, al mismo tiempo protegía y favorecía á éstos, privando á aquellos de todos los medios de defensa, y hasta de servirse de los libros de las bibliotecas.

El patriarca Nicéforo y otros muchos Prelados se opusieron resueltamente á los planes heréticos del Emperador; pero Nicéforo tuvo que huir de Constantinople, siendo nombrado por Leon para sustituirle en la Silla un escudero llamado Teodoro, hombre falto de ciencia, y de licenciosas costumbres.

Los iconoclastas, triunfantes ya en la capital y en las provincias, destruyeron muchas imágenes y cometieron horribles sacrilegios en el tiempo santo de la Pascua.

Pasadas que fueron las fiestas, el emperador Leon reunió á los Obispos herejes y apóstatas en un conciliábulo, en que fué condenado el sétimo Concilio general, y proscribió el culto de las sagradas imágenes, promoviendo una violenta persecucion contra los cristianos. Los Obispos herejes obligaron á asistir á algunos Prelados ortodoxos, con la esperanza de corromperlos; pero viendo que perseveraron en la fe, los acometieron furiosos, despedazaron sus sagradas vestiduras, y arrojándolos por tierra, les fué poniendo el pié sobre el cuello cada uno de los herejes. Despues los hicieron salir á empujones, escupiéndolos y dándoles tantos golpes en la cara, que muchos de ellos salieron bañados en su sangre.

Por aquel tiempo, la impiedad y crueldad de Leon atrajo sobre el imperio, como bajo los reinados del Isáurico y de Coprónimo, grandes terremotos, sequías, pestes, hambres y todas las plagas que pueden afligir á un pueblo.

Por último, el mismo Emperador, excomulgado por el Papa Pascual I en el año 818, y abor-

recido de todos sus súbditos, fué asesinado en la capilla de palacio por los partidarios de Balbo, que sacaron á este de la prisión en que le tenia encerrado el tirano, y le colocaron sobre el trono (1).

## IV

Miguel II, el Balbo, ó Tartamudo.

(MURIO AÑO 829 DE N. S. JESUCRISTO)

Hallábase Miguel preso por orden de Leon V, el Armenio, que se proponia hacerle matar al dia siguiente de la fiesta de la Natividad de N. Señor Jesucristo, cuando el Emperador fué asesinado por los partidarios de Miguel, que sacaron á este de su prisión y le elevaron al trono.

(1) Zonaras.—Blondus,

Al principio de su reinado permitió se restableciera el culto de las imágenes; pero cuando creyó afirmada su autoridad con la derrota y muerte de Tomás, su competidor, se declaró contra los cristianos, llevando su soberbia y su impiedad hasta el punto de querer crear una nueva religión, compuesta de los errores de los judíos, maniqueos y monoteístas, y de contraer una unión sacrilega con una religiosa llamada Eufrosina,

El santo monje Metodio, uno de los principales defensores de la fé, y que despues llegó á ser patriarca de Constantinopla, sufrió por entonces la pena de setecientos azotes, y San Eutimio, obispo de Sardis, célebre ya por su celo y por haber sufrido dos destierros, espiró en los tormentos. Además se cometieron otras muchas violencias, y hasta se cerraron las escenas públicas y se prohibió á los niños estudiar, á fin de que no se propagara la doctrina ortodoxa.

Por aquella época comenzó á sufrir el Emperador el castigo del cielo, pues los sarracenos se apoderaron de la isla de Creta, la Dalmacia se rebeló contra su poder, y la Sicilia, la Calabria y la Palla fueron entregadas por Esfemio á los infieles.

Miguel II murió al fin de frenesí y desconcerto, como dice el P. Flores, despues de haber vivido desconcertado y frenético (1).

## V.

Teófilo, emperador de Orienté.

(MURIÓ AÑO 842 DE N. S. JESUCRISTO.)

Teófilo, hijo de Miguel Balbo y asociado por éste al imperio, le sucedió en el trono.

El nuevo Emperador mostró al principio gran celo por la justicia, y aun por la Religión, é hizo florecer el comercio, protegió las ciencias y las letras, y hermoseó la capital con sus suntuosos edificios; hasta que, entregándose á la manía de los griegos por las disputas sobre religion, se declaró iconoclasta, é inauguró una nueva perse-

(1) *Clave historial*, siglo IX.

cucion, en la que excedió á su padre en impiedad y crueldades, porque, no solo hizo borrar y quemar las imágenes, sino que llenó las cárceles de cristianos, de monjes y de Prelados; prohibiendo con tal rigor á todos los fieles presentarse en las ciudades, y aun en el campo, que muchos de ellos murieron de hambre en los monasterios y en otros lugares, donde se habian ocultado á las iras del Emperador.

Otros muchos cristianos, que se negaron valerosamente á renegar del culto de las imágenes, fueron cruelmente martirizados, y entre ellos los Santos Teodoro y Teófanes, que despues de haber sido bárbaramente azotados, les grabaron en el rostro, por medio de incisiones y picaduras, unos versos en que se decía que por no renunciar á sus supersticiones habian sido desterrados de Constantinopla como dos vasos de iniquidad y marcados en el rostro como dos malhechores.

Entre tanto el Emperador declaró la guerra á los sarracenos; y aunque al principio estuvo de su parte la fortuna, al fin fué la causa de su muerte, pues las victorias conseguidas por los moros, y la venganza que éstos tomaron de los habitantes de Amorio, ciudad natal de Teófilo, le causaron tanta pena, que le costó la vida.

## VI.

Abderraman II, califa de Córdoba.

(MURIO AÑO 846 DE N. S. JESUCRISTO.)

En la época de mayor preponderancia para los musulmanes, en que reinaba en Córdoba Abderraman II; cuando el emperador de Constantinopla Teófilo buscaba la alianza del califa; cuando la marina musulmana recorría las costas de la Galia meridional y de la Toscana, dominaba el Mediterráneo y hacia temblar á Europa, y los sarracenos de Africa ó de España, que esto no lo determinan los historiadores, llevaban el saqueo y el incendio á las puertas de la misma Roma, los cristianos de Córdoba comenzaron á sentir los rigores de la persecucion.

La extraña libertad de culto que los musulmanes permitieron á los españoles; el horror con que instintivamente se miraba á moros y cristianos; el abuso que aquellos hicieron de su

poder como dominadores contra los vencidos, y el exagerado celo de algunos fieles, que ansiaban morir por la fé de Cristo, dió lugar á que el poderoso Abderraman, que tenia fama de príncipe humanitario y generoso, se convirtiese para los cristianos en implacable y sanguinario verdugo, atrayendo sobre sí la cólera del cielo, y su castigo.

Nuestras crónicas dicen que, asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos á orilla del río, los mandó quemar; y que, ejecutado esto, le acometió un accidente, de cuyas resultas murió aquella misma noche (1).

## VII.

Baetas, César del imperio de Oriente.

(MURIO AÑO 666 DE N. S. JESUCRISTO.)

El imperio de Occidente habia caído para siempre bajo el peso de la espada de los bárba-

(1) LA FUENTE: *Historia general de España*, parte 2.<sup>a</sup> lib. I,

ros, y la soberanía de los Pontífices habia sustituido en Roma á la de los Césares, cuando el imperio de Oriente caminaba á pasos agigantados á su ruina por la impiedad de sus Emperadores.

Constantinopla habia dejado de ser la capital del piadoso Constantino, para convertirse en asiento de Constantino Coprónimo, de Leon Isáurico y de Miguel III; y su Silla patriarcal, sólo donde brillaron la piedad y virtudes de Atanasio ó Ignacio, llegó á ser cátedra de escándalo de los Nestorios y Focjos. Natural era que, siguiendo esta funesta gradacion, ascendieran al trono de Bizancio los Bayacetos y Mahomet, y que la profanada Basílica de Santa Sofía se convirtiese en mezquita mahometana.

Roma, la Ciudad Santa, la Catedral de San Pedro, permaneció fiel á sus creencias, y con su fé conservó su libertad. Constantinopla se levantó en su soberbia, por ridícula rivalidad, para acudir el dulcísimo yugo de los Pontífices, y el cielo la castigó sujetándola á la ominosa esclavitud de los Sultanes y califas. Europa entera llora hace cuatro siglos aquella catástrofe, y la vergüenza de ver reflejadas en las aguas del Bósforo las medias lunas de las torres y mezquitas que se levantan arrogantes sobre sus

costas; pero Constantinopla no será libre mientras los griegos no se sometan á la autoridad de Pedro y renuncien á la memoria de Focio.

La Iglesia llora tambien la esclavitud de la antigua Bizancio, y llora la muerte de sus hijos extraviados y alejados de su seno: su mayor y más constante aspiracion es atraerlos á su redil, y más de una vez ha tratado de realizar la union de las Iglesias latina y griega; pero la justicia de Dios no debe estar todavía satisfecha, porque tan generosos esfuerzos no han dado resultado alguno.

Apenas hace seis años, el inmortal Pio IX hizo un llamamiento á los Obispos griegos, exhortándolos á que asistieran al Concilio ecuménico del Vaticano; mas los cismáticos rechazaron aquella invitacion, y el cisma griego vive todavía.

Pues bien: el impio Bardas, tio del emperador de Oriente, el mismo Emperador y Focio, patriarca intruso de Constantinopla, fueron los que levantaron aquel cisma sobre los cimientos construidos por Leon Isaurico y demás iconoclastas.

El infame Bardas, hermano de la emperatriz Teodora, con ánimo sin duda de ganarse el afecto del Emperador, su sobrino, comenzó á halar

gar sus pasiones, inclinándole á toda clase de desórdenes.

Desgraciadamente la emperatriz tuvo la debilidad de alejar demasiado tarde á Bardas de la corte, y despues la debilidad mucho mayor de alzarle el destierro, á instancia de Miguel III.

Berant-Barcastel, al hacer el retrato de este malvado, dice que "le eran indiferentes todos los medios que podian contribuir á mantenerle en su dignidad, y que no hacia gran distincion entre la gloria y el deshonor del Soberano. Reducíase su único estudio á aprovecharse de la ineptitud y de los vicios de su sobrino, sin dejar él tampoco de entregarse á las pasiones más disolutas; y esto con tan poco miramiento y atencion á su propia dignidad, que llegó al extremo de separarse de su mujer para vivir públicamente con su nuera (1)."

Tal era el hombre á quien la Emperatriz permitia volver á la corte, y que causó su ruina, la del Emperador su hijo, y la del imperio.

En efecto: apenas volvió Bardas á Constantinopla, despojo de su autoridad á Teodora, que

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldó, lib. XXVI.

dando el señor absoluto del imperio, y convirtiéndose la corte en receptáculo de todos los vicios.

No contento todavía Bardas, encerró en un monasterio á la virtuosa Emperatriz, empuñándose en que el patriarca San Ignacio la cortase el pelo y diese el velo á viva fuerza; pero el Santo Prelado se negó con firmeza á ejecutar tan bárbaro mandato. Posteriormente el mismo Patriarca, que habia exhortado varias veces en vano á Bardas para que abandonase su licenciosa vida, le negó públicamente la comunión en el día de la Epifanía, fundándose en los incestuosos amores que sostenia con su propia nuera, y esto fué lo bastante para que el ministro jurara la perdición del Patriarca.

Al efecto le acusó de una conspiracion cuya trama habia urdido él mismo, é Ignacio fue desterrado á la isla de Terebinto.

El César eligió para sucederle al impio Focio, simple lego, que en seis dias recibió todas las órdenes sagradas de manos del arzobispo cismático de Siracusa, y fué elevado á la primera Silla de Oriente.

El Patriarca legítimo y los eclesiásticos adictos á su causa fueron cruelmente perseguidos.

Desde aquella época llora la Iglesia las consecuencias del cisma griego, que arrancó de su seno á muchos de sus hijos, rompiendo su unidad, hasta entónces inquebrantable.

El infame Bardas, causa principal de tantos males, despues de haber corrompido al Emperador y al imperio, y de haberse corrompido él mismo, recibió el castigo de tanta infamia del mismo Miguel III, que, esclavo de la autoridad omnimoda que se habia abrogado el César, le hizo asesinar en su presencia.

## VIII.

Miguel III, el Borracho, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 867 DE N. S. JESUCRISTO)

Por muerte de su padre Teófilo, fué elevado al trono Miguel III, que comenzó á reinar bajo la tutela de su madre la emperatriz Teodora, mujer piadosísima y de gran prudencia, que res-

tabajó el culto de las sagradas imágenes. Pero desgraciadamente la Emperatriz tenía un hermano, llamado Bardas, hombre tan astuto como cruel, que fué uno de los principales fautores del cisma, y el corruptor de su sobrino Miguel III, y que, cioso de la tutela y poder de Teodora, aconsejó al Emperador la despojara de su autoridad y reinara por él solo.

De esta manera logró Bardas alejar á la Emperatriz, y desde entonces, libre ya de todo freno Miguel III, inclinado por naturaleza á toda clase de excesos, no solo cometió muchos crímenes é infamias, sino que hacia gala de aventajar á Nerón, Calígula y Heliojóbaló por sus abominaciones, y se burlaba públicamente de los misterios de la Religión.

“El Emperador Miguel, hijo de Teófilo, y, según Teófanes, tan impío como Focio, no conocia la circunspeccion ni la reserva, ni tenia la menor idea de dignidad y decencia. Entregado este jóven príncipe á todo género de excesos, solo se ocupaba, como Nerón, en regir las riendas de su carro en los juegos públicos. Rodeábase de continuo una turba de infames libertinos, que por órden suyo se vestían los ornamentos sagrados, en desprecio de la Religión, y ridiculizaban sus más augustas ceremonias: á

Grilo, jefe de aquellos hombres corrompidos, llamaba patriarca, y á los demás les daba el nombre de once Prelados principales encasgones de Constantinopla, tomando él mismo el título de metropolitano de Colonia, que era el duodécimo. Todos reunidos, remedaban los cánticos de la Iglesia, con instrumentos músicos, y echando vinagre y mostaza en vasos de oro, ricamente guarnecidos de preciosísimas piedras, se moraban sacrilegamente de la comunión (1).”

Su madre, que no ignoraba sus faltas, reprendía sin cesar á Miguel, y condenaba sus vicios; pero cansado de sus amonestaciones, y seducido por los consejos de su tío Bardas, mandó encerrar en un monasterio á la virtuosa Emperatriz, para entregarse con entera libertad á toda clase de excesos.

El impío Bardas, creído por Miguel, César del imperio, sustituyó entonces en el gobierno á la piadosísima Teodora; el patriarca de Constantinopla fué despojado de su Silla y condenado al destierro: el astuto Focio, nombrado para sustituirle, celebró un conciliábulo contra San Ignacio, y aun contra el Papa, y el Emperador

(1) Lib. IV, números 31, 36 y siguientes.

solo se cuidó de dar rienda suelta á todas sus pasiones, mientras su privado y el falso Patriarca llevaban á cabo su obra.

La Santa Sede opuso á las decisiones del concilio de Focio la condenacion de éste, la deposicion de San Ignacio y de los demás Obispos depuestos, y la confirmacion del culto de las imágenes; pero, apoyados los herejes por el poder imperial, permanecieron en sus puestos.

El Papa, escribiendo entónces al Emperador, decia: "La Santa Sede ha hecho lo que debia; lo demás depende de Dios." Y, en efecto, al poco tiempo Bardas fué asesinado de órden de Miguel III, que asoció al imperio á Basilio Macdonio.

Al año siguiente el mismo Emperador, disgustado con el nuevo César, dió órden para que le matasen en una cacería; pero habiendo errado el golpe, hizo Basilio que asesinasen á su colega, en ocasion en qua le sorprendieron en completa embriaguez.

## IX.

Focio, patriarca de Constantinopla.

(MURO AÑO 891 DE N. S. JESUCRISTO.)

Quando los excesos y la impiedad de Bardas le impulsaron á deponer y desterrar á San Ignacio, patriarca de Constantinopla, que con evangélica firmeza condenaba sus vicios y se oponia á sus heréticos designios, resolvió elevar á aquella Silla á un hombre que secundase todos sus planes. Su eleccion recayó en Focio, su cuñado; y, dados los designios del César, no pudo ser más acertada.

Era Focio secretario íntimo del emperador, comandante de su guardia, y uno de los griegos mas instruidos de su tiempo, pero por extremo ambicioso, astuto é hipócrita; y aunque al principio rehusó con mentida modestia la alta digni-

dad que se le ofendía, al cabo se quitó la máscara, y consintió recibir en seis días, de manos de Gregorio, arzobispo de Siracusa, depuesto por San Ignacio, todas las sagradas órdenes, porque Focio era simple lego.

Pero como muchos Obispos protestaron contra aquel atentado, y otros exigieron para reconocer al nuevo patriarca la condición de la espontánea renuncia de San Ignacio, negándose éste con entereza á resignar su dignidad, reunió Focio un falso Concilio, compuesto de sus parciales y de los de Bardas, que depuso á San Ignacio, fundándose en que había sido elegido y consagrado contra lo prescrito en los cánones, y en que había conspirado contra el Emperador.

Al mismo tiempo escribió Focio al Papa implorando su protección para extirpar de una vez á los iconoclastas, y rogándole que enviase Legados á Constantinopla. En estas cartas decía, por incidencia, que Ignacio, imposibilitado por su ancianidad, había renunciado su Silla, y que el nuevo Patriarca estaba ya en posesión de ella. Focio añadía en términos ampulosos que había sido necesario emplear la violencia para hacerle aceptar el cargo de Patriarca, tan pesado aun para los hombros de un ángel, añadiendo á este cuadro una larga profesión de fé ortodoxa.

Una numerosa diputación de Obispos y de cortesanos, de la que formaba parte uno de los tíos del Emperador, fué portadora de aquella carta y de magníficos presentes para el Papa.

A pesar de todo, el Papa desconfió, y envió á Constantinopla, en calidad de Legador, á Zicarrías, obispo de Agnani, y á Rodoaldo, obispo de Porto, encargándoles se informasen de la verdad de los hechos, y se abstuviesen de toda relación eclesiástica con Focio. Al mismo tiempo les entregó unas cartas para el Emperador y para el intruso, en las que reprendía á este último por su rápida elevación desde el estado lléico á una de las más altas dignidades eclesiásticas, y declaraba que no le reconocía hasta que los Legados examinasen detenidamente el asunto.

Focio apeló de nuevo á su astucia, detuvo á los Legados en Constantinopla, y á fuerza de intrigas, de promesas y amenazas, consiguió que aprobasen en un Sínodo la deposición de Ignacio y su elección.

Por último, se presentaron testigos falsos de todas las clases del clero y de los fieles, los cuales declararon bajo juramento que San Ignacio se había apoderado de su Silla de una manera anticanónica. San Ignacio fué depuesto, y des-

de entónces comenzó á publicarse por todas partes que San Ignacio habia sido disituido por un Concilio ecuménico, reñido con consentimiento del Papa, y que Focio habia sido reconocido como Patriarca legítimo.

Focio escribió de nuevo al Papa, remitiéndole unas actas apócrifas del Concilio, y tratando de justificar su elevacion y su conducta. Al poco tiempo recibió tambien el Padre Santo la apelacion que en nombre de San Ignacio elevaban á la Santa Sede los Obispos y monjes fieles á su legítimo Patriarca, y una relacion fiel de todo lo ocurrido. El obispo de Agnani, que habia asistido al conciliábulo como Legado, confesó su falta, corroborando la verdad de los hechos, y en su consecuencia se celebró un Concilio en Roma, que depuso á Focio, comunicándole con la excomunion si no renunciaba á sus pretenciones; pero Focio no se sometió á aquella sentencia, y el año siguiente el Papa Nicolás lanzó contra él los anatemas de la Iglesia.

Focio, el más genuino representante del fariseísmo de la iglesia griega, herido entónces en su orgullo, reñó un nuevo Concilio, que llamó ecuménico y excomulgó al Papa.

Se ignora el número de Obispos griegos que firmaron las actas de este Concilio, y es de creer

que fueran pocos; pero Focio agregó al corto número de firmas los votos de más de mil Obispos, sacerdotes y patrios de su partido, que en su mayor parte no tuvieron la menor noticia de la celebracion de semejante asamblea.

No contento todavía Focio, acusó de herejía á todos los occidentales en una circular dirigida á los Patriarcas y Prelados de Oriente. Cuando la Iglesia latina se preparaba á rechazar aquella acusacion, la muerte de Miguel III y la de Bardas devolvieron la paz á la Iglesia, porque, aclamado emperador Basilio el Macadonio, destituyó á Focio, lo arrojó de Constantinopla, y restituyó en su Silla á San Ignacio.

Pero la astucia de Focio no reconocia obstáculos, y con el tiempo, fingiendo reconciliarse con San Ignacio, y adulando al Emperador, se rehabilitó en la corte; tanto, que á los tres dias de muerte el Patriarca ocupó de nuevo la Silla patriarcal, siendo confirmado en ella por el Concilio celebrado en Constantinopla el año 879, donde empleó de nuevo sus intrigas y falsedades, engañando por segunda vez á los Legados del Papa. Así fué que cuando Juan VIII, que gobernaba entónces la Iglesia, supo que Focio, lejos de confesar su falta, habia tergiverado sus cartas y rechazado el octavo Concilio general, lo

excomulgó solemnemente, así como sus sucesores Martino II y Adriano III.

Por último, el impío Focio, causa principal del cisma griego, y autor de la herética doctrina que sostenía que el Espíritu Santo no procede del Padre, fué perseguido por los mismos que sostuvieron sus errores, y destituido por el emperador Leon, que le encerró en el convento armenio de Bordi, donde murió cinco años después.

Tal fué el fin de este hombre, que habló siempre como un santo, y obró como un malvado.

## X.

Basilio I, el Macedonio, emperador de Oriente.

(MURIO AÑO 886 DE N. S. JESUCRISTO.)

La muerte del César Bardas, ejecutada de orden del emperador Miguel III por Basilio el Macedonio valió á éste el ser creado César en sustitucion de su víctima. Al poco tiempo, el

asesinato del emperador Miguel, consumado por orden del mismo Basilio, le elevó al imperio.

Al principio de su reinado, el nuevo Emperador, que habia ascendido al solio de Constantinopla saltando sobre los cadáveres de un Emperador y de un César, protegió los intereses de la Iglesia, destituyendo á Focio y reponiendo á San Ignacio en su Silla; pero el herejiarca le habia ido atrayendo á su partido con su astucia y sus supercherías, y cuando murió San Ignacio volvió á ocupar Focio la Silla patriarcal, protegido por Basilio, que le permitió volviere á poner en juego sus antiguas intrigas y falsedades, mientras perseguia con bárbara crueldad á todos cuantos se oponian á sus planes.

Algunos años despues, hallándose Basilio en una cacería, fué derribado de su caballo por un ciervo con tal violencia, que se le desprendieron las entrañas en la caída, y murió á los pocos dias, en medio de violentos dolores, y diciendo á su hijo: "Desconfía de Focio y de su criatura el monje Santabareno; ellos me han arrastrado al precipicio con sus imposturas (1)."

(1) TERWECOREN; *Collection de pieces historiques* t. livra 477.

Teodoro Santabareno.

(MURIÓ AÑO 836 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este célebre impostor fué uno de los principales agentes del setuto Focio, y de los que más contribuyeron á suscitar el cisma griego. Conocía perfectamente los secretos de la magia, y la practicaba con gran destreza é hipocresía, haciendo pasar sus encantamientos por gracias y favores del cielo, y pretendiendo tener el don de milagros y de profecía.

En su juventud entró en el famoso monasterio de Estudia, donde se hizo religioso, anuéndose despues á Focio, que le hizo presbítero, abad, y por último arzobispo de Patrás, excitándole á venir á la córte, y sirviéndose de sus enpercherías y de su falsa santidad para inclinar al emperador Basilio en favor de su causa.

Algun tiempo despues, resentido Santabareno de Leon, hijo del emperador Basilio, dijo á este que por revelacion del cielo sabía que el jóven príncipe estaba dispuesto á asesinar á su padre para hacerse proclamar Emperador. Esto bastó para que Basilio, que tenía á Santabareno por un Santo, diera crédito á sus palabras y condenára á su hijo á un largo encierro, del cual salió al fin para ser asociado nuevamente al imperio.

Muerto Basilio, fué proclamado Leon emperador, y resuelto á castigar la traicion del impostor Santabareno, que se hallaba en su arzobispado, le hizo llevar á Constantinopla, donde, despues de haberle hecho desollar el cuerpo á latigazos, mandó le sacíran los ojos, enviándole luego desterrado á los confines del Oriente (1).

(1) MAINSBROUG: *Hist. du schisme des grecs.*

## CAPITULO VII.

## SIGLO X.

SUMARIO.—I. Cristóforo.—II. Marcia, duquesa de Toscana.—III. David el David.—IV. Teoflacto, patriarca de Constantinopla.—V. Simando, obispo de Compostela.—VI. Nicéforo II, Focas.—VII. Bonifacio Franco, antipapa.—VIII. Createncio.—IX. Juan Filagato.—X. Leutard.

## I.

Cristóforo ó Cristobal, antipapa.

(MURIO AÑO 904 DE N. S. JESUCRISTO.)

Durante el siglo X, la Iglesia disfrutó una paz exterior que no puede compararse con ninguna de las épocas más bonancibles, pues no tuvo que sostener guerra alguna de importancia ni con

la herejía, ni con ningún otro género de persecución de los que se han empleado contra ella; pero en cambio la situación de Italia, y especialmente de Roma, no podía ser más triste.

La decadencia de la soberanía imperial había dejado á la antigua corte de los Emperadores paganos entregada á sí misma y á merced de los ambiciosos, que convirtieron en fortalezas los arcos de triunfo y otros monumentos antiguos, y aspiraron en su ambición, no sólo á la soberanía de la ciudad, sino á hacerse árbitros de los destinos de la Iglesia, colocando á sus hechuras en el Soglio Pontificio.

La audacia de los señores y el cisma de algunas damas principales, que abusando del poder ó de la influencia que les daban su fuerza ó sus encantos se erigieron árbitros de la suerte de Roma, de Italia, y aun de la Iglesia; los escandalosos atentados cometidos contra los Papas, la elección de muchos antipapas y los excesos de todos, causaron entónces tantos males al Cristianismo como las persecuciones más encarnizadas de sus enemigos.

Roma, abandonada entónces á sí misma, fué teatro de las mayores violencias, y más de una vez vió profanada la Silla de San Pedro por falsos Pontífices, que añadieron el cisma á los

males que ya pesaban sobre la Ciudad Santa y sobre el Pontificado.

A tal punto llegó el abuso, que la licenciosa Marozia nombraba y deponía Papas á su antojo, dándose el caso de que se hiciese pontífice á sí propio Octavio, jóven de diez y ocho años, que profanó con sus vicios y sus excesos el sagrado sòlio de los Vicarios de Jesucristo. "Horribles culpas se le imputaron, dice Caatú; el palacio de Letran trasformado en mansion de desórdenes por mujeres licenciosas; Cardenales y Obispos mutilados, privados de la vista, condenados á muerte; la celebracion de la Misa sin consumir; la pretension de ordenar á un diácono en una coadra; el sagrado ministerio concedido á costa de dinero; un niño de diez años promovido al obispado de Todi; incendios en los cuales se le habia visto con el casco, la loriga y la espada; haber bebido en honor de las divinidades paganas (1)." Por último, hasta se atribuye su muerte á venganza de un marido ultrajado. Ciertamente que estos cargos no estan probados en la historia; pero si son falsos, acausan en aquella época un mal gravísimo; el poco respeto que se

(1) *Historia universal*, lib. X, cap. XVI,

profesaba á la autoridad del Sumo Pontífice; la pasión que animaba á los partidos, y por consiguiente la consecucion de todo principio de justicia y de equidad.

Así se explica que un aventurero, de ignorado origen y de patria desconocida, segun algun historiador, destronase al Papa Leon V y usurpase el sòlio con el nombre de Cristóforo, ó Cristóbal.

"Esta es, dice el mismo Caatú, la mísera condicion á que se hallaba reducida la Iglesia, por la intervencion de los señores en los nombramientos y el desbordamiento de las pasiones humanas (1)."

El usurpador no se contentó con apropiarse la autoridad del Papa, sino que le encerró en una prision; pero á los siete meses Cristóforo sufrió la pena del Talion de manos de Sergio, diácono de la Iglesia de Roma, que le privó del pontificado y le encerró en un monasterio (1).

(1) *Historia universal*, lugar citado.

(2) BERAULF-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXVIII.—MORERY: *Gran Diccionario histórico*.

## II.

Marozia, duquesa de Toscana.

(MURIO AÑO 933 DE N. S. JESUCRISTO.)

La astucia de esta mujer extraordinaria, la nobleza de su origen, sus cuantiosas riquezas, sus extensos dominios y sobre todo el cinismo con que prodigaba sus favores á cambio de nuevos feudos, la hicieron árbitra, no sólo de los destinos de Roma, sino de la sucesion de los Papas.

Marozia, patricia romana, era hija de Teodora, dama romana, que por su elevada posicion, y sobre todo por una influencia tan grande como costosa para su honra, ejerció en roma un poder absoluto á fines del siglo IX.

Hacia el año 903 Teodora casó á su hija con Alberico, marqués de Camerino, uno de los pri-

meros señores de Roma. Alberico fué asesinado en una sedicion, y su viuda resolvió extender sobre su patria, por el influjo de sus gracias, el poder á que la hacian acreedora su nacimiento y sus vastos dominios.

Es indudable que no conocemos la forma en que las mujeres ejercieron su influencia en la Edad Media, en los grandes sucesos se encuentran frecuentemente vestigios de esta influencia, pero no se sabe los medios de que se valieron para obtenerla. Seguramente las artes no vendrian en su socorro; por lo ménos nada se nos ha dicho de que Marozia, para cautivar á sus numerosos amantes, los encantase por el baile ó por la música, ó los enamorase empleando los recursos del arte de agradar.

La elocuencia y la poesía no existian en un siglo bárbaro, que no poseía ninguna lengua, y que habia olvidado el latin ántes de completar y perfeccionar el idioma que debia sustituirle. La rudeza de las costumbres no se prestaba á la coquetería moderna, y es de creer que Marozia cantivaba á los hombres que queria emplar en su servicio y provecho por medio de un abandono el más completo. Marozia, en una palabra, siguió en un todo la vida licenciosa de su madre. Tal es el juicio que ha formado la poster-

dad de esta mujer funesta, conformándose con los testimonios de muchos historiadores, y con las reflexiones que acabamos de copiar de uno de sus biógrafos (1).

Añálase que Marozia fué buscada por los hombres más poderosos de Roma; y sus favores eran comprados con torres, castillos y fortalezas que le cedían sus amantes, y que le hicieron dueña de estas adquisiciones fué la del castillo de Santángelo, que dominaba el Tíber, la comunicación con la Toscana, y el cuartel del Vaticano. Una vez establecida Marozia en esta fortaleza, ofreció su mano al duque de Toscana, con quien casó al poco tiempo.

El Papa Juan X, que había contraído alianzas poderosas y muy favorables á los intereses de la Iglesia, llamó por entonces á Italia á Hugo, duque de Provenza, con ánimo según se cree, de coronarle Emperador; pero Marozia, á quien hubiera privado de su influencia en Roma la elección de un nuevo Emperador, resolvió deshacerse del Papa.

(1) MICHAUD, *Bibliographie universelle*,

Al efecto, un día en que el Sumo Pontífice se hallaba en el palacio de Letran con su hermano Pedro, una turba de asesinos enviados por Marozia dieron muerte á Pedro á la vista de su hermano, y apoderándose del Papa le encerraron en una prision, donde, según se dice, le ahogaron sirviéndose de una almohada.

En 931, Marozia quedó viuda por segunda vez; pero todavía fué bastante poderosa para elevar á la Santa Sede á su segundo hijo Jaan XI.

Al año siguiente casó con Hugo (*Hugues*) de Provenza, que había sido elevado al trono de Italia.

Pero su nuevo esposo dió en cierta ocasion una bofetada á Alberico, hijo mayor de Marozia, y el jóven, para vengarse, llamó en su ayuda á la nobleza romana, y apoyado por ella, dispersó la guardia de Hugo, obligó á éste á huir, y se apoderó de su propia madre, encerrándola en un convento, donde acabó sus días.

## III.

David el David.

(MURIO AÑO 933 DE N. S. JESUCRISTO.)

Los historiadores hablan de dos impostores de esta nombre, colocando á uno de ellos en el siglo X y á otro en el siglo XII; pero las escasas noticias que nos dan de la vida de cada uno de ellos son tan semejantes, que es de creer sean uno solo; con tanta más razón, cuanto que Michaud dice que los judíos de Alemania, alterando los hechos y las fechas, forjaron en el siglo XIII la historia de otro impostor llamado David.

En efecto: todos están conformes en que David el David era un judío dado á la magia, que apareció en Persia pretendiendo pasar por Mesías, y que, engañando á los judíos del monte Haphtan con sus supercherías, les hizo tomar

las armas contra el rey de Persia, Razi-Bila. Este Monarca llamó al impostor á su corte, ofreciendo someterse á él si acreditaba su misión. David se presentó en efecto, y el Rey le puso preso para probar su poder; pero el falso Mesías logró escaparse.

Razi-Bila envió soldados en su persecucion: mas habiéndole dicho éstos que habian oido su voz, fué en persona á buscarle hasta el rio Gozan, donde como Moisés, separó David las aguas con su manto y desapareció.

Irritado el Monarca, escribió á todas las sinagogas establecidas en sus Estados amenazándolas con la destruccion si no impedían á David el ejercicio de la magia. Amedrentados los judíos, procuraron persuadirle que no usase más de sus encantamientos,

A pesar de todo, David continuó firme en su propósito, hasta que, ganado su suegro por una gran suma de dinero, le mató á puñaladas en ocasion en que el impostor se hallaba dormido en su propia casa (1).

Otros dicen que se puso precio á su cabeza, y que su suegro, impulsado por la recompensa,

(1) FEIJOO, Teatro crítico, tomo VII, pág. 148.

le convidó á cenar, y, después de haberle emborrachado, le decapitó (1).

El erudito Feijóo dice que el rey de Persia no tardó en apoderarse de David, y habiéndola exigido una prueba de su poder, se ofreció á que le degollasen, asegurando que resucitaría. En una carta ó escrito titulado *Kardam* (2), que Vorstius insertó íntegro en la *Cronología* de R. Ganza en el año 4035, se dice que David apeló á este medio para librarse de los tormentos que se le preparaban.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que David el David fué degollado, y que hasta ahora, como dice el P. Feijóo (3), está muerto y lo estará hasta el Juicio final.

(1) MICHAUD, *Bibliographie universelle*.

(2) Bajo este nombre suele designarse al decésimo juicio Moisés Maimonides, con cuyas iniciales se formó aquel anagrama que significa Rabbi-Moisés-Ben-Maimon. Parece, pues, que el escrito citado es original de este célebre judío cordobés.

(3) *Teatro crítico*, tomo VIII, pág. 143.

## IV

Teofilacto, patriarca de Constantinopla.

(MURIO AÑO 936 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas contaba Teofilacto diez y seis años de edad cuando fué elevado á la Silla patriarcal de Constantinopla, que gobernó Trifon durante la menor edad del Patriarca.

Teofilacto, que era eunuco y ambicioso, vendía con escándalo las dignidades y los beneficios eclesiásticos; y su vida fué tan escandalosa, que Curopalates no se atrevió á escribir todas sus torpezas. Introdujo en la Iglesia cantos y danzas impropias de los templos; y tenía tal adicción á los caballos, que llegó á poseer dos mil, y los alimentaba con almendras, avellanas, dátiles y otros frutos delicados.

Su pasión por estos animales era tal, que los historiadores refieren este suceso escandaloso:

Hallábase el Patriarca en un Juéves Santo celebrando de pontifical los sagrados Oficios en

la iglesia de Constantinopla, cuando uno de sus servidores le anunció que acababa de parir la yegua *Phorbante*, á la cual tenia el Prelado en mucha estima; y no pudiendo contenerse, suspendió el Oficio divino, y corrió por esuroso á sus caballerizas para enterarse por sí mismo del estado de aquel animal, volviendo luego á continuar el Oficio.

Algun tiempo despues, y corriendo un fogoso caballo, recibió tan fuerte golpe contra una pared, y perdió tanta sangre, que le resaltó una hidropesía, de la cual murió á los cuarenta años de edad (1).

## V.

Sisnando, obispo de Compostela.

(MURIO AÑO 968 DE N. S. JESUCRISTO)

Este Prelado, más inclinado á manejar la espada del guerrero que á llevar el báculo del apóstol.

(1) BARONIO: *Annales*.—FLOREZ: *Clave historial*, siglo X.—BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Ispaña*, lib. XXVIII.

tol, habia solicitado y obtenido del rey Sancho el permiso de fortificar á Compostela, so pretexto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos, que se habian dejado asomar por la costa de Galicia. Y, en efecto, circunvaló la ciudad de torres, fosos y murallas, pero sacrificando para ello á sus fieles; de tal manera, que el monarca, viendo no obedecía sus amonestaciones, marchó contra él, le depuso y colocó en su Silla á Rosendo, obispo que era de Mondonedo, y muy respetado por sus virtudes.

El Obispo guerrero no olvidó su afrenta, y apenas murió Sancho vengóla, y recobró su Silla de la manera violenta que refiere Lafuente en los términos siguientes:

“Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo, cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado; un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál sería la sorpresa del virtuoso Obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el Prelado depuesto por Sancho, que,

habiendo después de la muerte del Rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes, se presentaba á reclamar la Silla episcopal de aquella manera y por aquel medio. A semejanza insinuación, el sobrecoigido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, más no sin tener valor para recordar al Obispo guerrero aquellas de Orior: "El que maneja el acero, por el acero "perecerá." Y despojándose de sus vestiduras episcopales, se retiró resignado al monasterio de San Juan de Osbero, edificado por él, y después al de Oslanova, fundado también por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus días."

El mismo Lafuente reseña así el fin del usurpador Sisnando:

"En cuanto á Sisnando, cumplióse en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los nombrados y frisonas acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas, al mando de su rey Gauderado, y derramándose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mujeres, según su costumbre, armóse loca y desesperadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores; hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su

temeridad, cayendo atravesado de una seeta, con lo que huyeron los suyos, quedando los nombrados dueños del campo (1)."

## VI.

Nicéforo II, llamado Focas.

(MURÓ AÑO 969 DE N. S. JESUCRISTO)

Bajo el reinado de Romano I, emperador de Oriente, mandaba el ejército el hábil general Nicéforo Focas, célebre por sus triunfos sobre los sarracenos, á quien José, jefe del palacio del Emperador, quería destruir, porque había sospechado aspiraba á la corona. El asinto Nicéforo lo supo, y para inspirar confianza al mi-

(1) LAFUENTE: *Historia general de España*, parte 2<sup>a</sup>, lib. I,

nistro se presentó á él y le dijo que, cansado de las grandezas humanas, había resuelto retirarse á un monasterio, y deseaba que para varificarlo le relevasen de la jefatura del ejército. José, conmovido, le confesó sus sospechas, le pidió perdón y le suplicó que continuase en su puesto, á lo cual accedió el hipócrito Nicéforo, que, grañesándose la voluntad del ejército, fué proclamado al fin Emperador.

Siguiendo como tal la guerra que como general hizo á los sarracenos, consiguió sobre ellos grandes victorias, desposeyéndolos de la Siria, la Sicilia y la isla de Chipre, con Antioquia y Trípoli; pero Nicéforo, más á propósito para ceñir el laurel de los campos de batalla que la diadema imperial, si fué grande como general, en cambio se hizo odioso como Monarca para su pueblo y para la historia. En efecto: no solo suprimió las pensiones que sus predecesores habían concedido á las iglesias y á los institutos religiosos, sino que prohibió por una ley general que pudiesen aumentar su patrimonio, bajo el pretexto de que los Obispos hacían mal uso de aquellos bienes. Es más; cuando moría algun Prelado, enviaba Nicéforo comisarios para arreglar los gastos del funeral, y despues se alzaba con el remanente de los bienes.

Por último, promulgó una ley, que suscribieron algunos Prelados cortesanos, en la que prohibía fuesen consagrados los Obispos sin órden expresa del Emperador.

Estas y otras medidas de gobierno, tan tiránicas como imprudentes, ingratitud con que pagó los eminentes servicios prestados por el patricio Barzes en la guerra contra los árabes, y el destierro de Juan Zimiscea, célebre por sus victorias, pusieron el colmo al descontento general, y prepararon su ruina en una conspiracion fraguada por Zimiscea y la misma emperatriz Teofania, unidos hacia tiempo en criminales relaciones. Zimiscea, que vivía desterrado, obtuvo por medio de la Emperatriz el permiso de establecerse en Calcedonia, con la condicion de no entrar en Constantinopla; pero el paso del Bósforo no fue obstáculo á la pasión de la Emperatriz y del general Zimiscea, que atravesaba el estrecho durante la noche y entraba en palacio secretamente. Finalmente, no pudiendo Teofania safir á su esposo, inclinó á su amante á usurpar la corona á Nicéforo, ofreciéndole secundarle con todas sus fuerzas; y como Zimiscea estaba descontento y era ambicioso, no se resistió.

Resuelto ya á realizar su plan, algunos de sus amigos fueron introducidos y ocultos en un lu-

gar retirado de las habitaciones de la Emperatriz. La tarde del día 10 de Diciembre de aquel mismo año (969) un clérigo del palacio entregó al Emperador un escrito en que le anunciaba debía ser asesinado aquella misma noche, y le excitaba á que hiciese registrar las habitaciones de la Emperatriz, donde se encontraría á los conjurados. El Emperador dió orden á uno de sus cortesanos para que practicasen el registro; pero, fuese por traición ó negligencia, el servidor de Nicéforo lo registró todo ménos el lugar donde estaban los conjurados. Aquella misma noche Zimisces, acompañado de algunos otros cómplices, arribó al puerto de Bacoleon, al pié de las murallas del palacio, donde gente apostada por la Emperatriz les facilitó la subida con unos cestos. En seguida se dirigieron, con los que habian permanecido ocultos, al lecho del Emperador, y no encontrándolo se preparaban ya á huir, creyéndose descubiertos, cuando un eunuco los condujo al sitio donde dormía Nicéforo, en la fortaleza que habia hecho construir, y que comunicaba con el palacio. Los conjurados le encontraron tendido en el suelo sobre una piel de oso. Zimisces le despertó de un puntapié, y otro de los conjurados le golpeó la cabeza con su espada. El desgraciado Nicéforo fué arrastrado en

seguida á los pies de Zimisces, que le colmó de injurias, le arrancó la barba y le hirió el rostro con el pomo de la espada. Durante aquellos terribles momentos, Nicéforo repetía únicamente estas palabras: "¡Dios mio, tened piedad de mí!" Al fin uno de los conjurados le dió la muerte, atravesándole de una lanzada. La guardia y el pueblo acudieron en tumulto alrededor del castillo; pero solo pudieron ver la cabeza del Emperador, que se les mostró á luz de unas antorchas, por una ventana de la fortaleza. A su vista todos huyeron; Zimisces quedó dueño del palacio, y sus cómplices recorrieron la ciudad aclamándole Emperador (1).

(1) ANQUEREN. *Compendio de la historia universal*, traducida por Vasquez, tomo VII.—FLOREZ: *Clave historial*, siglo X.—BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXIX, MICHAUD, *Bibliographie universelle*, ZIMISCES,

## VII.

Bonifacio Franco, antipapa bajo el nombre  
de Bonifacio VII.

(MURIO AÑO 984 DE N. S. JESUCRISTO.)

Los desórdenes que affigieron á la Iglesia romana en esta época, segun hemos dicho ya, se extendieron á la misma Roma, cuya situacion no podia ser más triste quando; por muerte de Juan XIII, fué elegido para sucederlo el Papa Benedicto VI, que solo ocupó la Silla Apostólica unos diez y ocho meses, pues queriendo conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, fué víctima del poderoso Crescencio y del ambicioso cardenal Franco, que, aprovechándose de la muerte del emperador Othon I, se apoderaron del Papa, le encerraron en el castillo de Santángelo, donde murió de hambre ó estrangulado por orden del Cardenal, que se hizo elegir Papa, y tomó el nombre de Bonifacio VII.

Pero el usurpador no profanó por mucho tiempo el Sóllo Pontificio, pues á los pocos meses la reaccion que se operó en Roma, y en que tomaron una parte muy activa el pueblo y una de las ramas de la familia de los condes de Tusculo, obligó á huir al antipapa, que se refugió en Constantinopla, llevándose los tesoros del Vaticano.

Mientras tanto, se eligió á Donno II, ó á Benedicto VII, pues algunos historiadores no incluyen al primero en el catálogo de los Romanos Pontífices, y Franco fué excomulgado en un sínodo celebrado en Roma.

Benedicto murió, segun Dollinger, poco antes que Othon II, sucediéndole Pedro, obispo de Pavía, bajo el nombre de Juan XIV.

El día 7 de Diciembre del año 983, falleció en Roma Othon II, el protector de la Iglesia, y el antipapa Franco, que no tenia ya que temer el poder de los alemanes, volvió á Roma, y ayudado de sus partidarios, se apoderó del Papa y le encerró en el castillo de Santángelo, donde murió de hambre ó envenenado. Su cadáver fué expuesto á las puertas del castillo, para escarnio del partido del Emperador, y Franco ocupó de nuevo la Silla de San Pedro.

A los pocos meses, el antipapa murió repente. No llegó, por tanto, el falso Pontífice á la roca Tarpeya; pero su cadáver, arrastrado por las calles de Roma y destrozado á lanzadas, quedó abandonado en medio de la plaza del Capitolio, á los pies del caballo de la estúta de Marco Aurelio (1).



VIII.

Crescencio Numantina, patricio romano.

(MURIÓ AÑO 996 DE N. S. JESUCRISTO.)

Othón I. logró calmar las divisiones políticas que asolaban la Italia y contener á la nobleza romana en sus aspiraciones; pero apenas murió aquel Emperador, renacieron las pasadas discordias y se renovó la lucha.

1) BARONIO: A. C. 174 985.—WETZER y WELTE  
*Dict. encyclop. ár Theologie Catholique,*

Crescencio, descendiente de los condes de Tuscolo, que por tanto tiempo habian monopolizado la Santa Sede, colocando en ella á sus hechuras, pretendió de nuevo hacerse árbitro de la eleccion de los Pontífices; y no queriendo esperar á que vacára la Santa Sede, redujo á prision al Papa legítimo, Benedicto, VI, y puso en su lugar al cardenal Bonifacio Frauco, que tomó el nombre de Bonifacio VII.

Al cabo de algun tiempo, murió Benedicto en su encierro; mas una gran parte del pueblo romano, y una rama de la familia de los condes de Tuscolo, volvieron por los intereses del Pontificado, y el antipapa tuvo que abandonar la ciudad (1).

Benedicto VII fué elevado entónces al Sello Pontificio, con el sentimiento de Othón II.

A los pocos años murió el Padre Santo, y aquel mismo año falleció tambien el Emperador.

(1) Muchos autores confunden á Benedicto VI con Benedicto VII, y otros, como Febre de St-Marc, pretenden que Benedicto VII era el mismo Benedicto VI, que pasaba por muerto en su prision, y que habiendo vuelto á ocupar la Cátedra de San Pedro, fué tenido por los extrangeros por otro Benedicto.

después de haber contribuido á la elección del Papa Juan XIV. No obstante, aunque se restableció el orden en Roma, la dominación de Othon II en Italia se apoyaba en bases muy débiles.

El nuevo Pontífice ocupó tranquilamente la Santa Sede mientras permaneció en Italia Teofanía, viuda de Othon II; pero cuando esta marchó á Alemania, el antipapa Bonifacio VII volvió de Constantinopla, y gracias al influjo de los griegos y del partido cismático, promovió una sedición en Roma, que le hizo dueño del castillo de Santángelo, donde encerró al Papa, y le dió muerte al cabo de cuatro meses de cruel cautividad.

El antipapa murió repentinamente al poco tiempo, y elegido Santo Pontífice Juan XV, se abrigó la esperanza de que se restableciera el orden y la paz; más el partido de Marozia, y Crescencio, hijo del antiguo jefe del partido cismático y cruel perseguidor de los Papas Benedicto VI y VII y Juan VII, volvieron á agitarse y suscitaron una nueva guerra. Crescencio asumió entonces la soberanía de Roma bajo el título de cónsul, y obligó al Papa á refugiarse en Toscana. No obstante, Juan XV pudo volver á Rome, porque Crescencio se reconcilió con

él al saber que había solicitado la protección del Emperador.

La permanencia de la Emperatriz Teofanía en Roma consolidó la paz, aunque no por mucho tiempo, pues apenas volvió á Alemania aquella princesa, el Papa cayó de nuevo en poder de Crescencio, que explotó su esclavitud para enriquecerse, hasta el punto de que para poder asistir á las audiencias concedidas por el Padre Santo era necesario enviar á Crescencio ricos presentes en dinero, alhajas ó caballos.

Por otra parte, Crescencio ejercía en Roma una odiosa tiranía; y tales fueron sus violencias, que el Papa, de acuerdo con los romanos y lombardos, llamó en su auxilio á Othon III, que acudió en su socorro con formidable ejército.

Juan XV murió ántes de que el Emperador llegara á Rome, y por indicación de éste fué elegido su sobrino Brunon, bajo el nombre de Gregorio V, y á Crescencio se le condenó al destierro.

No obstante, temiendo el Papa que la facción de Crescencio volvería á turbar la paz cuando se retirara el Emperador con su ejército, intercedió por él, y Othon le acogió con clemencia, jurando Crescencio ser fiel al Emperador y al Papa.

Al poco tiempo Crescencio, olvidando sus juramentos y la gratitud que debía al Papa, comenzó á conspirar contra él, explotando en su favor las violencias de los tenientes del Emperador, de las que se hacia injustamente responsable al Papa, y al cabo erigió antipapa al arzobispo Juan Filigato. El Pontífice Gregorio V tuvo que huir de Roma; pero la hora de la justicia habia sonado, y la Santa Sede no tardó en triunfar de sus enemigos.

En efecto: Othon III accedió una vez mas en defensa de la Santa Sede con sus tropas, reforzadas por los contingentes lombardos, y Crescencio se encerró con sus partidarios en el castillo de Santángelo, baluarte de su tiranía, que fué sitiado de órden del Emperador por Ekkehardo, margrave de Mussen, que se apoderó de él por asalto.

Crescencio fué hecho prisionero, y degollado en la parte alta del castillo, y su cuerpo, transportado á un monté vecino, fué colgado de una horca.

## IX.

Juan Filigato, arzobispo de Plasencia (Italia), antipapa bajo el nombre de Juan XVI.

(MURIO AÑO 998 DE N. S. JESUCRISTO.)

El verdadero cautiverio á que tenia reducido el poderoso prefecto de Roma, Crescencio, á Juan XI, obligó á este Pontífice á implorar el auxilio de Othon III, que voló en su socorro con formidable ejército; pero aún no habia llegado el Emperador á Roma, cuando se le presentaron enviados del clero, del Senado y del pueblo á comunicarle la noticia del fallecimiento del Romano Pontífice, y á pedirle designara la persona que creia mas digna de ocupar la Santa Sede. El Emperador designó á Brunon, de la familia imperial, y Brunon entró al poco tiempo en Roma, siendo aclamado por el clero y el pueblo y consagrado el dia 3 de Mayo del año 998, bajo el nombre de Gregorio V.

Algunos días después, el Emperador entró en Roma, donde fué coronado por el nuevo Pontífice, y citó ante su tribunal á Crescencio para castigar sus violencias y asegurar la paz. Crescencio fué condenado al destierro; pero por intercesion de Gregorio V la sentencia quedó sin efecto, y el tirano repueso en el ejercicio de sus funciones de cónsul ó prefecto de Roma, de que tanto habia abusado en perjuicio de la Santa Sede.

La ingratitud de Crescencio se manifestó bien pronto, porque, explotando en su favor el ódio del pueblo á los extranjeros y su disgusto por las arbitrariedades de los comisarios imperiales, de que injustamente se hacia responsable al Papa, comenzó á preparar las cosas de nuevo para hacerse señor de Roma y árbitro de los destinos del Pontificado.

Al efecto, entró en inteligencias con Juan Filagato, arzobispo de Plasencia, que, provisto de una gran suma de dinero, y contando, segun parece, con el apoyo de los griegos, se retiró á su voluta de Oriente á lugar seguro para esperar la explosion de aquel complot.

A principios del año de 997 estalló la sedicion. Los funcionarios imperiales fueron reducidos á prision por el pueblo, y el Papa apenas

tuvo tiempo para ponerse en salvo. En seguida Crescencio y el pueblo elevaron á la Santa Sede al arzobispo Filagato, que adoptó el nombre de Juan XVI.

Gregorio V puso en conocimiento del Emperador los sucesos de que habia sido víctima, y reunió un Concilio en que fueron anatematizados Crescencio y el antipapa, como usurpadores de la Iglesia romana.

A fines de aquel mismo año, Otho III marchó sobre Roma en compañía del Papa.

Al saberlo, el antipapa se refugió á un castillo próximo á Roma; pero el conde Barthilon se apoderó de él y cortándole las manos y las orejas, despues de hacerle sacar los ojos, le llevó á Roma, donde fué encerrado en un calabozo.

Por último, el antipapa fué entregado á los romanos, que montándole á la inversa en un asno y poniendo entre sus manos la cola del animal, lo pasearon por las calles de la ciudad, obligándole á gritar que así se castigaba á los que pretendian destronar á los Papas: *Tale supplicium patitur qui Romanum Papam de sua Sede peilare nititur* (1).

(1) PEDRO DAMIANO: *Epist.* 2. *ad Cardol.*, etc.



Algunos historiadores, refiriéndose al siglo X, hacen notar la circunstancia de que en dicho siglo no hubo ningún hereje. Esta observación, sin embargo, no es del todo exacta, porque si bien es cierto que en ese período de tiempo no surgió ninguna herejía que alterara profundamente la paz de la Iglesia, hubo, no obstante, algunos herejes cuyas doctrinas no pasaron completamente desapercibidas, agregando esta nueva amargura á las muchas con que sufrieron á la esposa del Cordero las violencias de los pe-

derosos que aspiraban al dominio de Roma, y los numerosos antipapas que en aquella época faneeta disputaban la posesión de la Santa Sede á los legítimos Vicarios de Jesucristo.

En efecto: en el año 1000 apareció en un pueblo de Francia, no lejos de Chalons, un hombre llamado Loutard, y á quien se considera como precursor de los nuevos maniqueos, ó cátaros, que, fingiéndose loco, predicaba doctrinas heréticas, de carácter maniqueo, apoyándose en pretendidas revelaciones divinas y en la Sagrada Escritura. Este Loutard se separó cierto día de su mujer, por orden, según dijo, del Evangelio, salió de su casa para hacer oración, y penetrando en la iglesia, tomó una cruz y rompió la imagen del Salvador. Las personas que presenciaron horrorizadas aquel sacrilegio tomaron á Loutard por loco; pero el hereje trató de hacer creer que había obrado de aquella manera en virtud de inspiración del cielo.

Gracias á sus falsedades, y sobre todo á que enseñaba que no se debía pagar el diezmo, logró reunir Loutard un gran número de partidarios. El Obispo de la diócesis le hizo comparecer á su presencia; mas el herejearca, lejos de reconocer sus errores y abjurarlos los sostuvo, invocando varios testimonios de la Sagrada Escritura.

El Prelado procuró entonces desengañar á los  
 briosos que habían abrazado aquellas doctrinas,  
 y atraerlos al seno de la Iglesia, como lo consi-  
 guió; y Leutard, abandonado de todos, se vol-  
 vió loco y se arrojó á un pozo, donde murió (1).



(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*

## CAPITULO VIII.

### SIGLO XI.

*Sumario.*—I. Estéban y Lisedo de Orleans.—II. Herberio de Orleans.—III. Hincfoi, arzobispo de Ravena.—IV. Nizon, arzobispo de Frisinga.—V. Benedicto X, anti-papa.—VI. Miguel Cerulario.—VII. Cadolo, antipapa.—VIII. Boleslao I, rey de Polonia.—IX. Manassés, arzobispo de Roims.

#### I.

Estéban y Lisedo de Orleans, herejes.

(MURIEBON AÑO 1022 DE N. S. JESUCRISTO.)

Francia, y muy especialmente la ciudad de Orleans, fueron á principios del siglo XI el teatro elegido por la herejía para agitar de nuevo la paz de la Iglesia.

Dos eclesiásticos de aquella ciudad, llamados Estéban y Lisedo, que gozaban gran reputación

El Prelado procuró entonces desengañar á los  
 briosos que habían abrazado aquellas doctrinas,  
 y atraerlos al seno de la Iglesia, como lo consi-  
 guió; y Leutard, abandonado de todos, se vol-  
 vió loco y se arrojó á un pozo, donde murió (1).



(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*

## CAPITULO VIII.

### SIGLO XI.

*Sumario.*—I. Estéban y Lisedo de Orleans.—II. Herberio de Orleans.—III. Hincfoi, arzobispo de Ravena.—IV. Nizon, arzobispo de Frisinga.—V. Benedicto X, anti-papa.—VI. Miguel Cerulario.—VII. Cadolo, antipapa.—VIII. Boleslao I, rey de Polonia.—IX. Manassés, arzobispo de Roims.

#### I.

Estéban y Lisedo de Orleans, herejes.

(MURIEBON AÑO 1022 DE N. S. JESUCRISTO.)

Francia, y muy especialmente la ciudad de Orleans, fueron á principios del siglo XI el teatro elegido por la herejía para agitar de nuevo la paz de la Iglesia.

Dos eclesiásticos de aquella ciudad, llamados Estéban y Lisedo, que gozaban gran reputación

de ciencia y de santidad, fueron los apóstoles del error; pues engañados por una aventurera italiana, que, fingiendo una gran piedad, se entregaba á las prácticas abominables de los maniqueos y de los antiguos gnósticos, comenzaron á propagar sus errores, inficionando en ellos á una gran parte del clero.

La nueva secta hizo tales progresos, y sus efectos se sintieron de tal manera, que el rey Roberto, de acuerdo con el duque Ricardo, comisionó á Arefasto, caballero normando muy piadoso, para que partiese á Orleans, á fin de conjurar el mal. Arefasto pasó por Chartres para consultar al obispo Fulberto, y, siguiendo su consejo, se sirvió de una estratagemata para que resultáran convictos de sus errores aquellos asuntos heresiarcas.

Berault-Bercastel refiere este suceso en los siguientes términos:

“Hizo, pues, que mediante la recomendacion de Herberto, le admitiesen en los conventuales de los herejes, quienes le dieron el último asiento. Disfrazaron primeramente sus dogmas y sus máximas con palabras de la Escritura, y le exhortaron de un modo vago y alegórico á que saliese de las tinieblas en que había estado sepultado hasta entónces y á que recibiese con acion

de gracias la luz de la salvacion que comenzaba á alumbrarle. Escondaba el caballero normando este discurso con un silencio modesto y con una apariencia de docilidad que encantaba á sus maestros. Luego que le creyeron del todo convencido, se explicaron sin figuras, y trataron de delirios las verdades más santas del Antiguo y Nuevo Testamento. Dijérole que el cielo y la tierra, eternos por su naturaleza, no tenían causa ni principio; que Jesucristo no había nacido de la Virgen, ni padecido verdaderamente por los hombres, ni resucitado; que su Cuerpo y su Sangre no se reproducian por la consagracion del sacerdote; que el pecado no se borra por el bautismo, sino por la imposicion de sus manos, la cual comunicaba al mismo tiempo la plenitud del Espíritu Santo; que era inútil hacer oracion á los Santos, mártires ó confesores, y, en fin, que las obras de piedad eran un trabajo inútil, pues no había que esperar por ellas ninguna recompensa, así como no había que temer ningun castigo por los excesos más desordenados de la concupiscencia.

“Poniendo en práctica esta moral horrible se juntaban de noche en alguna casa retirada, donde, teniendo cada uno una vela en la mano, rezaban en forma de letanías los nombres de los

dominios, hasta que, ya fuese por prestigio ó por superchería, se les aparecía alguno en forma de unanimelejo. Apagaban entónces todas las luces y se abandonaban á la brutalidad de su pasión, cogiendo cada uno á la primera mujer que encontraba á mano. De los niños que nacían de este comercio brutal, quemaban uno en sus asambleas á los ocho días de haber nacido. En seguida recogían las cenizas con un respeto igual al que manifestaban los fieles con respecto al cuerpo de Jesucristo, las daban á los nuevos discípulos para iniciarlos, y las administraban por viático á los que estaban en peligro de muerte: prácticas infernales, dicen los escritores contemporáneos, de que resultaba en aquellos miserables una ceguera de espíritu y una obstinación tan grande, que en cierto modo hacían imposible su conversión. (1)."

Instruido Arelasto de los errores y abominaciones de los herejes, los delató al rey Roberto, que marchó, acompañado de muchos Obispos á Orleans, donde se reunió un Concilio, ante el cual se hizo comparecer á los acusados. Estos

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Buldó, lib. XXX.

apelaron á la astucia para ocultar sus doctrinas y conjurar aquel peligro, pero al fin fueron convictos y confesos de herejía; y negándose á abjurar sus errores, fueron condenados á la hoguera.

El fin desastroso que tuvieron estos desgraciados lo refiere el autor citado de la manera siguiente:

"Se procedió al punto de su castigo, y principiaron los Obispos por degradar á los que habían recibido las órdenes sagradas, después de lo cual condenaron al fuego á aquellos desgraciados. De quince que eran, solo se libertaron del castigo un clérigo y una religiosa, que abjurarón su falsa doctrina y se convirtieron. Era tanta la irritación del pueblo que estaba fuera del tribunal, que la Reina, temiendo que entrase la gente y los despedazase, se estuvo á la puerta. Pero al salir los reos mostróse esta princesa tan indignada contra Estéban, que había sido su confesor, que le sacó un ojo con la punta de una varita que tenía en la mano. Los llevaron fuera de la ciudad hacia la cabaña á la cual habían prendido fuego, y les enseñaron la hoguera desde lejos para ponerles pavor. Al ver este horrible espectáculo, se aumentaron su ardor y su obstinación, aceleraron el paso y hacían esfuer-

tos para desprenderse de las manos de los que los llevaban, á fin de arrojarse cuanto antes en medio de las llamas. Mas no tardaron en desmentir este desesperado arrojó; porque luego que se vieron encerrados en aquella prisión encendida, y experimentaron los efectos del fuego; principiaron á dar unos alaridos horribles, exclamando que los había engañado el demonio. Se compadecieron de ellos los circunstantes, y acudieron al punto á abrirles la puerta; pero ya era tarde, puesto que habian quedado sofocados en un instante. Entre estos fanáticos habia diez canónigos de Santa Cruz; y habiéndose sabido que Teodoto, chaate de aquella iglesia, habia muerto tres años ántes con el mismo modo de pensar, se le desenterró y se arrojó á un muladar todo lo que quedaba de su cadáver (1)."

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balda, lib. XXX.

## II.

Herberto de Orleans, hereja.

(MURIO AÑO 1022 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los sacerdotes apóstatas que á principios del siglo XI escandalizaron la Francia y la Iglesia, haciendo renacer en Orleans las abominaciones de los albigenses, figuró muy principalmente un céleigo llamado Herberto, que habia pasado á Orleans desde Normandía para perfeccionarse en los estudios, y que, seducido por los errores de los nuevos sectarios, llegó á ser uno de sus discípulos más obstinados. Era vasallo de un caballero normando llamado Arefasto, tan instruido como firme en la fé y tan hábil político, que en príncipe le habia confiado las negociaciones más delicadas. Ocasado Herberto por el espíritu de fanatismo, pensó en atraer á su partido á un varon tan apreciable, y trató de inclinarle á la nueva doctrina; pero

Arefasto, que conoció la intencion del hereje, dió cuenta al duque Ricardo; le pidió que escribiese al rey Roberto, y se ofreció á cooperar por sí mismo al bien de la Religion en asunto de tanto interés.

Eutónes fué quando el mismo Arefasto, de acuerdo con el Rey, el duque y el tesorero de la iglesia de Orleans, logró descubrir á qué punto llevaban los secretarios de la herejía su impiedad y liviandad. Así fué tambien como el mismo Herberto preparó el castigo que merecian aquellos heresiaticos.

Entre ellos, y vista su contumacia en la herejía, fué quemado tambien Herberto (1).

### III

Hunfroi, arzobispo de Ravena.

(MURIO AÑO 1051 DE N. S. JESUCRISTO.)

Envidioso Hunfroi de la gloria del Papa Leoa IX, se declaró en abierta rebelion contra la Cá-

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XXX.

tedra de San Pedro, que castigó su incorregible presuncion lanzando contra él los anatemas de la Iglesia.

En este estado las cosas, Hunfroi marchó á Augsburgo, donde se encontraba el Papa, para declarar, en nombre de Enrique III, emperador de Alemania, que estaba dispuesto á restituir á la Iglesia Romana los bienes que la habia usurpado, y para pedir el perdon de su desobediencia.

Al ver el Papa á sus piés al arzobispo Hunfroi, pronunció ante los Obispos presentes esta sentencia solemne: "Que Dios le dé la absolucion de todos sus pecados, segun su arrepentimiento." El arzobispo contestó á las palabras del Padre Santo con una sonrisa burlona; el Papa se apercibió de ello, y derramando lágrimas, dijo á los que estaban junto á él: "¡Ay! Este miserable está muerto."

En el acto se sintió Hunfroi acometido de una enfermedad cuyos progresos fueron tan rápidos, dos, que apenas volvió á Ravena, le ocasionó la muerte (1).

(1) *Vita S. Leonis*, lib. II, cap. VII.

## IV

Nizon, obispo de Frisinga.

(MURIO AÑO 1051 DE N. S. JESUCRISTO.)

Hallábase Nizon en abierta rebelion contra la autoridad de Leon IX, que entonces gobernaba la Iglesia, cuando fué comisionado por Enrique III, emperador de Alemania, para ser portador de unos pliegos que aquel Soberano dirigia al Romano Pontífice. A su paso por Rávena, el Obispo rebelde usó, en presencia del arzobispo Hunfrói, rebelde como él, y al cual aduló de una manera indigna, un lenguaje insolente contra el Padre Santo. En su exaltacion contra el Papa, llegó á decir, llevándose una mano al cuello: "Quiero que esta garganta sea cortada por la cuchilla si no hago descender de su Silla á Leon IX."

En aquel mismo instante Nizon sintió en la garganta un dolor vivísimo, y á los tres dias era cadáver (1).

## V.

Benedicto X, antipapa.

(MURIO AÑO 1053 DE N. S. JESUCRISTO.)

Poco tiempo ántes de morir el Papa Estéban IX, le prometieron los romanos, bajo juramento, que no procederian á la eleccion de nuevo Papa hasta que volviera de su embajada de Alemania el arcediano de la Iglesia romana Hildebrando; pero el partido de los condes de Túsculo, compuesto de la nobleza romana y la parte más discolá del clero, dirigida por Carde-

(1) *Vita S. Leonis*, lib. III., cap. VII.

nales mundanos, aprovecharon la ausencia de aquel para imponer á la Iglesia á Juan, cardenal obispo de Velletri, é hijo de *Gai* Mincius, de la familia de los condes de Túscolo, á quien Pedro Damiano pinta como hombre por extremo ignorante y grosero, que tomó el nombre de Benedito X,

Los romanos tenían formado tambien tan mal concepto del antipapa, que le llamaban *Minchióne*, que significa *estúpido*.

Los Cardenales más notables, y á su cabeza el mismo Pedro Damiano, cardenal obispo de Ostia, protestaron contra la eleccion tumultuosa de Juan, que se habia hecho ordenar por el arcepreste de Ostia; pero los Cardenales viéronse obligados á huir de Róma.

Decididos á aceptar más bien un Papa propuesto por la corte de Alemania, que uno impuesto por la faccion indigna de la nobleza romana, los Cardenales, antes de dejar la ciudad, enviaron una diputacion á la emparatriz Inés, madre y titora de Enrique IV, para declarar que estaban resueltos á guardar al rey Enrique la fidelidad prometida á su padre, y á elegir á la persona que les designase.

Hildebrando, que á su vuelta se encontró detenido en Florencia, y que sabia los deseos de

la Emperatriz, reunió á los Cardenales dispersos y á los señores de Róma en Viena, y dirigió la eleccion de Gerardo, Obispo de Florencia, que tomó el nombre de Nicolas II.

Terminada la eleccion, los Cardenales enviaron una diputacion á Alemania para obtener el reconocimiento del nuevo Pontífice. Nicolás II lo alcanzó, y el duque Godofredo, esposo de la rica princesa Matilde, marquesa de Toscana, fue encargado de acompañar al nuevo Papa á Róma y arrojar de allí al intruso Benedito X.

Entre tanto el Concilio de Satri, reunido por el Papa legítimo, pronunció la deposicion y excomunion del falso Papa, que se despojó de las insignias de su dignidad y se retiró á Velletri cuando Nicolás se acercó á Róma con su brillante séquito.

Algunos dias después Benedito se echó á los piés de Nicolas II, y fué absuelto, pero sin ser admitido más que á la comunión de los laicos.

Murió el mes de Abril del año 1059 (1)

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia* lib. XXX.—WETZER Y WELTER: *Dic. encyclop. de Leog., catb.*

Miguel Cerulario.

(MURIO AÑO 1059 DE N. S. JESUCRISTO.)

La obra del cisma griego, comenzada por el emperador Leon Isáurico y continuada por Miguel III y el falso patriarca Focio, y Basilio el Macedonio y Sergio, sus sucesores, fué consumada por el patriarca Miguel Cerulario, abusando de la debilidad del emperador Constantino Monómaco.

Miguel Cerulario, hombre de una ambición sin límites, había tomado parte, siendo todavía lego, en una conspiración contra Miguel el Palla-gónico, que lo desterró á un convento, donde con aparente piedad logró recibir las sagradas órdenes y elevarse con el tiempo, y por muerte de Alejo, al patriarcado de Constantinopla el año 1043. Diez años después de su elevación,

y cuando tenía preparadas ya las cosas para dar á la Iglesia el golpe que se proponía, escribió de acuerdo con el metropolitano de Bulgaria, una carta al obispo de Trani, en la Pulla, renovando las antiguas acusaciones de los griegos contra los latinos, y especialmente la de servirse de pan sin levadura para el sacrificio, ayunar los sábados de Cuarema, no cantar el *allelu-*ya durante la misma, y comer sauge y carnes muertas.

El Papa Leon IX, apenas tuvo conocimiento de esta carta, la refutó victoriosamente en dos escritos, en los cuales reprendía á Cerulario se arrogase el título de Patriarca ecuménico, denominación que no quiso recibir nunca San Pedro ni ninguno de sus sucesores (2), y el tratar de someter á su autoridad á los patriarcas de Alejandría y de Antioquia.

El Padre Santo lamentábase también en sus escritos de que el rebelde Patriarca hubiese llevado su intolerancia hasta el punto de cerrar los templos y monasterios de los latinos, mientras que en Roma y en Italia las iglesias y conventos de los griegos no eran molestados en la prácti-

(2) Leon IX, epist. 6.

ca su rito. El Papa Leon ponía de manifiesto además la inconsecuencia de los griegos al negarse á emplear para la consagración el pan sin levadura y á ayunar los sábados de Cuarema, y al abstenerse de comer carnes y cantar el *allobuya* durante la Cuarema, conservando estas prácticas enteramente judaicas.

Estas cartas fueron llevadas á Constantinopla por el cardenal vices-canciller Federico, el cardenal Humberto y el obispo de Amalfi, en calidad de Legados.

El Emperador, que necesitaba el apoyo del Papa y del emperador Enrique contra los normandos, acogió con benevolencia á los Legados, y aun hizo traducir al griego y publicar una apología del cardenal Humberto, en que condenaba los abusos introducidos en la Iglesia griega; pero Miguel Cerulario se negó á comunicar con ellos con tal tenacidad, que los enviados del Sumo Pontífice, despues de pronunciar solemnemente, en presencia del Emperador, la excomunión del Patriarca y de sus adictos, y de depositar sobre el altar mayor de la basílica de Santa Sofía la Bula de excomunión, se embarcaron para Roma. Dos dias despues, cuando ya estaban en Silimbria, los llamó el Emperador, á instancias del Patriarca, que le aseguró estaba pron-

to á conferenciar con ellos; pero su objeto era exponerlos al furor del populacho, que se proponía excitar contra ellos, falsificando la Bula de excomunión y propagando la falsedad de que el Papa había excomulgado á todos los griegos. Por fortuna, el Emperador desbarató aquel proyecto, haciendo salir de Constantinopla, bien escoltados, á los emisarios de Leon IX.

Irritado entónces Miguel Cerulario contra el mismo Constantino Monómaco, trató de hacerle sospechoso al pueblo, acusándole de haber hecho traición á la Iglesia griega. No contento todavía el Patriarca, celebró un conciliábulo con los Obispos de su partido, en el que, despues de hacer una relación falsa de lo ocurrido, excomulgó á los Legados, pretextando que se habían hecho pasar por enviados del Papa, y publicado letras falsas contra el Patriarca.

En el mismo sentido escribió al patriarca de Antioquia, levantando á los occidentales tan extravagantes calumnias, que aquel Prelado le hizo reconocer el poco valor de sus imputaciones. ®

La muerte del Emperador, anticipada por sus desórdenes, no le permitió castigar á Cerulario, que despues influyó mucho en la caída de Miguel VI y elevación de Isaac Commeno.

Por otra parte, Miguel Cerulario aprovechó

Para extender y consolidar el cisma la tristísima situación de la Iglesia en aquella época, y muy especialmente desde la muerte de Leon IX, no sólo por el largo interregno que siguió á su pontificado, sino por la corta duración de los pontificados posteriores, y por los muchos antipapas que se suscitaron en aquella época.

Todos estos sucesos halagaron tanto el orgullo del Patriarca, que llegó al extremo de querer usar el calzado de escarlata, reservado á los Emperadores, y de procurar imponerse hasta con amenazas al mismo Emperador, que no pudiendo sufrir la insolencia de aquel cismático, mandó prenderlo en la iglesia de los Angeles, en el momento en que iba á celebrar la fiesta de los arcángelos. Los mismos guardias que le prendieron le llevaron montado ignominiosamente sobre un mulo hasta la orilla del mar, y allí se embarcaron con él para llevarle al Proconeso, lugar de su destierro, donde murió.

El orgullo y la soberbia impulsaron á Gerardo á rebelarse contra la Cátedra de Pedro y á erigirse en Patriarca universal y árbitro del imperio. Su soberbia y su orgullo, que nunca vió satisfechos, aunque sí domados y abatidos en los últimos años de su vida, fueron también la causa de su ruina.

## VII.

Cadolo, ó Cadaolo, ó Cadaolo, obispo de Parma, y antipapa bajo el nombre de Honorio II.

(MURIO AÑO 1062 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto el Papa Nicolás II, el partido de los condes de Túsculo, abatido durante su pontificado, se levantó de nuevo, y secundado por los Obispos y los grandes á quienes irritaron las disposiciones de la Santa Sede contra la simonía, resolvió elevar á la cátedra pontificia á un Prelado que abandonara la vía severa de las reformas eclesiásticas.

Al efecto enviaron diputados con ricos presentes á la emperatriz Inés, la cual reunió en Basilea una asamblea de los grandes de Alemania é Italia, que estuvieron conformes en elegir un Papa entre los Obispos lombardos, prescin-

diendo de los decretos del Concilio de Letran, que limitaban la influencia del poder imperial en la elección de los Romanos Pontífices.

La Iglesia corría inminente peligro, porque los Obispos lombardos eran casi todos simoníacos y de costumbres relajadas (1); pero de repente se supo que los Cardenales habían elegido á Anselmo Bagio, obispo de Lucca, que tomó el nombre de Alejandro II.

La Asamblea de Basilea, resuelta á llevar adelante sus propósitos, á pesar de todo, declaró nula aquella elección, pretextando se había hecho sin conocimiento del Rey y con perjuicio de sus derechos, y erigió antipapa á Cadolo, obispo de Parma, simoníaco y concubinario, y por lo mismo muy grato al clero y á la nobleza de Lombardia, contaminados con los mismos vicios (2).

Cadolo tomó el nombre de Honorio II, y protegido por la nobleza, perjudicada con las disposiciones de los Papas contra la simonía, sacó el tesoro de su Iglesia y levantó empréstitos para marchar sobre Roma con un ejército

(1) NICOL. ARAGON, *Vita Alexandri I.*

(2) Petr. Dam.: lib. I, *Epist.*, 20.

que, según Pedro Damiano, tenía más oro que hierro, y sacaba el dinero de las cajas con más gusto que la espada de la vaina, siendo llamado al combate más bien por el sonido del metal precioso que por el de la trompa guerrera. "Este oro, añadía, que sirve á Cadolo para abrirse las murallas, le ha obtenido disipando los bienes de su Iglesia y empeñando los de la Iglesia romana (1)."

Godofredo, marqués de Toscana, que apoyaba al Papa legítimo, levantó por su parte otro ejército para contener á Cadolo, encontrándose ambos entre Satri y Roma, donde trabaron batalla con tan mala suerte para el antipapa, que tuvo que pedir humildemente le permitieran retirarse.

Esta derrota, la reacción favorable á Alejandro II, que comenzó á operarse en Alemania, la enérgica actitud de Annon, arzobispo de Colonia, y el arrepentimiento de la emperatriz Inés, que abandonó la causa de Cadolo y fué á arrojarse á los pies del Papa, coincidió con la convocación de un Concilio en Letran, donde se excomulgó á Cadolo por haber usurpado la Sede

(1) BARONN. *Ann.*, 1062.

pontificia, empleando la simonía y la fuerza de las armas. Cadolo, lejos de someterse á la decisión del Concilio, reunió en conciliábulo á los Prelados lombardos, y excomulgó á Alejandro II, pretextando que se había apoderado de la Santa Sede sin el consentimiento del Emperador y con los auxilios comprados á los normandos.

El Papa legítimo, esaba, pues, reconocido por todos, excepto por el antipapa y algunos Obispos rebeldes; pero como Cadolo seguía dominando en una parte, aunque pequeña, de Roma, y contaba á los intereses de la Iglesia hacer desaparecer el mayor pretexto para nuevas dificultades, se sometió Alejandro II á justificar su conducta y su elección ante un Concilio, que aprobó una y otra y declaró intruso el antipapa.

Desde entonces desapareció de la escena el usurpador, pero sin olvidar sus pretensiones á la tiara hasta que murió, según unos retirado en un monasterio, y según otros por un terrible juicio de Dios. (1).

(1) BARONIO: A. C. 1061, 1062, 1064; DUPIN: *Biblioth. des aut. ecclés. XI siècle.*—WETZER y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog.*

## VIII.

Boleslao II, el Cruel, rey de Polonia.

(MURIO AÑO 1081 DE N. S. JESUCRISTO.)

Los hijos heredan á veces las virtudes ó los vicios de los padres; pero esta regla no es general, pues no faltan ejemplos de muchos que han regenerado su sangre ó renegado de ella, borrando con sus virtudes los vicios de sus padres, ó manchando con sus crímenes el limpio nombre que les legaron.

Entre estos últimos puede citarse como ejemplo á Boleslao, que, aunque al principio parece heredó con el cetro las virtudes de su padre Casimiro I, se hizo despues odioso por sus excesos.

En efecto: su juventud, tan digna de elogio al principio por sus morigeradas costumbres como celosa por el bien de la Religión y consagrada á la justicia, degeneró luego en vicios, en sacrilegios y tiranía.

Las delicias de un cuartel de invierno en Rusia corrompieron su espíritu marcial, y á su vuelta á Polonia, después de castigar, contra la voluntad de sus soldados, á las mujeres á quienes la separación de sus maridos durante siete años que duró la guerra había impulsado á faltar á su honor, se entregó él mismo á los crímenes del raptó, de la violación, del adulterio y á toda clase de crueldades.

Batanislao, obispo de Gracovia, le reprendió por su conducta, y esta libertad del Santo Prelado irritó tanto al Monarca, que le hizo asesinar en el momento en que celebraba la Misa el día 5 de Mayo, según unos, ó le mató por su propia mano cuando acababa de celebrar el Santo Sacrificio, según afirman otros.

El Papa Gregorio VII excomulgó al Rey sacrilego, que, maldito por todo el mundo, abandonó su reino, y desesperado se dió la muerte. Otros dicen que fué devorado por unos perros en una montería, y otros que hizo penitencia en un monasterio cerca de Inspruck.

Lo cierto es que se retiró á Hungría con un hijo que habia tenido de Wisceslava, hija de un príncipe de Rusia, y que murió desesperado (1).

## IX

Manasés, arzobispo de Retim,

(SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO DE SU MUERTE.)

Por su manera de ascender al Episcopado; por su conducta privada, sus inclinaciones á la guerra y por el tráfico vergonzoso que hacia de los beneficios, Manasés era el tipo acabado de aquellos Prelados simoníacos y viciosos que tanto daño y tantas amarguras causaron á la Iglesia en la Edad Media.

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XXXIII.—MORERY: *Gran Diccionario histórico*.

Manasés, enlazado por los vínculos de la sangre con la familia real, sólo era simple clérigo cuando obtuvo por simonía el arzobispado de Reims.

Los primeros años de su episcopado no fueron completamente perdidos para su diócesis; pero de-pues cambió de pronto, convirtiéndose de pastor en lobo de su rebaño.

Desde entonces Manasés, orgulloso de su nacimiento, y dejándose llevar de su carácter violento, ejerció en su diócesis un poder tiránico, desmintiendo su misión por su fanatismo, sus aficiones, sus discursos profanos y sus licenciosas, el abandono en que tenía a su Iglesia y la escandalosa explotación de sus beneficios.

Tantos y tales fueron sus excesos y violencias, que las quejas de sus diocesanos llegaron hasta Roma, por conducto de San Bruno, fundador de los cartujos, y expulsado por el Arzobispo simoníaco á causa de haberse opuesto á su conducta escandalosa.

Acosado al fin Manasés ante los Legados del Papa, y habiéndose negado á comparecer, fué decretada su deposición.

El Rey le protegió á pesar de todo; pero el Arzobispo, expulsado por el clero y el pueblo,

y no pudiendo permanecer en Reims, pasó á Tierra Santa, donde fué hecho prisionero y puesto en libertad el año 1099.

Por último, Manasés pasó los postreros años de su vida errante, proscrito y fugitivo, arrastrando en la corte del Emperador su miseria y su ignominia (1).

(1) MICHAUD; *Biografía universal*.

## PARTE TERCERA.

DESDE EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL  
GRANDE HASTA LA  
APARICION DEL PROTESTANTISMO.

## CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO XI.

SUMARIO.—I. Guillermo de Utrech.—II. Guiberto, antipapa, llamado Clemente III.—III. Alberto Antipapa.—IV. Teodoro, antipapa.—V. Cencio.—VI. Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra.

## I.

Guillermo, Obispo de Utrech.

(MURO AÑO 1074 DE N. S. JESUCRISTO.)

¡Qué cuadro tan desconsolador nos ofrecen los historiadores al pintar la situación del mundo y de la Iglesia al advenimiento al Solio Pon-

tificio del gran Papa San Gregorio VIII ¡Cuán vicio que corregir, cuánto abuso que evitar, cuánto exceso que contener, qué desórden en todo, y qué empresa tan gigante la de encauzar aquella sociedad corrompida y desquiciada!

“Llegas tan gangrenadas, dice Cantú, no podían curarse sino con el hierro y el faego; la reforma, para ser eficaz tenia que proceder de arriba, esto es, de aquella Sede hácia la cual, á causa de su elevacion, volvían los ojos los príncipes y los pueblos. Mientras se vendieron las iglesias; mientras las dignidades fueron adquiridas á precio de oro y por ilicitos manejos; mientras el libertinaje de sus poseedores los indujo á inclinarse más bien al partido de los príncipes vendedores que al de los Pontífices, ¿pobía esperarse que los Obispos recobráran la autoridad independiente que habian cedido en cambio de la libertad de costumbres? Depravada la Iglesia por haberse secularizado, necesitaba que se la restituyese á la norma eclesiástica; era preciso robustecer el sacerdocio, el monacato; instituir un censor, no sujeto á los poderes temporales, que juzgase y castigase á los malvados, cualquiera que fuese su categoría; y siendo el Papa quien únicamente podía reunir estas condiciones, era indispensable sustraer su eleccion

de la autoridad secular, deshacer los vínculos feudales que avasallaban á los sacerdotes, y para esto aislarlos de las familias. Pero el que emprendiera la tarea de romper el triple nudo de la tierra, la familia y la autoridad con que el clero se se hallaba, enlazado á la sociedad debía prever que iba á empñarse en una terrible lucha con los Reyes, cuyo poder amparaba tal reforma, con los sacerdotes, á cuyas pasiones se oponían obstáculos, y con la inmensa fuerza de las viejas costumbres. Así, pues, tenía que ser un héroe; y los pasos del héroe en una edad desventurada no deben ser ajustados á la medida del hombre ordinario y de los tiempos bonancibles (1)."

El mismo Hildebrando, despues Papa Gregorio VII, escribia á Hugo, abad de Cluny, "¡Ah! ¡Ojalá pudiera haceros compenfer las tribulaciones que me esultan, los fatigosos trabajos que me abruma cada día! He pedido muchas veces al divino Salvador que me saque de este mundo, ó me permita ser útil á nuestra Madre comun. Un dolor inefable, una tristeza profunda, han invadido mi alma al contemplar la

(1) *Historia universal*, época X, esp. XVII.

Iglesia de Oriente, que el espíritu de las herejías separó de la fé católica. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Medio dia, al Norte, apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado al Episcopado por las vías esauólicas, que vivan como cumple á un clero, que gobiernen á su grey con espíritu de caridad, y nó con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, y la justicia al interés. Son peores que judíos y paganos los romanos, lombardos y normandos entre quienes viro. Si fijo la atencion en mi persona, me hallo tan agobiado con mis actos, que no veo esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo (1)."

Invasida la Iglesia por elementos extraños, estaba huérfana de autoridad bajo la inmensa pesadumbre de los abusos que se habian desarrollado á la sombra de su debilidad. La humanidad estaba interesada en que la Iglesia recobrara su legitimo poder, su necesaria independencia, viéndose libre de las ligaduras con que la tenian maniatada los poderosos de la tierra, y

(2) *Epist.* 2<sup>a</sup>, 49.

esta fué la gran empresa que inició el inmortal Hildebrando.

Sólo un gigante podía iniciar tamaña empresa y este gigante fué San Gregorio el Grande.

A él es que apenas fué elevado á la silla de Pedro, condenó la simonía y la incontinencia, que manchaban á la Esposa del Cordero; emprendió la obra de restablecer la hermosa disciplina, empleando la indulgencia con los dóciles y la rigidez con los contumaces; protegió la instrucción, mandando que los Obispos todos enseñasen en sus iglesias las artes liberales; prohibió en un Concilio de Roma la costumbre tan bárbara como general, de despejar á los náufragos; ordenó al Rey de Dalmacia que impidiese el tráfico de los esclavos; prohibió perseguir al herejara Berenguer, fundándose en que antes de herir á los enemigos de la Iglesia debían enrayarse todos los medios de convertirlos y escribió á Felipe I y á Enrique IV para que pudiesen término al descarado tráfico que hacían con las dignidades eclesiásticas, conminándoles con la pena de excomunión.

Tales fueron los principios del pontificado de San Gregorio VII, á quien muchos censuran ó calumnian porque no lo conocen, porque están cegados por la parcialidad, ó porque son muy

pequeños para juzgar á un hombre tan grande.

En aquella lucha gigantesca, y á pesar de la corrupción de la época, San Gregorio VII no dejó de encontrar poderosos auxiliares que le secundáran. El pueblo, que no suele equivocarse en sus juicios por más que alguna vez hayan sido terribles se puso de parte del Papa; los Monarcas de España, Sicilia, Cerdeña, Hungría y Dalmacia le recomendaron sus reinos á título de feudos; Demetrio, rey de los rusos, envió á su hijo para rogar al Padre Santo que recibiese su reino como feudo de San Pedro; Guillermo el Conquistador le pidió la enseña que debía legitimar la conquista de Inglaterra; Demetrio Zvoimir, duque de los croatas, prometió asimismo homenaje á la Sede Pontificia; Polonia debió á San Gregorio VII su independencia del reino teutónico, y cuando el tiránico Boleslao asesinó al pié de los altares al obispo de Gnesna, que le había reprendido su vida licenciosa, el Pontífice le excomulgó y le depuso.

De este modo San Gregorio VII, fortaleciendo la autoridad de los Monarcas prudentes y justos, y conteniendo ó deponiendo á los déspotas que tiranizaban á sus súbditos, se hizo el

padre de los pueblos y el amparo de los débiles y desvalidos.

Pero al mismo tiempo no faltaron al perseverante Pontífice adversarios temibles é implacables enemigos; porque algunos príncipes y un gran número de Obispos y sacerdotes, desconociendo su mision, ó apegados á los inveterados abusos, siguieron la causa de los enemigos de la Santa Sede, y le hicieron una guerra tan tozosa como enconada.

Mas al cabo Dios exaltó á su Iglesia y confundió á sus enemigos bajo el peso de su justicia.

Guillermo, obispo de Utrech, fué uno de los auxiliares más poderosos de la política del Emperador Enrique, y el enemigo más encarnizado de aquel Padre Santo.

En efecto: Guillermo de Utrech, segun afirma Berault Berceastel, no cessaba de ultrajar al Papa con invectivas y calumnias; tanto, que apenas habia fiesta en que predicando durante la Misa no hiciese resonar el santuario con los dictados de traidor, adúltero y perjuro, con que infamaba al Vicario de Jesucristo (1).

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldé, lib. XXXIII,

Finalmente, estando Enrique IV en Utrech, recibió la Bula de excomunion de Gregorio VII por sus atentados contra la Iglesia y la autoridad de los Papas, y se apresuró á participárselo al Obispo de aquella diócesis, que irritado contra el Sumo Pontífice, y para halagar al Emperador, subió al púlpito el día de la Pasca de Resurreccion, y pronunció, más que sermón, una acusacion calumniosa contra el Padre Santo, terminando con estas palabras: "Pues bien: por este hombre ha sido condenado nuestro Emperador."

Terminados apenas los divinos oficios, fué acometido el nuevo Judas de una enfermedad violenta, y de agudísimos dolores. Explicándose entonces en muy distintos términos, reconoció ante los que lo rodeaban que por muy jasto castigo de Dios perdía la vida presente y la eterna, por haber favorecido contra su conciencia la impiedad del Rey, llenando de oprobio al Papa Gregorio VII, cuando le constaba que era un santo y el verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

A pesar de todo se cree que murió sin Sacramentos, en medio de su desesperacion (1).

(1) RIGAUD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Eglise*, parte 2.ª, cap III.—Lambert, pág. 255.

## II.

Gaiberto, antipapa bajo el nombre de Clemente III.

(MURIO AÑO 1049 DE N. S. JESUCRISTO.)

La energía inquebrantable y la constancia invencible con que el Papa San Gregorio el Grande emprendió la serie de reformas que reclamaba la Iglesia y la realización del proyecto de libertar al Pontificado de la humillante dependencia del imperio, irritaron de tal manera al Emperador y á los grandes, á quienes se privaba del tráfico que hacían con las rentas de las iglesias á la sombra de inveterados abusos, que trataron de expulsar al Papa de su Silla y sustituirle con un antipapa que favoreciese sus planes.

Gaiberto, obispo de Rávena, que aspiraba al Pontificado, y había atraído á su partido con

regalos y promesas á los descontentos, fué el designado para promover el nuevo cisma.

Atento sólo Gaiberto á satisfacer su ambición, pactó alianza con Otón, instrumento principal del escandaloso atentado cometido entonces contra la libertad y hasta la vida del Papa, fomentó aquella rebelión impía y sostuvo inteligencias con Teobaldo de Milán y los demás obispos sediciosos de Lombardia, uniéndose también el cardenal Hago el Blanco y otros prelados que abandonaron la causa de la Iglesia para trabajar por cuenta de sus enemigos ó por interés propio.

El Emperador despues de haber depuesto al Papa en la Asamblea cismática de Worms, comenzó á sentir los efectos de aquel atentado, porque habiendo abusado el Papa á los súbditos de Enrique del juramento de fidelidad, comenzó á disolverse su partido.

Al mismo tiempo, muchos Prelados y señores se reunieron en Tribur, resueltos á depouer á Enrique y á elegir un sucesor; pero el Emperador, temeroso de perder la corona, y á fuerza de humillaciones, consiguió que aquella asamblea renunciase á su propósito, con la condición de obtener la absolución del Papa.

Hízolo así en efecto, más al poco tiempo volvió á indisponerse con el Papa, y fué excomulgado.

Irritado entonces contra San Gregorio VII, reunió en Brixen (Tirol), una nueva asamblea de Prelados y señores, cómplices de sus crímenes, que depusieron al Padre Santo y eligieron en su lugar á Guiberto, que tomó el nombre de Clemente III.

El Emperador seguido del antipapa, invadió varias veces con tropas á Italia, con ánimo de apoderarse de Roma, y aunque las revueltas de Alemania le obligaron á volver á sus Estados, logró al cabo Guiberto hacerse dueño de la mayor parte de la Ciudad Santa.

Muerto el Papa San Gregorio VII, fué elegido canónicamente Víctor III, y dos años después, y por fallecimiento de éste, Urbano II, pero como el antipapa seguía siendo dueño de Roma, el Pontificado legítimo tuvo que trasladarse á Monte Casino.

No obstante, al poco tiempo consiguieron los romanos arrojar de Roma al antipapa, que regresó á Rávena después de haber prometido bajo juramento que no volvería á subir á la Silla Apostólica.

El Papa Urbano consagróse desde luego á remediar los males que había ocasionado el cisma, mientras los cismáticos, aprovechando la ausencia de Urbano II y repuestos de sus pérdidas, se apoderaron por sorpresa de Roma, al mismo tiempo que el emperador Enrique entraba victorioso en la fortísima ciudad de Mantua.

El antipapa Guiberto, á pesar de sus juramentos, y gracias á estas ventajas de los cismáticos, volvió á sentarse en la Silla de los Pontífices, apoyado por sus partidarios, que, dueños del castillo de *Santángelo*, tenían en continuo sobresalto á la ciudad de Roma.

Así fué como el ambicioso Guiberto sostuvo su cisma durante veinte años y cuatro pontificados, desde Gregorio VII hasta Pascual II.

Indignados al fin los romanos contra el antipapa, ofrecieron al Papa legítimo, Pascual II, toda clase de recursos, y Guiberto, expulsado de Albano, murió repentinamente en su fuga.

## III.

Alberto, antipapa.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El triunfo del Papa Pascual II sobre su competidor el antipapa Guiberto, y la muerte de éste, no acabaron el cisma, porque los enemigos de la Santa Sede suscitaron sucesivamente tres antipapas, que no lograron consolidar el cisma ni debieron tener grande ignorancia, á juzgar por la indiferencia con que se ocupan de ellos los historiadores. Ni aun se sabe el nombre que adoptaron los dos primeros al usurpar la tiara.

El primero de ellos fué Alberto, elegido por los cismáticos para suceder á Guiberto; pero el mismo día de su eleccion fué preso y encerrado en San Lorenzo, donde se le tuvo recluso (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia* lib. XXXO.

## IV.

Teodoro, antipapa.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El segundo antipapa elegido por la faccion de Guiberto contra Pascual II, fué Teodoro ó Teodorico.

Más afortunado éste que el anterior, pudo sostenerse por espacio de ciento cinco dias, hasta Enero del año 1101, en que fué tambien encerrado en un convento (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia* lib. XXXV.

## V.

Cencio, prefecto de Roma.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

Al subir al Solio pontificio el gran Papa San Gregorio VII, uno de sus primeros cuidados fué evitar que los emperadores de Alemania siguieran usurpando la autoridad de la Iglesia con el pretexto de las investiduras, y para conseguirlo anatematizó á todos cuantos las confirieran y á todos cuantos osaran recibirlas. Esta medida tan necesaria al bien de la Iglesia, irritó á Enrique IV, que, no contento con hacer Abades y Obispos, quiso hacer Papas, erigiendo antipapa á Guiberto, por consejo del infame Cencio, hijo de un antiguo prefecto de Roma, que se encargó de consumar aquella sacrilega usurpación del Solio pontificio,

Berault-Bercastel refiere en los términos siguientes el atentado que con este motivo se llevó á cabo en la sagrada persona del Padre Santo:

“La noche de Navidad del año 1075 fué el Pontífice, según costumbre, á celebrar en Santa María la Mayor, á pesar de que caía una lluvia tempestuosa y tan abundante, que apenas se atrevían á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la función. No perdió Cencio una ocasión tan favorable, ántes bien acudió á la Iglesia con un tropel de gente armada. El Papa que estaba celebrando la primera Misa, llegaba á la comunión del pueblo, cuando de repente se oyó una gritaría furiosa. Los conjurados recorrieron toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes, se apoderaron del Papa, y queriendo uno de ellos cortarle la cabeza, le hizo una herida de la cual manó mucha sangre. Sacáronle del templo tirándole de los cabellos y maltratándole en extremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus secretas quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la casulla la túnica y la dalmática, y se le llevaron con el alba y la estola.”

De esta manera, el Vicario de Jesucristo, re-

vestido con los ornamentos que representan la túnica que Herodes hizo poner al divino Maestro y los cordales con que le sujetaron los judíos al prenderle, fué llevado al castillo de Cencio, nuevo Pretorio de aquellos nuevos judíos, donde la hermana del mismo Cencio no cesaba de ultrajarle, y donde uno de sus criados estaba desenvainando la espada para cortarle la cabeza, cuando una flecha lanzada con destreza hirió en la garganta al sacrilego y le dejó muerto en el acto.

La noticia del suceso no tardó en difundirse por la ciudad. Los oficios divinos se interrumpieron en todas las iglesias, tocáronse las campanas, resóñaron los clarines, y el pueblo acudió amenazador ante el castillo del tirano pidiendo la libertad del Pontífice.

Acorazado Cencio ante la actitud de los romanos, se echó á los pies de Gregorio VII, le pidió perdón, y le puso en libertad.

Cencio logró escapar con su familia y sus cómplices; pero condenado á perpétuo destierro y saqueados é incendiados su castillo y sus bienes, vivió errante y fugitivo sin patria y sin hogar hasta su muerte (1).

(1) RICARD: *Fin tragique des persécuteurs*.

## VI.

Guillermo II, el Rojo, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1100 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ciertamente la raza de los incautores no es nueva en la historia de la Iglesia, pues mucho antes de nuestro siglo, y aun de nuestra época, en la Edad Media, hubo ya quien, arrestrado por una ambición sacrilega, osó poner sus manos en las rentas y bienes eclesiásticos.

El siglo XI nos presenta uno de estos ejemplares en Guillermo II de Inglaterra, que á la muerte de Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, ocurrida en 1039, rehuesó por espacio de cuatro años proveer aquella Silla, por disfrazar sus cuantiosas rentas, de las que destinaba una parte muy exigua al sostenimiento de los monjes que formaban el clero de aquella iglesia. Lo mismo hacia en las demás catedrales y en los monasterios, de cuyos bienes se apoderaba al pun-

to que espiraba algun Obispo ó Abad, sin permitir luego que se les diese sucesor.

Al fin un suceso Providencial, y que tuvo todos los caractéres de un castigo de Dios para el Rey, le detuvo en el camino de las expoliaciones.

Habiendo ido á Inglaterra, llamado por el conde de Chester, el arzobispo de Cantorbery, San Anselmo, abad entonces del Bec, muchos señores y Prelados hicieron rogativas, con consentimiento del Rey, á fin de obtener un Pastor digno para la iglesia de Cantorbery. Uno de dichos señores, hablando un dia con Guillermo II, le dijo que no conocia ningun hombre tan santo como abad de Bec.—No ama sino á Dios, dijo, y no tiene afición á ningun objeto terreno.—No, contestó el Rey riéndose; ni aun el arzobispado de Cantorbery.—Segurometo, repuso aquel, eso es lo que ménos desea; estoy plenamente convencido de ello, y todo el mundo lo hace la misma justicia.—Y yo, añadió el Monarca, estoy persuadido de que si se le ofreciese esta opulenta Silla, correría á ella con todas sus fuerzas; pero, por el Santo Rostro de Luca (1), que ni él ni

(1) El Santo Rostro de Luca era un crucifijo vestido, que se creia habia sido hecho por Nicodemo y llevado después con el tiempo á Luca (Toscana), de donde habian salido muchas copias.

ningun otro se sentará en ella viviendo yo. Apenas profirió el rey Guillermo estas palabras, le acometió una enfermedad que en poco tiempo le puso en peligro de muerte. En tan apurado trance fué llamado San Anselmo para asistir al rey Guillermo, que no solo se mostró arrepentido, sino que fué uno de los que más trabajaron para obligar al santo Abad á aceptar la mitra de Cantorbery, que se resistió á recibir por mucho tiempo con invencible humildad, á pesar de los ruegos del mismo Monarca, del Episcopado y del clero, y aun de la grandeza.

Mas el Rey olvidó pronto sus propósitos, porque, pasado el peligro, su carácter irascible y avaro le impulsó á nuevos excesos: así fué que un dia en que Gandolfo, obispo de Rochester, le advirtió que su conducta le atraería algun nuevo castigo de la ira de de Dios, el príncipe, usando el juramento que le era familiar, exclamó con enfado: "Por el Santo Cristo de Luca, jamás Dios me hará bueno haciéndome mal.

Posteriormente exigió una contribucion de dos mil libras de plata al arzobispado de Cantorbery; negó á los Prelados tuviesen comunicacion con el arzobispo San Anselmo, porque habia reconocido al Papa legítimo Urbano II, y aun trató de obtener de los Legados pontificios depusieran al virtuoso Prelado.



## CAPITULO SEGUNDO.

## SIGLO XII.

SUMARIO.—I. Enrique IV, Emperador de Alemania.—II. Maginolfo, antipapa llamado Silvestre IV.—III. Mauricio Bordino, antipapa llamado Gregorio VII.—IV. Tanchelmo, hereje.—V. Pedro de Bruys, hereje.—VI. Enrique V, emperador de Alemania.—VII. Mesias Falsos.—VIII. Enrique de Tolosa, hereje.—IX. Arnaldo de Brencia.—X. Martin, hereje ruso.—XI. Federico I. Barbaroja.—XII. Octaviano, antipapa, llamado Victor IV.—XIII. Guido de Crema, antipapa, llamado Pascual III.—XIV. Leopoldo, duque de Austria.—XV. Enrique VI, emperador de Alemania.—XVI. Lando Stitino, antipapa llamado Inocencio III.

Enrique IV, rey de Roma y emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1106 DE N. S. JESUCRISTO.)

En esta época, una de las más calamitosas para la Iglesia por la consumación del cisma griego, aún reciente, por los lamentables abusos

que introdujeron en ella algunos Obispos y clérigos puestos al servicio de los Emperadores y de los grandes; por las invasiones de los sarracenos, y por las intrusiones del poder imperial en la potestad espiritual, suscitó Dios al gran Papa San Gregorio VII, hombre superior á su siglo, que entró desde luego en la vía de las reformas que reclamaban los tiempos; pero el infierno levantó enfrente de él á Enrique IV, uno de los mayores enemigos de la Iglesia y del Pontificado.

Tal era la situación del mundo y de la Iglesia cuando por la muerte del virtuoso Enrique el Negro, fué colocado en el trono, á los siete años de edad, su hijo Enrique, cuarto rey de Roma y tercer emperador de Alemania. Durante la menor edad del joven Monarca, regentó la emperatriz Inés con bastante perjuicio de la Iglesia: pero éste fué aún mayor cuando, tomando el niño rey las riendas del gobierno, comenzó á vender con escándalo las investiduras de obispos y abadías.

Hé aquí el retrato que hace Berault-Barceau del de este príncipe, en su *Historia general de la Iglesia*:

“El joven Enrique no tenía más que diez y ocho años y ya era uno de los hombres más vi-

ciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, su libertinaje desenfrenado no respetaba la inocencia virginal ni la fidelidad conyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de una mujer, hacia que se le presentasen de grado ó por fuerza; iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella exponiendo su propia vida, y entonces, si no lo graba seducirle, usaba de la opresion y de una violencia brutal. A la impudicia se siguió la crueldad, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos cuando le servian de obtáculo para hacerse dueño de sus mujeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus excesos. Por poco sospechosa que le fuera su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones más fogosas. No ménos disimulacion que implacable en su ira, man-

(1) Hist. bell. Sav. pag. 102. — Chron. Mayé., Ms. ann 1068.

daba asesinar á los que le habian desagradado cuando ellos estaban más distantes de pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte, que derramaba copiosas lágrimas. La simonia, perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fué el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispados aquellos que le daban más dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoniacos y ponía en su lugar á los otros: de suerte que una misma Silla solia tener dos Obispos, tan justos acusadores uno de otro, como indignos competidores (1).

En este estado las cosas, ascendió al Sóllo pontificio San Gregorio el Grande, que hacia mucho tiempo proyectaba la reforma de la Iglesia, y desde luego comenzó á perseguir con el mayor rigor la simonia y el concubinato de los clérigos, que eran el origen de todos los males.

Al efecto se celebró un Concilio la primera semana de Octubre en Roma, donde se dispa-

(1) Lib. XXXIII, núm. 60.

no que los que hubiesen recibido las órdenes sagradas por simonía, no pudiesen ejercer sus funciones; que los que hubiesen dado dinero para obtener beneficios, quedaban privados de ellos irrevocablemente; y que los que vivían amancebados no celebrasen la misa, y que si la celebraban, no pudiese oír la el pueblo, porque tales intercesores sirven más bien para atraer la ira de Dios que para aplacar su justicia (2).

Los edictos de este Concilio fueron rechazados por los Obispos alemanes, pretextando eran contrarios á sus derechos y costumbres, siendo así que solo se dirigían contra sus excesos y contra sus vicios; pero el Emperador prestó por entonces su apoyo á los Legados del Papa, temeroso de suscitar nuevas dificultades en el imperio, harto turbado con la sublevación de Sajonia y Turingia.

Vencida esta insurrección, que puso en grave peligro la autoridad y aun la vida de Enrique IV, y orgulloso éste con su victoria, cambió de repente su conducta respecto del Papa; y cuando los Legados de San Gregorio VII le entregaron la carta en que le exhortaba á pensar, en

(1) Cap. XVIII. l. x. pág. 84.

medio de su victoria, en la suerte de Saul, y le mandaba compareciese en Roma para justificarse de las acusaciones formuladas contra él, se irritó contra el Papa, despidió desdenosamente á los Legados y convocó una asamblea religiosa en Worms, á fin de asegurar, según decía, la paz del imperio por la deposición del Romano Pontífice.

En aquella asamblea, después de formularse una acusación contra el Papa, se decretó por unanimidad su deposición.

Desde entonces la conducta de Enrique IV respecto del Papa cambió de continuo, según lo exigía su interés propio. Así es que cuando los anatemas de la Iglesia y la actitud de los príncipes, ó las rebeliones de Sajonia y Turingia, le pusieron en peligro de ser destronado, se reconciliaba con el Romano Pontífice, y empleaba todos los medios, aun los más humillantes, para conservar la corona, y por el contrario, se rebelaba contra él cuando la paz del imperio y la protección de los príncipes y los Obispos le permitían hacerlo impunemente.

Las amarguras que la avaricia, ambición y volubilidad del Emperador ocasionaron desde entonces á los Papas y á la Iglesia durante un cuarto de siglo fueron tales, que su reinado fue

de figurar entre las mayores persecuciones suscitadas contra el Pontificado.

Baste decir que el soberbio Emperador anatolizó en Utrech al Papa en nombre de la Iglesia. Posteriormente la actitud de la Dieta de Tribur le obligó á dirigirse á Roma para pedir la absolución del Papa; pero al poco tiempo invadió la Italia, é hizo que los Sínodos de Maguncia y Brixen depusieran de nuevo á San Gregorio y eligiesen en su lugar al antipapa Guiberto, arzobispo de Rivena que tomó el nombre de Clemente III.

Enrique, después de conseguir que los Obispos lombardos reunidos en Pavía reconociesen al antipapa, marchó sobre Roma. La firmeza del Papa animó á los romanos, que defendieron heroicamente la ciudad, y el Emperador tuvo que retirarse sin tomarla. Al año siguiente volvió á sitiarla sin resultado, y en 1083 acampó por tercera vez delante de Roma, consiguiendo entonces por la astucia y por el oro lo que no había logrado con la pericia y la fuerza de las armas.

Después de la muerte de Urbano II y del antipapa Guiberto, procuraron los príncipes aprovechar aquella ocasión para restablecer la paz entre la Iglesia y el imperio, y al efecto acon-

sejaron al Emperador se reconciliase con Pascual II que acababa de ser elegido Papa. Enrique manifestó entonces la intencion de dirigirse á Roma para arreglar sus diferencias con la Santa Sede en el Concilio que debía reunirse en el mes de Febrero del año 1102; pero de repente, y sin que se sepa por qué, el Emperador cambió de propósito y se empeñó en que se eligiera un nuevo antipapa.

De esta manera, la perfidia de Enrique IV imposibilitó una vez más el restablecimiento de la paz, dando lugar á que el Concilio de Roma lanzase contra él y sus cómplices el rayo de la excomunión.

El Emperador, convertido en realidad, ó fingiendo estarlo, manifestó otra vez deseos de reconciliarse con la Iglesia, declarando ante los príncipes reunidos en Maguncia que quería entregar el cetro á su hijo y organizar una cruzada inmediatamente después de concluida la paz con el Papa, y mandando se publicase solemnemente, durante la Misa, su resolución por el obispo de Warzburgo. Por último, hizo jurar á los príncipes una tregua en todo el imperio por espacio de cuatro años, después de haber rogado á Hugo, abad de Cluny, influyese con el Papa para el restablecimiento de la paz.

A pesar de hallarse las cosas en tan favorable estado, viéronse frustradas las esperanzas de los buenos, porque, abortada la expedición á Tierra Santa, se disgustaron contra el Emperador los que, confiando en su palabra, habían tomado la cruz, y por otra parte el descontento no fué menor entre los grandes y caballeros, que, ávidos de botín y acostumbrados á la guerra, habían recibido con disgusto la tregua impuesta por Enrique.

Corría por entonces el año cincuenta de su reinado, cuando sonó para el astuto Monarca la hora de las divinas venganzas.

Algunos años antes Enrique IV, á más de las amarguras que acibararon toda su vida, y cuando se hallaba en una de las épocas más comprometidas para su causa, tuvo el dolor de ver á su hijo primogénito. El desgraciado Enrique, desesperado al ver á su propio hijo unido á la causa de los güelfos, quiso atravesarle con su espada. Algunos de sus partidarios lograron evitar aquel suicidio, pero el Emperador se retiró á un castillo y renunció á usar las insignias imperiales.

Por entonces perdió también Enrique á su mujer, que despues de haber revelado á los Concilios de Constanza y Plasencia, con gran detri-

mento de de la reputación del Monarca, los tristes misterios de su vida conyugal, se había retirado á un convento.

Aunque el poder del Emperador parecia haber recibido el golpe de muerte, se levantó una vez más de una manera tan rápida como inesperada.

El rebelde Conrado murió al poco tiempo en Italia, y su padre, que volvió á recobrar todo su poder, se preparaba á turbar de nuevo la paz de la Iglesia, cuando su hijo Enrique abandonó el campamento imperial de Fritalar (Sajonia), y se rebeló contra él. Desde entonces se eclipsó para siempre la estrella del gran perturbador de la Iglesia y del imperio, que despues de rebelarse contra la autoridad de tres Romanos Pontífices, de haber entrado tres veces en son de guerra en los Balados-Pontificios; de haber suscitado dos antipapas y violado varias veces los tratados celebrados con la Santa Sede, recibió el castigo que sus iniquidades merecian de mano de su propio hijo, que le hizo sufrir una por una todas las iniquidades y todas las amarguras con que el Emperador había afligido á los Padres Santos San Gregorio VII, Urbano II y Pascual II.

Finalmente, Enrique IV, excomulgado por tres Papas, desamparado de Dios y de los hom-

bres, como dice el P. Flores, y perseguido por sus dos hijos, se declaró por sí mismo indigno de reinar, en la asamblea de Ingelheim.

El fin desastroso de tan desaventurado Monarca lo refiere Berault-Bercastel en los siguientes términos:

“Este desgraciado príncipe vióse reducido á tanta miseria en los últimos meses de su vida, que suplicó al obispo de Spira le concediese una prebenda en su iglesia, ofreciéndose á desempeñar en ella el cargo de lector ó sochantre; pero le fué negada. Por último, murió en Lieja á 7 de Agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. Como el obispo Otherto continuaba todavía en el cisma en que Enrique le había empeñado, lo hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lambert; pero esta Prelado no fué recibido en la comunión de la Iglesia sino en la condición de desenterrar el cadáver de Enrique, el cual fué trasladado á Spira y depositado en un sepulcro de piedra, donde permaneció cinco años fuera de sagrado. Este fué el deplorable fin de un príncipe que por los recursos de su talento y de su valor, supo dar ó sostener sesenta y seis batallas, de las cuales salió vencedor siempre que no fué vencido, pero que por su ciega confianza

en ministros incapaces, por su brutal pasión á los placeres, por su desprecio á la Religión, por su tráfico sacrilago de los beneficios eclesiásticos, y por su crueldad y su perfidia, se hizo harto merecedor de sus desgracias (1).”

## II.

Maginulfo, antipapa llamado Silvestre IV.

(MURO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El tercer antipapa elegido por la facción de Guiberto contra Pascual II fué el arcipreste Maginulfo, que tomó el nombre de Silvestre IV. Este falso Pontífice tuvo que huir al poco tiempo de su elección, y al fin murió desterrado y en tal miseria, que quitó á otros el deseo de imitarle según dice Berault-Bercastel (2).

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Buldó, lib. xxxv, núm 8.

(2) *Historia general de la Iglesia*, lib. xxxv.

## III.

Mauricio Burdino, antipapa, bajo el nombre de Gregorio VII,

(MURIO AÑO DE 1122 DE N. S. JESUCRISTO.)

Mauricio Burdino fué uno de aquellos monges tan piosos como eruditos, que Bernardo, arzobispo de Toledo, trajo de Francia cuando, de órden del Papa y con carácter de Legado, vino á ordenar los asuntos eclesiásticos (1).

Entre los cargos y beneficios con que el Arzobispo honró á sus huéspedes, tocó á Burdino el arcedianato de Toledo, pasando á ser después obispo de Coimbra y arzobispo de Braga.

Con el tiempo Burdino se ganó la confianza del Papa Pascual II, de tal manera, que le nombró para tratar la paz con el Emperador.

(1) MARIANA: *Historia de España*,

El año de 1116, Pascual II tuvo que abandonar á Roma á consecuencia de una sedición contra él, y el emperador Enrique V marchó al año siguiente á la ciudad de los Papas con un poderoso ejército para recibir la corona de manos del Romano Pontífice, según decía, aunque el objeto verdadero de aquel viaje era proteger la causa de los revoltosos.

Al efecto, manifestó deseos de restablecer la union entre las dos potestades, y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de retirarse de la ciudad; pero despues quiso que el clero de Roma le ciese la corona en ausencia del Padre Santo.

El clero se negó á coronarle, fundándose en la proteccion que dispensaba á los enemigos de la Santa Sede, y entonces Burdino, cediendo á las instancias de Enrique V, no tuvo inconveniente en ceñirle la corona en la Iglesia de San Pedro y delante del cuerpo de San Gregorio, no obstante que pesaba sobre el Emperador una sentencia de excomunion.

El Papa, al saber la traicion de su Legado, celebró en Benevento un Concilio, que pronunció contra Burdino sentencia de excomunion.

Al poco tiempo falleció Pascual II y pocos dias despues cuarenta y cinco Cardenales, mu-

chos Obispos, un gran número de elérgicos y algunos senadores y consulares romanos, se apresuraron á elegir á Juan de Gaeta, que tomó el nombre de Gelasio II.

El nuevo Papa no quiso ceder á las exigencias del Emperador, contrarias á los derechos de la Iglesia, acerca de las investiduras, y Enrique V hizo se procediese á una nueva eleccion en la que el partido imperialista dió sus votos á Mauricio Bardino, que adoptó el nombre de Gregorio VIII.

Sin embargo, la usurpacion era tan notoria, que ni el clero ni el pueblo abrazaron su partido. Solo los guibertinos se adhirióron á su causa.

Gelasio II se apresuró á escribir al clero y pueblo de Roma, Francia y España, á fin de prevenir á los fieles contra los peligros del cisma, y en seguida celebró un Concilio en Ospua, que excomulgó al Emperador y al antipapa. Bardino, por su parte, despues de coronar á Enrique, remitió Bulas á todas partes, que no dieron resultado; pero el usurpador seguia instalado en Roma, mientras el verdadero Papa permaneció alejado de su capital hasta que los príncipes normandos de Italia vinieron en su socor-

ro, obligando al Emperador á volverse á Ale-  
manio.

El Padre Santo creyó entónces que podia celebrar en la iglesia de Santa Práxedes; mas los Frangipanes y sus parciales acudieron á las armas, y Gelasio II tuvo que abandonar de nuevo á Roma y refugiarse en Francia, donde murió.

Guido, arzobispo de Viena, varon esclarecido por su cuna, sus eminentes virtudes y su energía, fué elegido Sumo Pontífice, bajo el nombre de Calixto II, con aplauso de toda la Iglesia.

Calixto II excomulgó al Emperador y al antipapa; pero este último, protegido por el Emperador, permaneció todavia durante dos años en Roma. Al cabo de este tiempo el Papa legítimo entró en Italia en medio de las aclamaciones de su pueblo, y Bardino, abandonado de todos, se encerró en Satri, resuelto á defenderse, mientras recibia socorro de Enrique V. Entre tanto los normandos sitiaron la ciudad, y sus habitantes temerosos de las consecuencias de un asalto, prendieron al antipapa y le entregaron á los sitiadores.

Los soldados, despues de llenarle de injurias, le hicieron montar al revés sobre un camello, le pasieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero, parodiando así la cabalgata en

que el Padre Santo se presentaba con la capa de escarlata, y le llevaron á Roma, donde el pueblo le hubiera sacrificado á su favor si el Papa Calixto no le hubiese arrancado de sus manos.

Finalmente, Berdino, conducido de prision en prision, murió en el monasterio de Cara el año 1122.



## IV.

Tanchelmo ó Tanquelmo, hereje.

(MURIO AÑO 1124 DE N. S. JESUCRISTO.)

La Iglesia, que había salido victoriosa el siglo XI en su lucha con los Emperadores de Alemania, disfrutó de la paz en el siguiente durante algunos años; pero las herejías que aparecieron en aquella misma época iniciaron una nueva guerra en los Países Bajos y en Francia.

La cátedra elegida entonces por la impiedad fué la ciudad de Amberes, donde un lego llama,

do Tanchelmo ó Tanquelmo, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocuente, comenzó á predicar sus errores.

Las mujeres á quienes había corrompido, y á las cuales instruyó para engañar á sus propios maridos, fueron sus mejores propaganistas; y cuando contó con un partido temible aun para los poderes públicos, se presentó con insolencia en todas partes, ricamente vestido, precedido de un estandarte y escoltado de tres mil hombres, que no le abandonaban nunca, y que tenían levantadas sus espadas mientras el hereje predicaba su doctrina.

Tanchelmo enseñaba que la Iglesia la componían únicamente él y sus discípulos; que él era Dios como Jesucristo, porque llevaba la plenitud del Espíritu Santo, y que los Sacramentos eran una mentira.

Abelardo refiere que Tanchelmo hizo que se le dedicase un templo; y, en efecto, de tal manera fanatizó á sus sectarios, que se creían felices con sólo acercarse á él, y consideraban sus orines como agua consagrada. Cierta dia que el impostor tenía necesidad de dinero, hizo llevar á presencia del pueblo una imagen de la Virgen, la cogió una mano, y despues de pronunciar la

fórmula del matrimonio, declaró que acababa de casarse con María, y mandó á sus secuaces que contribuyesen con sus ofrendas á los gastos de su boda.

Estos detalles, tomados de la carta del clero de Utruch á Federico I, arzobispo de Colonia, sobre la conducta de Tanchelmo, están conformes con las noticias que da acerca de este hereje el biógrafo de San Norberto.

Es más: otros historiadores añaden que Tanchelmo se presentaba al pueblo con pompa regia, vestido de oro y púrpura; que su mesa estaba siempre dispuesta para todo el mundo; que su conversacion era agradable, y que fascinó á todos los que le seguian de tal manera, que le era permitido abusar de las mujeres en presencia de sus maridos, y de las jóvenes á la vista de sus padres, bajo el pretexto de un comercio puramente espiritual. Y hasta se dice que las mujeres que no eran sacrificadas á su incontinencia, se consideraban deshonradas.

Este impostor extendió su secta en la isla de Zelandia y en los Países Bajos; pero gracias á los esfuerzos de Norberto, del arzobispo de Cambrái, del clero y de algunos religiosos, las gentes sencillas y extraviadas que le siguieron volvieron al poco tiempo al seno de la Iglesia.

En anento á Tanchelmo, los historiadores no están conformes sobre la ocasion y detalles de su muerte, pero todos dicen que fué asesinado (1).

## V.

Pedro de Bruys, hereje.

(MURIC AÑO 1124 DE N. S. JESUCRISTO.)

A principios del siglo XII fundó Pedro de Bruys de origen francés, una secta herética, cuyos partidarios tomaron del nombre de su maestro, el de petrobrusianos.

Pedro de Bruys, y sus secuaces sostenian que les niños que no tienen uso de razon no pueden

(1) BÉAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balda, lib. XXXVI.—WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theol. cathol.*, NORBERT (S).

ser justificados por la fé ni ser bautizados, porque el que es bautizado, dicen, debe tener fé.

Los petrobrussianos afirmaban que, estando prohibida la construcción de iglesias, debían derribarse las que existían, porque los cristianos no necesitan de templos para orar, pues Dios los oye, si son dignos de ser oídos, tanto si se dirigen á él en una iglesia, como en una taberna en ó un establo.

Pedro de Bruys decía, además, que todas las cruces debían ser destruidas, porque el instrumento en que Cristo había sido martirizado y muerto no merece respeto ni adoración, sino que al contrario, es justo, por represalias, ultrajarle y destruirle.

Finalmente, á estas extravagancias agregaban otras muchas doctrinas heréticas, negando la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo en la Eucarrestía, y burlándose de los cánticos religiosos, de los sacrificios, de las oraciones, limosnas y otras buenas obras.

Pedro de Bruys condenaba también el celibato eclesiástico; y según Pedro el Venerable, llevaba su fanatismo hasta el punto de encarcelar y azotar á los sacerdotes y religiosos que se negaban á contraer una unión sacrílega.

Los Pirineos, la Provenza, el Languedoc y Gasuña fueron durante veinte años el teatro de las predicaciones y violencias del hereje, que no perdonaba medio para propagar sus errores.

Algunas veces encontró el terreno dispuesto á recibir tan mala semilla; pero el año 1124, y cuando ménos lo esperaba, fué sorprendido cerca de la ciudad de San Gil por una muchedumbre, que, irritada y exasperada por los atentados del sacrílego reformador, se apoderó de él y le arrastró á una hoguera, en la que fué quemado.

## VI.

Enrique V el Joven, Emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1125 DE N. S. JESUCRISTO.)

A pesar de que Enrique V se reveló contra su padre el emperador Enrique IV y le despojó de la corona se pretextó de que no podía comu-

nicas con un excomulgado y de restablecer la paz de la Iglesia, ni la Iglesia recobró la paz, ni el nuevo Monarca adoptó la política que reclamaban los intereses del Imperio y del Pontificado.

Cierto es que al principio de su reinado se persiguió á los partidarios de su padre, se expulsó de sus Sillas á muchos Obispos simoníacos y se puso en entredicho á todos los clérigos ordenados por los Prelados cismáticos; pero con el tiempo demostró que la ambicion de reinar, y no su amor á la Iglesia, le habia impulsado á arrebatar el centro á su padre.

Gracias á su máscara de humildad, dulzura y celo por el bien de la Iglesia y del Estado, fué reconocido por todo el Imperio; más apenas se vió quieto y pacífico sobre su trono, arrojó la careta que con tanta maña habia llevado, y Enrique V apareció tal y como era: digao hijo de Enrique IV.

Poco tiempo despues de su coronacion fueron abolidas las investiduras por el Concilio de Guastalla, aunque el Papa Pascual II, atento sin duda á atraerse á los discolos para asegurar la paz, consintió en que los Obispos instituidos contra los cánones conservasen su dignidad, con tal de que no incurriesen en adelante en simonía.

De esta manera Enrique V, que estaba muy distante de renunciar á las investiduras, contando con un gran número de Obispos siempre dispuestos en su favor, y seguido de un formidable ejército y de una multitud de sábios, á fin de sostener sus pretensiones con la pluma y con la espada, se dirigió á Italia, declarando que iba á ser coronado por el Papa.

El Emperador procuró ante todo ganarse á la princesa Matilde, la aliada más fiel y poderosa de la Santa Sede, y en seguida envió embajadores al Padre Santo, conviniéndose por una y otra parte que la Iglesia renunciaria los feudos con la condicion de que el imperio renunciase las investiduras. Confiando Enrique en la oposicion de los Obispos de su partido á la ejecucion del tratado por no perder sus pingües feudos, lo aceptó desde luego; se entregaron rehenes por ambas partes, y el Emperador entró en Roma.

“El Papa, segun refiere Berault-Bercastel, le esperaba en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde estaba preparado para la coronacion. Postróse el Rey, le besó los plés, y despues se abrazaron por tres veces. Quando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras, segun habian convenido; pero Enrique se

retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los Obispos y señores de su comitiva. Estos, fingiendo escrúpulos, como si se tratase de convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podían ratificar un coronio contrario al Evangelio, que manda dar al César lo que es del César. Los Obispos del partido romano reclamaron al mismo tiempo la promesa hecha en su nombre de ceder las regalías, y disputándose vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del Rey, dejando á un lado la ficción, dijo: "De qué sirven tantos discursos? Sabed que el Emperador mi amo quiere recibir la corona como fué dada á los emperadores Carlos y Luis (1)." Habiendo declarado el Papa que no coronaría á Enrique si este príncipe no cumpliese lo que había prometido, éste mandó al punto le arrestasen con los Cardenales allí presentes, y fueron conducidos violentamente á una casa inmediata, y amenazó al Papa con que si no abandonaba las investiduras al rey de Germania, le haría arrancar los ojos, y aun quitarle la vida. En seguida los soldados de Enrique robaron las

(1) Chron. Cass. lib. IV, cap. XXXVIII.

tapicerías y todos los efectos preciosos que se habían puesto en público para honrar la entrada del Emperador; golpearon fuerosamente á los clérigos y á los legos, asesinaron é hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habían ido en procesion delante del príncipe con palmas y flores. En un instante la iglesia de San Pedro quedó cubierta de cadáveres é inundada de sangre (1)."

La perfidia del Emperador y los excesos de sus soldados irritaron de tal manera á los romanos, que empuñando las armas aquella misma noche, arrojaron de Roma á los alemanes y al Monarca, aunque no pudieron evitar que se llevasen al Papa, á quien los imperiales despojaron de sus ornamentos y maniataron cruelmente.

La resistencia de los romanos duró dos meses, al cabo de los cuales su situación llegó á ser tan insostenible, que Pascual II, compadecido de su miseria, consintió en firmar un convenio, que, segun decia, no hubiera aceptado nunca, ni aun para salvar su propia vida, y en virtud

(1) Historia general de la Iglesia, traducida por Baldo, lib. XXXV, núm. 17.

del cual renunciaba al derecho de la investidura, lo cedía al Emperador y hacía otras concesiones favorables á la causa de Enrique, su cacertero, ofreciendo coronarle segun costumbre.

El Emperador fué coronado; pero el tratado que se arrancó al Papa no fué sancionado, porque muchos Prelados reclamaron sobre esto á Pasqual II, que al fin lo anuló en el Concilio de Roma del año 1112, fundándose principalmente en que, segun aquel convenio, la investidura debía proceder á la consagracion del elegido, lo cual era contrario á las resoluciones de los Padres.

Otro Concilio, celebrado en Viena bajo la presidencia del arzobispo Gui, legado del Papa, excomulgó al Emperador "como un segundo Judas, profanador de la Iglesia."

La justicia divina confirmó al anatema, porque disgustados muchos príncipes, y animados por las sentencias de excomunion que pesaban sobre su señor, se rebelaron contra él, al mismo tiempo que estallaba en Sajonia una insurreccion formidable.

El Emperador entró en Sajonia al frente de un numeroso ejército, y alcanzó á los rebeldes que le derrotaron en Welferholza, cerca de Mansfeld. Desde entónces, no sólo no hubo ya im-

conveniente en dar á conocer la excomunion del Emperador, sino que el Cardenal legado, obispo de Prenceto, renovó en un sínodo de Reims el anatema lanzado contra aquel en Beauvais, y exhortó á Federico, arzobispo de Colonia, á emplear contra el Monarca las armas espirituales, además de las materiales. Y en efecto: ante una asamblea de príncipes legos y eclesiásticos reunidos en Colonia, y á presencia del pueblo, fué pronunciada una nueva sentencia de excomunion. Sancionada de este modo la actitud de los enemigos del Emperador, y confundidos los intereses religiosos y políticos, la lucha se encarnizó y generalizó en Alemania, haciendo más difícil la situacion de Enrique V, que con su infuente política contribuyó en mucho á enardecer la guerra.

Fatigado el Emperador de las turbulencias de Alemania, y no contento sin duda con haber encendido en el Imperio la tea de la discordia, marchó la á Italia, donde se hizo necesaria su presencia para sostener su dominacion, y donde turbó tambien la paz pública y la tranquilidad de la Iglesia con nuevas dificultades. Desde luego, y so pretexto de la muerte de la princesa Matilde, comenzó por entablar una reclamacion sobre sus bienes, explotando en su pro-

vecho la situación difícil del Papa, á consecuencia de una sedición que estalló en la misma Roma, y que obligó á Pascual II á abandonar la ciudad.

Las calamidades más espantosas cayeron entonces sobre los dominios de Enrique, de uno y otro lado de los Alpes. Muchas ciudades de Italia sufrieron grandes terremotos, que destruyeron sus torres, sus murallas y sus templos, y en Alemania hubo provincias enteras que fueron arrasadas por el huracán y la tempestad. Todos estos desastres, unidos á los nacimientos monstruosos, á las lluvias de sangre y á otros fenómenos extraños que ocurrieron por entonces, llenaron de pavor al pueblo, que, relacionando las perturbaciones de la naturaleza con las agitaciones de la política, veía en aquellas calamidades el castigo de los crimines de la época.

En tan difíciles circunstancias, el Emperador, lejos de ceder, aguzó su ingenio del tal suerte, que venciendo á los italianos en habilidad, astucia y perfidia, y ocultando su orgullo bajo una mentida condescendencia, su ambición con las formas de modestas exigencias, y su avaricia bajo el velo de la liberalidad, solo se cuidó de llevar adelante su propósito.

En seguida, y bajo el pretexto de sujetar á

los romanos rebelados contra el Papa, marchó á Roma, donde entró sin resistencia, mientras el Papa, que no se fiaba de sus amistosas promesas, se retiraba á Benevento para procurarse el apoyo de los normandos.

Tres de los Cardenales que habían quedado en Roma ofrecieron á Enrique la paz con la única condición de que renunciase á las investiduras; pero él se negó á ello, resistiéndose en cambio los Cardenales á coronarlo como él deseaba y según la antigua costumbre. A pesar de todo, el Emperador logró hacerse coronar por Mauricio Bardino, arzobispo de Braga, que se hallaba casualmente en Roma.

La muerte sorprendió por entonces á Pascual II, y los Cardenales, á fin de evitar que el Emperador ó sus partidarios turbasen la elección, se reunieron en cónclave á toda prisa y eligieron á Juan de Gaeta, que tomó el nombre de Gelasio II. Los temores de los Cardenales no eran infundados, pues apenas supo la elección Cencio Frangipani, partidario del Emperador, se apoderó del Papa y de los Cardenales, y los encerró en una prisión, después de maltratarlos cruelmente.

El pueblo, indignado, se levantó contra Cencio y libertó al Papa; pero ocurrió una nueva y

gravísima dificultad, porque el Emperador, apenas supo la elección, salió de Turin y llegó á Roma con tanta precipitación, que el Papa y los Cardenales apenas tuvieron tiempo para salir de la ciudad. Sin embargo, Enrique envió embajadores al Papa proponiéndole volviese á Roma con los Cardenales para ratificar su elección, y ofreciéndole restablecer la paz. El Papa, á quien la experiencia había enseñado á desconfiar del Emperador, respondió á los enviados que las condiciones de la paz se tratarían en un Concilio que se reuniría en Cremona ó Mantua; pero Enrique, explotando en su favor la respuesta del Sumo Pontífice, y apelando á la astucia y á la intriga, sus armas favoritas, excitó hasta tal punto los celos de los romanos sobre la preferencia que el Padre Santo daba á otras ciudades sobre Roma para la celebración del Concilio, que el pueblo pidió se procediese á una nueva elección, y eligió al arzobispo Burdise, conforme á los deseos del Emperador.

Gelasio II fulminó entonces la excomunión contra el Emperador y Bardino, dando á conocer en sentencia en una Sacerdotal dirigida al mundo cristiano, y marchó secretamente á Roma, donde los partidarios del antipapa le persiguieron sin tregua.

El Papa tuvo que abandonar la ciudad; pero la conducta de Enrique y la elección de Bardino suscitaron en Alemania una guerra civil tan sangrienta, que ni se respetó la tregua de Dios, ni la Semana Santa.

A pesar de todo, el Papa volvió á Roma, teniendo que retirarse de nuevo ante la actitud hostil de los imperialistas, y después de una encarnizada lucha, que convirtió la ciudad en otra Sodomá.

Gelasio II se refugió en Francia, y al poco tiempo falleció en la abadía de Cluny, donde los Cardenales eligieron á Calisto II.

No se ocultó al Emperador que el nuevo Papa sería por su prudencia y su energía un adversario más temible para él que su predecesor; y á fin de no complicar su ya difícil situación, reunió á los grandes del imperio en Dieta general, en Tribur, para reconciliarse con ellos, declarando se hallaba dispuesto á restablecer la paz de la Iglesia.

El Papa, por su parte, envió Legados al Emperador para acordar los preliminares de un tratado; pero Enrique apeló de nuevo á su astucia y á sus intrigas, y el Concilio reunido en Reims,

en vez de firmar la paz que anhelaba, tuvo que fulminar la excomunion contra el Emperador, el antipapa y todos los enemigos de la Iglesia.

Dos años más tarde el Padre Santo, atento solo á conseguir la paz tan deseada, comenzó á emplear en sus cartas al Emperador un tono dulce y de conciliación, logrando á fuerza de prudencia se celebrara el concordato de Worms, en virtud del cual renunciaba Enrique V á las investiduras por el báculo y el anillo.

La Iglesia había recobrado la paz, pero el imperio continuó perturbado por el espíritu ambicioso é intrigante del Emperador.

Por último, Enrique V, después de haber declarado la guerra á Francia, se dirigió á Utrech, donde, atacado de la epidemia que asolaba entonces á Europa, ó envenenado por su esposa, según algunos, murió el 25 de Mayo de 1125, con la reputación, dice Voltaire, de un hijo desnaturalizado, hipócrita, sin religion, vecino inquieto y mal monarca. Enrique fué el último Emperador de la casa de Sajonia; pues pasó la corona á la casa de Hohenstaufen.

La esterilidad de su matrimonio y la extinción de su dinastía se atribuye generalmente á

castigo del cielo en confirmación de las maldiciones de los Papas (1).

## VII

Mesías falsos.

(AÑOS 1137, 1138 Y 1157 DE N. S. JESUCRISTO.)

El doctísimo judío Moisés Maimonides, natural de Córdoba, habla de un impostor que quiso hacer en Francia el papel de Mesías y pagó su crimen con la vida.

El P. Feijó (2) cita otro falso Mesías que apareció en Persia, hácia el año 1138, logrando seducir á muchos judíos, y fué degollado por orden del rey.

(1) WEITZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*—*Fin traíque des persecuteurs de l' Eglise*, part. 3.<sup>ª</sup> cap. III.—MORERY: *Dict. histor.*

(2) *Teatro crítico*, tom. VII, pág. 149.

En Córdoba apareció en el año 1157; pero así él como los judíos que le proclamaban, lo pagaron, según dice el mismo Feijóo,



## VIII.

Enrique de Tolosa.

(MURIO AÑO 1149 DE N. S. JESUCRISTO.)

El suplicio de Pedro Bruys no fué bastante para asabar con su secta, pues algunos años más tarde un antiguo amigo y discípulo suyo llamado Enrique, se encargó de continuar la obra de su maestro.

La pobreza de los A pósteles era su bello ideal, y vestido de penitente, con los pies descalzos y armado de un gran bastón, terminado por una cruz, recorría las ciudades y los pueblos, atrayéndose la admiración de las muchedumbres su aspecto y su elocuencia.

Mientras Enrique predicaba en esta forma la

verdadera doctrina, los Prelados celebraban, como era natural, su llegada, esperando que su presencia y su palabra contribuirían á despertar el espíritu religioso; pero al poco tiempo comenzó á predicar contra el clero, calumniándolo con toda vehemencia, especialmente en Mans que solo las autoridades pudieron librar á los sacerdotes de los furrores de una muchedumbre agitada por las excitaciones de Enrique.

Excomulgado, y expulsado de Mans con este motivo, se dirigió entonces al Mediodía de Francia, donde concibió á Pedro Bruys, á quien se unió para no abandonarle más, y en compañía del cual estuvo en aquel país una agitación continua, hasta que, acusado de hereje por el obispo de Arleá, ante el Concello de Pisa, fué condenado á permanecer bajo la vigilancia del Abad de Oiaraval.

Al poco tiempo recobró Enrique la libertad, y comenzó de nuevo en Tolosa y sus alrededores á reclutar partidarios con tanto éxito, que, según San Bernardo, "las iglesias se quedaron sin fieles, los pueblos sin sacerdotes y los sacerdotes sin prestigio; se tenía horror á las iglesias como si fueran sinagogas; eran detestados los Sacramentos, y dejaron de celebrarse los días de fiesta."

El fanatismo que aquel hereje supo infundir á los que le siguieron fué tal, que el Cardenal Alberico, enviado por el Papa Eugenio III para calmarlos, fué recibido con desprecio por el populacho. Sin embargo, las cosas cambiaron de aspecto cuando llegó San Bernardo, pues con su presencia y su palabra atrajo á la iglesia á la extraviada multitud.

Earique huyó de la ciudad ántes que entrase en ella San Bernardo; pero fué detenido y entregado al obispo de Tolosa, que le condujo al Concilio de Reims, convocado por el Papa en 1148, y convicto de herejía se le condenó á prisión perpétua, y murió en la cárcel el año 1149.

## IX.

Arnaldo de Brescia.

(MURIO AÑO 1156 DE N. S. JESUCRISTO)

Al turbulento reinado de Earique V siguió una tregua de paz para la Iglesia bajo los em-

peradores Lotario II y Conrado III; pero el infierno suscitó una nueva guerra contra el Pontificado; la guerra política iniciada por Arnaldo de Brescia.

Siendo este hombre funesto profesor (*lector*) en la ciudad que le dió su nombre, oyó hablar de la ciencia de Abelardo, y se dirigió á Francia para oír sus lecciones. Ecstasiado Arnaldo por el atrevimiento con que el filósofo enunciaba sus doctrinas, pretendió aplicar su sistema á la Iglesia, creyéndose llamado á reformarla. Con este fin volvió á Italia, adoptó un género de vida severo, y se hizo monje.

Pareciéndole, en su sistema de reforma, que el poder de los Papas no podía conciliarse con la libertad que él quería devolver á Roma y á la Iglesia, aspiró á restablecer en la Ciudad Santa la forma de gobierno de los paganos, y se constituyó propagador de las ideas republicanas y de reforma, comenzando por sembrar la discordia entre el clero y el pueblo de Brescia. El Obispo de la diócesis se quejó al Papa Inocencio II en un Concilio celebrado en Roma, y Arnaldo, condenado á guardar silencio, huyó al lado de Abelardo. Entónces fué cuando le conoció San Bernardo, que comparaba su palabra á la miel, su doctrina al veneno, y su perso-

na á una paloma si se le miraba por delante, y á un escorpeon si se le veia por detras.

Más tarde Arnaldo huyó á Zurich, y en 1114, cuando creyó llegado el momento de realizar sus planes demagógicos, se dirigió á Roma, donde con sus discursos inflamó al pueblo sublevado contra el Papa Luis II.

Arnaldo de Brescia peroraba principalmente contra la soberanía temporal de los Papas, contra los bienes eclesiásticos y contra las riquezas del clero. "Todos estos bienes, decía, no pueden pertenecer más que á los príncipes seculares, que solo han de disponer de ellos en favor de los legos. El clero debe vivir de los diezmos y ofrendas voluntarias del pueblo, y el Papa, despojado de sus dominios, ha de contentarse con los dones espontáneos de los fieles y acuparás únicamente de la jurisdiccion eclesiástica."

Además predicaba contra el Bantismo y la Eucarrestía, enseñando sus errores á una turba de libertinos que le seguia, y que cometia por todas partes los mayores atentados. Sus arengas incendiarias sedujeron de tal modo á una parte del pueblo, y sobre todo á la juventud, que se restablecieron los nombres de república, ciudadano romano, comicios, tribuna y foro; se creó un Senado, Jordano recibió el título de pa;

tricio, y los facciosos proclamaban que los romanos iban á ser por segunda vez señores del mundo.

El reinado de esta locura duró diez años, bajo los pontificados de Inocencio II, Celestino I I, Lucio II, Eugenio III, Anastasio IV y Adriano IV.

Los sediciosos cometieron en aquel período de tiempo los mayores excesos. El Papa Lucio II fué muerto de una pedrada en el ataque del Capitolio; el mismo Arnaldo desecueñó al pueblo contra los Cardenales, que fueron insultados, maltratados y heridos por una multitud frenética, y el Pontífice Eugenio III, sucesor del mártir Lucio II, tuvo que huir de Roma. Finalmente, el asesinato de un Cardenal, consumado en medio de las calles de la ciudad, decidió al Papa á lanzar el interdicto sobre la capital del mundo cristiano, efigida por primera vez con un castigo de este género.

Entonces fué cuando San Bernardo escribió á los romanos aquella célebre carta en que combato el error de los enemigos del poder temporal. "Insensatos!" les dice, ¿por qué provocais contra vosotros al Rey del universo, Señor del cielo, esforzándoos con vuestra rebelion y sacrilega audacia por destruir los privilegios de la

Sede Apostólica, por disminuir la autoridad suprema que el cielo y la tierra le han concedido, en vez de ser los primeros y más ardientes defensores de su dignidad! ¿Teneis tan poco entendimiento que os atrevaís á deshonrar á vuestro Jefe y al de toda la Iglesia, vosotros, que si fuera necesario debíais sacrificarle vuestras propias vidas? Vuestros antepasados hicieron á vuestra ciudad señora del mundo: vosotros, por el contrario, os esforzáis para que sea la befa y el desprecio del mundo. Vosotros arrojaís de su Silla y de su ciudad al heredero de Pedro, y despojais de sus bienes á los Cardenales y á los Obispos. Pueblo insensato, paloma seducida y sin inteligencia; si formas un cuerpo, ¿no es el Papa su cabeza y los Cardenales sus ojos? ¿Qué es hoy Roma si no un cuerpo sin cabeza, sin ojos y sin luz? Pueblo desventurado, abre tus ojos y mira la desolacion que te amenaza (1)."

Convencido al fin el pueblo de esta verdad, y desacreditada la democracia por sus propios excesos, Roma volvió los ojos al Padre Santo, y el pueblo y el Senado prometieron arrojar á Arnaldo de la ciudad.

(1) S. BERNARD, *Epist.*, 143,

Arnaldo se refugió en un castillo perteneciente á un noble de la Campania.

El emperador Federico I, que se dirigia entonces á Roma para recibir la corona, se apoderó del protector de Arnaldo; y éste, á fin de librarse, entregó al monje hereje y sedicioso.

Finalmente, puesto Arnaldo en manos del prefecto de Roma, fué condenado y ahorcado. Su cadáver fué quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber, mientras los romanos se presentaban ante el Pontífice Adriano IV (1).

## X.

Martin, hereje ruso,

(MURIO AÑO 1167 DE N. S. JESUCRISTO)

A mediados del siglo XII inauguró la historia de las herejías en Rusia un monje armenio

(1) RICARD: *Fin tragique des persécution de l'Eglise*, parte 3.ª cap. III, — MORERY: *Dict. hist.*

llamado Martín; pues aunque anteriormente en el siglo XI y principios del XII aparecieron en aquel vasto imperio los herejes Andrés y Dimitry, sus heréticas doctrinas pasaron, como ellos, muy en breve.

Pero Martín, no solo logró atraerse un gran número de partidarios, sino que perpetuó en cierto modo su doctrina, pues los herejes del Mar Negro llama los Raskolaiks, apoyan todavía sus creencias en las de aquel hereje, y aún existen muchos ramos amantes de sus antiguas tradiciones religiosas, que profesan varias proposiciones fundamentales de Martín.

El sistema de fundar su cisma en innovaciones de poca importancia, que adoptó el hereje ruso siguiendo el ejemplo de Focio y de Cerulario, le produjo buen resultado; con tanta más razón, cuanto que el pueblo ruso, por su grosera ignorancia y su rencoroso farisismo contra la Iglesia católica, estaba dispuesto á recibir la herejía.

Martín consideraba como pecado, en un libro escrito por él, que se condujera al catecúmeno alrededor del baptisterio, y á los esposos al redor del físcito en dirección de Sur á Norte, en vez de Norte á Sur y de izquierda á derecha, según el curso del sol, y sostenía que la señal

de la cruz debía hacerse con el segundo y tercer dedo, so pena de incurrir en herejía, y que al final de los Salmos solo debía decirse dos veces *Allahia*. Entre estas y otras inocentes extravagancias, sostenía Martín un error gravísimo, porque solo admitía una naturaleza en Jesucristo.

Los progresos de la doctrina de este hereje llamaron al fin la atención de la Iglesia griega, que convocó en 1157 un Concilio en Kiew, donde fueron condenados los errores de Martín. El hereje fué entregado al patriarca de Constantinopla, que le condenó á la hoguera y le hizo quemar.

## XI.

Felicio I. Barbaroja, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1190 DE N. S. JESUCRISTO.)

Dotado de gran valor y de carácter magnánimo, pero dominado por una insaciable ambi-

cion de mando, ascendió Federico I al imperio, por muerte de su tío Conrado III.

Los príncipes le eligieron con la condicion de que conciliaria los dos partidos que turbaban la paz pública y restauraría el esplendor del imperio, tan decayido bajo el reinado de su predecesor. Federico consiguió lo uno y lo otro; pero el espíritu invasor de su política, encaminada á la dominacion universal, renovó las guerras con la Santa Sede, y tuvo á Europa en una agitacion continua.

Su primer cuidado fué pacificar la Alemania y despues pasó á Italia, donde recibió la corona de hierro. En este viaje sujetó algunas ciudades rebeldes contra él; asaltó á Cremona y Spoleto, tomó y arrasó á Tortona, que le cerró las puertas, obligó á Verona á que le reconociera, hizo que Tivoli se sometiera á la Iglesia y sitió á Milan, ocupando sus arrabales, porque aspiraba á la dominacion de la Lombardia. Al año siguiente, estando en Besançon, recibió á los Legados del Papa Adriano, que le entregaron una carta de éste, en que le rogaba pusiera en libertad á un Obispo inglés detenido en Alemania. El Papa le recordaba en esta carta, para inclinarle á ceder á su ruego, que el año anterior le habia dado la corona imperial,

Estas palabras irritaron al Emperador, y contestó, lleno de cólera, que él solo debia la corona á Dios y á la eleccion de los príncipes. Con este motivo prohibió á todos sus súbditos que fueran á Roma, y desde entónces comenzó á revelar su plan de dominacion universal, que redujo á esta fórmula: "Confirme el Papa la legitimidad de todas mis conquistas, y el mundo será un solo imperio, del qual será él jefe espiritual y yo señor temporal."

El Papa le envió nuevos Legados con otra carta en que explicaba las palabras de la anterior, y, gracias á su prudencia, se evitó por entónces un rompimiento.

Ya antes de su viaje á Roma habian ocurrido dificultades sobre la libertad de las elecciones episcopales, decretada por el Concordato del Papa Calixto, demostrando entónces Federico I que no reconocia otro derecho que su voluntad, y posteriormente, al invitar á los soberanos á la Dieta de Besançon únicamente como jefes de las provincias de sus vastos dominios, reveló que tenia del imperio, cuya corona llevaba, una idea tan exagerada como la que tuvieron los antiguos romanos de su monarquía universal.

A propósito de esto se cuenta que viajando en cierta ocasion el Emperador con Bulgaro y

Martin, doctores en Derecho, les preguntó si era de derecho señor el mundo. Bulgaro respondió que no lo era sino de hecho, y Martin sostuvo lo contrario. Entónces el Emperador, apesadumado de su caballo, se lo regaló á Bulgaro. Al ver Martin la acción del Emperador, le dirigió este juego de palabras: *Amisi equum, quia dixi equum quod non fuit equum*. Esto es: "Perdí el caballo porque dije que es justo lo que no es." El Emperador reconoció la justicia del dictámen de Bulgaro, pero no tuvo valor para seguirle. Así sucede á todos los ambiciosos.

Para legitimar sus pretensiones reunió una Dieta en Roncaglia, que anuló todas las donaciones hechas á los Romanos Pontífices, dió una gran extensión á las regalías, y proclamó el tiránico principio de *quod principi placuit legis habet vigorem*.

Estos acuerdos, tan contrarios á los derechos y libertades de la Iglesia y de los lombardos, hicieron inevitable la guerra con la Santa Sede, y mucho más cuando Federico, en virtud de aquellos principios, reivindicó el derecho á la sucesión de la princesa Matilde, y dió la investidura al duque Güelfo, quebrantando las condiciones del Concordato de Calixto; pero el

Papa Adriano IV murió antes que estallase la guerra.

En aquellas circunstancias todo era preferible á una guerra entre el sacerdocio y el imperio, porque el sacerdocio tenía harto que hacer con reformarse, según el espíritu de San Bernardo, y la misión del imperio era otra muy distinta, esto es, contener la corriente de las ideas de Arnaldo de Brescia, combatir á los bárbaros, oponerse á los progresos en el E. de Europa, sujetar á los normandos en la Italia Meridional, y emplear todas sus fuerzas en combatir á los sarracenos, que querían llevar la guerra al centro mismo de Occidente.

Sin embargo, Federico I prefirió á estas empresas que le hubieran ganado impercedera gloria, otras que atrajeron sobre él las divinas venganzas, cuales fueron las de combatir al Pontificado, favorecer la realización de los proyectos de los infieles, ó impedir se vieran cumplidas las aspiraciones del mundo cristiano.

A la muerte de Adriano IV, los Cardenales y los Obispos eligieron al cardenal Rolando, y el clero y el pueblo aprobaron su elección, dándole el nombre de Alejandro III (1); pero las in-

(1) *Art. Pap. Alex.*

trigas del comisario imperial Othon, conde de Wittelsbach, dieron lugar á una segunda eleccion en favor del cardenal Octaviano, que se llamó Víctor IV.

El Emperador se arrogó el derecho de decidir entre el Papa y el antipapa, y, como era natural, su resolucion fué favorable á este último, tratando en seguida de imponer su hechura á toda la cristiandad.

Los lombardos se declararon por el usurpador; pero la Europa occidental fué reconociendo poco á poco á Alejandro III, sobre todo despues del gran Concilio de Tours, y desde entónces en Italia y en el resto de Europa se miró á Barbaroja como á un tirano y perseguidor.

El emperador impuso por la fuerza su voluntad desde el Báltico al Tiber, y la guerra se renovó en Italia con más encono que nunca.

El día 30 de Mayo del año 1187 los romanos fueron completamente derrotados; el Padre Santo tuvo que huir disfrazado de peregrino, y el Emperador instaló en Roma al antipapa Pascual III, elegido por los cismáticos, y á quien prestó despues su decidido apoyo. Los salamanes desahogaron su furor en Roma y sus alrededores con tal encono, que Federico de Ro-

themburgo, sobrino del mismo Emperador, incendió la basílica de San Pedro.

El día 1.º de Agosto, Federico I se hizo coronar de una manera legítima en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, á pesar de que la víspera de su coronacion diezmó al ejército una mortandad tan horrible, que apenas pudo darse sepultura á todos los cadáveres. Federico ordenó entónces la retirada, huyendo con el resto de sus tropas, diestramente como las de Senaquerib. La mano de Dios le perseguía todavía en la fuga, causándole millares de víctimas. Los historiadores dicen que murieron en esta parte 25,000 hombres, y entre ellos Federico, sobrino del Emperador, y varios príncipes y Obispos que le eran adictos.

La hora de la justicia habia sonado para Federico, que recibió de la liga lombarda el golpe decisivo en la batalla de Legnano, viéndose obligado á marchar á Venecia para postrarse á los pies del Papa y pedirle la absolucion. Esta reconciliacion entre la Santa Sede y el imperio, se verificó el 24 de Junio de 1177, y el 1.º de Agosto se firmó la paz.

Con el tiempo Federico tuvo nuevas desavenencias con los Papas Lucio III y Urbano III, porque le exigieron restituyese á la Santa Sede

los Estados cedidos por la condesa Matilde, y le prohibieron que á la muerte de los Obispos y abades, retuviese los bienes y rentas de los obispados y abadías sin nombrar otros en su lugar.

Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III, que gobernaron sucesivamente la Iglesia, resolvieron excomulgarle, pero disimularon por prudencia.

Por último, Federico Barbaroja, que aligió á la Iglesia durante el pontificado de seis Pontífices, á saber: Adriano IV, Alejandro III, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III, murió ahogado en el rio Sidna, en Sicilia, que se empeñó en atravesar á nado, á pesar de sus sesenta años de edad, cuando se dirigía á Palestina al frente de los cruzados (1).

El excelente *Diccionario de Teología católica* de Wetzer y Welte, hablando de su muerte, dice lo siguiente:

“Federico no debió de pisar la tierra de promisión; pero, más desgraciado que Moisés, ni

(1) MORERY: *Dicl. historiq. no.*—RICARD: *Fra tragique des persecuteurs de l'Église*, parte 3.ª cap. V.—Blois édit. 173, edición 1667.

án le fué dado verla. El historiador no puede ménos de reconocer en esta muerte súbita y sin gloria, un justo juicio de Dios y un castigo de las persecuciones con que Federico aligió á la Iglesia, persecuciones que nunca han sido prósperas á nadie, ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos.”

De esta manera quedó burlado el vaticinio de Barbaroja, cuando dirigió al Papa los siguientes versos:

*Roma diu stitans, varietate erroribus acta  
Corruet, et mundi desinet esse caput.*

A los que el Papa contestó con los siguientes:

*Nitaris inoasum navem ditolvere Patri,  
Fruat; ast nunquam mergetur illa ralis (1).*

(1) SOTTO-MAYOR: *A. Egreja catholica romana á os seus perseguidores*, cap. V, pár. 3.ª P

Octaviano, Cardenal de la Iglesia romana, y antípapa bajo el nombre de Victor IV.

(MURIO AÑO 1164 DE N. S. JESUCRISTO.)

Seis días después de la muerte de Sumo Pontífice Adriano IV, los Cardenales y los Obispos eligieron al Cardenal Rolando, cancelario de la Iglesia romana, que tomó el nombre de Alejandro III, y fué aclamado por el clero y pueblo.

No obstante, surgió un nuevo cisma, cuyo origen refiere Berault-Bercastel en los términos siguientes:

“Solo hubo tres Cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octaviano, Juan de Morsen y Guido de Crema; los tres eran sacerdotes y bastante temerarios para intentar nombrar por sí solos á Octaviano. Los que habían elegido á

Alejandro se dieron prisa á revestirse de la capa de escarlata, que era el traje peculiar del Sumo Pontífice, y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando humildemente su indignidad; pero consiguieron al fin revestirle. Batúocos Octaviano, abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; más un senador, indignado, la arrebató de entre sus manos. Octaviano, que había previsto la escandalosa escena á que iba á dar lugar su osadía, tomó otra capa, que hizo llevar anticipadamente, y se la revistió con tal precipitación, que lo de adelante se lo puso atrás, por lo que le llamaron, con grandes carcajadas, el Papa al revés. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco, pues abriéndose de repente las puertas de la iglesia, entró tumultuosamente mucha gente armada con espada en mano nombrando á Octaviano Victor IV. El Papa Alejandro y los Cardenales que lo habían elegido, pudieron con dificultad entrar en la fortaleza de la iglesia; aun allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fué para ellos una prisión, de donde salieron únicamente para ser trasladados á otra más estrecha al otro lado del Tiber.

Entre tanto, toda la ciudad se puso en conmoción: hasta los niños gritaban contra Octaviano; las mujeres le llenaban de injurias y le agaban con cañoneras satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se había puesto la púrpura (1).

Los cismáticos, cediendo ante la actitud del pueblo, pusieron en libertad al Papa y á los Cardenales, que se retiraron á los dominios del rey de Sicilia; y Octaviano, despues de haber invertido un mes en buscar Obispos que le consagraran, lo fué al fin por el obispo de Túsculo, con asistencia de los de Meffi y Ferento.

El erbe cristiano reconoció al Papa legítimo, más Federico I, Barbaroja, Emperador de Alemania, apoyó al antipapa con su autoridad, le instaló en Roma por la violencia, y trató de imponerle al mundo por la fuerza.

Uno y otro pusieron en juego toda clase de intrigas para consolidar el cisma, y celebraron conciliábulos en Pavía y Lodi, citando ante ellos á Alejandro III, á quien condenaron por contumaz.

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldó, lib. XXXVII.

El Episcopado y el clero, que sostuvieron con inquebrantable firmeza la autoridad del Papa legítimo, fueron perseguidos con encarnizamiento. El Emperador fomentó las facciones romanas la poderosísima familia de Octaviano estrechó á Alejandro, hasta el punto de obligarle á salir de Roma, y el usurpador se posesionó del patrimonio de San Pedro, y despojó y encarceló á cuantos trataban de presentarse al Padre Santo.

Finalmente, el Sumo Pontífice, acosado en todas partes por la facción de los cismáticos, tuvo que dejar á Italia y refugiarse en Francia.

Octaviano, despues de haber ejercido en Roma una dominacion tiránica durante los cuatro años que duró aquel cisma, murió loco en Luca. Los canónigos de la ciudad no consintieron que los restos mortales del antipapa fuesen enterrados en su iglesia (1).

(1) *Roderico*, lib. II.—*OTHON DE FRISINGA*; *De reb. Fríd.*—*BARONIUS*, in *Ann.*, título XII.

## XIII

Guido de Crema, Cardenal de la Iglesia romana, y antipapa  
bajo el nombre de Pascual III.

(MUNDO AÑO 1170 DE N. S. JESUCRISTO.)

La muerte del antipapa Octaviano, llamado Víctor IV, y la esperanza de que el Emperador prohibiera la elección de un nuevo antipapa, como en efecto lo hizo, animaron por extremo al orbe cristiano; pero los cismáticos apresuraron la elección antes de recibir las cartas del Emperador que esperaban y el cardenal Guido de Crema, bajo el nombre de Pascual III, vino á sustituir al antipapa que acababa de morir.

El Emperador, posponiendo entónces el prestigio de su autoridad y su indomable voluntad al ódio que profesaba á la Santa Sede, y muy especialmente al Papa legítimo, aprobó al fin la elección que había prohibido; y mostrando en

perjuicio de la Iglesia una firmeza de que no había dado pruebas al verse desobedecido por una facción tan pequeña como intrigante, juró é hizo jurar obediencia á Pascual y sus sucesores, condenando como cismáticos á Alejandro III con los suyos.

No obstante, los romanos se declararon en favor de Alejandro y llevaron á cabo una reacción tan completa, que el Padre Santo, cediendo á sus ruegos, pudo volver á su capital, donde fué recibido con grandes muestras de regocijo.

De esta manera quedó restablecida la paz, hasta que el Emperador, resuelto á sostener al antipapa, entró en Italia en son de guerra.

Las tropas de Alejandro fueron derrotadas; los alemanes se apoderaron de Ancona, y el mismo Emperador ocupó á Roma, instaló en ella al antipapa, y fué coronado por éste en la Iglesia de San Pedro *ad Vincula*.

La justicia de Dios se había mostrado contraria á la causa de los buenos; pero el effmero triunfo de los cismáticos hizo más patente su castigo.

El día anterior al de la coronación del Emperador, el ejército alemán fué acometido de una epidemia que causó millares de víctimas y obligó á Federico á retirarse con los restos de sus

tropas, que en su retirada sufrieron tambien una violenta embestida de los lombardos.

El Papa Alejandro III, casi siempre errante y fugitivo, atendió con tanta solícitud á las necesidades de la cristiandad y sostuvo con tal firmeza los derechos de la Iglesia, que, no solo le ganaron la admiracion de su época y la gloria de la posteridad, sino que al fin le valieron el triunfo en aquella guerra sin tregua que le hizo el Emperador Federico.

En cambio el antipapa Paschal murió miserablemente, despues de haber afligido á la Iglesia con su cisma por espacio de seis años (1).

## XIV.

Leopoldo, duque de Austria.

(MURIÓ AÑO 1194 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ricardo, Conaen de Leon, rey de Inglaterra, el héroe de la tercera Cruzada, fué víctima, á su

(1) BARONIO. A. C. 1164 y 1170.

vuelta de Tierra Santa, de un atentado incalificable por parte de Leopoldo, duque de Austria, resentido todavia por las disidencias que ocurrieron entre ambos en Palestina, y con cuyo motivo se patentizó una vez más la accion de la justicia divina contra los que desprecian los anatemas de la Iglesia.

En efecto: el rey Ricardo, á fin de no encontrarse con el emperador Enrique VI, que le era desafiecto y que ocupaba con un formidable ejército la Pulla, tomó el camino de Dalmacia; pero habiendo naufragado en el golfo de Venecia, tuvo que continuar su camino por tierra á través de los Estados del duque de Austria. Aunque disfrazado de templario, fué conocido y presentado al duque, que le encerró en Viena en una estrecha prision, vendiendo luego su cautividad á Enrique VI, emperador de Alemania, que la compró con el fin de vender más cara á los ingleses la libertad de su valeroso Monarca.

El Papa Celestino III, cediendo á las vivas y reiteradas instancias de la reina Leonor, madre de Ricardo, escribió energicamente al emperador y al Duque, que habian incurrido, por otra parte, en la excomunion fulminada contra todos cuantos atentasen á la persona y bienes de los cruzados,

No obstante, el Monarca inglés, despues de un año de cautividad, tuvo que pagar parte de un rescate excesivo, dejando rehenes por el resto.

El duque Leopoldo, principal autor de aquel atentado, más propio de un pirata que de un monarca y caballero, y que violó las leyes de la Iglesia, con desprecio de los anatemas de la Santa Sede, sintió bien pronto sus efectos.

Aquel mismo año todas las ciudades del ducado de Leopoldo fueron incendiadas, sin que se sepa aún la causa de aquel desastre. El Danubio salió de madre y extendiéndose en devastadora inundación, arrebató á más de diez mil personas, que perecieron ahogadas. Siguióse luego una gran sequía y una plaga de gusanos que devoraban los pastos, concluyendo aquel castigo visible del cielo con una epidemia que produjo una gran mortandad.

Poco despues el duque Leopoldo sufrió una caída de caballo, y se fracturó una pierna. La gangrena hizo necesaria la amputación, pero el remedio fué ineficaz para contenerla, y el duque Leopoldo murió reconociendo su falta (1).

(1) RICARD: *Fin traigue des personnages de l'Eglise*, parte 3.ª cap. V.—BERAUL-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldú, lib. XXXVIII.

## XV.

Enrique VI, el Cruel, emperador de Alemania:

(MURIO AÑO 1197 DE N. S. JESUCRISTO)

Apenas subió al trono Enrique VI, hijo de Federico Barbaroja, se apresuró á hacerse coronar por el Papa Celestino III, jurando conservar intactos los derechos de la Iglesia y restituir á la Santa Sede todo cuanto se la habia usurpado en los reinados anteriores. Poco tiempo despues, el Emperador, faltando á su juramento, invadió la Sicilia y las Dos Sicilias, de que el Papa era señor temporal, y distribuyó á sus favoritos la mayor parte de las provincias de los Estados de la Iglesia. En esta invasión cometió tales violencias con los habitantes de Palermo por haber entregado la Emperatriz su esposa á

Tancredo, que aspiraba á la soberanía de aquellas provincias, que le valieron el sobrenombre de *Cruel*. Despues se apoderó de Sibila, viada de Tancredo, de su hijo Guillermo y de los principales del país, y por una horrible perfidia encerró á aquella princesa, hizo sacar los ojos á su hijo, y trató inhumanamente á los demás prisioneros.

A tanta crueldad añadía Enrique una insaciable avaricia. El rey de Inglaterra, Ricardo, Conde de Leon, que por su bravura en los campos de batalla fué llamado el héroe de la tercera Cruzada, habia caído, á su vuelta á Europa, en poder de Leopoldo, duque de Austria. Por un odioso tráfico, Enrique VI compró á Leopoldo la cautividad de Ricardo, con el objeto de vender más cara su libertad á los ingleses. El Emperador fué excomulgado por esta infamia y por haber usurpado los Estados de la Iglesia; y aunque no hizo caso de la terrible sentencia lanzada contra él por el Pape, sintió bien pronto sus terribles efectos.

Pocos años despues Enrique VI invadió la Italia y cometió tantas crueldades, que la emperatriz Constancia, su mujer, levantó un ejército contra él, lo hizo prisionero y le encerró en un castillo en Messina, donde murió, segun dicen

algunos, envenenado por la Emperatriz, su propia esposa (1).

## XVI.

Lando Sitino, antipapa bajo el nombre de Inocencio III,

(MURIO EN EL SIGLO XII.—SE IGNORA EL AÑO)

El visible castigo del Emperador Federico I; la sumision del mismo á la Santa Sede; el fin funesto de los antipapas Víctor IV y Pascual III, y la reconciliacion del nuevo antipapa Calixto III con el legítimo Pontífice Alejandro III, no fueron bastantes á tarminar el cisma que á finca del siglo XII afligió á la Iglesia por espacio de veinte años.

En efecto: apenas se sometió el antipapa Calixto á la autoridad de Alejandro III, un her-

(1) ROGER: *in Annal.*—BARONIO, A. C. 1186 y siguientes.

mano del antipapa Víctor IV indujo á los cismáticos á suscitar un nuevo antipapa, recayendo la eleccion en Lando Sitino, de la familia de los Frangipani, que tomó el nombre de Inocencio III.

No obstante, este último esfuerzo de los cismáticos no dió resultado; porque, privados del apoyo del Emperador, y disminuido su partido desde que se firmó la paz entre la Iglesia y el imperio, el nuevo antipapa tuvo que encerrarse en un castillo próximo á Roma, propiedad del hermano del antipapa Víctor IV.

Al poco tiempo, Alejandro III logró apoderarse del castillo y del antipapa, y Sitino fué encerrado en el monasterio de Cave, donde murió.

## CAPITULO TERCERO.

### SIGLO XIII.

SUMARIO.—I. Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.—II. Otton IV, emperador de Alemania.—III. Pedro de Vignes.—IV. Federico II, emperador de Alemania.—V. Juan de Colonna, cardenal.—VI. Jacobo de Hungría, hereje.—VII. Ezelino de Romano.—VIII. Enrique 6.º Encio, rey de Cerdeña.—IX. Tadeo de Susasa.—X. Gerardo Segarelli, hereje.

#### I.

Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1216 DE N. S. JESUCRISTO.)

El siglo XIII no comenzaba bajo buenos auspicios para la Iglesia.

Los Monarcas y los pueblos, desconociendo los grandes servicios que debian á la Santa Sede, pretendian ya sacudir como un yugo enojoso la proteccion de los Pontífices, y sustituir la

mano del antipapa Víctor IV indujo á los cismáticos á suscitar un nuevo antipapa, recayendo la eleccion en Lando Sitino, de la familia de los Frangipani, que tomó el nombre de Inocencio III.

No obstante, este último esfuerzo de los cismáticos no dió resultado; porque, privados del apoyo del Emperador, y disminuido su partido desde que se firmó la paz entre la Iglesia y el imperio, el nuevo antipapa tuvo que encerrarse en un castillo próximo á Roma, propiedad del hermano del antipapa Víctor IV.

Al poco tiempo, Alejandro III logró apoderarse del castillo y del antipapa, y Sitino fué encerrado en el monasterio de Cave, donde murió.

## CAPITULO TERCERO.

### SIGLO XIII.

SUMARIO.—I. Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.—II. Otton IV, emperador de Alemania.—III. Pedro de Vignes.—IV. Federico II, emperador de Alemania.—V. Juan de Colonna, cardenal.—VI. Jacobo de Hungría, hereje.—VII. Ezelino de Romano.—VIII. Enrique 6.º de Escocia, rey de Gales.—IX. Tadeo de Susasa.—X. Gerardo Segarelli, hereje.

#### I.

Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1216 DE N. S. JESUCRISTO.)

El siglo XIII no comenzaba bajo buenos auspicios para la Iglesia.

Los Monarcas y los pueblos, desconociendo los grandes servicios que debian á la Santa Sede, pretendian ya sacudir como un yugo enojoso la proteccion de los Pontífices, y sustituir la

preponderancia de la autoridad eclesiástica con la secular ó política. Qué extraño es que las naciones, al adquirir tan perniciosa independencia, y faltas de la influencia superior y divina de la Iglesia, que las regulaba á todas, conservando un saludable equilibrio, chocasen unas contra otras en guerras nacionales, ó se agitasen ellas mismas en discordias intestinas!

Por otra parte, esta emancipacion se hizo en el fondo y en la forma de una manera violenta y que pudiéramos calificar de revolucionaria, porque, no solo se quiso establecer una situacion política enteramente nueva, con escarnio de los derechos sacratísimos que habia adquirido legítimamente la Iglesia, y tenian la sancion de los siglos, sino que se la quiso arrebatarse tambien otros derechos exclusivamente suyos, y que bajo ningún título, ni por concepto alguno, podia ejercer nunca el Estado.

No obstante, la rudeza de los tiempos hizo que se atropellase por todo con brutal violencia, y de aquí que se encarnizase aquella guerra santa, iniciada por un Papa Santo, el gran Gregorio VII.

Las consecuencias de esta lucha no pudieron ser más funestas, por la obstinacion de algunos príncipes y sus inicos manejos.

Cuando los soberanos se acostumbraron á rebelarse contra los Papas, y pretendieron extender á costa de la sagrada soberanía la que ellos conservaban, ó habian adquirido ó robastecido gracias á la proteccion de su iglesia; cuando, abusando de las concesiones con que les honró la Santa Sede, llegaron á constituirse en pontífices de sus Estados, y aun en árbitros de la Silla de Pedro, la perturbacion fué general; porque aún no estaba asegurada la constitucion política de los pueblos, ni habia derecho, legislación, ni autoridad que sustituyesen al arbitraje de los Santos Pontífices. El mundo quedó abandonado al derecho de la fuerza, y los pueblos entregados al capricho ó á la tiranía de sus soberanos.

Así fué que á las luchas que suscitaron contra la Santa Sede en el siglo XI Enrique IV de Alemania y Guillermo el Rojo de Inglaterra, siguieron en el siglo XII las de Enrique V, Federico I y Enrique VI en la misma Alemania, y en el XIII las de Juan sin Tierra en Inglaterra, y las de Othon IV y Federico II en Alemania.

Juan sin Tierra fué el primero que en este siglo continuó el funesto ejemplo de los Monarcas que acabamos de citar.

Los historiadores no están generalmente de

acuerdo al juzgar el carácter y las cualidades de los príncipes, ni al apreciar los sucesos históricos; pero no sucede lo mismo respecto de Juan sin Tierra, pues tanto los autores antiguos como los modernos, así católicos como protestantes, condenan unánimemente la perversidad de este Monarca.

No podía ser de otra manera, porque Juan sin Tierra mostró palpablemente su perversidad en los medios que empleó para ceñirse la corona y para engrandecer sus Estados, en su infame política y hasta en sus desavenencias con la Santa Sede.

Juan sin Tierra, en efecto, se rebeló contra su padre, trató de destronar á su hermano Ricardo, Corazon de Leon, mató por sí mismo á su sobrino Arturo de Bretaña, y tuvo encerrada en una prision á su sobrina Leonor durante toda su vida, para asegurar su sucesion á la corona de Inglaterra.

Al fin, por muerte de Ricardo I, y á falta del príncipe Arturo, logró colocarse en el trono; pero al mismo tiempo que trató de extender sus dominios con tanta injusticia como violencia, perdió las posesiones de su padre en Normandía, y los Estados de su madre, de que se apoderó Felipe Augusto.

Más tarde las dificultades que surgieron entre Roma é Inglaterra, con motivo de la presentacion de un Obispo, encendieron en el Monarca inglés tal ódio contra la Santa Sede, que, descargando todo el peso de su resentimiento sobre los monjes de Cantorbery, cuyos diputados en Roma habian elegido para el obispado en cuestion al cardenal Langton, en oposicion al candidato presentado por el Rey, expulsó á aquellos religiosos de su iglesia y se apoderó de los bienes del arzobispado.

En seguida escribió al Papa en términos inconvenientes, diciéndole que no podía reponerse de la sorpresa que le habia causado ver al Sumo Pontífice y á toda la corte romana olvidarse al parecer de lo útil que les era en amistad; que sucaban más beneficio de su reino que de todos los demás Estados cisalpinos; que si la eleccion del obispo de Norwiche no era ratificada en Roma, impediria á sus súbditos llevar allá las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos, que eran allí tan protegidos, y que Inglaterra se abstendria de ir á buscar entre los extranjeros, tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las leyes que podía hallar en sus propios Prelados.

El Papa Inocencio contestó al Rey con gran

moderacion, justificándose del cargo que le hacia de no haber esperado su consentimiento para la eleccion del cardinal Estéban, declarando que le habia pedido á pesar de que no estaba en uso aguardarle para las elecciones que se hacian en Roma, y, por último, exhortaba al Rey á que no resistiese al Señor y no reprodujese las costumbres fatales que su padre y su hermano habian abolido.

El Padre Santo escribió al mismo tiempo á los obispos de Londres, de Wexhester y de Eli, previniéndoles que si á pesar de sus amonestaciones no recibia el Rey al arzobispo Estéban, pasiesen á toda Inglaterra en entredicho general de las funciones eclesiásticas, excepto el bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos, y, por último, anunciaba al Rey mayores penas si no cedia en su oposicion á la autoridad de la Santa Sede.

Los tres Obispos, obedeciendo las órdenes del Papa, se presentaron al Rey y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurase su autoridad y su salvacion evitando el entredicho; pero el Monarca les interrumpió furioso, profirió mil injurias contra el Papa y los Cardenales, y en los términos blasfemos que le eran familiares, juró que si alguno de sus Obispos osaba

publicar el entredicho, le enviaria á Roma con todos los demás Prelados y el clero, le despojaría de sus bienes, y haría sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus Estados, y añadió: "Ojalá pudiese hacer distinguir de todas las demás naciones, con esta señal de infamia, á todo ese pueblo detestable." Por último, mandó á los tres Prelados que se alejasen de su presencia si querian salvar sus vidas.

Retiráronse los Prelados, mas no les impidió el temor cumplir las órdenes del Papa, pues el lúces de Paslon pusieron en entredicho á toda Inglaterra, saliendo inmediatamente del reino para sustraerse al furor del Rey.

El entredicho, no obstante, se observó fielmente, y sus efectos causaron tal impresion en los fieles, que el Rey, ó arrepentido ó acobardado, envió emisarios al Papa para tratar de la paz; pero el Monarca no supo dominar los ímpetus de su carácter, y despues de dilatar las negociaciones, rompió de nuevo con Roma.

Al cabo de dos años, el Padre Santo excomulgó al rey de Inglaterra; y aunque no se halló un Obispo que se atreviese á publicar el anatema, la terrible sentencia se divulgó de boca en boca por todo el reino, y alguno hubo que fué muerto

de órden del Rey por el solo delito de haber comunicado la noticia.

“Por otra parte, el rey Juan, dice Fleury, se habia hecho odioso, no solamente á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, al pueblo y á todos sus súbditos, por sus crueles exacciones y sus desórdenes.”

Al fin el gobierno tiránico de Juan sin Tierra sublevó contra él á los grandes del reino, que pidieron al Papa y obtuvieron los absolviess del juramento de fidelidad y designase á Felipe Augusto para que le sucediese en el trono.

No obstante, como el Papa deseaba principalmente la conversion del rey Juan, le envió un Legado que tratase de reconciliarle con la Iglesia, como lo prometió, ofreciendo ademas rendir vasallaje al Papa; pero se dice que al mismo tiempo envió secretamente una embajada al rey de Marruecos, ofreciendo someterle su reino, pagarle tributo y hasta hacerse musulman si le enviaba socorros.

Por otra parte, impulsado por el deso de vengarse de los grandes del reino, hizo á sus propios súbditos una guerra de exterminio al frente de un ejército formado con el desecho de diversos paises.

Los ingleses opusieron de nuevo el rey de Francia al rey de Inglaterra, y Juan, despues de haber sido vencido en la batalla de Bovines y en varios encuentros, murió odiado de todo el mundo, maldecido por sus propios súbditos, manchado con todas las infamias que engendran la lascivia, la embriaguez y la crueldad, y capaz, al decir de sus súbditos, de infestar el infierno mismo, como habia infestado á Inglaterra.

*Anglia sicut adhuc sordet foveis Johannis sordida foveata foveant Johanna gehenna. (1).*

## II.

Othon IV, el Soberbio, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1218 DE N. S. JESUCRISTO.)

La guerra de sucesion suscitada en Alemania á la muerte de Estique VI, el Cruel, entre los

(1) WETZER Y WREUTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXXIX.

dos pretendientes á la corona imperial, Felipe duque de Suabia, y Othon, duque de Aquitania, dieron una tregua á la lucha entre el Pontificado y el imperio, pero no la paz duradera, tan necesaria á la Iglesia y á los Estados alemanes.

El emperador Enrique VI, aspirando á hacer hereditaria la corona en su familia, habia hecho se jurara á su hijo Federico rey de romanos. A la muerte del emperador, su hermano Felipe apoyó la causa del príncipe niño, que solo contaba tres años, y escribió á los príncipes del imperio excitándoles á permanecer fieles á su juramento, y ofreciéndose á aceptar la tutela hasta la mayor edad del Rey.

Sin embargo, el tiempo le demostró la imposibilidad de hacer triunfar la causa de su sobrino, y él mismo se hizo elegir Rey el año 1198. A los pocos meses Othon IV, apoyado por un partido fuerte y poderoso, era elegido tambien y coronado en Maguncia, y Alemania quedó dividida en dos grandes partidos, que llevaron á todas las provincias los desastres de la guerra civil.

Tanto Felipe como Othon, trataron de atraer al Papa á su partido, Inocencio III, que entonces gobernaba la Iglesia, rogó á los príncipes y á los Prelados dirimiesen aquella contienda; pe-

ro como nada hicieron y el peligro aumentaba, envió un Legado á Alemania para que excitara á los Estados á elegir un soberano ó á someterse á la resolución de la Santa Sede; añadiendo que si nada resolvian, se decidiria en favor de Othon, y le llamaria á Roma para coronarle Emperador.

Cuando Inocencio III se convenció de que sus consejos y los esfuerzos de su Legado eran inútiles, ordenó á los Estados alemanes, bajo pena de excomunion, reconociesen la autoridad de Othon IV.

La resolución del Papa tampoco dió la paz á Alemania, y la guerra continuó hasta que el pretendiente Felipe fué asesinado en su propio lecho por un conde palatino. Solo entonces fué reconocido en toda la Alemania Othon IV, que despues de recorrer todas las provincias del imperio para hacer renacer la confianza entre sus súbditos, marchó á Roma para recibir la corona de manos del Papa.

El Padre Santo salió á recibir al Emperador hasta Viterbo, donde uno y otro, felices al verse despues de una guerra tan larga, sostenida con tanto empuño, se abrazaron con efusion.

Othon, antes de ser coronado en San Pedro, costrajo con la Santa Sede un compromiso for-

mal, ratificando el acta que había firmado en Spira, y en el que prometía al Papa y á sus sucesores obediencia, sumisión y respeto; renunciaba á toda intervencion abusiva en la eleccion de los Obispos, aceptaba sin restriccion alguna las apelaciones de la Santa Sede, renunciaba á los espolios, se comprometia á secundar á la Iglesia contra los herejes, á dejar al Pontificado el dominio de todas las provincias que había adquirido de los Emperadores, y á protegerle en sus trabajos para recobrar lo que se le había arrebatado.

Las declaraciones de Othon no podian ser más satisfactorias ni más conformes á los derechos de la Santa Sede; pero el Emperador prometió mucho y no cumplió nada, pues con el tiempo se mostró hostil á los intereses de la Iglesia, y al fin encendió de nuevo la guerra entre el Pontificado y el imperio con sus usurpaciones y la violacion de los tratados.

En efecto: Othon, no solo no restituyó los dominios de la princesa Matilde, sino que ocupó una gran parte de los Estados del Papa, tratándolos como feudos suyos.

Inocencio III recordó al Emperador sus promesas, empleó la persuasion, y apuró, en una palabra, cuantos medios le dictó su prudencia;

pero todo fué en vano, y el día de Jueves Santo del año 1211 el Papa lanzó la excomunion contra Othon IV, "que había renegado de los nobles sentimientos de sus padres, violado la fé jurada, retenido en su poder á Viterbo y otras ciudades cedidas por sus predecesores á San Pedro, y que se preparaba á hacer la guerra al rey de Sicilia."

Finalmente, el Papa desligó á los súbditos de Othon del juramento de fidelidad que le habían prestado, y desde entónces comenzó el castigo del Emperador y su reino:

Al poco tiempo formóse un partido hostil al Monarca, y muy poderoso, que resolvió llamar á Federico II á Alemania.

Othon se apremió á pasar los Alpes, marchó á Alemania, reunió varias asambleas y celebró solemnemente su matrimonio con Beatriz; pero habiendo fallecido esta princesa á los cuatro días de casada, el pueblo vió en esta muerte súbita el dedo de Dios, los bávaros y azevos abandonaron durante la noche el ejército del Emperador, y Federico II llegó á Alemania y fué generalmente reconocido Emperador, mientras que Othon IV, obligado á huir, era perseguido por su rival hasta Branswick. Allí y apoyándose en el Noroeste de Alemania, hubiera podido Othon

IV sostenerse largo tiempo; pero en vez de prepararse contra su competidor, se comprometió en una guerra con Francia, que terminó con la derrota del Emperador excomulgado en la sangrienta batalla de Bovines.

Aquel mismo año volvió Othon á probar fortuna contra el arzobispo de Brama y el rey de Dinamarca, aliado de Federico; mas esta campaña fué para él tan funesta como la anterior, y fatigado de una lucha sin resultados, se retiró á sus Estados hereditarios, donde acabó sus días en el olvido, el silencio y la soledad, y sin dejar sucesores.

Algunos autores dicen que, lleno de desesperación y consumido por la melancolía, se hizo ahogar por su cocinero, que le estranguló opriéndole la garganta con el pié (1).

(1) Orantz 1, 7, Simon, 37, citado por Morery.

## III

Pedro de Vignes, caaciller de Federico II, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1242 DE N. S. JESUCRISTO)

Pedro de Vignes, hombre de claro talento, de gran elocuencia y de una erudición vastísima, sirvió con gran celo á su señor Federico II en sus diferencias con los Papas Gregorio IX é Inocencio IV, escribiendo con este fin, y para controvertir los derechos más sagrados del Pontificado, una obra titulada *De potestate imperialis*, cuyo fin principal era separar los dos poderes, espiritual y temporal. De esta manera, Pedro de Vignes fué el confidente y traductor de los planes ambiciosos y de las declamaciones de Federico II contra los Papas, siendo también como canceller del imperio el primer cómplice de las amarguras y persecuciones que bajo el reinado de aquel impío Monarca afligieron á los Papas y á toda la cristiandad.

Pedro de Viques recibió muy pronto el castigo de su crimen. Acusado de haber tratado de inclinar al médico de Federico II para que diera á este un veneno, y descubierta la intriga por el Emperador, mandó sacarle los ojos y pasearle por varias ciudades, y que se lo entregaran por último á los habitantes de Pisa, con quienes había cometido las mayores crueldades, y que eran sus más encarnizados enemigos; pero la última parte de la sentencia no pudo ejecutarse porque Viques se dió la muerte destranzándose el cráneo contra un poste, al cual le tenían asado (1).

## IV.

Federico II, emperador de Alemania.

(MURIC AÑO 1250 DE N. S. JESUCRISTO)

El nombre de este Monarca, á quien los historiadores califican de cruel, licencioso, poco

(1) RICARD: *Vie trayique des persecuteurs de l'Eglise*, parte 3.º cap. VI.—MORERY: *Diet. Histor.*

exacto en el cumplimiento de su palabra, y de impío hasta el ateísmo, recuerda por sí solo uno de los períodos de la historia más difíciles para el poder temporal de los Papas.

Elegido Emperador en oposición á Othon, enemigo de la Iglesia, y aprobada su elección por el Papa Inocencio III, fué coronado en Aix-la-Capelle; pero queriendo rodear su autoridad de mayor prestigio, marchó á Roma, donde le coronó de nuevo el Pontífice Honorio III, protestando por su parte Federico restituir al Pontificado todos sus dominios, y abolir todas las leyes contrarias á la libertad de la Iglesia.

No obstante, la ambición de Federico comenzó á acariciar bien pronto la idea de la dominación universal, y olvidándose de sus promesas y creyéndose ya señor del mundo, no solo mandó á su cañiller que diera á los demás Monarcas de Europa el título de *Rey de provincia*, sino que quiso levantar de nuevo el trono de los Césares y establecer en Roma la capital de su imperio sobre las ruinas del poder temporal de los Papas, siendo en el Capitolio el señor de mundo, y el Papa en el Vaticano el rey de las almas.

Federico puso por obra la realización de sus proyectos, encubriendo su ambición con infame

hipocresía y dando las mayores muestras de filial sumisión y de profano respeto al Papa Honorio III; pero mientras llamaba al Pontífice su señor y su Padre, violaba los derechos garantidos á la Santa Sede, y Pedro de Vignas, su canceller, escribía una obra que separaba los dos poderes, espiritual y temporal.

Gregorio IX, sucesor de Honorio III, excomulgó al usurpador, que ridiculizó las censuras de la Iglesia, y dirigió dos nuevos ataques contra el patrimonio de San Pedro. Primeramente, procuró suscitar una rebelion en Roma, por medio de agentes secretos, que se valieron de la mayores intrigas para ganarse á los grandes y á los nobles, y pedir con sus conciudadanos la anexion de sus provincias al imperio de Alemania; pero viendo que nada conseguia por la astacia, apeló á la fuerza é invadió los Estados de la Iglesia con un ejército compuesto en su mayor parte de sarracenos, llevándolo todo á sangre y fuego.

Gregorio IX excomulgó de nuevo al Emperador, que, obligado por las circunstancias, se reconcilió con el Papa para marchar á Alemania á sofocar una rebelion, capitaneada por su hijo Enrique, á quien encerró en una prision, castigando severamente á los conjurados. Pa-

cificado el imperio, comenzó Federico con nuevo ardor la guerra que tenia declarada á la Iglesia; escribió varios libelos contra el Papa y aun contra la Religion, y ocupó otra vez la Italia, anegando en sangre sus provincias, y sembrándolas de ruinas.

El Papa lanzó contra él por tercera vez el terrible anatema de la excomunion. Federico, para vengarse, expulsó de su imperio á los religiosos franciscanos y dominicos, se arrogó el derecho de nombrar obispos para las Sedes vacantes, saqueó los templos, perseguió á los sacerdotes y á los monjes, y prohibió á sus súbditos fueran en su permiso al Palacio de los Papas. Además envió embajadores á todas las córtes de Europa con la mision de acusar á Gregorio IX de ser un obstinado y una causa continua de discordias.

Por aquella época, y con motivo de la guerra infame iniciada por Federico II contra la Iglesia, se dividieron las ciudades de Italia en dos bandos, que, con los nombres de Guelfos y Gibelinos, asolaron con sus sangrientas luchas por mucho tiempo la Península.

No contento aún el Emperador, impidió la celebracion de un concilio convocado por Gregorio IX, haciendo que su hijo natural Enrique, rey de Cerdeña, se apoderase de las galeras que

conducian á los Prelados, á quienes envió á Federico en calidad de prisioneros, en union de tres Cardenales, Legados del Papa, que murió de pesar al saber aquel atentado.

Celestino IV, que sucedió á Gregorio IX, solo reinó diez y ocho días, é Inocencio IV, que ocupó despues la Silla de San Pedro, se refugió en Francia y convocó un Concilio en Lyon ante el cual citó al Emperador. Federico mandó en representacion suya á uno de sus consejeros, que lo defendió en el Concilio con gran elocuencia; pero como su causa era mala, fué excomulgado y privado de la corona. Hallábase el Emperador en Turin, cuando supo esta noticia, y lleno de cólera, dijo iróticamente: "Este Papa me ha quitado la corona;" y haciendo que le presentasen sus coronas, añadió colocándose una de ellas sobre la cabeza: "Ved si he perdido la corona; no, no, yo no he perdido todavía mi corona." Poco tiempo despues lanzaba sobre Italia un ejército que cometió en todas partes las mayores crueldades.

Pero la hora de la justicia de Dios habia sonado ya. El año 1248, Federico II fué derrotado odelante de Parma por las ciudades de Lombardia aliados, y aquella misma corona que habia puesto sobre su cabeza, barládoselo de su

deposicion por el Papa, cayó en poder de un hombre llamado Pieruas-Cortas, por su pequeña estatura, y que fué paseado en triunfo por la ciudad llevando sobre sus huesos la corona de Federico, y siendo aclamado por el pueblo, que profecía contra el Emperador los mayores insultos. Por último, Federico II, considerado como impío por todos los príncipes y odiado de los alemanes, que eligieron contra él á Enrique de Turingia, no pudo hacer la guerra de exterminio que preparaba para vengar su derrota y su afrenta.

El 13 de Diciembre de 1250, este príncipe sin ventura, que destinó los vasos sagrados á los usos de su cocina; que esparció al viento las cenizas de los Santos; que hizo morir en las llamas á muchos sacerdotes, y que acababa de arastrar, atado á la cola de su caballo, al santo obispo de Arezzo, abrumado de pesadumbre y abandonado de todo el mundo, murió, segun algunos, ahogado en su lecho por su hijo natural Manfredó.

La descendencia de Federico desapareció bien pronto de la haz de la tierra, pues todos sus hijos tuvieron una muerte tan temprana como desastrosa. El rey Enrique, su hijo mayor, encerrado en una prision por su padre, recibió la

muerte de una mano desconocida aún. Conrado, su segundo hijo legítimo, fué savenenado por Manfredo, hijo natural del Emperador. El mismo Manfredo fué muerto en una batalla, y Coradino, último vástago legítimo de Federico II, murió sobre un cadalso á la edad de diez y siete años (1).



Juan de Colonna, cardenal de la Santa Iglesia.

MURIO SIGLO XIII DE N. S. JESUCRISTO.—(SE IGNORA EL AÑO.)

En la época en que el impío Federico II hizo á la Iglesia por espacio de treinta años una guerra de exterminio, no faltó á la Iglesia un nuevo Judas que la señalase á sus enemigos. En efecto, el cardenal Juan de Colonna siguió el

(1) MOBERY: *Dic. Hist.*—RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Église*, parte 3<sup>a</sup> cap. VI,

partido del impío y sacrilego Felipe II, secundó sus planes contra la Iglesia, le ayudó con sus consejos en sus maquinaciones contra el Pape, y hasta se le vió más tarde mandar las tropas del Emperador contra la Santa Sede.

Juan de Colonna terminó en vida encerrado en un calabozo (1).

## VI.

Jacobo de Hungría, hereje.

(MURIO AÑO 1252 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas había terminado con la muerte funesta de Federico II la persecucion que hizo á la Iglesia durante su reinado este príncipe impío y ambicioso, cuando la herejía suscitó una guerra contra el dogma por medio de la secta de los pastores, que tuvo su origen en Hungría.

El fundador y jefe de esta herejía fué un monje cisterciense, llamado Jacobo, hombre há-

(1) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Église*, parte 3<sup>a</sup> cap. VI.

bil é instruido, que hablaba con perfeccion el latín, el alemán y el francés, y que posela en alto grado el don de gentes.

Con motivo del cautiverio de San Luis, este fraile apóstata comenzó á anunciar que habia recibido de Dios la mision de libertar la Tierra Santa, y al efecto predicó una cruzada, pero no entre los grandes y los nobles, sino entre el pueblo, á fin, decia, de que el poder de Dios se manifestase por la debilidad de los medios ó instrumentos de que se servia. Por otra parte, afirmaba estar en comunicacion permanente con la Santísima Virgen y contar con la proteccion divina.

Sus vehementes discursos strajeron á sus banderas una muchedumbre de pastores, labradores y obreros, que organizó militarmente, y que mal armados atravesaron con Jacobo la Alemania y se dirigieron á Francia en número de treinta mil hombres.

El cautiverio de San Luis y los rumores que corrieron de su muerte, despertaron en su reina el deseo de la venganza; y Jacobo, aprovechando esta agitacion, declaró que además del proyecto de libertar á Tierra Santa, tanta él de rescatar al Rey, ó vengar su muerte.

Mientras que el mayor número de sus secu-

cea volvía á Picardía y fijaba en Amiens su centro de accion, Jacobo se dirigió á Paris, donde predicó en el mismo sentido, revestido de los ornamentos sacerdotales, y logró reclutar en poco tiempo hasta cien mil hombres.

En seguida dividió sus fuerzas en varios cuerpos, que debian embarcarse en distintos puertos del mar, y el mismo Jacobo marchó con una fuerte division á Orleans, donde el pueblo los acogió con entusiasmo, aunque el obispo Guillermo de Bassy se oponia ya á los planes de aquella secta inquieta.

De Orleans marchó Jacobo á Bourges; pero la actitud del país cambió de repente respecto á los *pastorales*. La reina Blanca, regente del reino en ausencia de su hijo, y los Obispos, se pronunciaron tambien resueltamente contra aquella turba de fanáticos, que iba sembrando por todas partes la agitacion, el robo y el asesinato, y las poblaciones todas comenzaron á serle hostiles.

La reina, no solo los hizo denunciar como excomulgados, sino que mandó fuesen perseguidos y batidos, y al poco tiempo el pueblo de Bourges salió en su persecucion, y los alcanzó cerca de la ciudad.

Jacobo, que se hallaba predicando en aquel momento con su acostumbrada osadía fué aco-

matido por un carnicero, que le quitó la vida, dándole un hachazo en la cabeza. Al mismo tiempo las gentes de Bourgas caían sobre los demás sectarios, que huyeron á la desbandada, siendo perseguidos, acosados y muertos en todas partes como los animales dañinos. Los pocos que pudieron escapar se refugiaron en la Gran-Bretaña, donde, aborrecidos de todo el mundo y disgustados con el que los conducía, le hicieron pedazos.

Poco tiempo despues no quedaba ya vestigio alguno de esta secta (1).

## VII.

Exzelino de Romano.

(MURIO AÑO 1259 DE N. S. JESUCRISTO.)

Exzelino de Romano, cuyas violencias é impiedades hicieron crecer á las gentes que habla

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL, *ib.* XL.

sido engendrado por el demonio, fué uno de los principales cooperadores de Federico II, emperador de Alemania.

Afiliado al partido de los Gibelinos, los condujo muchas veces á la victoria; pero atento despues á su interés propio, se hizo dueño de Verona, de Pádua y de otras ciudades de Italia donde ejerció la más odiosa tiranía, confirió por sí y ante sí los beneficios eclesiásticos, y profanó las cosas más santas.

Era tan fanático por la astrología, que no emprendía nada sin consultar con cuatro astrólogos que le seguían á todas partes el día y hasta la hora en que debía ejecutarlo. Su crueldad era tal, que, irritado un día contra la ciudad de Pádua que se levantó contra él, hizo morir á doce mil de sus habitantes.

Los Papas Gregorio I.º, Inocencio IV y Alejandro IV, cuya autoridad ultrajó repetidas veces en la persona de sus Legados, lanzaron contra él los anatemas de la Iglesia, é hicieron predicar una cruzada contra aquel tirano.

Finalmente, aliadas contra él todas las ciudades de la Marca y los príncipes de Lombardia, se apoderaron del tirano cuando se dirigía

á atacar á Milan, y le llevaron á Sonolno, donde murió desesperado (1).

## VIII

Enrique ó Encio, rey de Cerdeña.

(MURIO AÑO 1272 DE N. S. JESUCRISTO.)

Enrique, hijo natural de Blanca, marquesa de Monserat, y del emperador Federico II, que le elevó al trono de Cerdeña, cuyas provincias había arrebatado á la Santa Sede, heredó todo el odio que profesaba su padre al Pontificado, y fué uno de sus cómplices principales en la terrible persecucion que hizo aquel Emperador á la Iglesia y al Pontificado.

Así es que el nombre de Encio figura muchas veces al lado del de Federico II en la historia de las violencias de este ambicioso Monarca, y

(1) MOREY; *Diccionario Histórico*.

muy especialmente en el inaudito y sacrilego atentado cometido contra los Padres de un Concilio.

En efecto; habiendo declarado Federico II, despues de excomulgado por el Papa, que estaba pronto á justificarse ante un Concilio, hizo Gregorio IX la convocacion para Roma: pero el Emperador saltó á su palabra, y no solo discutió á muchos Prelados de asistir á aquella augusta asamblea, sino que resolvió impedir por la fuerza llegáran á su destino los que acudieron al llamamiento del Sumo Pontífice.

Encargado Encio de la ejecucion de las órdenes del Emperador su padre, salió al encuentro de las galeras que conducian á los Prelados españoles, franceses é ingleses, echó tres de ellas á pique, y envió algunos Obispos á su padre Federico II en calidad de prisionero, con los tres Cardenales Legados del Papa, que al poco tiempo murió de pena.

Tampoco atentado no podia quedar impune, y Enrique, que había seguido siempre la línea política de su padre, le siguió tambien en su desgracia.

El año 1248 Federico, que tenía sitiado á Parma, fué derrotado en una salida que hicieron los sitiadores, perdiendo su ejército y su trono, y al

año siguiente Enrique fué también vencido y hecho prisionero por los de Bolonia, que le tuvieron cautivo hasta que murió, añadiendo algunos historiadores que pasó en cautiverio encerrado en una caja de hierro (1).

Tadeo de Suesa, consejero imperial de Alemania.

(MURIO AÑO 1245 DE N. S. JESUCRISTO.)

Cuando Federico II, después de sus violencias contra la autoridad de la Iglesia y la persona de los Papas, fué citado por el Sumo Pontífice Inocencio IV ante el Concilio de Lyon, Tadeo de Suesa fué el que compareció ante aquella augusta asamblea para representar al Emperador, á quien defendió, empleando todos los recursos de su oratoria.

(1) RICARD; *Fla tragique des persécution de l' Eglise*

Aquel mismo año en que Tadeo defendió la política iniana de su señor, fué éste derrotado delante de Parma, y Tadeo cayó en poder de los vencedores, que le cortaron las manos e hicieron pedazos su cuerpo (1).

Gerardo Segarelli, hereje.

(MURIO AÑO 1300 DE N. S. JESUCRISTO.)

La pretension fingida de devolver á la Iglesia, á pesar de la extension y engrandecimiento que habia alcanzado en la Edad Media, la organizacion de los primeros siglos, extravió á muchos fanáticos, dando lugar á una nueva herejía, cuyos sectaces se llamaron hermanos apostólicos.

Su fundador, Gerardo Segarelli, era un jóven inquieto, natural de Parma, á quien los franciscanos

(1) RICARD; *Fla tragique des persécution de l' Eglise* parte 3, <sup>o</sup>, esp. VI.

canos se negaron á admitir en su Orden, y que en su loca presunción se creyó llamado á reformar la Iglesia.

Segarelli admitia en su secta á las mujeres, que llamaba hermanas espirituales, y sus dogmas permanecieron ocultos misteriosamente por largo tiempo. Esta secta autorizaba el perjurio, profesaba las más criminales extravagancias y creía que había llegado ya la época del reinado de Dios.

Además, las relaciones de los iniciados entre sí, revelaban una repugnante inmoralidad.

Desde 1286 á 1290 fueron condenados varias veces por el papa Nicolás IV los errores de Segarelli que después de retractarse volvió á incurrir en ellos, hasta que fué condenado á muerte (1).

(1) WEITZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*

## CAPITULO CUARTO.

### SIGLO XIV.

SUMARIO.—I. Dalcino, hereje.—II. Guardo, hereje.—III. Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.—IV. Guillerme de Nogaret.—V. Estéban Colonna.—VI. Pedro de Flotte.—VII. Waltero ó Walter, hereje.—VIII. Andrónico II, emperador de Oriente.—IX. Pedro Reina-llucci, ó Corbario, antipapa, llamado Nicolás V.—X. Luis IV, emperador de Alemania.—XI. Nicolás Ricci.—XII. Beroldo de Rohrbach, hereje.—XIII. Juan de Auberton.—XIV. Juan Wiclef.—XV. Carlos III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.—XVI. Roberto de Ginebra, antipapa bajo el nombre de Clemente VII.

### L

Dalcino, hereje.

(MURIO AÑO 1307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así como el Sacro Imperio pasó de Francia á Alemania, y de protector de la Iglesia se convirtió en su más encarnizado enemigo, del mismo modo heredó Francia de Alemania, bajo el

canos se negaron á admitir en su Orden, y que en su loca presunción se creyó llamado á reformar la Iglesia.

Segarelli admitia en su secta á las mujeres, que llamaba hermanas espirituales, y sus dogmas permanecieron ocultos misteriosamente por largo tiempo. Esta secta autorizaba el perjurio, profesaba las más criminales extravagancias y creía que había llegado ya la época del reinado de Dios.

Además, las relaciones de los iniciados entre sí, revelaban una repugnante inmoralidad.

Desde 1286 á 1290 fueron condenados varias veces por el papa Nicolás IV los errores de Segarelli que después de retractarse volvió á incurrir en ellos, hasta que fué condenado á muerte (1).

(1) WEITZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*

## CAPITULO CUARTO.

### SIGLO XIV.

SUMARIO.—I. Dalcino, hereje.—II. Guardo, hereje.—III. Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.—IV. Guillerme de Nogaret.—V. Estéban Colonna.—VI. Pedro de Flotte.—VII. Waltero ó Walter, hereje.—VIII. Andrónico II, emperador de Oriente.—IX. Pedro Reina-llucci, ó Corbario, antipapa, llamado Nicolás V.—X. Luis IV, emperador de Alemania.—XI. Nicolás Ricci.—XII. Beroldo de Rohrbach, hereje.—XIII. Juan de Auberton.—XIV. Juan Widel.—XV. Carlos III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.—XVI. Roberto de Ginebra, antipapa bajo el nombre de Clemente VII.

### L

Dalcino, hereje.

(MURIO AÑO 1307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así como el Sacro Imperio pasó de Francia á Alemania, y de protector de la Iglesia se convirtió en su más encarnizado enemigo, del mismo modo heredó Francia de Alemania, bajo el

reinado de Felipe el Hermoso, la triste y funestísima misión de afligir á la Santa Sede, atropellando todos sus derechos y apalaoado en su invasión política á los medios más violentos y á los más escandalosos atentados.

En efecto: ¿quién no leerá con santa indignación las páginas de la historia que refieren las luchas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso? ¿Quién no condenará la despótica política de este Monarca, y los medios infenos que puso en juego contra sus vasallos, los señores de su reino, los Prelados, y aun contra la sagrada persona del Papa y los derechos de la Iglesia? ¿Quién dejará de acusar al mismo Felipe de todas las tropelías é iniquidades que se cometieron en aquel reinado, que pudiéramos llamar de la injusticia?

Tales fueron las consecuencias de la política iniciada en el siglo XIII por Monarcas que, considerándose seguros sobre sus tronos, pretendieron aumentar su poder y extender su dominación, comenzando por rechazar el arbitraje de los Papas en las diferencias internacionales, y concluyendo, en su ambición, por arrebatár á los Pontífices, no solo la influencia universal que ejercían en lo temporal, sino hasta la soberanía espiritual de la Iglesia.

Francia fué, por tanto, en este siglo el instrumento que se empleó contra la Iglesia, juntamente con la persecución de Luis IV, el Viejo, emperador de Alemania, y la aparición de algunas herejías, que con las agitaciones de la política y las luchas entre las poderes espiritual y temporal, prepararon la gran apostasía del siglo XVI.

La soberanía pontificia comenzó á ser considerada como separada de la causa de la Iglesia; hasta tal punto, que algunos hombres de ciencia, tales como Marsilio de Maeriardino y Juan de Janduo, profesores de la Universidad de Paris, á quienes ciertos historiadores califican de graves y piadosos, trataron de hacer creer al Emperador que á él correspondía reformar los abusos de la Iglesia, porque ésta está sometida al Imperio: estos mismos, en unión de Ubertino de Casal, escribieron el *Defensor pacis*, en que se encuentran ya las proposiciones de Calvino, relativas á la antigüedad y constitución de la Iglesia, á saber: que todo poder legislativo y ejecutivo de ésta debe fundarse en el pueblo, que lo trasmite al clero; que los grados de la jerarquía son una invención posterior, pues al principio los Obispos y sacerdotes eran iguales; que siendo instituidos es-

tos por la comunidad, puede privárseles de la autoridad; que el primado, consistente solo en el privilegio de convocar y dirigir los Concilios ecuménicos, no fué dado al obispo de Roma sino con autorizacion de uno de estos Concilios y del legislador supremo, es decir, de todos los fieles y del Emperador, que los representa, y que los bienes de la Iglesia pertenecian al Emperador, que puede disponer de ellos como de cosa suya.

Guillermo de Occam, religioso franciscano y discípulo de Scotus y á quien se llamaba en el siglo XIV el *Doctor invencible venerable maestro y doctor singular*, sostenia, acaso por aludir á Luis de Baviera, á quien pidió asilo, que eran indivisibles las dignidades de Rey de romanos y de Emperador; negaba la infalibilidad, no solo del Papa, sino de los Concilios ecuménicos, sosteniendo que la comunidad de los fieles podia decidir resueltamente; y sostenia que podia emplantarse con este fin y contra el Papa hasta la faros, y aun instituir varios pontífices independientes unos de otros.

Agréguense á esta propaganda que comenzaba á hacerse contra el Pontificado, la reaparicion del cisma de Oriente, que aun separa á la Iglesia griega de la verdadera Iglesia de Jesucristo, el ferozísimo cisma de Occidente con el des-

orden que introdujo en la Iglesia universal, y la tiranía de Rienzi en Roma, que pretendió sustituir el poder temporal de los Papas, tratando de resucitar la constitucion política de la Roma gentilica, y se verá que se preparaba ya la gran revolucion que principió en el siglo XVI y que se agita en nuestros dias con las convulsiones de la agonía.

Empezaba, pues, á cundir la idea, no de separar la autoridad secular de la eclesiástica, sino la de hacer á la Iglesia esclava del Estado.

Tal fué el principio que Felipe IV y Luis IV pretendieron realizar, siguiendo el ejemplo de los Monarcas que en los siglos XI al XIII se opusieron á las reformas iniciadas por San Gregorio VII.

A estos males, que fueron los que principalmente afligieron á la Iglesia en el siglo X.V, se unió tambien la aparicion de nuevas herejías, que preñaban ya la gran apostasía del siglo XVI, y eran al mismo tiempo continuacion de las que se propagaron en siglos anteriores.

Y en efecto: acababa de morir en el cadalso el hereje Segarelli, cuando el milanés Dalcino, declarándose jefe de la secta de los Hermanos apóstolicos, logró sostenerla algun tiempo más con sus falsas profecías.

Dulcino dividía el reino de Dios en los cuatro periodos siguientes:

- 1.º De los judíos piadosos antes de Jesucristo.
- 2.º De los cristianos pobres y perseguidos desde Jesucristo hasta Constantino.
- 3.º De los cristianos victoriosos desde Constantino hasta Carlo-Magno, en cuya época, según suponía Dulcino, había dejado de llenar la Iglesia su misión que Dios la confió.
- 4.º El reinado de la virtud y la castidad, y la ruina de Roma.

Dulcino enseñaba además que todos los bienes eran comunes, inducía á las mujeres á separarse de sus maridos, afirmando que todos los hombres y mujeres podían hacer indistintamente vida marital, porque la caridad exigía que todas las cosas fuesen comunes, y, finalmente, permitía á sus secuaces el robo cuando no les daban limosnas.

Después de predicar sus errores en el Tirol y la Dalmanach, reunió Dulcino á sus adeptos en Novara, donde declaró guerra á muerte á la Iglesia romana y reunió una horda de fanáticos que cometió los mayores excesos y saqueó e incendió varias iglesias.

El obispo de Verceil, al tener noticia de tales atropellos, organizó una cruzada que aniqui-

ló aquella turba de fanáticos el año 1307, y se apoderó de Dulcino y de su compañera Margarita, que fueron quemados y aventadas sus cenizas (1).

## II.

Guardo, hereje.

(MURIO AÑO 1312 DE N. S. JESUCRISTO.)

La corrupción de costumbres que reinaba en Egipto á fines del siglo XII sugirió al celoso predicador Lambert, llamado *Begue* (tartamudo) la idea de crear una congregación de mujeres con el fin de preservarlas de los vicios de la época, fomentando entre ellas prácticas piadosas.

Por reconocimiento á su fundador, las asociadas tomaron del nombre de éste, *Begas*, el de

(1) JEWETZER y WELTE: *Das. anage. de T'antioq.* cap.

beguinas, y fueron muy numerosos los beguinas que se establecieron, y muchas las mujeres que se acogieron á estos establecimientos; pero cien años despues de su fundacion las beguinas se contaminaron con los errores y extravagancias de los *fraticelli* y otros herejes espiritualistas de los siglos XIII y XIV, y cayeron en excesos culpables, hasta que fueron disueltas por la autoridad eclesiastica.

A imitacion de estas beguinas, se establecieron tambien asociaciones de legos, que se llamaron beghardos. Estos beghardos eran tejedores en su mayor parte, vivian del trabajo de sus manos, llenaban en las Iglesias las funciones más humildes, y hacian vida comun como las beguinas.

La corrupcion, inmoralidad y herejia se introdujo más pronto y más profundamente entre ellos que entre las asociaciones analogas de mujeres. Además, los *fraticelli* y los hermanos del libre espíritu se ocultaron bajo el nombre de beghardos, y por este motivo fueron perseguidos con más severidad que las beguinas por la Inquisicion, por los Papas, los Emperadores, y muy especialmente por Carlos IV.

Uno de estos beghardos, llamado Gualdo, llevó en fanatismo al punto de llamarse el ángel

de Filadelfia, y al fin sufrió la pena del fuego (1).

### III.

Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.

(MURIO AÑO 1314 DE N. S. JESUCRISTO.)

La Iglesia habia consolidado al fin la paz con el imperio; pero su hija predilecta la Francia, ó mejor dicho su monarca Felipe IV, el Hermoso, inauguró contra el Pontificado una guerra no ménos torpe y violenta que las de Enrique IV y Barbaroja.

Habiábase este Monarca en guerra con Eduardo I, rey de Inglaterra, y ambos sometieron sus diferencias al Papa Bonifacio VIII. Remitido el compromiso á Roma, los embajadores de los

(1) BERAUL-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XLII.

dos Monarcas hicieron valer sus razones, y el 27 de Junio pronunció el Papa la sentencia arbitral en pleno consistorio y ante la multitud del pueblo que acudió al Vaticano.

El Papa comunicó su sentencia á Felipe por conducto del obispo de Durham, Legado de la Santa Sede, que se presentó al rey y á su hermano el conde de Artois llevando los Letras Pontificias, que leyó al Rey; pero no satisfaciendo á éste la resolución del Sumo Pontífice, arrojó violentamente las Letras de mano del Legado y las arrojó al fuego, diciendo que no cumpliría jamás las condiciones impuestas por Bonifacio VIII. El Papa envió un segundo Legado, que fué reducido á prision por el Rey, y entónces pidió á éste justificara su conducta. Felipe IV envió cerca del Papa con esta misión á Pedro de Flotte, que le descompañó con insolente audacia.

Como si esto no fuera bastante, el Rey, violando la inmunidad de los bienes eclesiásticos, y desoyendo las reclamaciones del Papa, los gravó con crecidos impuestos, con lo cual agravó tambien el estado de las cosas hasta el punto de promover con sus investigaciones un atentado inaudito contra la persona de Bonifacio VIII. En efecto: Guillermo de Nogaret, guarda sellos de

Felipe IV, se dirigió á Agnani, donde se hallaba el Papa, y donde, en union de Sciarra Colonna y de otros enemigos del Pontífice, tramaron una conjuración infame contra el Vicario de Jesucristo. El día 7 de Setiembre de 1303, al anochecer, aquellos miserables, seguidos de una turba de soldados, atacaron el palacio pontificio á los gritos de *¡Muera el Papa! ¡Viva el rey de Francia!* Bonifacio, revestido de los ornamentos esgrados, con la tiara sobre su cabeza y con las llaves de San Pedro en una mano, y la cruz en la otra, esperó á los conjurados sentado sobre su trono. La majestad pontificia no detuvo á aquella turba, pues Sciarra Colonna profirió contra el Papa Bonifacio las mayores injurias, y aun llevó su brutalidad hasta darle en el rostro con su manopla de hierro, y Nogaret le amenazó con encadenarle y conducirlo á Lyon, para privarle del Pontificado. Al mismo tiempo era saqueado el palacio pontificio. Bonifacio VIII fué reducido á prision. A los tres dias los habitantes de Agnani arrojaron de la poblacion á los franceses y pusieron en libertad al Padre Santo, que murió de pesar pocos dias despues.

Algunos historiadores, no muy parciales por cierto, censuran al Papa Bonifacio como hombre díscolo, ambicioso y de carácter violento, y

sostienen que quiso dar al poder pontificio una extension y un predominio que jamás había tenido; pero ¡quién se atreverá á defender las despoticas pretensiones de Felipe el Hermoso, que aun algunos enemigos sistemáticos de la Santa Sede, como Siamondi y otros, han condenado severamente, y los intrigas, violencias y hasta crímenes que suplió el Rey contra el Papa (1)? Asunto es este en que sentenció la justicia de Dios, permitiendo muriese el Papa Bonifacio VIII como víctima y el Rey Felipe IV como verdugo.

El obispo de Maurienne, tan célebre por su piedad como venerado por sus virtudes, al saber el crimen de que había sido víctima el Papa, exclamó en medio de su dolor: "La noticia

(1) Para que pueda juzgarse, no solo por el criterio de los historiadores, sino por otros testimonios más fehacientes, léanse las dos siguientes cartas importantísimas, una de Bonifacio VIII á Felipe IV, y otra del Rey al Papa.

La carta del Papa decía: "Bonifacio, siervo de los siervos de Dios, á Felipe, rey de los Francos. Tema á Dios y observa sus mandamientos. Sabe que no te pertenece la colacion de los beneficios y prebendas, que está cometido á Nós en lo temporal y en lo espiritual, que administras los beneficios vacantes solamente para conservar sus productos á los sucesores, si has conferido alguno, declara-

del atentado cometido contra el Papa llenará de alegría el corazón del Rey de Francia; pero su felicidad no será muy duradera, pues el juicio de Dios caerá sobre él y sobre su posteridad."

El 29 de Noviembre del año 1314, Felipe el Hermoso murió en Fontainebleau, según los historiadores, de una caída de caballo, de pesadumbre, ó de otra causa oculta y ruin. De sus tres hijos, el uno murió á los veintiseis años de edad, dejando un hijo que solo vivió cinco dias; el otro falleció de venticinco años, despues de haber perdido á su hijo, y el tercero había visto morir tambien á sus dos hijos cuando bajó al sepulcro, á la edad de treinta y cuatro

años más la colacion de hecho y de derecho, declaramos herejes á los que piensen de otro modo."

La respuesta era la siguiente. "A Bonifacio, supuesto Papa, poco ó nada de salud. Ha de saber tu gran fatuidad que en lo temporal no estamos sometidos á nadie, que la colacion de los beneficios y de las Sedes vacantes nos pertenece por derecho de nuestra Corona, que las rentas de las iglesias vacantes son nuestras, que nuestros nombramientos son válidos, tanto en lo pasado como en el porvenir, y mantendremos en ellos con todo nuestro poder á aquellos á quienes los hemos concedido. El que, otra cosa creyó será tenido por estúpido ó insensato." (GANTÚ: *Historia universal*, lib. XIII, cap. VI.)

años (1). La raza de Felipe IV habia sido arrancada por la muerte de la faz de la tierra, y arrojada por la justicia de Dios del trono de Francia.

## IV.

Guillermo de Nogaret.

(MURIO EN EL SIGLO XIV.—SE IGNORA EL AÑO.)

Las diferencias entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII, léjos de resolverse como convenia á la paz de Francia, fueron adquiriendo tal gravedad por la altanería de aquel Monarca, que, no contento ya con rebelarse contra la autoridad del Padre Santo, se atrevió á celebrar en el Louvre una asamblea de grandes y Prelados para juzgarle.

Guillermo de Nogaret, caballero y magistrado francés, fué el encargado de promover aquel

(1) MAZERAY, *hist. de France*.

proceso escandaloso, presentando contra Bonifacio VIII una acusación en forma, según las prescripciones jurídicas, en la que le imputaba los mayores delitos, y entre otros los de usurpación al Pontificado, herejía y simonía, y terminaba pidiendo la convocación de un Concilio general para expulsar solemnemente al Papa y dar á la Iglesia un Pastor legítimo. "No obstante, sñadís Nogaret, dirigiéndose al Rey, en calidad de protector de las numerosas iglesias de vuestro reino, y á ejemplo de vuestros antepasados, defensores constantes de la Iglesia romana, hareis encerrar á este impío, y, de acuerdo con los Cardenales, establecereis un Vicario apostólico hasta que haya un Sumo Pontífice.

Segun Cantú (1), Nogaret publicó una furibunda proclama contra Bonifacio VIII, á quien llamaba *Malifacio*, embustero, ladrón, hereje y enemigo de Dios y de los hombres.

Pero Nogaret quiso ser, á más de acusador, verdugo del Padre Santo, y pretextando preparar una reconciliación entre el Papa y el Rey, recorrió la Italia con el fin de procurarse el apoyo de los descontentos, y sobre todo de los gibelinos.

(1) *Historia universal*, lugar citado.

La familia de los Colonna, dispuesta siempre contra Bonifacio VIII, le prestó su apoyo; y al poco tiempo Nogaret, seguido de una turba de soldados, se apoderó por sorpresa de la ciudad de Agnani, donde se había refugiado el Papa, é invadió el palacio pontificio.

Nogaret notificó al Papa la acusación y procedimientos seguidos contra él en Francia, y declaró que se le creía convicto por no haberse defendido, y que debiendo ser juzgado por la Iglesia, se le reducía á prisionero para hacerle comparecer ante el Concilio que debía celebrarse en Lyon; pero que no temiera por su vida. "Estoy firmemente resuelto, añadió, aunque él mismo es quien lo refiere, á defenderla, contra el furor de vuestros enemigos."

No obstante, el Papa en aquel mismo acto fué maltratado de obra y de palabra por los que seguían á Nogaret, y su palacio y tesoro fueron saqueados.

Este atentado sacrilego produjo tal indignación entre los habitantes de Agnani, que levantándose en armas al grito de: *Viva el Papa! Muera los traidores!* arrojaron de la ciudad á los franceses, y pusieron en libertad al angustioso prisionero, que volvió á su capital donde á los po-

cos días murió de pena, perdonando á sus perseguidores.

Trescientos dos años despues se abrió su sepulcro, encontrándose enteros sus hábitos pontificales, y su cuerpo incorrupto, excepto la nariz y los labios. Sin embargo se ha dicho, segun afirma el P. Brenoy, que Bonifacio murió como furioso, comiéndose las manos y los brazos.

Por el contrario Guillermo de Nogaret, su carcelero y acaso su verdugo, pasó el resto de su vida sumido en espantosa miseria (1).

Esteban Colonna.

MURIO SIGLO XIV DE N. S. JESUCRISTO.—(SE IGNO-  
RA EL AÑO)

El caballero Esteban Colonna, llamado por apodo Sciarra, esto es, *pendenciero*, y que per-

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XLII.—RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Eglise*.

tenencia á la antigua y poderosísima familia de los Colonna en Italia, tan célebre por la oposición que hizo al Pontífice Bonifacio VIII, fué uno de los principales auxiliares de Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia, en la persecucion que este Monarca suscitó contra aquel Papa.

La oposición de la familia Colonna, y principalmente de Estéban, hácia el Papa Bonifacio, databa ya de antiguo; tanto, que el año 1297, ántes del rompimiento de Francia con la Santa Sede, tuvo el iracundo Sciarra el atrevimiento de robar los efectos del Papa cuando se llevaban de Águani á Roma.

Los Colonna aprovecharon despues la desave-nencia de Felipe IV y Bonifacio VIII para satiafacer su espíritu de odio y de venganza contra éste, y no solo secundaron los planes del Monarca francés y de los gibelinos, sino que Estéban Colonna fué uno de los principales cómplices de Nogaret, formando también parte de la turba que redujo á prision al Padre Santo, al cual injurió y aun trató de obligar á que renunciase el Pontificado. El Papa Bonifacio lo sufrió todo con resignacion; pero habiéndose negado á hacer la renuncia que se le exigía, asegurando que moriría primero, el iracundo Estéban, teniendo cubierta su mano con la manopla de su

armadura, dió una bofetada al Sumo Pontífice, y aun le hubiera muerto á no impedirlo Nogaret (1).

Estéban Colonne, que se atrevió á poner su mano escarflaga sobre el Ungido del Señor, y contribuyó á reducirle á prision, murió en el destierro (2).

## VI.

Pedro de Flotte, guardasellos de Felipe IV.

(MURIÓ SIGLO XIV DEN. S. JESUORISTO.—SE IGNO-  
RA EL AÑO)

Pedro de Flotte, que fué otro de los auxiliares de Felipe el Hermoso contra el Papa Bonifacio VIII, no contento con haberse producido

(1) TOM-VALSING: *Hist.* pág. 81.

(2) RICARD: *Vie tronique des papes de France*, parte 3.ª cap. VII.

ante el Papa con la mayor insolencia cuando fué enviado cerca del Pontífice en representación de aquel Monarca para justificar su conducta, escribió y repartió, en unión de Nogaret, dos cartas falsas ó adulteradas del Pontífice, y una violenta y brutal respuesta del Rey.

La justicia de Dios hirió también á este enemigo de Bonifacio VIII, porque murió en la batalla de Courtrai, en la que fué completamente deshecho el ejército de Felipe IV, y en la que pereció la flor de la nobleza de Francia.

## VII.

Waltero, ó Walter, hereje,

(MURIO AÑO 1322 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este hereje predicó, entre otros muchos errores, la doctrina tan sacrilega como peregrina de que Lucifer y los ángeles rebeldes habían sido lacrados injustamente del cielo, y que con

el tiempo volverían á él, siendo arrojados en cambio al infierno San Miguel y los ángeles buenos. Al mismo tiempo combatía los Sacramentos y negaba la legitimidad de la autoridad eclesiástica y aun secular, y la pureza de la Santísima Virgen María.

Waltero fué quemado en Colonia el año 1322 (1).

## VIII.

Andrónico II, emperador de Orient.

(MURIO AÑO 1332 DE N. S. JESUCRISTO.)

En Oriente aumentó también en esta época las turbulencias y anarquías con que el Occidente afligía á la Iglesia y á la Santa Sede, pues Andrónico II, que heredó de Miguel Paleólogo el trono de Constantinopla, hizo renacer de sus cenizas el cisma griego, rompiendo la unión con

(1) MOREBY: *Dis. Hist.*

la Iglesia latina que su padre había restablecido.

Desde el momento en que el nuevo Monarca empuñó el cetro de los griegos, se entregó por completo á la direccion de la princesa Eulogia, su tia, devota fanática, y al mismo tiempo tan aferrada al cisma, que lloraba ó afectaba llorar la muerte del Emperador difunto, porque, habiendo fallecido, decía, en la herejía de los latinos, había incurrido ciertamente en la condenacion eterna (1). Esta mujer singular, y el canceller Teodoro Masalea, hombre astuto y falaz, que había renunciado y abrazado el cisma segun las circunstancias y conforme convenia á sus intereses, fueron los guías y consejeros á quienes Andrónico confiaba los graves asuntos del Estado. El Emperador comenzó por hacer penitencia pública por haber suscrito la reunion con los latinos, consagrándose despues con tanto empeño como arbitrariedad y violencia al restablecimiento del cisma.

El Patriarca Vecco fué depuesto de su Silla y reemplazado en ella el cismático Joac. El mismo Juan Vecco, los arceobispos Melitiniota y Meto-

(1) *Pachym. in Adron.*, lib. I. núm. 8.

chita, y algunos otros que perseveraron en la verdadera fé, fueron conducidos de prision en prision y murieron al fin en la miseria, sin que el Emperador consiguiera atraerlos á su partido.

Arbitros entónces los cismáticos de los destinos de la Iglesia de Oriente, cometieron los mayores abusos y exigieron cuantiosas exacciones, haciendo pagar la reconciliacion con su secta, la entrada en los templos, la asistencia á las ceremonias del culto y la participacion en la comunión.

Las consecuencias de la renovacion del cisma, que affligieron al Emperador y á su pueblo, como castigo de su apostasía, fueron tan terribles para los griegos como opuestas al plan que se propusieron los cismáticos al romper de nuevo los lazos que unian á Constantinopla con Roma.

El imprudente Andrónico, dice Beraut Bercazel, que se había propuesto ilustrar su reinado dando un nuevo estímulo al espíritu inquieto del cisma y de las facciones, vió resultar de él un trastorno general en su Iglesia y en su imperio. En vez de un cisma, se formaron cuatro entre los griegos, exclusivamente adictos á otros tantos Patriarcas, que pretendían habían

sido depuestos injustamente, y no se tenían menos aversión unos á otros que á los latinos (1). Este príncipe débil dejábase llevar, ya de un partido, ya del opuesto; y queriendo acomodar lo todo, sin tener la habilidad ni la autoridad necesarias para ello, era alternativamente el juguete de cada facción. Su imperio experimentó conmociones y reboses de los cuales se resintió con tanta violencia, que ya no volvió á salir de este estado vacilante, y parecia no esperar otra cosa que el momento de su inevitable ruina. Batido sin cesar y por todas partes; en Occidente por sus súbditos rebeldes, por los tártaros, los eslavos, los franceses, genoveses, pisanos y venecianos; en Oriente por los sultanes árabes y turcos, que hicieron en él espantosos daños, y en el mar por enjambres de piratas, sin contar las armadas de todo pabellon legítimo, le anunciaban todos los dias la pérdida de alguna ciudad, de alguna isla, de alguna provincia. Finalmente: su política, tan limitada como su ciencia militar, redujo todos sus males al último extremo (2)."

(1) *Pachym, in Andr.*

(2) *Historia general de la Iglesia, traducida por Baldo, lib. XLX.*

El mismo Emperador sufrió tambien el castigo que merecia.

Andrónico III, asociado por él al imperio, resolvió usurparle el trono; y al efecto, cuando logró formarse un partido fuerte y poderoso, se apoderó de algunas ciudades de Tracia y marchó sobre la capital. El Emperador, su abuelo, abandonado de todos é imposibilitado de resistir, reunió á los Obispos, y les suplicó cominasen al príncipe con la excomunion si no se sometia á Andrónico II. La mayor parte de los Obispos apoyaron la causa del Emperador; pero otros muchos, y entre ellos el Patriarca, se declararon en favor del rebelde, fulminando las censuras más terribles contra los que no secundaban sus planes.

Al poco tiempo Andrónico el Joven se apoderó por traicion de Constantinopla y de la persona del Emperador; y aunque al principio le permitió el uso de de las insignias imperiales, al fin le prohibió terminantemente salir del palacio é intervenir en el gobierno del imperio.

Por último, el anciano y cismático Emperador que reinaba y no gobernaba, como ahora se dice, se despojó espontáneamente de aquellos vanos atavíos para tomar el hábito monástico, y murió de repente el dia 13 de Febrero de 1332.

## IX.

Pedro Rainallucci, o Corbario, antipapa, bajo el nombre de Nicolás V.

(MURIO AÑO 1333 DE N. S. JESUCRISTO)

La violencia con que Luis de Baviera quiso obtener del Papa le cifiere la corona de Alemania, que acababa de conquistar en los campos de batalla, derrotando á su competidor Federico de Austria, dió lugar á un nuevo cisma y á un nuevo antipapa.

Encorgullecido Luis con la victoria obtenida en los campos de Mühldorf (1322), pretendió obligar al Papa Juan XXII á que le reconociera por la fuerza y le coronara, pero éste se negó á ello; y Luis, despues de apelar á un Concilio universal, y de combatir la autoridad de la Santa Sede y al mismo Pontífice, decla-

rándole hereje é indigno, scabó por ocupar á Roma y destituir á Juan XXII, haciendo fuere elegido en su lugar Pedro Rainallucci, llamado tambien Corbario por el lugar de su nacimiento.

El antipapa tomó el nombre de Nicolás V, nombró algunos Cardenales, excomulgó al Papa legítimo, y coronó al Emperador; pero al poco tiempo las circunstancias cambiaron para éste y el falso Papa; y obligados de una parte por la carancia de recursos, y estrechados por otra por Roberto, rey de Nápoles, tuvieron que abandonar á Roms, maldicidos y apedreados por el mismo pueblo que los había aclamado con tanto entusiasmo, y que, en odio á sus ídolos caídos, quemó las cartas de las franquicias y libertades del Emperador y de Nicolás V, y arrancó de sus sepulcros los cadáveres de los alemanes, para arrojárselos por la ciudad y arrearlos al Tíber.

En Pisa abandonó Luis á su Papa, que, despues de excomulgar nuevamente al Padre Santo, fué á encerrarse á un castillo de los Apeninos, donde fué hecho prisionero.

Conducido desde allí á Pisa, se le obligó á someterse al Papa, que le trató con indulgencia

y le encerró en el palacio pontificio de Aviñon, donde murió (1).

Luis IV o V, el Viejo, Emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1347 DE N. S. JESUCRISTO)

Después de un interregno de catorce meses, dividiéronse los electores del imperio, eligiendo unos á Luis, el Viejo, y otros á Federico, el Hermoso. Apelaron ambos á las armas; y después de una guerra de siete años, Federico, vencido en la batalla de Ampfing, cayó prisionero, quedando Alemania por Luis de Baviera, su rival.

Orgullosa el nuevo Monarca con su victoria, envió, en la exaltacion del triunfo, recursos á los gibelinos lombardos, en lucha con los Lega-

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*

des del Papa, y nombró al conde de Neuffen Vicario del imperio en Italia, promoviendo casi una nueva guerra con el Papa, que le ordenó se abstuviera de la administración del imperio y compareciera en Aviñon en el término de tres meses.

Luis protestó contra la Bula, y apeló de ella á un Concilio general; pero pidió al Papa una prórroga de dos meses para consultar á los príncipes del imperio, plazo que le fué otorgado, y que el astuto Luis aprovechó para excitar á los gibelinos á sostener á los Visconti, y para hacer causa común con los franciscanos menores incurridos en cisma por su oposición á la Santa Sede sobre la observancia de la antigua regla de San Francisco. Quince días después de cumplido el segundo plazo, y á pesar de los hábiles manejos del Emperador, publicó Juan XXII un nuevo monitorio, declarando se hallaba dispuesto á levantar la sentencia dictada contra aquél, con la condicion de que retirase su proteccion á los Visconti y demás enemigos del Pontificado, y de que se abstuviese durante tres meses, hasta la resolucion definitiva, de usar el título de Rey de romanos.

No obstante, el Emperador y sus partidarios que seguian en este conflicto una conducta tan

infensa y violenta como falta de tino y de prudencia, hicieron cundir en Alemania la voz de que el Padre Santo queria privar de sus prerogativas á los electores del imperio, falsedad que el Papa se creyó obligado á desmentir en una carta dirigida á aquellos en 26 de Mayo de 1324.

En el mes de Julio del mismo año, habiendo apartado Juan XXII las medidas conciliadoras de que hemos hablado, y siendo notoria la mala fe de Luis, publicó contra él la primera sentencia, declarándole contumaz y privándole de sus derechos á la corona y soberanía del imperio si no se sometía dentro del nuevo plazo, que se señalaba hasta el día 1.º de Octubre,

Espirado que hubo este plazo, dice Brault-Breastel (1), y sin haber hecho el Papa otra cosa que esperarle pacientemente, Luis tuvo en 22 de Octubre una Dieta numerosa en Saxon-Hausen, donde se desencadenó contra la cabeza de la Iglesia; tratóse en ella de Papa supuesto, de haber introducido la división en Alemania y en Italia, de enemigo jurado del imperio, de usurpador injurioso del derecho de los elec-

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balá, lib. XLIV.

tores, de distribuidor irreligioso y despótico, tanto de los obispados como de las abadías; en fin, de falso doctor, de restaurador del judaismo, de hereje manifiesto y separado del cuerpo de la Iglesia, que no solamente no habia podido ser elegido Papa, sino que era indigno de toda prelación y estaba ya descaído de ella.<sup>29</sup>

Tres años despues marchó el Emperador á Trento, donde celebró una nueva dieta, en la que declaró de nuevo que Juan XXII era indigno de ser Papa; manifestó el mayor desprecio de las censuras fulminadas contra él, é hizo excomulgar al Vicario de Jeaucrerie, á quien por desprecio llamaba Santiago de Cahors, ó el preste Juan.

En Milan se ciñó la corona de hierro; en el castillo de Orsi reunió una asamblea que ordenó é instituyó á tres Obispos, con desprecio de los cánones y poco despues sitió y tomó á Pisa.

Tantos y tan grandes excesos obligaron al Papa á lanzar contra Luis V los más terribles anatemas de la Iglesia; pero el tirano siguió impávido su marcha y al año siguiente entró en Roma, donde se hizo coronar por Prelados disméticos y excomulgados, y residenció al Papa, pronunciando contra él una sentencia de deposición, plagada de injurias, de calumnias y de blasfemias.

Al poco tiempo, el Emperador, en una asamblea pública celebrada con sumaria pompa en presencia del pueblo, erigió antipapa á Pedro Corbario, que tomó el nombre de Nicolás V; confirmó la sentencia del Emperador contra el Sumo Pontífice, nombró Cardenales á los principales laudores del cisma, y persiguió sin tregua á cuantos permanecieron fieles al Papa legítimo.

Sin embargo, el cisma solo encontró eco en Italia, ó, mejor dicho, en algunas ciudades de Italia, donde los partidarios del Emperador pudieron imponerse por la fuerza.

Poco tiempo después aquel Emperador tan poderoso, que rodeado del esplendor de una corte deslumbradora recibía en la plaza de San Pedro las aclamaciones del pueblo, era apedreado por ese mismo pueblo, que le arrojó de Roma al grito de: *Mueran los sacrilegos! Viva la Santa Iglesia!*

El Emperador marchó entonces con su antipapa á Pisa; pero cuando Luis dejó aquella ciudad el falso pontífice tuvo que ocultarse, y al fin un año después renunció á sus pretensiones, y fué á postrarse á los pies de Juan XXII.

En este estado las cosas falleció Juan, siendo elegido para sucederle Benedicto XII.

El emperador Luis, cambiando entonces de conducta, trató de obtener por la prudencia y la transacción lo que no había conseguido de Juan XXII por la fuerza. Aunque el nuevo Pontífice estaba animado de los mejores deseos, como la cuestión religiosa se había hecho cuestión política, la razón de Estado ó la ambición, hizo que Roberto de Nápoles y Felipe de Valois se opusieran á la absolución del Emperador por el Papa, haciéndola imposible, reanunciando la lucha y dando lugar á nuevos sucesos que retardaron la celebración de la paz entre la Iglesia y el imperio.

No obstante, el Papa logró con su prudencia se sometieran á su autoridad Bolonia, Milán y otras ciudades de Lombardia; pero murió antes de que terminara la lucha.

Doce días después fué elegido Papa el Cardenal Pedro Rogerio, llamado Clemente VI, y volvió á abrir el proceso contra el emperador Luis de Baviera, que á sus antiguas violencias había añadido la usurpación de la autoridad eclesiástica, hasta el punto de conceder dispensas matrimoniales.

Después de haber puesto así el colmo á sus locuras y crímenes, solicitó su reconciliación, mas ocurrieron nuevas dificultades, y habiendo

rechazado en 1344 la Dieta de Francfort las condiciones fijadas por el Papa, expidió éste el día de Jueves Santo del año 1346 una Bula de excomunión y deposición contra el tirano.

El día 9 de Julio del mismo año, Carlos de Luxemburgo fué elegido Rey de romanos, en sustitución de Luis, y el año siguiente, corriendo á caballo el Emperador excomulgado detrás de un oso en una montaría, fué acometido de una apoplejía fulminante, según se cree, que le privó de la vida casi instantáneamente (1).

## XI.

Nicolás Rienzi.

(MURIO AÑO 1354 DE N. S. JESUCRISTO.)

Tal era el nombre de un aventurero que, aprovechando la residencia de la Santa Sede

(1) MORERY: *Dict. hist.*—RICARD: *Fis. tragique des perseeuteurs de l'Eglise* parte 3<sup>a</sup> cap. VII. BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldá. lib. XLIV.

en Avignon, pretendió sustituir en Roma la soberanía de los Papas con la del pueblo romano, ó mejor dicho, la de sí mismo, renovando las utopías de Arnaldo de Brescia.

La opresión en que vivía el pueblo bajo la tiranía de algunas familias nobles y poderosas, y muy especialmente de los Orsine y Colonna, ocasionaron una revolución en las ideas, favorable á la libertad y á la constitución política de la antigua Roma, á que dió pábulo el renacimiento de las letras y el estudio de los clásicos.

Tal era la situación de Roma cuando Nicolás Rienzi, hijo de un tabernero y de una sirviente, pero hombre de un talento, de una astucia y de una erudición poco comunes, pretendió ó fingió pasar por el libertador del pueblo romano.

Ardiente partidario Rienzi de las ideas republicanas, resucitó las locas pretensiones de Arnaldo de Brescia, y con ellas los tiempos del Capitolio, del Foro, del Senado y de los comicios.

Rienzi logró comunicar de tal manera á los romanos su entusiasmo por la república con la vehemencia de sus discursos, que el pueblo le eligió tribuno en Mayo de 1347, y le investió de un poder dictatorial.

Rienzi afectaba gran sumisión y respeto al Papa Clemente VI, que residía en Avignon; pe-

ro al mismo tiempo expulsaba de Roma á su Vicario el Obispo de Orvieto, cuyas amonestaciones no podía sufrir.

No obstante, algunos historiadores dicen que el Papa, queriendo aprovechar la influencia de Rienzi para abatir el excesivo poder de la nobleza, y teniendo en cuenta la energía y la equidad del tribuno, le confirmó en su autoridad.

Lo cierto es que Italia entera repetía el nombre y los elogios de Rienzi; el emperador Luis, el rey de Hungría y los príncipes solicitaban su amistad, y Petrarca le auxilió con su autorizada palabra á perseverar en su empresa.

Así fué que el tribuno reinó bien pronto de una manera absoluta; más su poder le atardió, y, ciego con su triunfo, llevó su soberbia hasta elevarse á sí mismo al rango de caballero, después de haber tomado un baño en la pila de pérfido, donde, según la tradición, había sido bautizado Constantino.

"Declarámos, decía un día ante el pueblo, que Roma y las ciudades de Italia son y deben ser libres. Concedámos á todos sus habitantes el derecho de ciudadanos romanos, y porámos al mundo por testigo de que la elección del Emperador romano, la jurisdicción y la monarquía, corresponden á la ciudad de Roma y á to-

da Italia." Dijo, y desenvainando su espada, y dando con ella tres cortes al aire, en dirección de las tres partes del mundo entonces conocido, gritó á cada golpe: "Esto es mío."

Consiguiente con estos delirios de dominación universal, Rienzi ordenó al Papa y á los Cardenales volver á Roma; mandó al emperador Luis y al rey Carlos de Bohemia comparociesen ante él para arreglar sus diferencias, y exigió que los electores probasen en derecho de elegir Emperador.

El Papa le ordenó entónces moderase su ambición, por conducto del cardenal legado Boltraffino, y la nobleza se sublevó contra él; pero la nobleza fué vencida, y Rienzi, satisfecho con haberla humillado, no quiso aprovecharse de su victoria.

No obstante, el Papa Clemente VI tuvo que promulgar una Bula contra el orgulloso tribuno en 3 de Diciembre 1347, en la que condenaba sus excesos y locuras, y mandaba á los romanos volviesen á la obediencia de la Santa Sede.

Algunos días después Rienzi, aban tonado de su pueblo, tuvo que huir disfrazado de religioso franciscano, y se refugió en Alemania. Su reinado había durado siete meses.

Al poco tiempo volvió secretamente á Roma; pero convencido de que la situación no le era favorable, se retiró á Praga, cayendo en poder del emperador Carlos IV, que le entregó al Papa en Aviñon, donde fué encerrado en una cárcel.

A pesar de todo, Rienzi logró justificarse de las acusaciones de herejía y tiranía que se hicieron contra él, y aun ganarse la confianza del nuevo Pontífice Inocencio VI.

Pero la situación de Roma no había mejorado, porque el partido republicano se agitó de nuevo, seducido por un notario apostólico, llamado Barocelli, hombre del pueblo como Rienzi, que jugó entónces el papel de tribuno.

La corte de Aviñon comprendió que Barocelli solo podía ser vencido por la influencia de Rienzi, y al efecto le nombró asesor de Roma y le envió á Italia juntamente con el Cardenal Alborno, encargado de someter la Península á la obediencia del Papa.

El pueblo, siempre voluble, recibió al antiguo tribuno con gran entusiasmo, y Barocelli cayó; pero Rienzi abusó de su poder, volvió á incurrir en sus antiguas exacciones y violencias, y al fin pereció á impulsos de una sedición promovida, segun se cree, por los Colonna.

El pueblo se levantó contra él al grito de "¡Muerte al tirano!" La multitud rodeó el palacio del usurpador, que salió á una ventana y quiso dominar el tumulto imponiendo silencio al pueblo con un gesto. El pueblo contestó arrojándole una multitud de piedras y flechas. Desesperado entónces Rienzi de conjurar aquel peligro, comprendió que solo podía hallar la salvacion en la fuga, y huyó disfrazado de criado dando orden á su servidumbre para que abriera las puertas del palacio. Su objeto era distraer con el saqueo la atencion de los amotinados y facilitar su fuga; pero un romano le reconoció y le detuvo diciendo: "¿A dónde vas?" Rienzi comprendió que habia sido descubierto, y confesó quién era. Entónces se apoderó de él la multitud y le condujo al pie del Capitolio, donde le asesinó y le cortó la cabeza y las manos. Su cadáver fué arrastrado por la ciudad, y despues colgado en una carnicería (1).

(1) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de V. Eglise*, parte 3, <sup>o</sup>. cap. VIII. WETZER y WELTE: *Dict. encyc. de Theol. cathol.*

## XII

Bertoldo de Ehrbarch hereje.

(MURIO AÑO 1359 DE N. S. JESUCRISTO.)

La gran rebelion consumada contra la Iglesia en el siglo XVI venia preparandose hacia ya siglo y medio no solo á causa de los muchos abusos que se habian introducido en ella durante la Edad Media, sino con la aparicion de muchos herejes que, resuscitando antiguos errores, ó suscitando otros nuevos, fueron los precursores de Lutero, Calvino, Zuinglio y demás corifeos del protestantismo, y los que prepararon el terreno para que fructificara tan perniciosa semilla.

En efecto: á mediados del siglo XIV apareció en Francocia un hombre que pretendia haber recibido de Dios una doctrina nueva, con orden de comunicarla á sus hermanos. Este hombre

era Bertoldo de Ehrbarch, que poseia en alto grado el talento de la persuasion, y que, llevado de su fantástica imaginacion, incurrió en varios errores, que le valieron el sobrenombre de precursor de Calvino.

Sus principales errores se hallan contenidos en las proposiciones siguientes:

1.<sup>o</sup> Jesucristo se sintió de tal manera abandonado por su Padre en sus sufrimientos, que llegó á dudar si su alma seria salvada ó condenada.

2.<sup>o</sup> Jesucristo sufrió tanto, que en el exceso de su dolor, maldijo á su casta Madre la Virgen María.

3.<sup>o</sup> Cristo, en sus sufrimientos, ha maldecido la tierra que bebió su sangre.

4.<sup>o</sup> El hombre, aunque cometido todavia durante su vida terrenal al sufrimiento y á la mudanza, puede llegar á tan alto grado de perfeccion espiritual, que ya no necesita ayunar ni orar, ni pueda inducirle nada al pecado.

5.<sup>o</sup> La oracion oral no es útil ni necesaria al hombre, y para nada sirve á su salvacion, bastando orar en espíritu, sin hablar ni mover los labios.

6.<sup>o</sup> Las predicaciones de un lego inspirado por el Espíritu Santo, deben creerse y obedecer-

se mucho más que el Santo Evangelio y todos los libros y todas las palabras de los demás maestros.

7.º Un hombre piadoso y devoto puede, comiendo y bebiendo, adquirir tantas gracias como si hubiera recibido el Cuerpo y Sangre de Nuestra Señor Jesucristo.

Bertoldo trató de extender sus errores en la Franconia oriental, y principalmente en Wurtzburgo, consiguiendo al principio su objeto sin obstáculo; pero al cabo sus manejos se hicieron públicos y la Inquisición le hizo comparecer ante su Tribunal. El temor de ser condenado á muerte le decidió á retractarse; más apenas se vió libre, huyó secretamente de Wurtzburgo y se retiró á Spira, resuelto á continuar allí su propaganda.

En esta ciudad, como en Wurtzburgo, se hizo sospechoso el hereje, y fué acusado de nuevo á la Inquisición, que despues de trabajar en vano por su conversión, le entregó al brazo secular, y Bertoldo fué quemado públicamente en el año 1359 (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*

## XIII.

Juan de Aubenton.

(MURIO AÑO 1322 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas había desaparecido de Tolosa la herejía de los albigenses, renacieron de sus cenizas otros nuevos errores, tales como los de los waldenses y los pobres de Lyon en el Delfinado y provincias inmediatas, y los de los begardes ó turlupinos, en Flandes y otras comarcas del reino.

Los turlupinos eran una especie de maniqueos que con el pretexto de que la naturaleza es obra de Dios, tenían por principio que no debíamos avergonzarnos de ninguna cosa que fuese natural. Fundados en esta absurda doctrina, se abandonaban á los mayores excesos, llegando á tal punto sus abominaciones y el escándalo con que violaban las leyes del pudor, que el Pa-

pa escribió al rey Carlos V en los términos más enérgicos para que contuviese los progresos de la secta (1).

En su virtud, se dictaron las disposiciones más enérgicas contra la nueva herejía; sus libros fueron quemados en París en el mercado de carados, y sus sectarios perseguidos con duro rigor.

Finalmente, Juana de Aubenton, uno de los principales fautores del error, fué quemada viva (2).

#### XIV.

Juan Wicief.

(MURIO AÑO 1384 DE N. S. JESUCRISTO.)

Un siglo antes de que nacieran Lutero y Calvino, Juan Wicief, verdadero fundador de la

(1) Bain, ann. 1373, números 19 y 20.

(2) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XLV.

Reforma, empezó á dirigir contra la Iglesia ruidosísimos ataques, y á propagar los errores que, patrocinados más tarde por aquellos herejes, dió origen al protestantismo, cuyas fanestas doctrinas llenan aún de lato el corazón de la Iglesia y turban la paz de los pueblos que se han dejado seducir por el espíritu de novedad á de reforma.

La destitucion del rectorado del colegio de Cantorbery que Wicief desempeñaba, y el haber perdido las esperanzas de obtener el obispado de Vigorne, que el Papa no quiso otorgarle, excitó en él un odio tan irreconciliable contra la Sede Apostólica y contra todo lo que de ella dependiera, que resolvió para vengarse, hacer cuanto estuviera de su parte por destruir el poder y la autoridad de la Iglesia.

Reinaba entonces en Inglaterra Eduardo III; pero atento únicamente á prolongar su vida, gobernaba el reino el duque de Lancastré, cuya voluntad, así como la de la princesa de Gales, madre del príncipe Ricardo, heredero de la corona de su abuelo, procuró ganarse Wicief para llevar acabo su plan de venganza. Cuando creyó llegada la ocasión oportuna, deslizó ciertas proposiciones que tendían á la ruina del estado eclesiástico y de la autoridad del Papa, tales

cómo las siguientes: "Que la Iglesia romana no tenia autoridad sobre las demás Iglesias; que el Papa, los Arzobispos y los Obispos no eran superiores á los presbíteros; que el clero y los monjes, según la ley de Dios, no pueden poseer bienes temporales, y que cuando vivian mal perdian todo su poder espiritual; que los príncipes y los señores temporales estaban obligados á despojarles de todos los que poseyesen, y que no se debía permitir que procediesen judicialmente contra los cristianos, pues este derecho estaba reservado á los príncipes y á los magistrados. Para dar á su falsa doctrina más apariencia de verdad, el hipócrita Wicief iba siempre con los pies descalzos y pobremente vestido, ocultando así con la humildad de su traje la soberbia que devoraba su alma. De esta manera recorrió toda la Inglaterra predicando contra las riquezas, contra el lujo y los abusos que decia se habian introducido en la Iglesia desde el Papa Silvestro y Constantino el Grande, Gregorio XI, al tener noticia de las predicaciones de este hereje, escribió á la Universidad de Oxford ordenando fuese entregado Wicief al arzobispo de Cantobery, y al obispo de Londres, para que procedieran contra él. Al mismo tiempo envió un Breve al rey de Inglaterra advirtiéndole que

los errores de Wicief no eran ménos perniciosos al Estado que á la Iglesia; pero estos Breves no llegaron á Inglaterra hasta despues de la muerte del rey Edoardo, y al principio del reinado de su nieto Ricardo II, cuando éste nada pudo hacer.

La Universidad de Oxford, por otra parte, contaba en su seno tantos partidarios de Wicief, que al principio hubo dificultades para que recibiera el Breve del Papa, y despues no hizo más que leerlo.

El arzobispo de Cantobery y el obispo de Londres citaron al hereje ante su tribunal; pero cediendo ante la actitud de los poderosos protectores de Wicief, y muy especialmente de la princesa de Gales, que envió á decir á los Prelados se guardasen de pronunciar sentencia contra él, se contentaron con la promesa que hizo de no propagar sus errores. Poco tiempo despues, Wicief publicó nuevas proposiciones, aun más heréticas que las primeras, y hasta se atrevió á escribir al Papa Urbano VI, recientemente elegido, tratando de atraerle mañosamente á su partido.

Con estos sucesos coincidió el cisma del antipapa Roberto, llamado Clemente VII, y entonces fué cuando Wicief publicó sus demás erro-

res contra las sagradas ceremonias, la jerar quía eclesiástica, las Ordenes religiosas, los votos monásticos, el culto de los Santos, la tradición, las decisiones de los Concilios y la autoridad de los Padres de la Iglesia.

Wiclef, que se había rebelado contra la autoridad divina, no podía permanecer sumiso á la autoridad humana, y así fué que comenzó á propagar varios errores atentatorios al poder de los soberanos y al orden social, proclamando la igualdad y promoviendo una sublevarcion formidable de los colonos contra los señores, en la que sus partidarios asesinaron al arzobispo de Cantordery y ejecutaron los mayores crímenes.

Wiclef, que durante estos excesos permaneció encerrado en su retiro, presentó al Parlamento varias proposiciones contra la autoridad de la Iglesia y los bienes eclesiásticos, y publicó otras contra la Sagrada Eucaristía.

Guillermo de Courtenay, arzobispo de Cantorbery, reunió entónces un Concilio nacional, en Lóndres, que condenó veinticuatro proposiciones de Wiclef, y el Rey promulgó una declaración contra sus partidarios, y escribió á la Universidad de Oxford para que expulsara de su seno á Wiclef y sus discipulos.

Por último, Juan Wiclef fué acometido de una especie de apoplejía fulminante el día 29 de Diciembre de 1384, fiesta de Santo Tomás de Cantorbery, y cuando se preparaba á predicar contra aquel Santo en aquel mismo día, y murió el día 31 del mismo mes, en que se celebraba la fiesta del Papa Silvestre, contra quien dirigió tantas sacrilegas acusaciones, por haber permitido fueran dotadas las iglesias.

Algunos años despues, su cadáver fué desenterrado y quemado sus huesos. Sus partidarios fueron perseguidos severamente por el rey Ricardo, y últimamente por Barique V, que los exterminó completamente (1).

## XV.

Carlos III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.

(MURO AÑO 1386 DE N. S. JESUCRISTO.)

A las turbulencias producidas en la Iglesia por el cisma del antipapa Clemente VII, bajo

(1) HARPSFIELE y TOMÁS WAL DENTIS: *Hist. Essai.*—MAIMBOURG: *Histoire du grand schisme d'Occident.*

el pontificado de Urbano VI, se siguió bien pronto la persecucion que sufrió este Pontífice del ingrato Cárlos de la Paz, elevado por él al trono de Nápoles.

El Duque de Anjou, que se creía con derecho á aquella corona, se preparó para la guerra; y Cárlos de la Paz, atento únicamente á combatir á su competidor, no cumplió las condiciones que le impuso el Papa al coronarle.

Urbano VI, resuelto á recordarle sus promesas, marchó á Nápoles; mas apenas llegó, se le puso guardia de vista, y estuvo en realidad preso, á pesar de los honores que se afectaba tribu-  
tarle.

El Papa, viendo comprometida su seguridad, resolvió salir del reino de Nápoles; mas algunos Cardenales, que estaban muy léjos de pensar como él y de proteger su causa, tramaron una conspiracion infame contra su persona, en la que se atribuis una parte no pequeña al mismo Cárlos III de Nápoles.

Segun Fleury (1), el plan de la conjuracion, tal como se puso en conocimiento del Papa, era el siguiente: "En el día señalado por los conjura-

(1) L. 98 núm. 20.

dos, que sería un día de consistorio, entrarían éstos en el castillo donde residía el Papa, precedidos de doce criados armados, pero con armas ocultas bajo largos vestidos. Cuando ya estuviesen reunidos, promoverían un tumulto, y apoderándose de Urbano VI, le conducirían á la iglesia de San Francisco, y allí le obligarian á responder á algunos artículos, teniendo preparados falsos testigos que declarasen luego contra el Papa, el cual sería condenado por los Cardenales conjurados en nombre de todo el Sacro Colegio, y quemado inmediatamente despues.

Por fortuna, el Padre Santo logró ponerse en salvo, protegido por sus mismos enemigos los franceses, que le condujeron á Salerno, y allí se embarcó en una flota genovesa para Sicilia, donde publicó las Bulas de excomunion contra Cárlos de la Paz.

Poco tiempo despues, el perjuro y cruel Cárlos III de la Paz sufrió el castigo que por sus crímenes merecía, cuando creía haber llegado al apogeo de su poder.

En efecto: disgustados los grandes de Polonia y Hungría de la regencia de la reina madre Isabel, ofrecieron la corona á Cárlos de la Paz, que se apresuró á marchar á Hungría á tomar

posesion de su nuevo reino; pero al día siguiente de su coronacion fué asesinado en Bada por orden de la reina Isabel. Su cuerpo, como de un excomulgado, estuvo insepulto durante tres años (1).

## XVI.

Roberto de Génova, antipapa llamado Clemente VII.

(MURIO AÑO 1394 DE N. S. JESUCRISTO.)

Pocos meses despues de la coronacion del Papa Urbano VI, surgió con la eleccion del antipapa Clemente VII, el cisma más duradero y más funesto de todos cuantos han afligido á la Iglesia, porque tanto el legítimo como el falso Pontífice contaron en su partido naciones poderosas,

(1) RICARD: *Vie traictique des papes antipapales de l'Église* parte 3<sup>a</sup> cap. IX.—BERAULT-BERCASTEL. *Historia general de la Iglesia*, lib. XLVI.

un gran número de Cardenales y vorones insig-  
nes en ciencia y en virtud, y hasta Santos.

A la muerte de Gregorio IX, que fué el sétimo y último Pontífice que la Iglesia de Francia dió al orbe cristiano por espacio de más de setenta años, eligieron los Cardenales en Roma al arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI; pero cinco meses despues algunos miembros del Sacro Colegio, pretextando violencia por parte del pueblo en la eleccion de Urbano, erigieron antipapa á Roberto de Génova, llamado Clemente VII.

El pueblo cristiano se dividió entre el Papa y el antipapa, tomando dos partidos poderosos, que se hicieron cruda guerra, aunque, si hemos de creer á los escritores de aquel tiempo, los clementinos ejercieron grandes violencias.

En efecto: los partidarios del antipapa perseguiéron furiosamente á los Prelados, á los sacerdotes y demás eclesiásticos fieles á Urbano VI, reduciéndolos á prision, maltratándolos cruelmente y condenándolos á morir ahogados, quemados ó por otros suplicios no ménos terribles (1). En las posesiones que tenia la Iglesia en la Cam-

(1) *Vit. Pop.*, tomo I, pág. 496.—*Nism.*, cap. XIX.

pania, Toscana y Sicilia se apoderaron de muchas ciudades y castillos, y las arrasaron enteramente, asolaron las campiñas, destruyeron las iglesias y los monasterios, y afligieron al país con sus rapiñas y asesinatos.

El antipapa se lisonjó con la muerte de Urbano VI de quedar en la quieta y pacífica posesión de la Silla Apostólica; pero al poco tiempo fué elegido Bonifacio IX. Burlado así Clemente en sus esperanzas, fulminó contra él censuras y excomuniones, que solo sirvieron para que contrastase su celeridad con la prudencia y moderación del nuevo Papa.

El falso Pontífice, por otra parte, concedía las dispensas con una facilidad de que no había ejemplo hasta entónces, y elevó á la dignidad episcopal á muchos eclesiásticos de la corte, gente sin instrucción.

En una palabra: los abusos llegaron á tal punto y la inquietud de los fieles era tan grande, que la Universidad de París comenzó á trabajar por la terminación del cisma, y al fin logró llegar á manos del Rey una carta, sobre los medios que debían adoptarse para pacificar la Iglesia; carta que el Monarca mandó remitir á Aviñón.

Al recibir el antipapa Clemente esta carta, juntamente con otra breve, pero enérgica, de

los mismos doctores de Paris, no ocultó su disgusto, exclamando ante las personas de su corte que le rodeaban: "Estos escritos están arrojando veneno por todas partes, y no tienen más objeto que infamar á la Santa Sede."

Desde aquel dia se apoderó de Clemente un humor tétrico, y al poco tiempo le acometió una enfermedad que parecia no ofrecía cuidado, pero el dia 16 de Setiembre de aquel mismo año (1394) murió repentinamente de una apoplejía.

## CAPITULO QUINTO.

## SIGLO XV.

SUMARIO.—I. Bayaceto, sultán de los turcos.—II, Ladislao, rey de Nápoles.—III, Juan Hus, hereje.—IV, Jerónimo de Praga, hereje.—V, Wenceslao IV, rey de Bohemia.—VI, Juan Trocznou, ó Ziska.—VII, Márcos de Efeo.—VIII, Constantinopla.—IX, Notaras.—X, Jorge Crustat ó Poggerbruch, rey de Bohemia.—XI, Juan Roquesana, arzobispo hereje de Praga.—XII, Mahomet II, sultán de los turcos.—XIII, Reynaldo, de Peacock, obispo de Chester.

## I.

Bayaceto I, rey de los turcos.

(MURIO AÑO 1493 DE N. S. JESUCRISTO)

La cadena de opresion que venia forjándose contra la Iglesia desde el siglo XI, lejos de romperse, se habia fortalecido más y más, y aumentado su extension con nuevos eslavones, que hacian imponente ya su fuerza y pesadumbre.

La reforma reclamada por San Bernardo, é iniciada por San Gregorio VII é Inocencio III, se iba haciendo cada día más necesaria.

Los abusos y corrupcion cuodian por todas partes é iban creando nuevos peligros; y levantando violentos huracaanes, agitaron con impetuosa fuerza los intereses encontrados nacidos á la sombra del espíritu de independencia que por do quiera germinaba.

Los literatos comenzaron á desenterrar del polvo de las bibliotecas las mutiladas obras de los antiguos clásicos, y el mundo, seducido por las formas de aquellos monumentos de la antigüedad, los acogió con tal vehemencia, que llevó su admiracion hasta el punto de olvidarse de la civilizacion cristiana para adoptar la literatura y aun las costumbres de sus modelos. En una palabra: aquella sociedad habia comenzado por paganzarse, para protestantizarse en el siglo siguiente.

Las invenciones, tan provechosas y tan fastuosas á la vez, de la imprenta y de la pólvora, el establecimiento de los correos, el descubrimiento de América y otros muchos sucesos de grandísima importancia, hicieron, por otra parte, del siglo XV, un siglo de transicion, en que

la humanidad se preparaba á hacer una vida nueva.

Las naciones, divididas entre los señores en pequeños estados, vinieron á constituir grandes reinos ó vastísimos imperios bajo el cetro de un Monarca, que al verse poderoso pretendía llegar á ser omnipotente, y el cesarismo, cuyos primeros destellos aparecieron ya en los siglos XI al XIV, iba acumulando fuerzas y elementos para estallar en el siglo XVI.

Las inteligencias, contaminadas con los errores que paludaba, y con los principios del protestantismo, adelantados por Robareh, Has y otros, y á que dió pábulo la comunicacion en que comensaba á vivir la antigua Europa, alimentaron la agitacion general.

Los errores más extraños, los más absurdos principios y las preocupaciones más ridículas y peregrinas que escandian á aquella aturrida sociedad, y, por último, la situación religiosa, solo anunciaba desgracias á causa de los escandalosos abusos de unos y de las exageradas declamaciones y diatribas de otros, que aumentaban con la publicidad el escándalo.

Como si esto no fuera bastante, el cisma de Occidente, que dividió por muchos años la obediencia del mundo católico entre tres Papas, afie-

gió, también con indecibles amarguras, á la Iglesia de Jesucristo, y hasta los llamados Concilios de Constanza y Basilea (1), convocados para corregir tantos males, agravaron tan angustiosa situación: el primero decretando la supremacía de los Concilios ecuménicos sobre los Romanos Pontífices, doctrina opuesta á la definida y sostenida por todos los Papas, por varios Concilios generales y por casi todos los Obispos, doctores y teólogos, y el segundo reduciendo á la práctica esta doctrina cuando, desobedeciendo el decreto de disolucion del Sumo Pontífice Eugenio IV, se rebeló contra él, le depuso y eligió un antipapa.

Las consecuencias que todos estos males habían de producir en los siglos siguientes comenzaron á tocarse ya en el mismo siglo XV, porque los partidarios de Juan Has y de Jerónimo de Praga llegaron á dominar de tal manera en Bohemia, que despues de sostener una guerra de devastacion y de venganzas, en que hicieron

(1) Aunque algunos historiadores enumeran entre los Concilios ecuménicos ó generales á las Asambleas de Constanza y Basilea, los canonistas más autorizados no los consideran como tales, si ha habido Romanos Pontífices al guco que los haya reconocido.

comprender á Europa el porvenir que esperaba á las naciones que se separaban de la Iglesia para echarse en brazos de la herejía, trataron de potencia á potencia con su propio monarca Segismundo, á quien obligaron á confirmar el pacto que aseguraba la libertad de cultos.

Mientras Europa así dividida preparaba una revolución que había de durar siglos, el imperio turco era un peligro más para la civilización cristiana; de tal manera que los Papas no pensaban ya en predicar Cruzadas, para libertar la Tierra Santa, sino para detener á los turcos, que amenazaban á toda la cristiandad, y principalmente á la Italia.

Los Emperadores de Constantinopla clamaban de continuo anunciando el peligro que corría Europa, y el Papa Eugenio IV predicó una cruzada, denunciando á la cristiandad la guerra de exterminio que hacían los turcos. "Los turcos, decía, atan con cuerdas hombres y mujeres, que se llevan consigo; cristianos condenados á la servidumbre, van confundidos con el más vil botín, y son vendidos como bestias; el padre es separado de su hijo, el hermano de su hermana, el marido de su esposa. Asesinan en los caminos y en medio de las ciudades á los que por sus años ó enfermedades no pueden andar. Sin te-

ner lástima ni siquiera de la infancia, dan muerte á inocentes víctimas que empiezan apenas á vivir, y que no conociendo aún el temor, se sonrieron ante sus verdugos en el acto de recibir el golpe mortal. Toda familia cristiana es obligada á entregar sus hijos al Emperador otomano, como en otro tiempo el pueblo ateniense al monstruo de Creta. Donde quiera que han penetrado los turcos, las campañas han quedado estériles, las ciudades han perdido sus leyes y su industria, la religión cristiana carece de sacerdotes y de altares, la humanidad de asistencia y de asilos."

Todo era en vano: la fé se había debilitado mucho, y si en la época de las Cruzadas hubo hombres á millares que abrazaban la cruz y empuñaban la espada para invadir la Asia y arrancar á los mahometanos la posesión de los Santos Lugares, fueron muy pocos los que en el siglo XV acudieron á la voz del Papa para detener á los turcos, que, como en venganza de las Cruzadas, pretendían conquistar á su vez la nueva Jerusalén.

La cismática Constantinopla iba á recibir el castigo de su apostasía. El Papa, en los momentos supremos del peligro, exhortó á los griegos al arrepentimiento y á que volvieran al

seno de la Iglesia, recibiendo los decretos del Concilio de Florencia. Al mismo tiempo les anunciaba que si no se convertían antes de tres años, serían tratados como la higuera del Evangelio, que fué cortada de raíz por su esterilidad.

Así fué: dentro de aquel plazo fatal la soberbia Constantinopla cayó en poder de los turcos en una esclavitud tan humillante y vergonzosa como grande había sido su poder y su dominio en la Edad Antigua.

Tal fué el castigo y tan patente, que los mismos griegos le reconocieron. "Oh maldición terrible y no menos exacta que eficaz! exclamaba el célebre Jorge Scolario, patriarca de Constantinopla; fué proferida en el año 1451, y en el 1453 la infiel Constantinopla, cada vez más obstinada en el cisma durante estos tres años de prueba, vino á ser el oprobio del universo, y cayó en poder de sus enemigos. Lo más maravilloso en este terrible prodigio es que la nación de los griegos, según los términos del Papa Nicolás, aquella ilustre y formidable nación, de un valor á toda prueba, de una sabiduría incomparable y señora del mundo por espacio de tantos años, no está ya conocida, y ha caído desde la cumbre de la grandeza bajo

el yugo de unos bárbaros infames, después que la ha castigado la mano de Dios (1).

Pero ésa hay algo más maravilloso que todo esto, y es que si Dios permitió el triunfo de los turcos sobre los cristianos cismáticos, detuvo á aquellos ante los cristianos que permanecieron fieles á la Iglesia, é hirió con la espada de su justicia á los que contra ella se levantaron y entre los que podemos citar á Bayaceto I, sultán de los turcos.

La usurpacion y el fratricidio colocaron á este príncipe en el trono otomano, y, después de arrebatar á los cristianos la Bulgaria, la Macedonia y la Tesalia, despojó á casi todos los príncipes asiáticos de sus Estados. Alentado por sus continuas victorias, llegó á decir lleno de orgullo: "Yo haré que sirva de pesebre á mi caballo el altar de San Pedro en Roma."

El viernes 23 de Julio de 1402, los ejércitos de Bayaceto y de Tamerlan, Rey de los tártaros, que resolvió detenerle en el camino de sus conquistas, se encontraron frente á frente en las llanuras de Ancira, en Frigia. La batalla duró tres días y dos noches. Doscientos ochenta mil hombres quedaron muertos sobre el

(1) GENNAD., *In defens.* lib. V. cap. XIV.

campo. Bayaceto fué vencido y hecho prisionero de Tamerlan, que, orgulloso con su triunfo, reservó para Bayaceto la misma suerte que Sapor hizo sufrir al impío Valeriano, emperador de Roma. Como él, Bayaceto, encerrado en una jaula, seguía á todas partes á su vencedor Tamerlan, que se servía de su espalda como estribo siempre que montaba á caballo. Desesperado al fin Bayaceto de tan horrible esclavitud, se dió la muerte destrozándose el cráneo contra los hierros de su jaula (1).

## II.

Ladislao, rey de Nápoles,

(MURIO AÑO 1414 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este Monarca, á quien á pesar de sus malas cualidades y de sus vicios, dieron sus parciales el sobrenombre de Megánimo y Victorioso, fué en su tiempo el mayor enemigo de la Iglesia.

(1) MICHAUD: *Biographie universelle*, art. BAYACET Y TAMERLAN.

El año 1386 heredó de su padre el trono usurpado de Nápoles; y aunque los napolitanos llamaron á su legítimo soberano Luis II de Anjou, la fortuna de las armas afirmó en el trono al usurpador, y al poco tiempo aceptó la corona de Hungría, y al poco tiempo aceptó la corona de Hungría, que le ofrecieron los húngaros después de haber envenenado á su soberano Sigismundo.

El cisma que afligía entonces á la Iglesia le facilitó el hacerse dueño de Roma, agitada por los güelfos y gibelinos, y de una parte de los Estados de la Iglesia, en los que cometió grandes violencias.

Para oponerse á los planes ambiciosos de Ladislao, el Concilio de Pisa y el Papa Alejandro V dieron la investidura del reino de Nápoles y la ingartenencia general de la Iglesia á Luis de Anjou, que tomó á Ladislao las plazas que éste había usurpado y aun le arrojó de Roma; pero no supo aprovecharse de su victoria, y Ladislao siguió ocupando el trono de Nápoles y con el tiempo volvió á turbar la paz de la Iglesia. Pocos años después movió sus armas contra Roma, la tomó y cometió los mayores atentados contra las cosas eclesíasticas, contra los templos y aun contra la honestidad de las vírgenes del Señor. Por último, llevó su ejército contra los flo-

rentinos, á quienes obligó á comprar la pax en 1413.

Ladislao, que llevaba sobre sí la corona usurpada de Nápoles, la usurpacion de Roma, y sobre el peso de todos sus excesos y de todos sus crímenes el peso de la excomunion, murió envenenado por la hija de un médico de Perusa, á la que amaba con pasión Ladislao, y que creyendo darla un brevaie amoroso, le hizo beber un veneno preparado por su padre, á quien se dice habían ganado los florentinos en odio á aquel tirano. Ladislao se sintió en seguida acometido de una enfermedad mortal y desconocida, é hizo conducir á Nápoles, donde murió al poco tiempo, como dice el P. Flores, *correctus igne sacro* (1).

### III.

Juan Hus, hereje

(MURIO AÑO 1415 DE N. S. JESUCRISTO.)

Habian trascurrido apenas veinte años despues de la muerte de Wiclef, cuando Juan Hus

(1) MORERY: *Dict. hist.*—FLOREZ: *Clave historial*, siglo XV.

resucitó los errores de este célebre hereje y de la secta llamada de los pobres de Lyon, que comenzó á propagar en Bohemia con una actividad y un celo satánicos.

Hus era de elevada estatura, de rostro pálido y enjuto, de carácter sério y de rígidas costumbres. Desde muy jóven mostró una peligrosa inclinacion al fanatismo, refiriéndose de él que cierto día puso un dedo al fuego para ver si podia sufrir como San Lorenzo.

Apenas llegó á Bohemia la doctrina de Wiclef, uno de los primeros y de los que con más ardor se consagraron á su propagacion fué Juan Hus, profesor á la sazón de la Universidad de Praga.

En el año 1399 sostuvo ya en una discusion pública varios principios de aquel hereje, y en seguida entró en inteligencias con Jerónimo de Praga, favoreciendo, en su calidad de rector de la Universidad, las pretensiones de los sectarios de Wiclef.

Quando la Universidad de Praga contó cuarenta y cinco proposiciones del mismo Wiclef, Juan Hus, que se condujo siempre con gran astucia, pretendió disuadir al claustro, pretextando que aquellos cuarenta y cinco artículos no habian sido extraidos con exactitud de las

obras del heresiarca. No obstante, la doctrina de Wiclef fué condenada; pero esta condenacion se restringió más tarde, gracias á los esfuerzos de Juan Hus, que estuvo que muchas de las proposiciones en cuestion podían interpretarse en un sentido favorable.

Más tarde, habiéndose dividido los profesores alemanes y bohemios de Praga en la cuestion promovida por el rey Wenceslao ante el Concilio de Pisa, sobre la neutralidad del clero de Bohemia, Juan Hus y los profesores bohemios se pusieron del lado del Rey, y aprovechando el resentimiento de éste contra los alemanes, inclinaron su ánimo á reformar la antigua organizacion de la Universidad, dando á los bohemios el predominio que tenían los alemanes en aquella escuela. En virtud de esta reforma, los alemanes, que, divididos en bávaros, polacos y sajones, tenían antiguamente tres votos en las asambleas generales, quedaron con un solo voto, mientras que los bohemios, que antes solo tenían uno, obtuvieron tres. Esta medida disgustó tanto á los profesores y estudiantes alemanes, cuyo número no bajaba de cinco mil, que abandonaron á Praga, y fundaron la Universidad de Leipzig ingreando algunos de ellos en las de Isgolstadt, Rostock y Gracovia. La retirada de los alema-

nes, que eran el único dique que se habia opuesto á la invasion del wiclefismo, dió á la herejía un verdadero triunfo, que tomó el carácter de victoria nacional, obtenida por los tudescos sobre los alemanes.

Satisfecho entonces Hus con el éxito obtenido, eligió públicamente á Wiclef en sus sermones, y trajo sus obras al bohemio.

El Papa Alejandro V, para cortar aquel abuso, prohibió predicar fuera de las iglesias principales, y el arzobispo Zbynek hizo quemar por sospechosos doscientos de los volúmenes que Hus habia cometido á su exámen; pero éste siguió predicando en su capilla de Besen, á pesar de la prohibicion del Papa; censuró en sus discursos á su Prelado, y abrió por último, con muchos de sus amigos, cursos públicos sobre los escritos de Wiclef. El Santo Pontífice, Juan XXIII, sucesor de Alejandro, excomulgó al hereje y á sus sectarios, anunciando pondria en entredicho el lugar donde se dirigiese Juan Hus. El rey Wenceslao, preocupado con esta amenaza, trató de evitar un rompimiento, y á su instancia Juan Hus hizo solemnemente una profesion de fé.

No obstante, el astuto rector de Praga publicó después varias obras que no estaban muy

conformes con su profesion de fé, y condenó públicamente la Bala en que Juan XXIII predicaba una cruzada contra Ladislao, rey de Nápoles y demás espoliadores de la Iglesia.

Las violencias de los husitas y diatribas contra el Padre Santo, aumentaron de día en día, y tomaren tales proporciones, que el rey Wenceslao tuvo que mandar se castigase con pena de muerte á todo el que ultrajase al Papa de una manera cualquiera.

Las autoridades de Praga prendieron á hicieron ejecutar á tres de los husitas más turbulentos; pero Hus los enterró solemnemente en la capilla de Belen, y en uno de sus sermones los elogió como mártires.

La Universidad, los magistrados y los hombres más notables de Praga, indignados de la audacia del hereje, se declararon contra él, al mismo tiempo que los párrocos de la ciudad elevaban sus quejas á Roma; y á fines del año 1412, el Papa lanzó la excomunion contra Hus, y puso en entredicho el lugar donde se refugiase.

El Rey no se atrevió ya á proteger al culpable, y la Bala de excomunion fué publicada y ejecutada, declarándose en entredicho á la ciudad, excepto el Wysehrad, ó sea residencia real.

Hus apeló á Jenerato, declarando que no reconocia ningun juez sobre la tierra, y obligado á abandonar á Praga se refugió en Zoziradek, donde escribió sus obras más importantes; formuló la mayor parte de sus errores, y predicaba frecuentemente en campo raso ante una multitud inmensa, á la que seducía haciendo grossas descripciones de la vida del Papa, de los Cardenales, del Episcopado y del clero.

Sin embargo, Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano, deseando terminase felizmente la cuestion de los husitas, negoció con el Papa Juan XXIII, en su calidad de jefe del imperio, defensor de la Iglesia y heredero del trono de Bohemia, la convocacion del Concilio de Constanza; escribió á Wenceslao con el mismo fin, y envió emisarios á Juan Hus para persuadirlo á someterse á la resolucion del Concilio, al cual debía asistir tambien el Emperador. Juan Hus no lo rehusó, y despues de anunciar públicamente su propósito de comparecer ante el Concilio, se dirigió á Constanza, provisto de un salvo-conduto del Emperador.

El Papa, por su parte, dulcificó la excomunion lanzada contra el mismo Hus, permitiendo comunicar con el hereje, aunque sin permitirle intervenir en ningun oficio público, y por

consiguiente predicar y celebrar el santo sacrificio de la Misa. Además, estaba tan dispuesto á garantir su seguridad, que cuando los caballeros bohemios que conducian á Has imploraron su proteccion en favor del acusado, el Papa les contestó: "Aun cuando Has hubiese matado á mi propio hermano, no permitiria yo que se hiciese con él una injusticia en Constanza."

Juan Has, en cambio, celebraba Misa en la casa que habitaba, y dirigia pláticas á las personas que iban á verle, propagando así sus errores á la vista del mismo Concilio que había de juzgarle.

Por el contrario, la conducta del Concilio no pudo ser más contemplativa ni más prudente respecto del hereje.

Juan Has asistió á varias congregaciones, se examinó con madurez la doctrina de Wiclef, en la cual estaban basados los errores de aquel, y al cabo fueron anatematizadas las cuarenta y cinco proposiciones que había condenado ya la Universidad de Praga, y Wiclef fué declarado hereje.

Por último, despues que los conitaricos del Sínodo emplearon en vano todos los medios que les dictó su prudencia á fin de obtener de Juan Has la promesa de someterse al Concilio, se le

hizo comparecer ante una congregacion genreal del mismo para responder al interrogatorio. En aquel acto solemne se le mostraron sus obras, y se le preguntó si las reconocia por suyas, á lo cual contestó afirmativamente, declarando que se retractaria si se probaba que contenian algun error.

Desde los primeros debates se comprendió que Has pretendia que la asamblea llamada á juzgarle entrase en discusion con él, atacando así el poder judicial del Sínodo en su base; y entonces se le mandó respondiese únicamente por sí ó por no si había enseñado el error de que se le acusaba.

Finalmente, despues de otros dos interrogatorios, en que Has quedó convicto y confeso de herejía, se le presentó una fórmula moderada de retractacion, haciéndole observar varios Padres del Concilio que Orígenes, San Agustin y Pedro Lombardo incurrieron tambien en error y se apremiaron á retractarse, y que si las proposiciones que él sostenia, y que habían sido condenadas, eran verdaderas, la responsabilidad no caia sobre él, sino sobre sus superiores y es el Concilio.

Con todo, Has se negó á retractarse. Total via se le dejó un mes, próximamente, para re-

flexionar, empleándose durante este tiempo todos los medios de persuasión por los hombres más eminentes, y aun por los amigos de su infancia, pero todo en vano.

Agotados ya todos los recursos que dictaba la prudencia, condenó el Concilio treinta proposiciones heréticas sostenidas por el acusado, y después de haberle pedido una vez más, aunque sin resultado, su retractación, se le exhonó solemnemente, declarándole hereje, y fué entregado por el Concilio al brazo secular, rogando, según la antigua costumbre de la Iglesia, se le perdonase la vida.

Sin embargo, las leyes de Bohemia eran tan terminantes, que Has fué condenado á la hoguera por el hector palatino, y quemado públicamente con sus obras. Sus cenizas fueron arrojadas al Rhin. Un escritor perteneciente á esta secta, y que presenció el suplicio del hereje, dice que Juan Has sabió al suplicio con gran serenidad, y que murió cantando salmos é invocando el nombre de Jesucristo.

Los protestantes dicen también que ántes de morir pronunció proféticamente estas palabras que se refieren á Lutero; *Hodie auferam uultu sed ex meis uisceribus nascetur cygnus quem non ascare poteritis*. El nombre de Has procedía de

la palabra *Ois*, que significa *ganso*, y los protestantes aseguran que el cisma que debió renacer de las cenizas de Has, fué Lutero. Sin embargo, los historiadores de aquella época nada dicen de esta supuesta profecía (1).

## IV.

Jerónimo de Praga,

(MURIO AÑO 1416 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los discípulos de Juan Has figura en primer término Jerónimo de Praga, hombre de profundo talento y de gran elocuencia, que contribuyó mucho á introducir en Bohemia los errores wiclestas, de la Universidad de Oxford, donde comenzó sus estudios, que continuó luego en Colonia, Heidelberg y París.

(1) WETZER Y WELTE: *Dicti. encyclop. de Theolog. cathol.*

A su vuelta á Bohemia, entró al servicio del rey Wenceslao, en calidad de caballero; ingresó como miembro en la Universidad de Praga; pronunció, á pesar de ser lego, muchos discursos religiosos, y aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para recomendar las obras de Wiclef, á las cuales tenia tal afición, que, segun decía con frecuencia, el que no estudiase los escritos de Wiclef conocería la corteza de la ciencia, pero no la raíz.

Por lo demás, la vida de Jerónimo de Praga fué la misma que la de su compañero Juan Hus, pues ambos trabajaron de consuno en favor del wiclefismo y fueron juzgados y condenados en un mismo Concilio, por sostener idénticos errores.

En efecto: desde el año 1403, en que Jerónimo se unió á Hus, figura su nombre al lado del de este en los trabajos practicados en Bohemia para propagar el wiclefismo.

En 1407, Jerónimo de Praga secundó á Hus para arrebatar á los alemanes la preponderancia que tenían de antiguo en la Universidad bohemia; en 1410 fué llamado á Polonia para secundar al Rey en la creación de la Universidad de Gracovia, y desde allí marchó á Ofen, donde abrió un curso de filosofía religiosa.

Más tarde, en union de Hus, censuró al arzobispo de Praga por haber quemado las obras de Wiclef, que aquel le habia entregado; predicó contra la Bala de Cruzada de Juan XXIII, y áun algunos le consideran como uno de los principales autores del escandaloso atentado cometido contra aquella Bala, haciendo que la llevasen colgada al cuello dos prostitutas, que pasearon por las calles de Praga con grande algazara, gritando era conducida al cadalso la Bala de un impostor, que al fin fué quemada en público.

Posteriormente, Jerónimo de Praga visitó á Rusia, donde se declaró favorable á los cismáticos, tratando de propagar en Polonia los errores de Wiclef; y cuando Hus partió para Constanza, donde anunció públicamente estaba pronto á responder á los calumniadores, y á sufrir el castigo que se le impusiere, si se le convenia de herejía.

El Concilio le señaló para comparecer el plazo de quince días. En este intervalo, perdió Jerónimo el valor, y huyó de Constanza; pero detenido en Hirschau (Alto Palatinado) por el intendente de un conde palatino, fué conducido á Constanza. En seguida se le hizo comparecer ante una congregacion pública, donde, al pedir.

le cuenta de su fuga, se excusó con la falta de salvo conducto. No obstante, probada la falsedad de su respuesta, pues hacia más de un mes que había pedido y obtenido el salvo conducto, fué acusado inmediatamente, asegurando algunos miembros del Concilio que habían sido sus maestros en París, Colonia y Heidelberg, que había mostrado siempre gran inclinación al error. Esta revelacion y la falsedad del acusado, produjo tal indignacion, que algunas voces gritaron: *Comburetur!* El arzobispo de Salzburgo contestó en seguida: "No; no será así, porque está escrito: Yo no quiero la muerte del pecador;" y calmada aquella agitacion, se procedió contra Jerónimo con la misma prudencia y templanza con que se había juzgado á Hús.

Al fin, despues de sufrir varios interrogatorios y de proponer una fórmula de abjuracion que no pudo aceptar el Concilio, hizo una completa profesion de fé, condenando los artículos de Wicelaf y de Hús, anatematizados por el Sínodo.

Pero al poco tiempo demostró que su conversion había sido fingida, dando lugar á que se le acusara nuevamente como hereje, y se procedió otra vez contra él.

Los comisarios nombrados entonces por el Concilio presentaron á éste un capítulo de trece artículos de acusacion contra Jerónimo, y el promotor presentó tambien otro de ciento dos puntos, proponiendo al Sínodo que el acusado respondiese afirmativa ó negativamente á cada uno de ellos, y que si aprobaba aquellos artículos, ó Jerónimo contestaba afirmativamente, se le entregase al brazo secular.

Así se hizo, y practicados el interrogatorio y las pruebas, se permitió al acusado defenderse, como lo hizo, aunque débilmente, declarando que su retractacion se le había arrancado por el temor, y que él pertenecía al partido de Wicelaf y de Hús.

A pesar de todo, el Concilio retardó algunos dias el pronunciar su sentencia, con el fin de dar tiempo á que se trabajase en la conversion del hereje por algunos Padres del Concilio; pero Jerónimo se negó á retractarse, y aseguró que de nada se arrepentía tanto en este mundo, como de haber hecho su primera abjuracion.

Convencidos al fin los Padres de su contumacia, pronunciaron solemnemente su sentencia, declarándola hereje y relapso, y lanzando contra él la excomunion y el anatema.

Confirmada la sentencia por todos los asistentes, Jerónimo de Praga fué entregado al brazo secular, y quemado el 30 de Mayo de 2416 (1).

## V.

Wenceslao IV, rey de Bohemia:

(MURIO AÑO 1419 DE N. S. JESUCRISTO.)

En el año 1376 Wenceslao IV fué elevado al trono imperial, merced á las intrigas de su padre Carlos IV, que le propuso para ser coronado Rey de romanos, siendo elegido mediante cien mil escudos que recibió cada elector.

Dos años más tarde Wenceslao heredó de sus padre la corona de Bohemia; pero alejado de los negocios y entregado á toda clase de vicios,

(1) WETZER Y WELTE: *Dies, Encyclop. de Theolog. cath.*

se enajenó de tal suerte la voluntad de sus súbditos, que fué destituido del imperio, y elegido en su lugar Federico, duque de Brunswick, y despues Roberto.

Wenceslao se retiró á Praga, donde continuó su vida disipada, debiéndose principalmente á su abandono y criminal condescendencia el desarrollo de la herejía de Hus y los progresos del sanguinario Zisca.

Wenceslao, en efecto, dió lugar con su debilidad á los primeros triunfos de Hus, á la preponderancia que adquirieron los herejes en la Universidad de Praga, á la propagacion de la herejía husita en Bohemia, á la formacion de los ejércitos de Zisca, y, en fin, á la agitacion y desgracias que causaron en Bohemia los que comenzaron por abrazar la herejía y acabaron por rebelarse contra su propio Monarca.

Por otra parte, la historia nos ha trasmitido los vicios y pasiones que dominaba á aquel soberano, que fué privado del imperio por indigno, y que solo reinó en Bohemia para desgracia de sus súbditos.

Nunca habia tenido Bohemia, dicen algunos historiadores, soberano más cruel ni más infame que Wenceslao. La embriaguez, que era su pasión dominante, le arrastró á todo linaje de cri-

menes. En 16 de Mayo de 1383 hizo arrojar al río Moldaw al santo sacerdote Juan Nepomuceno, porque se negó á revelarle la confesion de la Reina. Refiérese tambien que en otra ocasion, no habiéndole puesto á su gusto la comida el cocinero, mandó asarlo vivo; que llevaba siempre á su lado al verdugo, á quien llamaba su compadre, como lo era en efecto, y que á veces, para satisfacer únicamente su furor sanguinario, hacia ahorcar en su presencia, sin forma alguna de proceso, al primero que encontraba. Además, en una de las salas bajas de su palacio de Wischeradi, construido sobre el Moldaw, habia hecho preparar el pavimento de manera que en un momento dado pudiera hundirse, precipitándose en el río á los que estaban encima. Finalmente, Wenceslao se gloriaba de tomar por modelo al más perverso de los Emperadores romanos; tanto, que habiendo aparecido un día en su cuarto un letrero que decía *Wenceslaus alter Nero*, léjos de incomodarse el tirano, escribió debajo lo siguiente: *Si non fui adhuc, ero* (1).

Este monstruo de crueldad, y soberano tan inclinado á la tiranía como indolente para el bien de su reino, ciñó la corona de Bohemia durante

(1) *Art de verif, les dates,*

el largo período de cuarenta y un años; pero al cabo debió su muerte á los sectarios de Hos, que le debian el predominio que habian alcanzado en su reino.

El año 1419, el general Zisca, al frente de su ejército de herejes, entró en Praga, invadió las casas consistoriales, se apoderó de los senadores reunidos en ellas, hizo que los arrojáran por las ventanas para que el pueblo que los esperaba en la calle los sacrificase, y cometió tantos y tales excesos, que el sanguinario Wenceslao, al recibir tan terrible noticia, fué acometido de una apoplejía, que le ocasionó la muerte.

## VI.

Juan Trocmou, llamado *Zisca*, (el Cuarto)

(MURIÓ AÑO 1424 DE N. S. JESUCRISTO.)

La noticia de la muerte de Hos produjo una gran agitacion en Bohemia, y principalmente en Praga, donde sus discípulos, reunidos en tumulto, le tributaron honores como á un mártir, y

se esparcieron despues por la ciudad saqueando el palacio del Arzobispo y las casas de muchos eclesiasticos, y matando á variss personas contrarias á la herejía.

Por otra parte, algunos señores se quejaron de la condenacion de Hus, y dando á aquel asunto cierto carácter nacional, pretextando que la acusacion de herejía dirigida contra Bohemia era una calumnia de los enemigos de aquel país, promovieron una sublevacion de los herejes, que dió lugar con el tiempo á una guerra religiosa, tan larga como sangrienta.

Juan Trocznou, llamado despues *Zisca*, esto es, *el Tuerto*, por haber perdido un ojo en una batalla, y que era á la sazón gentil hombre de la corte del rey Wenceslao, y uno de los husitas más fogosos, fué en aquella guerra el campeón de la herejía. Conocido desde muy jóven por su valor y sus buenas dotes militares, fué nombrado general de los rebeldes y seguido al principio de un tropel de vagabundos, llegó en poco tiempo, por la indolencia del rey Wenceslao, á disponer de un ejército de cuarenta mil hombres, perfectamente organizados y aguerridos.

El general hereje persuadió á aquel imprudente Monarca que aquel ejército era el más fir-

me apoyo de su trono; pero al poco tiempo los excesos de los soldados de *Zisca* causaron la muerte de Wenceslao, y sostuvieron despues la guerra contra el mismo emperador Segismundo, que fué derrotado por los rebeldes.

En efecto: el año 1419 *Zisca* llevó su ejército á Praga, entró en las casas consistoriales, é hizo arrojar por las ventanas al burgomaestre y á trece senadores, á quienes el pueblo amotinado recibia en la calle con las puntas de sus picas y horquillas. Al recibir esta noticia el rey Wenceslao, fué acometido de una apoplejía que le causó la muerte.

El general *Zisca*, cuyo poder iba creciendo dia en dia, estableció el baluarte de la herejía y de su poder en una posición formidable, que bautizó con el nombre de Tábor.

A Wenceslao le sucedió su hermano Segismundo, que tuvo que sitiár á Praga, rebelada contra él. *Zisca*, que marchó con su ejército contra Segismundo y en socorro de Praga, fué rechazado por el Emperador; pero engraido éste con su triunfo, sitió á su vez al rebelde en su formidable Tábor. El Emperador Segismundo, vencido en tres batallas, y obligado á marchar contra los moravos sublevados, tuvo que ceder el campo al ejército hereje y rebelde.

Desde entonces Zisca trabajó sin descanso en fortalecer su partido, y emprendió contra los ortodoxos una guerra feroz, en la que no se daba cuartel á los sacerdotes, y de la que se reflejaron crueldades inusitadas por parte de los herejes.

En efecto: habiendo tomado los husitas una pequeña ciudad, despues de una resistencia heroica, llevaron su barbarie al punto de encerrar en una iglesia, que incendiaron luego, á los sacerdotes, á los hombres que habian sobrevivido, y aun á las mujeres y á los niños, haciendo morir entre las llamas á aquellos infelices.

En otra ocasion apalearon cruelmente á un caballero que habia caido prisionero, y despues le cortaron las manos y le quemaron.

Los historiadores cuentan otros muchos rasgos de crueldad de aquellos fanáticos, y reflejen que con el fin de saquear las ciudades católicas y apoderarse de algunas plazas fuertes, hicieron correr con carácter de profecía la especie de que el día de Pentecostés llovería fuego sobre todas las ciudades y aldeas de Bohemia, excepto cinco que no nombraban. Los bohemios aterrizados, abandonaron, en efecto, sus casas y ciudades, y los herejes se aprovecharon de su credulidad para conseguir el objeto que se proponían.

Ea una palabra: tantos y tales fueron sus crímenes y tan peligrosos sus progresos par la paz de la Iglesia y de Bohemia, que el Papa, á ruegos del Emperador, predicó una cruzada contra los husitas.

Segismundo, que logró reunir en breve un ejército formidable, no consiguió ver coronados por el triunfo sus esfuerzos; pero el general Zisca, autor principal de tantos males, tuvo un fin tan fanesto como grandes fueron sus violencias y su fanatismo por la herejía.

En efecto: Zisca, llamado así por haber perdido un ojo en una batalla, perdió tambien el otro de un flechazo ó un bombardazo, asegurando los historiadores que, aun despues de haber quedado completamente ciego, dirigia perfectamente una batalla por los informes que le daban de la situacion del enemigo. Finalmente: Zisca murió de peste el año 1424. Quando conoció que se acercaba su última hora, dió orden de que su cuerpo fuese abandonada á las fieras y aves de rapiña, y que de su piel se hiciese un tambor, asegurando que sus enemigos huirían apenas la oyesen tocar (1).

(1) BERAULT-BERCASTEL *Historia general de la Iglesia*, lib. I.—MOBERY: *Diccionario historico universal*.

## VII.

Márco, arzobispo cismático de Eteso.

(MURIO AÑO 1441 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los cismáticos griegos que trabajaron por espíritu de secta y por odio á la Iglesia romana, á fin de evitar la sumision de la Iglesia griega firmada en Florencia, y despues para romper de nuevo la unidad resucitando el cisma, ninguno se mostró tan astuto y tan tenaz como Márco, arzobispo de Eteso.

Así lo demuestra la historia del Concilio de Ferrera y Florencia, donde tanto se distinguió por el calor con que combatió la doctrina de la procesion del Espíritu Santo, por su sutileza, su apasionada obstinacion, y sobre todo por la intemperancia con que llegó á agriar las discus-

siones, increpando á los latinos, hasta el punto de calificar de herética su doctrina (1).

A pesar de estas malas artes, y quizá á causa de ellas, la verdad logró abrirse paso, y el apasionado Márco, despues de quedar vencido en sus polémicas con los latinos, recibió el último golpe cuando todos los Obispos griegos, excepto él y el de Heraclea, y á propuesta del Emperador, se sometieron á la Iglesia romana.

Este suceso le afectó de tal manera y puso tan de manifiesto sus intenciones, que no se atrevió á presentarse en público. Segun algunos historiadores (2), estava para perder el juicio, y aun se observaron en él síntomas de delirio. Un dia le encontraron en la cama llorando y lamentándose de que "habiendo entrado de noche por el techo los Cardenales, le habian avotado con varas encendidas."

La union tan deseada de las Iglesias latina y griega se habia realizado entre los Prelados de Oriente y Occidente; pero el fanatismo de los cismáticos griegos y la contumacia y mala fé de Márco de Eteso suscitaron de nuevo el cisma á la vuelta del Emperador y los Obispos grie-

(1) Tomo XIII. Conc., páginas 583, 592 y siguientes.

(2) Joseph XIII. Meton., in tomo XIII Conc., pág. 673

gos á su patria, donde promovieron una agitación religiosa, tan tenaz como apasionada, que dió por resultado la apostasía de muchos de los Prelados recién convertidos.

Marcos de Efezo, principal campeón de aquella sedición, encaminada á destruir la gran obra del Concilio de Florencia, no gozó por mucho tiempo de su triunfo, pues se acaloró tanto en una disputa con el sábio dominico Bartolomé de Florencia, que murió al cabo de algunos días (1).

## VIII.

Constantinopa.

(TOMADA POR LOS TURCOS EL AÑO 1453 DE N. S.  
JERURISTO.)

El imperio griego, condenado á caer bajo el yugo de los turcos, tocaba ya su fin.  
La corrupción que se había apoderado de aquella sociedad caduca, y el odio que por espíritu

(1) Conc. tomo XIII, pág. 677.

de cisma profesaba á la Iglesia romana, llevaban en sí los elementos de disolución que habían de darla el último golpe, para castigo de sus crímenes y de su apostasía.

La soberbia y la ambición habían divorciado á la Iglesia griega de la romana, haciendo despus infructuosos cuantos esfuerzos practicó la Santa Sede para restablecer la unión de todos los cristianos, que era la aspiración constante de los fieles.

El mismo Pio IX, ese Pontífice inmortal cuyas glorias son más grandes que sus amarguras, ha intentado también en nuestros días atraer á los griegos al seno de la Iglesia con motivo de la celebración del Concilio ecuménico del Vaticano; pero los cismáticos se han negado á toda negociación y aun á toda inteligencia con la Santa Sede.

La Iglesia griega vive, pues, todavía, pero esclavizada por los turcos, y prefiriendo rendir homenaje al Gran Sultán, que someterse á la autoridad del Sumo Pontífice.

A mediados del siglo XV acababa de firmarse en el Concilio de Florencia la unión tan deseada entre las dos Iglesias, pero volvió á romperse apenas realizada, pues el pueblo griego y el clero y monjes cismáticos, rebelándose contra

el acuerdo de sus Prelados, se levantaron contra ellos apenas regresaron á Constantinopla, y renovaron el cisma con más encono que nunca. Muchos de los Prelados, cediendo á aquella presión, apostataron de nuevo, y algunos llegaron hasta condenar públicamente de viva voz y por escrito, los mismos decretos que acababan de firmar.

El Papa Nicolás V, sorprendido de aquella oposición, envió á Constantinopla al cardenal Isidro, obispo de Sabina, para que procurase se llevára á cabo la union tan deseada; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

El Papa entonces exhortó á los griegos para que ante el peligro de los turcos no alejasen con su obstinación los auxilios que podían esperar únicamente del cielo, y que para hacerse dignos de ellos se sometiesen á la Iglesia de Jesucristo. Al mismo tiempo les amenazaba con que si no se convertían, ántes de tres años serían tratados como la higuera del Evangelio.

X, en efecto, ántes de los tres años Mahomet II sitió por mar y tierra á Constanopla, que al oabo de cincuenta y ocho dias cayó en poder de los turcos, sufriendo la misma suerte de Jerusalem, en justa expiación de su divorcio de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Jerusalem des-

conoció el tiempo de la venida del Mesías, desconoció á su Salvador y le clavó en una Cruz, y Jerusalem, que se habia olvidado del castigo que la esperaba y que la anunciaron los Profetas, fué destruida por los gentiles, que la redujeron á escombros, pasando á cuchillo á sus habitantes y dispersando al pueblo judío.

Constantinopla desconoció á la Esposa de Jesucristo, se rebeló contra su autoridad, escarneció al Papa, Vicario del divino Fundador de la Iglesia, y Constantinopla, despues de sufrir los horrores de un sitio breve, pero sangriento, cayó en poder de los turcos, que la tomaron por asalto y establecieron en ella la capital de esa vergüenza para Europa que se llama imperio otomano.

Así se cumplió la profecía del Papa Nicolás V.

## IX.

Notaras, almirante del imperio griego.

(MURIO AÑO 1453 DE N. S. JESUCRISTO.)

La aversion de este dignatario del imperio griego á la Iglesia romana era tal, que segun

algunos historiadores, cuando el obispo Márcos de Efloco se empeñó en sostener el cisma griego después de la unión de las Iglesias latina y griega, realizada en el Concilio de Florencia, el gran árabe Notaras fué uno de los más ardientes defensores del partido cismático; tanto, que al expresar un día su odio hacia la soberanía de los Pontífices, dijo: "Prefiero ver reinar en Oriente el turbante de Mahoma antes que la tiara del Papa."

Otros historiadores, refiriendo el suceso á otra época, dicen que en el momento de entrar por asalto los turcos en Constantinopla, Notaras llegó á decir, en medio de la ciudad consternada, que valia más ver respetado en Constantinopla el turbante que el capelo.

Con efecto; los turcos se hicieron dueños de la ciudad, cumpliéndose así los deseos de Notaras; pero, por uno de esos juicios terribles de Dios, los turcos fueron los que le impusieron el castigo que merecía por su aversión á la verdadera Iglesia, siendo él mismo el que se entregó en manos de sus verdugos.

Notaras había tenido la fortuna de librarse del furor de los vencedores en el asalto de la plaza, y acaso con la mira de granjearse el afecto del que iba á esclavizar á su patria, se pre-

sentó con sus dos hijos á Mahomet, llevándole un tesoro de inestimable valor en oro y piedras preciosas, que había ocultado en su palacio.

Aquella vil bajeza irritó al mismo Mahomet, de tal manera, que mirándole con indignación le echó en cara su pérdida avaricia, con la que había privado á su príncipe de un socorro tan necesario para la defensa de su corona, y aun de su vida. "¿Y pretendes, añadió, contraer un mérito con entregar lo que ya no era tuyo después de mi victoria!"

Inmediatamente mandó que le cargasen de cadenas y le llevasen arrastrando á la plaza principal de la ciudad, donde fué degollado con sus dos hijos, á vista de todo el pueblo.

## X.

Jorge Crústát ó Poggerbrach, rey de Bohemia.

(MURIO AÑO 1471 DE N. S. JESUCRISTO.)

La horrible tiranía con que los husitas affligieron á Bohemia á principios del siglo XV, cedió con el tiempo; pero si aquella secta impía había

dejado de ser árbitra de los destinos del reino, era todavía poderosa y temible á fines de aquel mismo siglo.

Las dificultades que surgieron á la muerte del emperador Alberto, demostraron esta verdad, cuando los bohemios, movidos por los husitas, se negaron á reconocer á Ladislao V, se pretextó de su menor edad, y ofrecieron la corona á diferentes príncipes, que rehusaron aceptarla.

Los bohemios entonces se sometieron á Ladislao y nombraron dos gobernadores del reino, uno elegido por los católicos y otros por los husitas, que dieron sus votos á Petarscon. Este, que á pesar de ser hereje respetaba mucho á su colega, el virtuoso Meinardo, murió al poco tiempo por desgracia, y en su lugar fué nombrado Jorge Crustat ó Poggerbrach, que aspiraba al trono de Bohemia, y apoyó con todo su poder á los husitas para ganarse su voluntad y servirse de ellos como instrumento para realizar sus ambiciosos planes.

En efecto: Poggerbrach, después de impedir, secundado por los husitas, todo arreglo con el legado de la Santa Sede, y hasta apostar en el camino gente que atentase contra su vida, á su vuelta á Roma, fraguó una trama oscura para apoderarse de Praga.

El plan era que algunos husitas incendiasen la parte vieja de la ciudad, y cuando los católicos que habitaban la parte nueva acudiesen á apagar el incendio, entrase Poggerbrach con los suyos para apoderarse de los puntos más fuertes y batir á los que se resistiesen.

Así lo hicieron: y tan bien le salió su estratagemá, que los husitas se hicieron dueños de la ciudad, sacrificando á muchos católicos que trataron de defenderse.

Más tarde el joven monarca Ladislao murió envenenado, según algunos historiadores, por los jefes de los husitas, esto es, Roquesana y Poggerbrach (1), y este logró al fin ceñirse la corona sin hallar casi oposición alguna (2). El usurpador se mostró al principio neutral en la lucha entre católicos y husitas, pero al fin descubierta su mala fé y convencida la Santa Sede de que su intención era únicamente la de sostenerse en el Trono, fué citado por el Papa Julio II, que después de escribir á los príncipes comunicándoles las razones que le obligaban á usar

(1) BONIF., *Deo* VIII, l. V, —*Nich.*, l. IV, c. LXXVII, —*AE. Boh.*, c. LXXIX, etc.

(2) *Cochl.*, l. XII, —*DU-BRY*, l. XXX, —*Papic.*, l. VI.

de severidad, le declaró convicto de perjurio, de sacrilegio y de herejía, y le excomulgó, privándole del trono de Bohemia y absolviendo de la obediencia á sus súbditos.

Elegido entonces rey de Bohemia el de Hungría, yerno del mismo Poggerbrach, entró en sus nuevos Estados, y al poco tiempo el impío Poggerbrach, que debía la corona al regicidio, á la herejía y á la usurpación, fué destronado por su propio yerno, y murió lleno de pesar.

## XI.

Juan Roquesana, arzobispo hereje de Praga:

(MURIO AÑO 1411 DE N. S. JESUCRISTO.)

Uno de los jefes principales de los husitas, y de los que más daño hicieron á la Iglesia en la guerra religiosa que suscitaron aquellos herejes en Bohemia, fué Juan Roquesana, sacerdote

apóstata y ambicioso, que compareció ante el Concilio de Basilea como jefe eclesástico de los sectarios de Hus, y que se sirvió del terror ó de la hipocresía, y siempre de la más refinada astucia, para obtener el arzobispado de Praga, donde propagó sin descanso la herejía y la impiedad.

Como la ambición y la mala fé, más que el error, eran los móviles que impulsaban á Roquesana y sus secuaces, el Concilio de Basilea no logró disuadir á los herejes, porque éstos, fingiendo respetar el Concilio, sostuvieron durante cincuenta días, más que discusión, una enojosa disputa, durante la cual, si bien abandonaron los puntos más heréticos de su doctrina, insistieron con tenacidad en los cuatro siguientes: la comunión bajo las dos especies, la corrección arbitraria de los pecados públicos, la libertad de predicar con independencia de los Obispos y la abolición del dominio temporal del clero.

El Concilio envió entonces á Bohemia emisarios que se entendiesen directamente con los principales husitas; y restablecida la paz, Roquesana que, con otros cuatro sacerdotes, representaba el clero husita, prometió solemnemente á la Iglesia romana una obediencia que luego no observó.

Al fin, cuando por muerte del emperador Alberto se nombraron dos gobernadores del reino, á causa de la menor edad de Ladislao, su hijo y sucesor, Roquesana, protegido por Poggerbrach, que era uno de los gobernadores, se apoderó del arzobispado de Praga, en el que, más que una conducta herética ó impía, siguió la que convenia á sostenerse en la Silla que había usurpado; de tal manera, que llegó hasta hacer traicion á su secta.

Por último, Roquesana, á quien se acusa por algunos historiadores como autor de todos los malos causados por Poggerbrach, fue acometido á la caída de este "de una parálisis repentina, que por justos juicios de Dios le privó del uso de la lengua, que había empleado únicamente en la seducción." Estuvo padeciendo algun tiempo y murió despreciado quince dias ántes que el Rey, su protector, en el año 1471 (1).

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldó, lib. LIV.

## XII

Mahomet II, sultán de los turcos.

(MURIO AÑO 1481 DE N. S. JESUCRISTO)

Cuando Dios llama á un pueblo á cumplir grandes designios, le dota siempre de un hombre capaz de realizarlos. Así sucedió con el pueblo turco, escogido por la justicia divina para castigar al imperio griego, cuando, amenazando á toda la cristiandad, empuñó el cetro otomano Mahomet II, á quien los años llamaron *Boyuc*, esto es, grande. Grande fué, en efecto, por su robustez, su valor, su sagacidad y su génio militar; grandes fueron también sus pasiones, su intrepidez, y tan grande su crueldad como la depravacion de su alma.

La rebelde Constantinopla fué la primera que experimentó todo el furor de los turcos, que cometieron en ella las mayores abominaciones.

Mahomet II profesaba tal ódio al cristianismo, que en la mezquita de Constantinopla se le oyó pronunciar este juramento terrible, que se repitió despues en todas las mezquitas de su imperio:

“Yo, Mahomet, hijo de Amuratis; sultán y gobernador de Baram y Bachamael; elevado por el Dios supremo, colocado en el escudo del Sol; cubierto de más glorias que todos los Emperadores; feliz en cuantas cosas emprendo; temido de los mortales; poderoso en las armas por las oraciones de los Santos que están en el cielo y del gran profeta Mohoma; Emperador de los emperadores y príncipe de los príncipes que existen desde Levante á Poniente, prometido al Dios único, creador de todas las cosas, con mi voto y con mi juramento: no conceder el sueño á mis ojos, no comer manjares delicados, no buscar nada agradable, no tocar nada hermoso, no volver la cabeza de Occidente á Oriente, hasta que no haya derribado y hecho hollar por mis caballos los dioses de la nacion, dioses de madera, de cobre, de plata, de oro ó pintados, que los discípulos de Cristo han construido con sus manos. Juro exterminar toda su iniquidad de la superficie de la tierra, desde Levante á Poniente, para gloria del Dios de Sabaoth y del gran profeta Mahoma. Por tanto, hago saber á todos

los circuncidados, súbditos míos, que creen en Mohoma, á sus jefes y auxiliares, que si temen á Dios, fundador del cielo y de la tierra, y á mi invencible poder, acudan á mí.”

Las ciudades de Lemos y Timbra, y la isla de Negroponto, sufrieron despues las consecuencias de aquella guerra de exterminio que con tanta fortuna hizo el bárbaro Mahomet.

Más tarde ganó á los genoveses la ciudad de Caffé, y al año siguiente la Valaquia y Moldavia se vieron inundadas por un diluvio de infieles. La Alyania fué al poco tiempo el campo de sus correrías y devastaciones, y aunque los húngaros y rodios le habian demostrado que no se vencian á los cristianos como á los cismáticos, orgulloso Mahomet con la toma de Constantinopla, se propuso invadir la Italia y hacer que la antigua Roma sufriese la misma suerte que la nueva. La ciudad de Otranto cayó, en efecto, en poder de los turcos, y los horrores que en ella cometieron, sembraron el espanto en toda la Italia; pero cuando era mayor el peligro, el Señor acudió en socorro de su Iglesia y castigó al nuevo Góteo, que murió de repente en la época en que se disponia á aprestar una fuerte escuadra contra Rodas y Otranto. Así fué como salvó Dios á su Iglesia, despues de haber

permitido que la cismática Constantinopla cayese á los golpes del mahometismo, del mismo modo que la deícida Jerosalen cayó á los del gentilismo, con igual ignominia y con el mismo estrago,



XIII.

Reynaldo de Peacock, obispo de Chester.

(SUO AÑO 1486 DE N. S. JESUCRISTO.)

La semilla del protestantismo apareció también durante el siglo XV en Francia é Inglaterra.

Juan Laillier, licenciado en teología de la Universidad de Paris, sostuvo en unos ejercicios públicos varias proposiciones, muy parecidas á las de Wiclef, y contrarias al primado de la Santa Sede, á la autoridad de la Iglesia en general, al ayuno, al culto de los Santos, á las indulgencias y á la continencia de los clérigos.

La Universidad de Paris condenó aquellas proposiciones, negándose á dar el grado de doctor á Laillier, y el Romano Pontífice expidió una Bula en la que elegiaba el celo del claustro y aprobaba su resolución; pero, á pesar de todo, el arzobispo de Cantorbery tuvo que reunir un Concilio en Lambeth (Inglaterra) para juzgar á Reinaldo de Peacock, obispo de Chester, que había incurrido en errores muy parecidos á los de Laillier (1).

Los libros de Peacock, de los cuales se habían sacado ya muchas copias, fueron quemados en su presencia, y á pesar de sus retractaciones se le depuso del episcopado y se le encerró en un monasterio, donde al poco tiempo murió de tristeza (2).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

(1) Concil., tom. XIII, pág. 1466.

(2) Spond. A. C. 1483, núm. 5.—BERAUL-BER-CASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balag, lib. LV.



## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO.

	Págs.
Dedicatoria.....	5
Censura eclesiástica.....	7
Licencia eclesiástica.....	13
Prefacio del señor Obispo de la Habana..	15
Introducción.....	29

### PARTE PRIMERA.

Desde Herodes el Grande hasta la paz de Constantino.

Capítulo primero.— Siglo I.— Sumario.—  
I. Herodes el Grande.—II. Judas Iscariote.—III. Calísta.—IV. Tiberio.—V. Poncio Pilatos.—VI. Herodes Antipas.—VII. Herodías.—VIII. Calígula.—IX.

Herodes Agrippa.—X, Simon Mago—  
XI. Neron.—XII, Sofenio Tigilino.—  
XIII, Jerusaleo.—XIV, Domiciano . . . 77

Capítulo segundo.—Siglo II.—*Sumario*.—  
I, Trajano.—II, Barcochebas.—III,  
Rabbi Akiba.—IV, Elío Adriano.—V,  
Peregrino.—VI, Alejandro de Pallago-  
nia.—VII, Marco Aurelio.—VIII, Au-  
relio Commodo . . . . . 131

Capítulo tercero.—Siglo III.—*Sumario*.—  
I, Claudio Hermiciano.—II, Saturnino  
Vitelio.—III, Fafvio Plauciano.—IV,  
Septimio Severo.—V, Montano.—VI,  
Helio Gabalo.—VII, Alejandro Severo,  
—VIII, Maximino de Tracia.—IX, De-  
cio.—X, Vibio Treboniano.—XI, Va-  
leriano.—XII, Macrino.—XIII, Aure-  
liano.—XIV, Menes . . . . . 159

Capítulo cuarto.—Siglo IV.—*Sumario*.—  
I, Valerio Severo.—II, Maximiano Her-  
culeo.—III, Galerio Maximiano.—IV,  
Majencio.—V, Maximino Laia y su mu-  
jer.—VI, Diocleciano.—VII, Prisca y  
Valeria.—VIII, Licinio . . . . . 197

## PARTE SEGUNDA.

Desde la paz de Constantino hasta el Pontificado  
de San Gregorio el Grande.

Capítulo primero.—Continuacion del Si-  
glo IV.—*Sumario*.—I, Acrio.—II, Do-  
nato.—III, Constancio II.—IV, Bala-  
cio.—V, Macedonio I.—VI, Jorge de  
Cappadocia.—VII, Juliano el Apóstata.  
—VIII, Juliano, tio del Apóstata.—IX,  
Félix.—X, Elpidio.—XI, Heron.—XII,  
Tectenes.—XIII, Maximo.—XIV, Fo-  
tino.—XV, Valente.—XVI, Atanarico.  
—XVII, Prisiliano.—XVIII, Justina,  
—XIX, Eugenio.—XX, Arbogastes.—  
XXI, Eutropio . . . . . 225

Capítulo segundo.—Siglo V.—*Sumario*.—  
I, Joviniano.—II, Izdegerdo I.—III,  
Eulalio, antipapa.—IV, Juan, ministro  
del emperador Honorio.—V, Nestorio.  
—VI, Candidiano.—VII, Crisafio.—VIII,  
Eutiques.—IX, Dióscoro.—X, Juliano,  
obispo de Eclana.—XI, Teodorico II,  
—XII, Basílisco.—XIII, Zenaida.—  
XIV, Timoteo de Eluro.—XV, Peroza

—XVI. Himerico.—XVII. Tomás Barsumas.—XVIII. Zanon Isaurico..... 277

Capítulo tercero.—Siglo VI.—*Sumario.*—

I. Lorenzo, antipapa.—II. Timoteo, patriarca instruso de Constantinopla.—III. Anastasio I.—IV. Dunaan.—V. Teodorico.—VI. Juliano, rey de los samaritanos.—VII. Amalarico.—VIII. Amalauito.—IX. Tendiolo.—X. Agila.—XI. Justiano I..... 533

Capítulo cuarto.—Siglo VII.—*Sumario.*—

I. Tiberio Absimaro.—II. Witerio.—III. Judiso.—IV. Cosroes.—V. Isaac, exarca de Rávena.—VI. Rodaldo.—VII. Constante II.—VIII. Ebronio.—IX. Paucal, antipapa.—X. Agrestino..... 364

Capítulo quinto.—Siglo VIII.—*Sumario.*—

I. Justiniano II.—Witiza.—III. Filípico Bardanes.—IV. Evan y Sisebuto.—V. Conde D. Julian.—VI. Oppaz.—VII. Sarenta-Pechis.—VIII. Leon III, el Isaurico.—IX. Anastasio, patriarca de Constantinopla.—X. Milon, obispo de Reims.—XI. Astolfo.—XII. Constantino II, patriarca hereje de Constanti-

nopla.—XIII. Constantino, antipapa.—XIV. Jorge, obispo de Preneste.—XV. Teodoro, epispo.—XVI. Constantino VI.—XVII. Leon IV.—XVIII. Desiderio.—XIX. Adalberto, hereje..... 383

Capítulo sexto.—Siglo IX.—*Sumario.*—

I. Irene, emperatriz de Oriente.—II. Nicéforo I.—III. Leon V, el Armenio.—IV. Miguel II, el Tartamudo.—V. Teófilo, emperador de Oriente.—VI. Abderrama II, calif. de Córdoba.—VII. Bardas.—VIII. Miguel III el Borracho.—IX. Focio.—X. Basilio I, el Macedonio.—XI. Teodoro Santabareno..... 482

Capítulo séptimo.—Siglo. X.—*Sumario.*—

I. Cristóforo.—II. David el David.—IV. Ticolacto, patriarca de Constantinopla.—V. Sisnando, obispo de Compostela.—VI. Nicéforo II, Focas.—VII. Bonifacio Franco, antipapa.—VIII. Crezcencio.—IX. Juan Filagato.—X. Leutard..... 464

Capítulo octavo.—Siglo. XI.—*Sumario.*—I.

Estéban y Lisedo de Orleans.—II. Herberto de Orleans.—III. Hunfroi, arzobispo de Rávena.—IV. Nizon arzobis-

po de Frisinga. — V. Benedicto X, antipapa. — VI. Miguel Cerulario. — VII. Cadolo, antipapa. — VIII. Boleslao I, rey de Polonia. — IX. Manassés, arzobispo de Reims. . . . . 497

PARTE TERCERA.

Desde el Pontificado de San Gregorio el Grande hasta la aparición del protestantismo.

Capítulo primero. — Continuación del Siglo XI. — *Sumario.* I. Guillermo de Utrech. — II. Guiberto, antipapa, llamado Clemente III. — III. Alberto, antipapa. — IV. Teodoro, antipapa. — V. Cencio. — VI. Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra. . . . . 524

Capítulo segundo. — Siglo XII. — *Sumario.* I. Enrique IV. Emperador de Alemania. — II. Maginolfo, antipapa llamado Silvestre IV. — III. Mauricio Bardino, antipapa llamado Gregorio VII. IV. Tanchelmo, hereje. — V. Pedro de Bruys, hereje. — VI. Enrique V, emperador de Alemania. — VII. Mesías Falsos. — VIII.

Enrique de Tolosa, hereje. — IX. Arnaldo de Breneis. — X. Martin, hereje ruso. — XI. Federico I, Barbaroja. — XII. Octaviano, antipapa, llamado Victor IV. — XIII. Guido de Crema, antipapa, llamado Pasaen III. — XIV. Leopoldo, duque de Anstria. — XV. Enrique VI, emperador de Alemania. — XVI. Lando Sittino, antipapa llama Inocencio III. . . . . 546

Capítulo tercero. — Siglo XIII. — *Sumario.* — I. Juan sin Tierra, rey de Inglaterra. — II. Othou IV, emperador de Alemania. — III. Pedro de Vignes. — IV. Federico II, emperador de Alemania. — V. Juan de Colonna, cardenal. — VI. Jacobo de Hungría, hereje. — VII. Ezzolino de Romano. — VIII. Enrique ó Encio, rey de Cerdeña. — IX. Tadeo de Suessa. — X. Gerardo Segarelli, hereje. . . . . 611

Capítulo cuarto. — Siglo XIV. — *Sumario.* — I. Dulcino, hereje. — II. Guardo, hereje. — III. Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia. — IV. Guillermo de Nogaret. — V. Esteban Colonna. — VI. Pedro de Flotte. — VII. Waltero ó Walter ho-

reja.—VIII. Andrónico II, emperador de Oriente.—IX. Pedro Rainallaci, ó Corbario, antipapa, llamado Nicolás V.—X. Luis IV, emperador de Alemania.—XI. Nicolás Rienzi.—XII. Bertoldo de Röhrbarch, hereje.—XIII. Juan de Aurberton.—XIV. Juan Wiclef.—XV. Carlos III llamado de la Paz, rey de Nápoles.—XVI. Roberto de Ginebra, antipapa bajo el nombre de Clemente VII... 643

Capítulo quinto.—Siglo XV.—*Sumario.*

—I. Bayaceto, sultan de los turcos.—II. Ladislao, rey de Nápoles.—III. Juan Húr, hereje.—IV. Jerónimo de Praga, hereje.—V. Wenceslao IV, rey de Bohemia.—VI. Juan Trocznou, ó Zisca.—VII. Márcos de Efeso.—VIII. Constantinopla.—IX. Notaras.—X. Jorge Crústat ó Poggerbrach, rey de Bohemia.—XI. Juan Roquesana, arzobispo hereje de Praga.—XII. Mahomet II, sultan de los turcos.—XIII. Reynaldo de Peacock, obispo de Chester..... 698

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE ALFABETICO

DEL TOMO PRIMERO.

### A

	Págs.
Abderraman I, califa de Córdoba.....	445
Adalberto, ó Aldeberto, hereje.....	431
Agila, rey de los godos en España.....	357
Agrestino.....	379
Alberto, antipapa.....	536
Alejandro de Paffagonia, falso profeta.	149
Alejandro Severo, Emperador de Roma	174
Amalarico, rey de los godos en España	352
Amalsuenta, tntera de Atalarico, su hijo, rey de los ostrogodos en Italia	354
Anastasio, patriarca hereje de Constantinopla.....	406

Anastasio I, Emperador de Oriente	342
Andrónico II, Emperador de Oriente	683
Arbogastes, prefecto de pretorio....	272
Arnaldo de Brescia.....	582
Arrio, presbítero hereje.....	225
Astolfo, rey de los lombardos.....	409
Atanarico, juez de los godos.....	263
Aureliano, Emperador de Roma.....	199
Aurelio Comodoro, Emperador de Roma.....	155

## B

Balacio, lugarteniente de Flagrio....	238
Barcochevas, falso Mesías.....	137
Bardas, Cesar del imperio de Oriente.	446
Basilio, Emperador de Oriente.....	307
Bayaceto I, rey de los turcos.....	698
Benedicto X, antipapa.....	507
Bertoldo de Roubarch, hereje.....	682
Boloeslao II, el Cruel, rey de Polonia..	519
Bonifacio Franco, antipapa bajo el nom- bre de Bonifacio VII.....	484

## C

Calígula, Emperador de Roma.....	105
Claudio Herminiano, procónsul de Ca- padocia.....	159
Constantino II, Emperador de Oriente	233
Candidiano.....	290
Críaso, favorito del Emperador Teo- dorico el Joven.....	293
Courages II, rey de Persia.....	368
Constante II, Emperador de Oriente	371
Constantino II patriarca hereje de Cons- tantinopla.....	416
Constantino, antipapa.....	419
Constantino VI, Emperador de Oriente	422
Críóstoro, ó Crístóbal, antipapa.....	464
Crescencio Numantino, patriarca ro- mano.....	486
Cadolo, ó Cadolao, obispo de Parma, y antipapa bajo el nombre de Hono- rio II.....	515
Cencio, prefecto de Roma.....	523

	Págs.
Cárlas III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.....	691
Constantinopla.....	732

D

Domisiano, Emperador de Roma....	126
Decio, Emperador de Roma.....	214
Dioclesiano, Emperador de Roma....	214
Donato, obispo cismático de Cartago..	229
Dióscoro, patriarca de Alejandría....	299
Dunasn, rey de los homeritas.....	344
Destierro, ó Diáco, rey de Lombardía	427
David el David.....	472
Dulcino, hereje.....	643

E

Elfo Adriano, Emperador de Roma....	141
Elpidio.....	255
Eugenio, usurpador del imperio de Occidente.....	270

Págs.

Entropio, ministro del Emperador Arcadio.....	274
Enlaido, antipapa.....	282
Eutiques, hereje.....	295
Ebrúino, ministro de Clotario.....	376
Eran y Sisabuto, hijos de Witiza, rey de los godos en España.....	392
Estéban y Lisado de Orleans, herejes..	497
Enrique IV, rey de Roma y Emperador de Alemania.....	546
Enrique V, el Joven, Emperador de Alemania.....	567
Enrique de Tolosa.....	580
Enrique VI, el Cruel, Emperador de Alemania.....	607
Ezzolino de Romano.....	636
Enrique, ó Eucio, rey de Cerdeña,...	638
Estéban Colonna.....	659

F

Fulvio Planciano, lugarteniente del imperio.....	161
--	-----

	<u>Págs.</u>
Félix, conde, tesorero de Juliano el apóstata .....	254
Fotino, obispo de de Sirmio .....	258
Flavio. Witiza, rey de los godos en España .....	387
Filipico Bardanes, Emperador de Oriento .....	389
Focio, patriarca de Constantinopla .....	455
Federico I, Barbaroja, Emperador de Alemania .....	589
Federico II, Emperador de Alemania .....	628
Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia .....	651

G

Galerio Maximiano, César del imperio bajo Dioclesiano .....	200
Gaillermo, abispo de Utrech .....	224
Guilberto, antipapa bajo el nombre de Olemeste III .....	632
Guillermo II, el Rojo, rey de Inglaterra .....	511
Guido de Crema, cardenal de la Igle-	

	<u>Págs.</u>
cia romana, y antipapa bajo el nombre de Pascual III .....	602
Gerardo Segarelli, hereje .....	641
Guiardo, hereje .....	649
Guillermo de Nogaret .....	656

H

Herodes el Grande, ó el Ascalonita, rey de Judes .....	77
Herodes Antipas, tetrarca de Galilea .....	98
Herodias, mujer de Filipo, hijo de Herodes el Grande .....	103
Herodes Agrippa I, rey de Judes .....	107
Heliogábalo, Emperador de Roma .....	171
Hern, obispo de Antioquia .....	255
Humerico, rey de los vándalos .....	317
Herberto de Orleans, hereje .....	503

I

Indegardo I, rey de Persia .....	280
Isaac, exarca de Rávena .....	372
Irene, emperatriz de Oriente .....	432

## J

Juan Hus, hereje.....	708
Jerusalén.....	121
Jerge de Capadocia, obispo hereje y cismático de Alejandría.....	343
Juliano el apóstata, Emperador de O- riente.....	246
Juliano, tio de Juliano el apóstata....	252
Justina, mujer de Valentiniano I, Em- perador de Oriente.....	237
Jovimiano, hereje.....	277
Juan, ministro de Honorio, Empera- dor de Occidente.....	283
Juliano, obispo hereje de Eclana....	303
Juliano, rey electo de los samarita- nos.....	351
Justiniano I, Emperador de Oriente....	359
Judíos.....	367
Justiniano II, el Joven, ó el Deanari- gado.....	382
Julian, conde de Espatario y goberna- dor de la Mauritania Tingitana....	395

Jerge, obispo de Prenesti.....	420
Juan, Filigato, obispo de Plasencia (Italia) antipapa, bajo el nombre de Juan XVI.....	491
Juan sin Tierra, rey de Inglaterra....	611
Juan de Colonna, Cardenal de la San- ta Iglesia.....	632
Jacobo de Hungría.....	633
Juan de Aulencoc.....	635
Juan Wiclef.....	686
Jerónimo de Praga.....	717
Juan Trocamon, llamado <i>Zisca</i> , el Tuer- to.....	725
Jorge Orstat ó Poggerbrach, rey de Bohemia.....	737
Juan Roquesana, arzobispo hereje de Praga.....	740

## L

Licinio, Emperador de Roma.....	221
Lorenz, antipapa.....	335
León III, el Isáurico, Emperador de Oriente.....	401

	Págs.
Leon IV, Emperador de Oriente.....	423
Leon V, el armenio, Emperador de Oriente.....	438
Lentard.....	494
Leopoldo, duque de Austria.....	604
Lando Sitine, antipapa bajo el nombre de Inocencio III.....	603
Luis IV ó V, el Viejo, Emperador de Alemania.....	670
Ladislao, rey de Nápoles.....	703

## M

Marco Aurelio, Emperador de Roma.....	150
Montano, hereje.....	168
Maximino de Tracia, Emperador de Roma.....	176
Maerino.....	188
Manes, hereje.....	192
Majencio, Emperador de Roma.....	208
Maximino Daza, César del imperio romano.....	210
Macedonio I, patriarca hereje de Constantinopla.....	240

	Págs.
Máximo, filósofo.....	257
Milon, obispo intruso de Reims.....	408
Miguel II, el Balbo, ó tartamudo.....	441
Miguel III, el Borracho, Emperador de Oriente.....	451
Marozia, duquesa de Toscana.....	468
Miguel Cerulario.....	510
Manasés, arzobispo de Reims.....	521
Magnifio, antipapa llamado Silvestre IV.....	557
Mauricio Bardine, antipapa, bajo el nombre de Gregorio VII.....	559
Masas falsos.....	569
Martin, hereje ruso.....	587
Márco, arzobispo cismático de Efeso.....	730
Mahomet II, sultán de los turcos.....	743
Hunfrei, arzobispo de Bavares.....	504

## N

Neron, Emperador de Roma.....	116
Nestorio, patriarca de Constantinopla.....	284
Nicéforo I, el Logotheta ó canciller, Emperador de Oriente.....	434

	Fégs.
Niceforo II, llamado Fossa .....	479
Nizon, obispo de Frisiaga .....	506
Nicolás Riensi .....	676
Notaras, almirante del imperio griego.	735

Opas, obispo de Toledo .....	397
Octaviano, cardenal de la Iglesia Romana, y antipapa bajo el nombre de Victor IV .....	598
Othton IV, el Soberbio, Emperador de Alemania .....	619

Pencio Pilatos .....	98
Peregrino, hereje .....	145
Prisca, mujer de Dioclesiano, y Valens en hija .....	220
Prisciliano, hereje .....	205

	Fégs.
Perosas, rey de Persia .....	317
Pascual, antipapa .....	378
Pedro de Burgos, hereje .....	565
Pedro de Vignos, canceller de Federico II, Emperador de Alemania .....	625
Pedro de Flotte, guardasellos de Felipe IV .....	661
Pedro Reinallucci, ó corbario, antipapa bajo el nombre de Nicolás V .....	668

## R

Rabbi Akiva .....	139
Rodaldo, rey de los lombardos .....	373
Roberto de Génova, antipapa llamado Clemente VIII .....	694
Reinaldo de Peacock, obispo de Chester .....	746

Simón Mago, hereje .....	199
Saturnino Vitello, prooconal de Africa	160

	Págs.
Septimio Severo, Emperador de Roma	153
Sefonio Tigilico, ministro de Neron..	119
Sareata Pechys, judío.....	399
Sisnando, obispo de Compostela.....	476

## T

Tiberio, Emperador de Roma.....	89
Trajano, Emperador de Roma.....	131
Teotescas, presbítero de Antioquia...	256
Teodomiro II, rey de los godos en España.....	305
Timoteo Eluro.....	311
Tomás Barcama, obispo de Nisibia...	327
Timoteo, patriarca intruso de Constantinopla.....	340
Teodoro, rey de los ostrogodos en Italia.....	348
Teudiselo, rey de los godos en España.....	355
Tiberio Absimaro, Emperador de Oriente.....	364
Teodoro, obispo.....	421
Tedfilo, Emperador de Oriente.....	443

	Págs.
Teodoro Santabareno.....	462
Tecfilseto, patriarca de Constantinopla.....	475
Teodoro antipapa.....	537
Tanchalmo, ó Tanquelmo, hereje.....	562
Tadeo de Saessa, consejero imperial de Alemania.....	640

## V

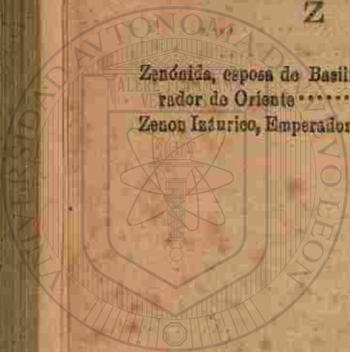
Virio Treboniano Gaio, Emperador de Roma, Voluciano, César del imperio	182
Valeriano, Emperador de Rome.....	185
Valerio Severo, Cesar del imperio romano con Diocleciano.....	197
Valente, Emperador de Oriente.....	259

## W

Witerio, rey de los Godos en España.	365
Waltero, ó Walter, hereje.....	662
Wenceslao IV, rey de Bohemia.....	722

## Z

Zenónida, esposa de Basiliaco, Empe- rador de Oriente.....	310
Zenon Isaurico, Emperador de Oriente	330



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





